TANIA PADILLA

La torre invertida

XXII PREMIO DE NOVELA ATENEO JOVEN DE SEVILLA

algaida

TANIA PADILLA

La torre invertida

XXII PREMIO DE NOVELA ATENEO JOVEN DE SEVILLA

algaida

TANIA PADILLA

La torre invertida

XXII PREMIO DE NOVELA ATENEO JOVEN DE SEVILLA

algaida

XXII PREMIO DE NOVELA ATENEO JOVEN DE SEVILLA

El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de Honor), Miguel Cruz Giráldez, Miguel Ángel Matellanes, Ramón Pernas, Francisco Prior y Luis del Val. La novela *La torre invertida,* de Tania Padilla, resultó ganadora del XXII Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.



Índice

A mis padres, que nos llevaron por primera vez a Portugal. Y a mi hermano, con quien volví. A Alberto, que me leyó despacio y supo cómo mejorarme.

«Ves aquí la gran máquina del mundo, etérea, elemental, que fabricada así fue del saber alto y profundo, que es sin principio y meta limitada.»

Os Lusíadas, Luís de Camões

«Soy una figura de novela por escribir, que pasa aérea y deshecha sin haber sido, entre los sueños de quien no supo completarme.»

Libro del desasosiego, Fernando Pessoa

CERO

Después de haberle echado por encima la canela y el azúcar, tal y como en un torpe español me ha aconsejado que haga el camarero que todavía me mira complaciente de pie ante mi mesa, le doy un bocado a esta especie de cuenquito de hoja que me ha traído con el té. La densa crema que lo rellena me quema el labio, y mientras me limpio con urgencia miro incómoda al solícito muchacho (¿por qué no se va?) y asiento y sonrío, y entonces Agostinho Pires (eso pone en una plaquita que se abrocha con un alfiler a su chaleco azul) me mira, asiente también, sonríe, hace una pequeña inclinación con la cabeza y se marcha con paso rápido y balanceando rítmicamente el brazo en el que reposa tersa su inmaculada servilleta de tela.

Pastéis de Belém, leo en la pequeña servilleta de papel que hay sobre mi mesa antes de limpiarme los dedos, cuando me acabo el dulce; la comprimo hasta hacer con ella una bolita que mantengo entre las manos. Mientras me bebo el té, que hasta ahora no he tocado porque también quemaba (rojo, pu-erh de bolsita), presto atención al murmullo que llena la célebre pastelería lisboeta, trufado de esas eses portuguesas que parecen llenar el aire de besos, a las que enseguida, más prosaicos, se superponen el chirrido de la vieja cafetera, el metálico sonido de las cajas registradoras al abrirse y cerrarse, las expansivas risas de una familia de españoles. Sin embargo, ninguno de estos sonidos le niega al lugar su logrado sabor castizo (veladores de mármol, suelo ajedrezado, inmensos espejos de pared, alicatado azul marino a juego con los chalecos de los empleados), remotamente anacrónico, que invita al cliente solitario a transportarse a algún tiempo no cifrado en los relojes, y desde ese otro tiempo, a modificar este espacio: a rotarlo, desvaírlo, hacerlo otro.

En silencio me recomiendo como antídoto el *hic et nunc* de los latinos, aunque probablemente es en la introspección, y en concreto en las reflexiones más tóxicas y dañinas, en las infructuosas divagaciones atormentadas de narrador y personajes, donde se han forjado, renglón a renglón, párrafo a párrafo, todas las historias que merecen la pena. Me convenzo entonces con este contraargumento, a pesar de que mi novela no está hecha de palabras (todavía no), aún es carne viva, ideas: un vaporoso andamiaje que trato de asir con el bolígrafo que saco del bolso y una servilleta que ahora tomo del servilletero (estas son más bastas, satinadas, *Pastéis de Belém*). Escribo en una de ellas: «Sentada en una de las mesas, Sofía se plantea el enfoque literario que debe seguir a la hora de abordar su historia»; y me guardo el papel en el bolsillo de la camisa.

Miro a mi alrededor: unos niños jugando a las casitas (alemanes, me parece: a ciertos juegos se juega en todo el mundo), una cámara réflex contra la pechera de un norteamericano fofo, bandejas cromadas, pajaritas negras, una vitrina llena de dulces, una corpulenta brasileña sobre afilados zapatos bermellón, un muchacho joven que exhibe con el orgullo de lo que está de moda un coqueto bigotito a lo Errol Flynn. Me esfuerzo de nuevo por penderme de cada objeto, de cada persona; me sujeto con invisibles garras a lo que tiene volumen y forma, olor, sabor, apariencia. Pero enseguida vuelvo a abandonarme, y palpo inconsciente pero convencida, milímetro a milímetro, el hilo que me lleva desde este aquí tan inmediato, hasta aquel entonces en que empezó todo.

No sé si fue en el trabajo, algún compañero de la biblioteca, o dónde. Tampoco cuándo: hace ya mucho, lo suficiente al menos como para no aventurar fechas. Sé que en algún momento tuvieron que mencionarme por primera vez el embrión de todos esos hechos aislados que la perspectiva del tiempo me ha hecho percibir de forma ordenada, causal, predeterminada incluso. Me admira la manera tan resuelta que tenemos de ordenar el caos para que nos signifique algo. Supongo que esa lógica nos conforta y nos hace más soportable la cara despiadada de una existencia a todas luces casual y con frecuencia tan claramente inútil. También es el paradigma que hace posible la novela, ese armazón de introducción, nudo y desenlace que es una manera soterrada de existir en un guion ya establecido, atrapados en un corsé que en cierto modo nos recuerda a un salvavidas.

Había una ciudad no muy lejana de la que se decían cosas extraordinarias. Según lugareños y foráneos, en aquel lugar la magia era algo tangible, no solo una cuestión de fe o de una particular disposición del alma, como se nos cuenta acerca de los territorios míticos en algún momento inolvidable de la infancia; tampoco un elaborado misterio de la literatura o el cine con el que pasar mejor las horas de un insípido domingo. Además había unas coordenadas que corroboraban la concisa existencia de aquel lugar: en la realidad porosa de los mapas primero; luego, con la nitidez de lo que ocupa un espacio en el mundo. Esta ciudad se llamaba Sintra.

Vuelvo mi atención de nuevo hacia la taza que tengo delante, esta vez no a propósito, sino a merced del mismo vaivén que antes me impulsó hacia adentro; pero no por mucho tiempo. El poco té que me queda está ya frío; lo apuro de un trago. Pienso en lo extraño de haber venido sola a Lisboa, y no sé si me entristece que Alberto no me haya acompañado en este viaje o en realidad me alegro de la libertad que no puedo evitar sentir, o de la tenue euforia que ahora noto. Con

Alberto aquí, a mi lado, todo sería como en esa pareja de franceses de la mesa de al lado: fotos, risas, besos, ruido. O tal vez silencio.

Después de nuestro enlace en el Castillo de Bil-Bil de Benalmádena (una excentricidad que entonces me pareció de buen gusto) y la subsiguiente luna de miel en un balneario de Karlovy Vary, había renunciado, de manera espontánea y sin que nunca llegara a asaltarme ningún rezagado remordimiento, a muchos de mis habituales planes en solitario; no solo viajes: paseos, teatro, cine, cenas. Incluso le había dado de lado —esto más que con explícita consciencia, con una pesadumbre desapercibida— a salir con mis amigas de la universidad, a las que mi desidia, además de sus nuevas vidas de impacientes madres, acabó alejando de mis recientes decisiones.

Desde luego no me vedé estas tímidas formas de autoafirmación e independencia por temor a que Alberto pusiera alguna traba a mis salidas sin él (más bien al contrario: él las habría celebrado, porque así habría podido pasar un fin de semana, o siquiera un domingo, leyendo lo último de algún raro poeta finés en su sillón fetiche —«beato sillón» lo llamaba, por el poema de Jorge Guillén— o viendo a solas su admirada trilogía de Kieslowski). Era yo la que *motu proprio* había acabado renunciando a trazar planes por mi cuenta, bien porque era consciente de que él no tenía amigos con los que llenar los huecos de mis ausencias —colegas sí ha tenido siempre muchos, y también aburridas cenas con intelectuales de las que no siempre era fácil zafarse—, bien porque mi visión de la pareja, quizá heredada de mis propios padres, era como la que tienen los agapornis, esos bobos pajaritos que si se separan, mueren.

Sinceramente, me sorprendió la negativa de Alberto a acompañarme en mi viaje. Todavía no he llegado a entender su terco empeño en aprovechar las vacaciones de verano para avanzar en un par de artículos y concluir la traducción de las obras completas de un marginal poeta polaco. Sin embargo, su inflexible decisión ha sembrado en mí una inesperada euforia que desde lo más íntimo me empuja con violencia a la acción; pero no como hasta ahora, como la veleta cuando una ráfaga le sopla, sino como un motor autónomo, orgulloso de su eficaz funcionamiento, ajeno a la necesidad de ser movido. Por eso noto que todos mis propósitos durante el viaje son un acto de tácita rebeldía contra él y su rígida visión del mundo: desde haberme desplazado hasta Lisboa en tren en lugar de en avión, hasta haber venido a esta pastelería, de la que Alberto habría dicho que tenía «su prístina candidez inicial mancillada sin remedio por la fama y las subsiguientes hordas de turistas, que todo lo corrompen». Me

descubro tranquila por haberme evitado sus ácidos comentarios como apostillas a todas mis decisiones, acompañados de ese característico mohín de elitista desprecio en sus labios, aunque en realidad me preocupa ser ahora capaz de reconstruir su no emitido discurso, como si su voz fuera ya una voz interior mía que lo convoca cuando no está.

Dejo ahora que la vista se me pierda en el breve cuadrado blanco de la mesa, del que recojo ausente con la yema del dedo algunos restos de hojaldre y azúcar. Pienso entonces que el pastelillo me ha sabido a poco y levanto la vista intentando localizar al solícito Agostinho. Cuando tengo un nuevo dulce delante *(nata* lo llaman), demoro el primer bocado para que la crema que encierra no me abrase el labio. Juego entre tanto con los dispensadores de canela y azúcar, que son dos tazas metálicas abiertas en un extremo por varias hileras de agujeritos. Tomo cada una por su asa y las vuelco alternativamente: canela, azúcar, canela, azúcar, canela, azúcar…

Fue el verano pasado cuando empecé a valorar desde otro prisma mi relación con Alberto. A finales de julio decidí releer *Anna Karénina*. Entré con facilidad en la novela, con la soltura con la que se adentra uno a oscuras en su propia casa. La sensación era grata, de constante reconocimiento, pero a medida que avanzaba en la historia se me evidenciaba con más claridad una conexión fatal entre Alberto y el esposo de la heroína rusa: el sarcástico, cobarde y petulante, pero también bondadoso y abnegado, Alekséi Karenin. Y al tiempo que mi mente hacía esta emocional asociación, pensé que era bastante probable que si alguna vez se cruzaba en mi vida algún conde Vronsky con quien pudiera comparar a Alberto, con toda certeza se me desmoronaría ese complejo andamiaje de humo que era nuestra relación a estas alturas: una débil arquitectura que en el día a día y en mi soledad poco me costaba dar por firme y entera. Pero allí estaba aquella descomunal historia que, desde su decimonónica mentira, me zarandeaba los cuatro gastados pivotes que sostenían mi vida junto a Alberto.

Un día de mediados de agosto de aquel mismo verano, recostada en una tumbona de la piscina de la casa de mis suegros en Lozoya, hundí la vista en uno de los márgenes de las páginas centrales de la novela, varada en algún lugar indeterminado de la lectura. Entonces traté de convencerme de que Alberto, además de bondadoso y abnegado como el sólido Karenin, también era otras cosas objetivamente buenas, y que en realidad su aire de intelectual, lo bien que hablaba ciertos idiomas prestigiosos, y todos los libros imprescindibles que había leído, las películas en versión original que había visionado y lo indiscutiblemente prestigiado que estaba en el

mundo académico, eran bazas a la fuerza apasionantes; además, seguía siendo muy atractivo a pesar de su edad, y vestía con una elegancia de *gentleman* que, aunque me costara reconocerlo, era para mí motivo de un orgullo cuasi materno.

Por la noche, ya en casa, primero frente al espejo del baño y luego bajo la alcachofa de la ducha, o mientras extendía por mis enrojecidos hombros una abundante capa de *aftersun*, continué analizando pros y contras. Así logré salir del cuarto de baño con la inflexible determinación de anclarme al presente y evitar someter a examen una convivencia de años que, vista en su conjunto, iba como la seda. «Tráeme un yogur, hazme el favor», le dije a Alberto mientras me dirigía al salón. Fugazmente sentí que lo odiaba, y me asustó esta nueva ventana abierta al abismo. La cerré de golpe. Cuando lo vi en la penumbra, encajado en el vano de la puerta, sosteniendo mi yogur entre sus largos dedos de erudito (las uñas siempre limpias, suaves, romas), le sonreí, hipócrita, mientras notaba en mi interior el vértigo de algo parecido a una caída.

Durante los restantes días del verano decidí parapetarme con esa máscara, segura de que en el fondo era más confortable que mi sórdida e inoportuna desnudez, y me afané en aplicarle a Alberto un optimista microscopio que me llevara al dulce error de creer vasto en él lo que yo ya sabía que era breve. A pesar de todo, los dos notamos que en esos días algo se había roto en nuestra relación, no una parte vital, desde luego, porque al menos seguíamos latiendo, pero sí algún tejido subyacente: tal vez la red que había estado sosteniéndonos contra el vacío definitivo de lo que se acaba.

Por suerte no transcurrió mucho tiempo entre la evidencia de la necesidad del cambio y el hallazgo de una labor en la que volcarme para fortalecer ese importante flanco que había adivinado débil en mi vida. Fue a primeros de octubre cuando escuché hablar por primera vez largo y tendido sobre Sintra, una ciudad que hasta entonces me había pasado casi inadvertida.

Existen momentos fulgurantes, por completo inesperados, en los que alguien dice algo que desconocíamos y que logra interesarnos como si lleváramos dándole vueltas desde siempre. Desde luego esto no sucede la mayor parte de las veces, pero por si acaso deberíamos temer en cada ocasión al otro, al emisor, por si en efecto nos regala uno de esos segundos que van a cambiarnos la vida. Yo siempre he pensado que hay una suerte de hermanamiento entre hechos similares, como si los acontecimientos parejos entre sí se llamaran o se atrajeran a causa del velado efecto de una silenciosa complicidad atómica. Esto

hace posible que a veces, si estamos lo suficientemente alertas, podamos percibir esas señales como un indicio inequívoco para la acción. Gracias a esta mágica duplicidad, los momentos de intuición gozan del respaldo de la insistencia, que nos llama por nuestros nombres para que nos sintamos señalados, elegidos, convocados sin remedio.

Así, después de que una compañera de trabajo me hablara de su viaje a Sintra, vi un reportaje en la televisión sobre un palacio llamado Regaleira: una quinta de recreo que construyó un millonario excéntrico, particularmente crédulo del poder de lo telúrico en aquellos parajes. Así, cuando al día siguiente, durante mi turno de mañana en la biblioteca donde trabajo, un lector me entregó una desiderata con el título de un libro en el que se hablaba de la enigmática mansión, yo, ya conocedora, predispuesta, reconocí de inmediato la huella de lo que ya no iba a pasarme desapercibido. Entonces fue cuando decidí que tenía que escribir una historia.

Por todo esto y en consonancia con mi particular manera de ver el mundo, reconociéndolo, modelándolo, tengo ahora la certeza de que mi aventura empieza aquí, en esta cafetería sobre la que leí mientras buscaba en internet más información sobre Sintra y sus alrededores. Luego la he visto mil veces en las inagotables redifusiones de los documentales de la televisión por satélite. Precisamente ahora me gusta estar aquí, en este lugar, porque lo reconozco. El reconocimiento es una forma de hermanamiento con las cosas, es jugar con ventaja. Y eso me hace sentir segura en cada trazo sobre el papel.

Un vaso estalla contra el suelo. Vuelvo la cara hacia el estrépito y veo cómo la pareja francesa se excusa ante Agostinho, que acude presuroso con la escoba y el recogedor. Cuando de vuelta pasa a mi lado le pido la cuenta, y mientras la espero pienso en la tierra que piso y en las palabras que no encuentro, y por eso recalo en Pessoa, portugués y poeta, vate con doble lastre para la fama póstuma. Enseguida vuela mi mente hacia esa célebre librería que visité con Alberto hace años, la Bertrand, de la que dicen que es la tienda de libros más antigua del mundo, en el barrio del Chiado, junto al café A Brasileira, donde alternaba el literato. A esa librería también podría ir antes de empezar mi historia, a modo de prefacio, para sembrar coincidencias, para contar palmo a palmo. Tal vez encuentre allí algún libro sobre Sintra y la misteriosa Quinta da Regaleira, para visitarla ya sabiendo.

—Dos escudos. —Me gustaría que me dijera el camarero al traerme la cuenta, como seguramente me lo habría dicho alguien la

primera vez que estuve en Portugal, hace ya treinta años, siendo niña, con mis padres, en un pequeño pueblo llamado Alcobaça.

Pero en lugar de eso el señor Pires me trae un tique en el que pone el precio, caro (siete euros veinte), y debajo su nombre, como si fuera un billete de amor.

—*Obrigado* —me dice con una sonrisa que celebra mi propina.

Asiento en silencio porque no recuerdo cómo se dice en portugués «de nada». Me levanto, cojo el bolso, me pongo las gafas de sol y pienso sin poder reprimir una mueca jocosa en los labios (me la veo en un espejo) que ojalá mi novela fuera de esas que leíamos en la infancia en las que se podía decidir la propia aventura («vive tu propia aventura», rezaba siempre en la portada, bajo el título). *Pasa a la página siguiente si decides ir a la librería Bertrand; si, por el contrario, coges un taxi directamente hasta Sintra, ve a la página 12*. Yo, sin dudarlo un instante, habría pasado antes por la librería: probablemente ir directos a la Quinta da Regaleira sería un atajo que nos llevaría a darnos de bruces con la realidad.

Miro la hora y los tranvías que pasan, llenos; dudo un instante, paro un taxi y decido volverme al hotel. Pero a medio camino cambio de idea.

I

«Y como peregrino que gozaba del templo de sus votos, observando, y contar lo que ha visto deseaba, allá, por la viva luz paseando, mis ojos por las gradas discurrían ya arriba o hacia abajo circulando.»

Divina comedia (Paraíso), Dante Alighieri

«En su profundidad vi que se interna, con amor en un libro encuadernado, lo que en el orbe se desencuaderna.»

Divina comedia (Paraíso), Dante Alighieri

UNO

Alberto no pudo evitar gustarse muchísimo cuando se miró en el espejo del vestidor. Valoró el aspecto que tenía con aquel esmoquin y de repente se supo seguro de sí mismo y de sus ideas. Siempre se había sentido atraído por un tipo de elegancia que él llamaba «a la norteamericana». Esta, según sus propias palabras, era la pura esencia del distinguido corte italiano aderezado con pajarita y fajín de raso. Las camisas con chorreras quedaban excluidas del arquetipo. Con inconscientes deseos de emulación, desde niño ya había contemplado ataviados de esta guisa al apuesto Cary Grant o al payaso pero estiloso Stewart en las magnéticas películas de Hollywood que con devoción engulló entonces y que con tanta displicencia solía tratar ahora, desde la nueva perspectiva del estrado. No obstante, hasta hacía tan solo unas semanas no se había atrevido a encargar a su sastre de confianza un traje de las características de los de sus más íntimos anhelos. *Hay ciertas excentricidades que solo los años pueden hacer que uno se permita*. En cierto modo su mente albergaba la recelosa idea de que vestir así podría suscitar una impresión contraria a la que él pretendía, que era causar en los otros, ya fueran mujeres (en un velado proyecto de flirteo) u hombres (para dejar claro que el cortejo no podía quedar en tablas) una admiración sin fisuras que redundara —aunque de esto tampoco era él del todo consciente— en una más favorable percepción de sí mismo. No quería parecer un farandulero o un petimetre; tampoco un inexperto Sinatra recién asesorado por sus benefactores. En realidad su idea era resultar sofisticado pero cabal.

Varias semanas atrás Alberto había pensado que una celebración en Madrid, en una lujosa mansión de La Moraleja, podría ser la circunstancia más apropiada para estrenar su nueva adquisición hecha a medida. Para las celebraciones en Segovia él solía recurrir a la chaqueta de pana o el jersey de cuello alto, que eran también prendas elegantes pero bastante más discretas *(como él mismo,* se reconocía dudoso de su acierto al llamar al sastre), y que rezumaban intelectualidad y una pizca de esnobismo *(como él mismo también,* se obligaba ahora a reconocer con resignación). Además, en estas celebraciones más provincianas a menudo se comían legumbres y carne a la brasa, y cierto tipo de urbanita distinción, más ligada al champán y al canapé, no parecía del todo compatible ni con los opíparos menús segovianos, ni con el castizo contexto que solía acompañarlos.

Era evidente que aquella noche Alberto estaba de muy buen humor: ajustándose los gemelos frente al espejo de la entrada, sacando

su ostentoso Audi del garaje, esperando en él a Sofía (rumbosos los dedos contra la piel del volante), que siempre tardaba tanto en arreglarse, bajando luego las ventanillas unos centímetros para evitar el atufamiento por la amalgama de perfumes que exhalaban los dos, conduciendo a ciento veinte exactos por la autovía, hablando sobre el mal gusto o la indiscreción de algún colega. Cuando se hizo un silencio entre ambos, tuvo tiempo para calibrar el tamaño de las esperanzas que tenía depositadas en aquella cena de fin del curso académico que este año se celebraba en casa del actual decano, don Alonso de la Hoz. Era probable que pudiera recabar más apoyos de los esperados para presentar su candidatura a rector. No lo entusiasmaba demasiado la idea de alejarse de la investigación por unos años, pero su necesidad de asumir el control, de sentir como factible la posibilidad de cambiar algunas cosas que, sin duda, se harían mejor *a su manera*, era un motor incluso más potente que el magnetismo de la erudición.

Supieron al llegar que, pese a la suave calidez de la noche de junio, la comida tendría lugar dentro, en el comedor de las enormes cristaleras que daba a la piscina. Esto contrarió a Alberto, que enseguida lamentó que Alonso diera más prioridad a exhibir su suntuaria mansión que al bienestar de sus invitados. Sin embargo, decidió guardarse para sí la indignación, ya que últimamente Sofía le ponía mala cara cada vez que lo escuchaba quejarse.

A un lado del caminito de acceso a la casa, sobre el césped, se apostaba solícita una señorita del cáterin a la que tuvieron que decir sus nombres. «Kaufman y esposa, Kaufman y esposa…», susurró ella mientras deslizaba su uña pintada de rojo por un papel lleno de trazos a ordenador. «Ah, sí. Aquí. Mesa 7. Bienvenidos». «Lo de la mesa es una excusa para pasar lista», le comentó Alberto a Sofía, que lo miró malhumorada al escucharle el primer comentario mordaz de la noche. «Yo ya ni siquiera recuerdo el número de la mesa, y de aquí a que nos pasen al comedor… ¡Ni que fuéramos gilipollas!». Sofía asintió distraída, mirando a su alrededor por si veía alguna cara conocida.

Antes de llegar a la piscina, ante el parterre del chalé, se levantaba un breve atril que sostenía unos folios de considerable gramaje escritos con letra impresa con aire de plumilla. *Entrantes varios: ajoblanco, caramelos de morcilla, croquetas de espinacas con piñones, delicias de roquefort y nueces, hojaldres de salmón, gambones en tempura con miel de caña… Primer plato: cóctel de marisco. Segundo plato: solomillo de kobe con patatas panadera y menestra de verduras. Postre: delicia de praliné al crocanti con salsa de higos.* Alberto suspiró aliviado y se giró hacia Sofía para decirle que suerte que su

intolerancia a la lactosa en esta ocasión solo lo llevaría a declinar el postre. Entonces descubrió que ella, discreta, se había zafado de su brazo y ya no estaba a su lado. Miró hacia su izquierda y la vio saludando a la mujer de un profesor del que no recordaba el nombre, amiga suya del instituto.

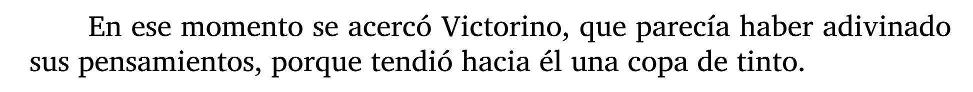
Se sirvieron los entrantes al amparo de una pérgola levantada entre dos abetos, a pocos metros de la piscina. Alberto estrechó tantas manos y golpeó afectuosamente tantos brazos que perdió la cuenta y acabó mezclando la identidad de las personas a las que había saludado y a las que aún no. Recordó la prestancia de su atuendo al ver las miradas subyugadas, sorprendidas, retadoras, de quienes se le acercaban, los evidentes cuchicheos de quienes se quedaban mirándolo al pasar; y en su fuero interno se alegró de que aquel traje funcionara como una especie de termómetro que le permitía calibrar con más certeza a los otros: su admiración, su envidia. Cuando amainaron los besos y abrazos protocolarios, Alberto volvió a acordarse de Sofía, que continuaba huida, retozona. Miró a su alrededor y la vio a lo lejos, acaparada por el ínclito empresario Castro. *Otra vez. Siempre lo mismo*, se dijo cabeceando hasta ir a posar la vista en la punta de sus lustrosos zapatos de charol. Por un instante el orgullo soterrado que lo embargaba dejó paso a un resquicio de vergüenza. Alarmado, volvió a alzar los ojos. Bien pensado era mejor que Federico Castro le hiciera de nuevo su estúpida corte a Sofía, que tener que andar preocupado toda la noche porque ella se encontrara sola o se sintiera desplazada en aquel ambiente en el que —ella siempre se lo echaba en cara— no acababa de encajar. Sofía llevaba un vestido negro ceñido y en su pecho titilaba un sobrio colgante de plata. Ahora, al verla de lejos, segura y sincera entre tanto excesivo maquillaje y ropajes coloridos, se arrepentía de haber pensado que Sofía esa noche no estaba a la altura de su esmerado esmoquin porque *ni siquiera llevaba tacones*. Giró la cabeza cuando una señorita del cáterin le llamaba la atención con su ínfimo timbre de voz, que era devorado casi por entero por el murmullo de la marabunta académica.

—¿Disculpe?

—Delicias de hojaldre al Pedro Ximénez, ¿quiere?

Alberto bajó los ojos hacia la bandejita que le ofrecía la sonriente muchacha.

—No —balbució—. Gracias. Pero si pudiera traerme algo de beber…


En ese momento se acercó Victorino, que parecía haber adivinado sus pensamientos, porque tendió hacia él una copa de tinto.

—Toma, que estás más seco que Daimiel.

—¡Mira por dónde! —exclamó sorprendido Alberto.

—Yo siempre miro por dónde: ahí está la clave de mi éxito —dijo el profesor guiñándole un ojo y alzando su copa, que contenía idéntico mejunje—: Brindemos, ¿no, Sinatra?

—Muy gracioso… —contestó Kaufman sin poder evitar ruborizarse al comprobar que su infundado temor se confirmaba—. ¿Y por qué el brindis?

—¡¿Que por qué?! Pues porque esta noche empezarán a cuajar tus ambiciones.

Alberto descendió la copa que había levantado ya, fingidamente entusiasta. Contrajo el gesto y bajó la voz:

—Shhh. Calla. Que todavía no lo he hecho público. Además, no hay nada seguro aún.

—¡¿Cómo que no?! Tú has nacido para escalar. El decanato fue tuyo en cuanto lo quisiste, a pesar de las guerras intestinas. De aquí a unos meses te veo agarrado al timón de la gran nave. A ti te espera ese despacho tan cuco que tiene el Lirón en cierto edificio egregio… Que te lo digo yo, don Albertucho. El Señor te tiene reservados los más excelsos designios.

—Joder, Victorino, habla más bajo. ¿Es que estás ya borracho? —Y mirando rápido el reloj—: ¡Que aún no son ni las diez y media!

Victorino esbozó una mueca infantil y se llevó la copa a los labios. Alberto lo imitó mientras miraba nervioso a su alrededor, como buscando algo que no acababa de encontrar.

—Esto es ribera, ¿no? —dijo sin mirarlo.

—¿Me hablas del vino?

—Claro. De qué si no. Es un ribera, no muy allá, pero decente.

—Yo de vinos no sé mucho, profesor Kaufman. Rioja o ribera, lo mismo me da. Lo importante es humedecer el gaznate, dar pábulo a la sacra tubería que conduce al éxtasis.

Sonrió guiado por la entonación de sus palabras, más que por su contenido, pero enseguida supo que debía localizar con urgencia a alguien que lo librara de aquel pelmazo. En ese momento y al mirar hacia uno de los laterales, donde no había ningún corrillo de invitados que parloteara y la vista le alcanzaba más allá de las recortadas tuyas y la cristalera de la casa, vio con sorpresa una mancha que se deslizaba veloz por el fondo de la piscina. En la velada luz del anochecer, distinguió con esfuerzo la figura confusa de una mujer. Cuando tragaba el último sorbo del vino, que sin darse cuenta había dejado estancado en su boca, la figura salió a la superficie y nadó con elegante cadencia hasta la escalerilla. Desde la espesa melena resbaló el agua espalda abajo y los avaros focos de luz subacuática le resaltaron el bronceado de los tersos muslos, el brillo inmaculado de las nalgas, mientras subía los tres blandos peldaños que la separaban del bordillo. Un poco más allá la esperaba un joven que sostenía una toalla. Después de secarse un poco, la misteriosa nadadora se puso allí mismo un vestido de lentejuelas y se calzó unos zapatos de tacón que le acercó el mismo muchacho.

—Alberto… ¡Alberto!

Kaufman se giró con sorpresa hacia Victorino y lo miró luego desde una abstraída lejanía, como volviendo de pronto de un lugar a mil leguas de aquel.

—¡Anda! —exclamó el profesor mirando de soslayo hacia la piscina y lanzando luego una mirada burlona a su distraído interlocutor—. ¡Si parece que nuestro intelectual sigue teniendo sangre en las venas!

En ese momento se acercó al grupo la doctora Miralles.

—¡¿Concha, qué tal?! —la saludó con cierta euforia Alberto, aliviado de evitarse la respuesta al comentario de Victorino.

—Sensacional, Alberto. Vienes impecable esta noche. ¿De qué hablabais?

—Pues ahora mismo de nada, porque el señor Kaufman estaba absorto en… menesteres no verbales, meramente contemplativos.

—¿En serio? ¿Cómo cuáles? —preguntó distraída la oronda doctora Miralles, más atenta a la trayectoria de las bandejas con comida del cáterin que a sus recientes interlocutores.

—No le hagas caso, Concha. Simplemente miraba la piscina.

—Claro. La cadencia del oleaje.

Cuando la profesora comprendió las sugerentes palabras de Victorino, cejó momentáneamente en su tarea de localizar viandas apetecibles y miró a Kaufman con mueca de burla. Al parecer, ella también se había percatado de aquella mujer en el agua.

—No pienses mal —se sintió obligado a decir Alberto—. Simplemente me ha resultado curioso que hubiera alguien bañándose. —Y buscando con rápidos ojos a la que acababa de calzarse los tacones y ya comenzaba a saludar a los invitados, añadió—: ¿Sabes quién es?

—¿En serio me lo preguntas? —le soltó Concha, mirándolo sorprendida.

—¿Por qué lo dices? —contestó Alberto pasándose una mano por su recién recortada barba en un gesto que traslucía vulnerabilidad y del que se arrepintió enseguida.

—¿Pues por qué va a ser? ¡Porque lo sabe todo el mundo!

—No digas eso, Concha, que sin ir más lejos don Alberto está en ascuas… Y paradójicamente es el más interesado en conocer.

Kaufman miró molesto a Victorino, pero no le dio tiempo ni a lanzarle una invectiva rápida.

—Es Alida, Alida Espejo —contestó Concha. Y añadió bajando teatralmente la voz—: La novia de nuestro anfitrión.

Se hizo un silencio de varios segundos durante el que Victorino y Concha miraron a Alberto expectantes. Sus rostros traslucían una mezcla de curiosidad y burla que logró indignar al profesor. ¿Qué estaban infiriendo aquellos dos idiotas de su distraída e inofensiva mirada a la piscina? Fuera lo que fuese, aquello lo colocaba, a él y desde luego a Sofía, en una posición muy delicada. En cualquier caso, si dejaba a un lado su momentánea indignación, aquella noticia le parecía sorprendente: De la Hoz con novia, con *aquella novia*, era lo último que habría imaginado; así que decidió exteriorizar exclusivamente aquella primitiva impresión:

—¿En serio? ¡¿La novia de don Alonso?! ¿Pero cuántos años se llevan?

—No me seas carca, Alberto. ¿Precisamente con esas me vienes?

¡Pues se llevan poco más que tú con Sofía!

—Eso mismo —apostilló la propia Concha, de pronto alineada en el bando del impertinente profesor—. ¿Y tu mujer, por cierto? Hoy no la he visto.

—Lógico. Pues adivina… Está donde siempre. Nadie me la acapara mejor ni con más efectividad que él.

—Supongo que hablas de Fede Castro.

—De quién si no. Yo me fío de ella, desde luego, además de por sus virtudes, que son innegables, porque él es ciertamente…

—Ejem, Alberto, ejem.

—Eso, ejem —apostilló Concha la apreciación de Victorino.

—Ya, claro. Él tiene fama de…, pero… Ahora en serio: hoy Sofía tiene un asunto importante que tratar con él.

—¿De veras? ¿Y qué asunto grave iba a tener que tratar una mujer inteligente como Sofía con semejante lechuguino?

—¡Cállate, Vito! —susurró la doctora Miralles dándole un codazo al profesor y mirando divertida a Alberto.

—Pues mira por dónde, Sofía ha empezado a escribir un libro.

—¿En serio?

—Ajá. Una novela.

—¡Anda, Alberto, lo que tú no serás capaz de escribir en tu vida!

—Desde luego, Vito. Lo mismo que tú. ¡Eso hay que asumirlo!

—Si ya decía yo que Sofía era mucha mujer… Toda una intelectual, no como nosotros.

—Pero a ella le viene esta inquietud de largo ya. Poemas y cuentos sé yo que escribe desde siempre en las horas muertas del trabajo.

—Estos funcionarios…

—¡A nosotros nos vas a contar! —respondió confiado Alberto a

Vito, incluyéndolo con astucia en el insulto.

—Eso mismo: a vosotros. Por mí no habléis, que yo en la facultad trabajo más que una esclava en Guiza.

—¡Menos será, exagerada! —Y añade volcando un pulgar sobre Kaufman—: Este caballero trabaja más que tú seguro. A ver, don Alberto, háblanos de tu último artículo.

El catedrático permaneció en silencio unos instantes, dudando si Victorino estaba realmente interesado en escuchar su respuesta o simplemente le estaba dando carrete para soltar luego su chanza de rigor. Presintió que, en efecto, iba a burlarse de él de nuevo, y por eso decidió no responder. Pasaron unos segundos, dio un sorbo a la renovada copa de vino que acababa de ofrecerle una camarera. Se hizo entre los tres el silencio. Alberto sintió latir contra sus sienes su orgullo académico seguido de un acuciante afán por compartir. Un instante antes de hablar miró a la inocente Concha y se convenció enseguida de que era una grosería no responder.

—Pues la verdad es que… —empezó a decir titubeante—. ¿En serio os interesa?

—Venga, ¡si estás deseando contarnos!

Y Alberto, obviando una vez más la camaradería dañina de su interlocutor, habló largo y tendido sobre la poesía polaca actual y sus guiños al cine escandinavo de finales de los sesenta.

—Bueno, hombre… Como diría mi buen amigo Max Estrella, tampoco hay que ponerse estupendos —soltó Victorino cinco minutos después, claramente arrepentido de haber dado coba a su compañero.

En ese momento se sumó al grupo Godoy, un joven crítico de cine que impartía clases en la Facultad de Ciencias de la Información. Hasta ahora la buena posición de su familia no había logrado poner en tela de juicio sus méritos propios en la universidad pública.

—Si no es mucha indiscreción, ¿puedo saber de qué estabais hablando? —dijo con un hilo de voz—. Es que vengo huyendo de aquel grupo de allí porque acaban de denostar el cine de Kim Ki-duk.

—Pues de aquí es posible que acabes huyendo por otros motivos… Alberto estaba hablándonos largo y tendido sobre sus cosas. ¿Qué opinas tú del cine escandinavo de mediados de los sesenta?

—¿De quién hablaríamos? —preguntó entusiasmado—. ¿De Widerberg, Sjöman y esa gente?

—¡No! ¡No sigas!

—Mejor sería decir que no empiece, ¿no? —dijo Alberto, sinceramente alegre por la llegada del joven Godoy—. Sí, me refiero a ellos. Hay algunos poetas polacos que…

—¡Venga ya! ¡Callaos de una vez! —soltó de pronto Victorino. Y girándose hacia la doctora Miralles, añadió—: Vámonos tú y yo a la piscina a marcarnos unos sensuales largos para regocijo de Alberto.

Kaufman, dirigiéndose al recién llegado, buscando en él una complicidad que sin duda facilitaría la admiración que este en silencio le profesaba, dijo:

—Como ves, Vito es experto en fingir interés por temas eruditos para luego dejarte en la estacada. Hace preguntas capciosas para enseguida echarte en cara lo pedante que eres respondiendo. Además, hoy solo le interesa el chismorreo.

—En cualquier caso, don Victorino, tiene usted que reconocer que don Alberto tiene la rara virtud de parecer sencillo hasta cuando habla de los temas más peregrinos —apuntó el joven Godoy, al tanto para tender siempre un capote a su admirado catedrático.

—¿Ah, sí? ¿Y también te parece campechano cuando decide vestirse como un mafioso en la boda de Connie Corleone?

Todos le rieron la gracia a Victorino, y este, seguro de sí mismo y acusando las copas de más que llevaba ya encima, prosiguió:

—Joven Godoy, todavía tienes que desembarazarte de tu propensión al clientelismo. Kaufman no quiere acólitos: se conforma con una cohorte de esclavos. Además, tú no debes nada a nadie. De hecho, vales más que nosotros tres juntos, así que déjate de sandeces. Cuando este señor —señalando de nuevo con un desdeñoso índice a Alberto— se pone estupendo, no hay dios que lo aguante y punto.

—Está bien, está bien… Nada de cineastas ni de poetas, ¿de acuerdo? Haya paz —dijo el aludido metiéndose derrotado en la trinchera que él mismo acababa de cavarse—. Voy a llenar esta copa de algo que no sea vino y cuando vuelva prometo iniciar con vosotros una conversación de lo más desenfadado.

—No vas a saber.

—Verás cómo me las ingenio. ¿Os traigo algo de la barra?

Ninguno lo escuchó ya. Vito acababa de meterse con la corbata del joven crítico Godoy y Concha estaba pendiente de ambos para salir al quite en cualquier momento y evitar que los comentarios de Vito enfadasen a su neófito interlocutor.

Alberto se giró, suspiró aliviado, y de camino a por la bebida decidió que no volvería a acercarse a aquel grupo en toda la noche. Ya había comprobado repetidamente que el propio alcohol era lo único que podía ayudarlo a tolerar a un Victorino beodo, pero aquella noche el viejo profesor se había acercado a él demasiado pronto y lo había sorprendido con la guardia baja. Después de dudar un poco sobre adónde debía encaminar sus pasos, visualizó al fondo una especie de cabañita de mimbre engalanada con intermitentes luces azules. Se dirigió a ella lo más recto posible mientras apuraba el culo de vino que le quedaba en la copa. *Quizá es un rioja*. Pero hacia la mitad del trayecto sintió en su brazo la fuerza repentina de una inesperada presilla; por su determinación, reconoció al dueño de aquella mano.

—¡Evohé, Niseo! ¿Vienes a mi casa, huésped querido, y ni me buscas con la mirada, ni me diriges la palabra, ni me agradeces la abundante bebida o las refinadas viandas?

Alberto sonrió sincero ante la peculiar grandilocuencia de su amigo De la Hoz, catedrático de Griego Clásico. Le estrechó su recia mano con efusividad. A él sí podría perdonarle cualquier burla, ebrio o sobrio; incluso las alusivas a su traje.

—Una velada estupenda, Alonso.

—¿En serio? —Y retirándose de él y mirándolo de arriba abajo—: ¿Y esto? Menuda planta. ¡Estás hecho un dandi! Qué te iba yo a decir… Ah, sí, adivina: nuestra querida Sofía está con el señor Castro.

—Ya.

—¿Ya dices? Pues permanece vigilante. No por ella, desde luego, sino por él, que tiene fama de *playboy*. Dicen por ahí que vive con tres novias.

—No creo que a Sofía le interese formar parte de ese harén.

Alonso lo miró con una ceja alzada y luego hizo con la boca una

mueca que lo mismo podía significar risa que espanto.

—Llevas razón. En realidad estaban hablando de una novela que se trae ella entre manos. Por cierto que la he visto guapísima… Y me parece que acaba de encontrar editor, porque desde luego él se ha manifestado dispuesto a hablar con el comité editorial de Hemisferio en cuanto ella le pase el manuscrito. He escuchado que piensa ambientarla en una casa que hay en Sintra, ¿no? Bellísima ciudad. Yo estuve hace unos cuantos veranos en el Palácio da Pena. Buena gente los portugueses, ¿eh? Y grandes intelectuales. Tanto o más que los franceses, que son los que siempre se llevan la fama. Aunque donde nos pongamos los españoles, *confer* Cervantes. Y hablando del maestro, ¿qué me dices de esa maravilla que es mucho más que una novelita en la maleta de una gran novela?

También estaba ya acostumbrado Alberto a los repentinos giros conversacionales del profesor De la Hoz.

—¿Te refieres a *El curioso impertinente?* —respondió en cuanto encajó el abrupto viraje.

—*Ecco!* Te lo decía porque uno de mis becarios está indagando en la tradición helenística de la figura del cornudo consentidor, que en puridad no es el mismo tipo que el del cornudo contento. Uno puede saber que es engañado muy a su pesar, ¿no te parece?

Alberto hizo lo posible por mitigar su sobresalto al ver que se acercaba a ellos la mujer de la piscina. Al llegar junto a Alonso, introdujo su escurridizo brazo en el hueco que él dejaba al apoyar las manos en la cintura. El profesor se había girado un poco antes de sentir su tacto, justo al preguntarse qué había en su retaguardia que le había transformado la cara a su interlocutor.

—Ah, cariño… —dijo al verla—. ¡Pero si estás mojada!

—Eso es porque acabo de hacer unos largos.

—¡Cómo no! ¡Y con los invitados ya aquí! Desde luego, haces siempre lo que quieres. —Y mirando de nuevo a Alberto y moviendo a ambos lados la cabeza, pero sin ocultar un dejo de orgullo en la voz, remachó—: Hace siempre lo que quiere.

—Ojalá tuviéramos nosotros su arrojo —dijo Alberto, y la miró acogedoramente a los ojos hasta que lo atenazó una imprevista timidez que le hizo desviar su propia mirada en el último instante, cuando fue a estrecharle la mano—. Alberto Kaufman. Encantado,

señorita…

—Alida —dijo ella acercándole enseguida la mejilla para un beso.

—Un placer.

Y al retirarse fue a mirarla de nuevo y vio con sobresalto que Alida ya lo estaba mirando a él, esta vez con una mueca diferente, como de extrañado reconocimiento. De pronto su gesto parecía traslucir una complicidad rápidamente adquirida, y sus ojos verdes, realzados por la piel morena y el pelo negro y mojado que los enmarcaba, se mantuvieron fijos en él hasta que Alberto vio que si no desviaba la mirada iba a caerse hacia atrás, empujado por la acción de una invisible fuerza que parecía manar de ella. Kaufman atribuyó al vino aquella sensación, y al alzar su copa vacía recordó que quería rellenarla.

—Voy un momento a… —dijo torpemente, señalando el cristal.

—Bueno, hombre, te esperamos —le dijo Alonso, campechano—. No tardes, que quiero hablarte de un proyecto serio.

—No tardo. ¿Bebéis algo vosotros? —balbució Alberto.

—Sí, por favor —contestó ella con una vocecita que le costó trabajo escuchar—. Un vermú.

—Eso está hecho —le replicó, y se sintió estúpido al recordarse por un momento al bueno de Bud Stamper en la adolescente fiesta de *Esplendor en la hierba*. Pero seguro que su recién conocida Dennie Loomis no lo escogería a él para ir a magrearse frente a una cascada.

Solo al alejarse de aquella mujer fue consciente, por contraste, de su zozobra. Le temblaban las manos y sentía brotar y deslizarse el sudor espalda abajo, empapándole la almidonada camisa, su chaqueta de idiota. Cuando notó que en las rodillas le faltaban las fuerzas y que iba a tener que detenerse un momento para tomar aire, se recriminó su torpe actitud, acorde sin duda con la de esos galanes de Hollywood a los que se había propuesto emular aquella noche, incluido el golfo Warren Beatty. Antes de dirigirse a la barra fue a los aseos, y bajo el grifo, ante los envolventes espejos que multiplicaban su imagen, se convenció de que a partir de ahora era preciso renunciar a todo comportamiento estereotipado. La fiesta era una selva y el león no podía permitirse gilipolleces.

Cuando regresaba junto a Alida con un vaso de ponche y otro de

vermú, vio en la distancia, entre la gente, que Alonso ya no estaba junto a ella. Alberto no supo si aquello habría de intensificar lo absurdo de su comportamiento con la mujer o, por el contrario, habría de mitigarlo, pues ahora podía sentirse libre de la presencia de un incómodo juez y parte. Fugazmente pensó que su amigo podría haberse sentido molesto por la manera abrupta en que la llegada de su reciente novia había cortado la conversación entre ambos, pero enseguida miró a su alrededor y lo vio a no mucha distancia, acaparado por el vicerrector y su esposa, que sin duda habían reclamado su presencia tan solo un instante antes. Alida, sin embargo, seguía allí, en el mismo sitio en que la había dejado, esperándolo a él y su bebida. Entretanto hablaba con un señor mayor que Alberto no conocía ni siquiera de vista. Ella se tomó la licencia de hacer las presentaciones mientras le cogía a Alberto de sus manos torpes la bebida y le susurraba «gracias».

El caballero aquel se llamaba de una manera tan anodina que Kaufman enseguida olvidó apellido y nombre, pero sí recordó luego, a las tantas de la madrugada, ya en su cama, sin poder dormirse, que era miembro de la Real Academia de la Historia. Este caballero anónimo enseguida fue reclamado por una señora mayor, esposa de algún alto cargo del ayuntamiento, que en ese momento se aproximó a él para decirle que ella era «amante de José Bonaparte», a quien este sujeto había dedicado prolijos estudios.

—Y con la edad que debe de tener, hasta de Carlomagno —le susurró Alida a Alberto por romper el hielo, aproximándosele al marcharse el académico.

Él rio sincero porque no esperaba el comentario, pero su proximidad lo turbó enseguida y, muy serio, comenzó a darle compulsivos sorbos a su vasito de ponche. Instintivamente miró hacia donde había dejado a Victorino y Concha, y quedó tranquilo al ver que no le habían seguido el rastro y que ahora departían alegremente con Godoy y una becaria nueva. Volvió la vista hacia Alida porque pensó que podría resultar maleducado si no lo hacía en breve. Ella de nuevo lo miraba con extraña fijeza desde su incómodo silencio.

—Nunca antes habíamos coincidido, ¿no? —le dijo para evitar que se prolongara la tensión entre ambos.

—No, eso creo. Supongo que me acordaría si… —dijo ella interrumpiéndose aposta al ir a darle un sorbo al vermú mientras le miraba el traje de arriba abajo.

—Ya —dijo él al darse cuenta de que se refería a su indumentaria —. Pero no creas que yo voy así de diario. Esto ha sido un capricho. El sueño de una noche de… casi verano.

Volvió a darle un sorbo al ponche, y luego otro, y otro más. Le molestaba ahora el cuello de la camisa, demasiado rígido, y la pajarita le parecía una mano de acero que lo estrangulaba. Bajó la mirada hasta el suelo y pensó abiertamente que eran ridículos sus zapatos de charol.

—Eso espero —dijo al cabo—, que no vayas así vestido a clase. Ahora en serio: Alonso habla maravillas de ti.

—Somos buenos amigos. Precisamente por eso me extraña tanto no haber sabido antes nada de ti. De hecho, pensé que después de enviudar, a Alonso no le había quedado el alma para más complicaciones.

Mencionó el alma en lugar del cuerpo porque lo que sí sabía era que el cuerpo sí lo atendía bastante bien, y que todos los primeros jueves del mes hacía una cena en su casa en la que se comía en abundancia y se disfrutaba de compañía femenina religiosamente pagada por el anfitrión. Por eso desde que Alberto se casó con Sofía había evitado ir a aquellas cenas, o si había ido a alguna había procurado marcharse a los postres.

—Nos conocimos hace solo unos meses, en Río. Durante un congreso mundial de semiótica.

—¿Eres de aquí? Española me refiero.

—Sí. Salamanquesa.

—Ah —exclamó protocolario, aunque al oír aquello le fue imposible no pensar en el reptil.

—Lo preguntas por el nombre, ¿no? Es griego. Me lo pusieron por Alida Valli.

—Magnífica actriz. Pero no. Te lo preguntaba por tus ojos. Supongo que sabes que son…

Alberto se detuvo y calló, asustado de los adjetivos que se le pasaban por la cabeza. Entonces se hizo un silencio extraño que Kaufman aprovechó para volcarse en el gaznate lo que quedaba de ponche en su vaso. Cuando abrió sus párpados, que instintivamente

había cerrado al beber, ella ya no estaba allí.

La buscó por el jardín, en la piscina, en el salón principal. No la vio tampoco durante la cena, que engulló sin hambre, en silencio, francamente a disgusto con los comensales con los que lo habían sentado. Fede y Vito manejaron los hilos de todas las conversaciones y él se sintió extraviado todo el tiempo, incapaz de encontrar el momento o las palabras para lograr apoyos para su candidatura a rector, a pesar de las instigadoras miradas de Victorino. Se refugió toda la noche tras las copas que los camareros, diligentes, le iban llenando de distintos vinos que casaban con los platos que le ponían por delante. Habló poco con Sofía, que parecía divertida con las bromas de Castro y que se mostraba hostil cada vez que se giraba hacia él, a todas luces abortando una reprimenda por verlo taciturno y bebiendo tanto. Alberto, en silencio, estaba sorprendido de notarse echando de menos a una extraña, *pero qué extraña*. El sitio de ella, junto a Alonso, permaneció dolorosamente vacío durante el resto de la velada, y este le contestó con evasivas cuando Kaufman abiertamente le preguntó por ella. Entonces el catedrático lo obligó a sentarse a su lado y a fumarse un cigarro mientras departían acerca de los personajes de *esa extraordinaria obrita* que Cervantes incluyó en el *Quijote*.

—¿Qué tal con Fede Castro, cielo? —le dijo a su mujer ya en el coche, de vuelta a casa, confinado al asiento del copiloto por las copas de más—. Has estado hablando con él casi toda la noche.

—Es un pesado, ya lo sabes. Pero está interesado en leer mi novela. Y eso que todavía no la he empezado. Qué idiotez, ¿verdad? Es absurdo interesarse tanto por una historia que aún no está escrita. No sé por qué se me ha ocurrido decirle que estaba trabajando en un libro. Para quitármelo del medio le he dicho que me interesan las editoriales independientes. Y en serio lo digo, porque para publicar en esa feria que preside…

—Tal vez lo que de veras le interesaba eras tú, más tangible y rotunda que tu historia.

Sofía se giró hacia él remolona, concentrada en la conducción:

—Qué dices. Es demasiado viejo… O, pensándolo bien, la vieja soy yo.

—No te confundas, Sofía. No hay edad para los intereses que son atávicos. Algunas etapas son más propicias, pero al final nos

conformamos con lo que tenemos. Todos los seres humanos queremos sexo. Hombres y mujeres. Ten eso siempre en cuenta.

Sofía calló, fijó la vista en la carretera y al cabo esbozó una sonrisa que Alberto pudo vislumbrar entre la penumbra anaranjada del cuadro de mandos. Entonces se hizo entre ambos un silencio nuevo, oscuro y denso como una ciénaga.

DOS

Después de examinar durante casi una hora los abigarrados anaqueles de la librería Bertrand, en pleno Chiado lisboeta, encuentro un par de libros que tratan sobre Regaleira y que sin duda no hallaría en la mucho más organizada Fnac de Madrid. Por un instante pienso que puede ser un error comprarlos en portugués, pero ojeo algunos párrafos y me convenzo enseguida de que las ideas interesantes traspasan las barreras del idioma. La librería es un largo pasillo que, tras ensancharse en sucesivas salas oblongas, desemboca recto, ya encauzado, contra un espejo que calca el espacio. La distribución me recuerda a la de la perversa biblioteca de la abadía de Melk, que tan airosamente recorrió el astuto Baskerville. Pago con tarjeta los libros mientras lamento la asepsia de estos tiempos, que todo lo convierten en franquicia.

Me dirijo a la boca de metro que hay en la misma placita, frente al café A Brasileira. Mientras la escalera automática me sumerge con trote cansino en el subsuelo de la ciudad, dedico una cómplice mirada a la broncínea estatua de Pessoa que ocupa uno de los veladores.

Me adormilo con el cansino trote del vagón, y cuando salgo por la boca de metro frente a la plaza de toros y sus moscovitas remates, sé que estoy cerca de mi hotel. Hambrienta y cansada de patear cuestas, andenes, avenidas, al llegar me ilusiono con la cena que incluye mi estancia aquí en régimen de media pensión.

Cerca de diez minutos me quedo mirando recelosa la densa crema de color verde —guisantes, judías verdes, puede que calabacín— que me ponen delante sin preguntarme primero (yo jamás habría deseado algo con este aspecto). *«Este é o menu do dia, senhorita»,* me dice una camarera vestida con falda y corbata cuando le pido explicaciones acerca de aquel mejunje. Y reiteradamente niega con la cabeza cuando le pregunto por *otro* primer plato. Una ensalada no habría estado mal. Cuando entiendo que no me queda otra opción que comerme aquello, hundo los seis picatostes que flotan en el humeante líquido verdoso y pruebo a llevármelos a la boca antes de que se reblandezcan hasta ponerse babosos. Pienso que hace demasiado calor para comer algo tan caliente, y en el fondo estoy cabreada con la idea de que el menú del hotel sea dictatorial, que no quepa elección alguna por parte de los comensales: ni dos, ni tres, mucho menos cinco *a elegir*, o carta siquiera. La crema de verduras resulta estar rica. Por eso al apurar mi plato miro con ojos más benévolos el *frango com batatas* que también de forma dictatorial me ponen por delante. Mientras espero el postre

(aquí sí puedo elegir: «salada de banana e ananás», digo sin dudarlo al recordar el tropical feudo luso de las Madeira), miro a mi alrededor, donde varias familias de civilizados niños rubios se complacen en un educado tintín de tenedores y cucharas que sus susurros no ensombrecen.

A nadie más que a mí parece molestar esta cena intempestiva aún con el sol azotando la balconada, la piscina, la alameda un poco más abajo. Mi orgullo de española, de viajera anquilosada y prejuiciosa, me vela adrede el hecho de que en el fondo he cenado con hambre, y que la comida a aquella hora me ha sabido más deliciosa que muchas cenas a las once de la noche sola en la cocina, con Alberto distante, inexistente, dando cuenta, en su despacho, del sándwich que yo le llevo.

Al llegar a mi habitación me tumbo en el firme e innecesariamente amplio colchón de látex mientras pruebo a telefonearlo de nuevo. No está en casa o no lo coge. Y su móvil sigue «apagado o fuera de cobertura». No puedo evitar sentir un creciente enfado ante la posibilidad de que esté ocioso. Si no me ha acompañado a aquel viaje por culpa del trabajo, ¿dónde está ahora? ¿Trabajando dónde? Por las tardes la facultad está cerrada ahora en verano, lo mismo que la biblioteca pública. Una vez más intento diluirme en lo inmediato para poner coto a mis inferencias personales, a menudo infundadas y siempre lesivas. Cojo entonces del escritorio el plano de Sintra que compré la semana pasada en Segovia, y lo despliego con un esmero que sin duda no sabré imitar al plegarlo. Lo miro y trazo en él con un bolígrafo el itinerario que quiero recorrer. Los viajes de la literatura son siempre interiores y logran tornar voluntades, tambalear cimientos. Por eso es tan necesario poner en movimiento a los personajes: como las peonzas (en obedientes círculos de intrigante duración), o como los coches teledirigidos (el narrador tiene el mando, pero tarda en cogerle el tacto a las maniobras). Los personajes estáticos son idiotas. Por un momento me siento como una terrorista afincada en un piso franco, y me apetece cruzar el plano con los temblorosos trazos del recorrido en automóvil de algún mandatario. Me levanto, descorro la gruesa cortina y me acuerdo entonces de Dallas y de Lee Harvey Oswald, y por eso alzo la palma izquierda y la ahueco y con la derecha pulso un ficticio gatillo que hace que la invisible bala impacte en la cabeza de un chulo de playa que espera a su chica apoyado en el capó de un Toyota Corolla.

Saco mi ordenador portátil y lo coloco sobre el pequeño escritorio que hay junto a la ventana. Abro una de sus puertecitas laterales y descubro un minibar. Hago la vista gorda a mis prejuicios al respecto

—en realidad son los de Alberto: «El minibar es para los borrachos, para los desgraciados que van a los hoteles solos y no tienen ni para una puta»—, y saco de él una botellita de *whisky* y uno de los vasos anchos que reposan bocabajo con el filo sobre una servilletita de papel. Antes del alcohol echo dentro dos cubitos de hielo de un pequeño congelador que es en realidad un cajoncito sobre la nevera. *Estos portugueses compensan sus cenas espartanas con la magnificencia de la práctica neverita de la habitación,* pienso con gratitud.

Yo no suelo beber *whisky*, pero esta vez me apetece descarrilar un poco. Le doy al botón de encendido de mi portátil y decido esperar a que arranque asomada de nuevo a la ventana del hotel, mientras escucho crepitar los hielos contra el templado brebaje. Me entretengo mirando los vehículos del aparcamiento, la piscina de la terraza del primer piso (una morena enjuta, un maromo de casi dos metros pulcramente musculado: españoles seguro, por la hora. Miro el reloj: las once menos cinco ya). De pronto escucho un ruido atronador, ligeramente amortiguado por el doble acristalamiento del ventanal. Durante la noche me arrepentiré de no haber traído conmigo los tapones que uso en casa por los ronquidos de Alberto, pues sin duda aquel estruendo se repetiría infalible cada hora. Miro hacia arriba y veo un avión que crece ante mis ojos hasta encandilármelos con las parpadeantes luces bajo sus alas. El morro galopa enfilado hacia mi ventana, cerca, cada vez más. Pero en el último instante el aparato me muestra su panza metálica, que sobrevuela con pesadez el edificio mientras engulle precisa las ruedas del aparato. El aeropuerto queda a dos kilómetros, menos quizá. Y los aviones siguen tomando altura al llegar a mi ventana. No lo había recordado hasta este momento: en el instante de confirmar la reserva por internet, había pensado que el ruido podría ser un inconveniente.

Mi portátil ya debe de estar en marcha, pero caigo en la cuenta de que lo he encendido de forma mecánica, tal vez en busca de un gesto cotidiano al que sujetarme, y ahora no me apetece sentarme delante de él. El alcohol y el estruendo me han acelerado el corazón, han crispado mis dedos en la cortina.

De pronto siento ganas de nadar, de unirme a la pareja de españoles que se bañan en la iluminada piscina, olvidados del mundo y su imperio, y puede que también del horario oficial de las instalaciones. Apuro la copa de un trago y saco el bikini de la maleta; lo he traído por si acaso, tras echarle un vistazo al equipamiento del hotel. En el ascensor me cruzo con la pareja, que ya va de regreso a su habitación. Me he equivocado: son italianos. Hace un poco de calor y mucha humedad, y los frondosos jardines que enmarcan la piscina no

logran frenar el olor a gran ciudad. Pero hay quietud y silencio. Al llegar al filo dejo caer hasta el suelo la toalla con la que me envuelvo, y me tiro de cabeza contra el rectángulo azul.

Cuando estoy bajo el agua —dos, tres, cuatro brazadas—, noto la realidad mullida, más plástica y porosa, que me inventa el alcohol. Entonces veo a Alberto lanzarse a la piscina de don Alonso vestido con su ridículo esmoquin. Su boca tiembla entre flotantes copas de vino mientras repite el nombre de ella. Alida, dice, como un antiguo vate conjurando. Alida. Alida. A-li-da. Pero la mujer, hecha sirena, su pelo de algas, su cuerpo de escamas, se diluye en el agua. Alberto nada extraviado entre las copas, braceando torpe en un agua cada vez más densa, hasta que se hunde con sus lustrosos zapatos de charol y su pesado traje impoluto, que de pronto es un fardo, un ancla que lo confina al fondo. Sigo buceando. Una brazada más, dos, tres. Salgo a la superficie y nado deprisa hasta una de las esquinas, donde me aposto para respirar. La cabeza me da vueltas, jadeo. El aire de la noche ya no me reconforta. Apoyo los codos contra el bordillo y hago palanca hasta que el agua me llega a la altura del esternón. Respiro. Cierro los ojos y ahora el profesor Kaufman, seco, confiado, arrogante, sube al estrado. Soy yo esa chica —tan joven, tan pretenciosa— que lo mira arrobada desde las butacas. Tomo notas, apunto dudas, vuelvo a mirarlo: sus manos largas, sus gafas de pasta. La voz envolvente, segura. La conferencia es para mí, imagino. Alberto. Alberto. Alberto. Mi boca repite en silencio su nombre, queriendo convocarlo, hacerlo mío. Al-ber-to. Entonces (ahora sí) me mira un instante (silencio) y tomo conciencia de mi poder. Mírame. Mírame. Mírame. Soy centrípeta: espiral, agujero. Pero él ya no me mira. Cuando acaba la conferencia me busca, lo noto, pero yo ya me he marchado. Al verme en el pasillo enarca una ceja, aguarda prudente a que me acerque. Sofía. Encantado. Alberto. Ya sé, profesor Kaufman. Un honor. He leído todos sus estudios. Le pregunto una duda que en realidad no tengo, me deja su número de teléfono, me promete un café. Al día siguiente me llama, nos vemos: libros, películas. Una semana, dos. Vuelve a Segovia, quiere verme. Cena, vino. Vino. Entra en casa, me empuja contra la pared, me besa, follamos. Mierda, Sofía, mierda, dice. El divorcio, el dolor, sus hijos. Abro los ojos. Respiro. Y nado por la superficie —una brazada, dos, tres—. Me aposto en el extremo opuesto. Te quiero, Sofía. Jadeo. Levanto la barbilla, abro los ojos al cielo y contemplo la ruidosa panza de un enorme pájaro metálico que rasga en dos la noche. Sacudo la cabeza, como recién despierta de un sueño inquieto. Joder. Esta piscina no era tan turbia desde la habitación.

Regreso arriba, bebo agua y me doy una demorada ducha caliente

que me saca del cuerpo el húmedo frescor de la noche, que me simplifica y diluye la nebulosa etílica. Me pongo el albornoz que hay tras la puerta. Me cepillo el pelo, miro el móvil: nada. Mejor así, momentáneamente distanciados en todos los sentidos posibles (espacio, tiempo). Lejos para descubrir si nos hacemos falta, si nos somos prescindibles, incluso reemplazables. Decido apagar el teléfono para evitar la tentación de silenciarlo tan solo y esclavizarme mirándolo cien veces.

Ahora miro la piscina de nuevo desde arriba, pero como ya no es la misma de antes, vuelvo a acordarme de aquella mujer. Alida Espejo, qué nombre tan estúpido. Me lo dijo Fede, Fede Castro. Me dijo tantas cosas aquella noche… Y Alberto hablando con ella, sudoroso, y luego buscándola desesperado. Me niego a aceptar que son celos la mano invisible que me aprieta el cuello: en este hartazgo no puede arraigar nada solemne o paranoico.

Me siento ante el ordenador (la sonora materialidad del ratón y las teclas son lo contrario a una estéril especulación), pero descubro que no tengo internet. Llamo a recepción para preguntar por la clave del wifi. «Espirito santo 21», me dice una voz amable. Las musas. Una señal. Abro el navegador. Dudo un instante. Hago clic en *Favoritos* y accedo a la web de la Quinta da Regaleira. Vuelvo a leer las biografías de los artífices de la mansión: el excéntrico António Augusto Carvalho Monteiro y el arquitecto Luigi Manini. Siento vértigo ante el mapa de aquel lugar aún desconocido para mí. Miro el plano en la pantalla con detenimiento. Recorro los caminos de los jardines con el ratón. Dirijo con él el cursor, que es una mano curiosa que quiere agarrar el mapa a cada paso. Arrastrar, aprehender. Luego selecciono la lupa y amplío y amplío y amplío hasta que la imagen se *pixela*.

TRES

El sol de la limpia mañana de abril entra por el amplio ventanal que se abre en una de las paredes de la biblioteca y los lomos de los volúmenes apilados refulgen como si la pátina de los años los hubiera vuelto nacarados. António Augusto lee en su sillón de terciopelo rojo un libro de gruesas pastas. Es un atlas antiguo. «Malta, Siracusa, Creta, Nicosia, Jaffa, Limasol». Su dedo, blanco, esbelto, se mueve certero sobre el papel. Sus labios, que son una fina línea entre su recortada barba negra, tiemblan pronunciando como un mantra aquellos nombres. Unos golpes firmes y secos contra la puerta cerrada lo sacan de su viaje de papel por un Mediterráneo aún primitivo.

—Adelante.

Enseguida gira el pomo de la puerta y entra Aldo, el mayordomo, que se cuadra disciplinado ante su señor.

—Ha llegado el señor Luigi Manini, don António. Espera abajo, en el vestíbulo.

António Augusto levanta la vista del mapa un instante y mira al criado con resignación para luego volver al mapa. Aunque intenta que no le afecte el anuncio de la llegada de Manini, nota cómo cierta inquietud toma forma en su interior, y sabe que, aunque se esfuerce, ya no podrá volver al estado de concentración en que estaba. El potente sol que entraba por la ventana va perdiendo fuerza contra la pared.

—Pues que suba y pase —dice sin levantar la vista del papel—. ¿Desde cuándo necesita ser anunciado aquí? Él sabe que esta es también su casa.

Aldo asiente dócil, inclina ligeramente hacia delante el torso y se retira sin dar la espalda a su señor. Cuando baja las escaleras escucha el insistente sonido de una nota en el piano. Manini levanta la vista al notar al criado al pie del último escalón, y alza entonces su dedo índice de la tecla más aguda del instrumento. Se ha quitado el guante izquierdo y sostiene en la mano derecha su sombrero de copa; del brazo le cuelga un gabán oscuro.

—Suba usted si es tan amable. Don António lo espera en la biblioteca.

Después de darle al criado el abrigo, el sombrero y los guantes,

Luigi sube ligero los escalones, saltándolos de dos en dos. A partir del primer rellano, su ascenso se hace más pausado y su mano repasa la maciza baranda de madera mientras sigue a ciegas cada curva de la pulida y flexible caoba. Carraspea tenso un par de veces antes de llamar a la puerta, que Aldo ha dejado entornada. Asoma la cabeza por el breve hueco.

—Disculpe la interrupción, señor Monteiro. ¿Se puede?

Abre del todo y ve a António Augusto, como tantas otras veces, sentado en su sillón predilecto con un gran libro en el regazo. Él lo mira atento, se quita unas pequeñas lentes y enseguida dibuja en su rostro una sonrisa amplia y sincera.

—Manini… Loco. ¿Qué es de ti? —dice circunspecto, como es habitual en él, pero trasluciendo en la voz cierta emoción. Deja el mamotreto geográfico sobre la mesita a su lado y enseguida se acerca a su amigo con los brazos abiertos; Luigi corresponde con cierta efusión al envarado abrazo de António—. Llevo semanas sin saber de ti. ¡No me has escrito! ¿Qué tal el viaje?

—No lo sé, António, no lo sé… Extraño. Muy extraño.

—¿Extraño? ¿A qué te refieres? —le dice separándose de él un poco para ver si ha de alarmarse por el gesto que acompaña a sus palabras; pero en el último momento finge desinterés y le da la espalda a Luigi.

—No lo sé exactamente… —le contesta mientras sigue a António hasta el centro de la habitación, donde este le señala un sillón gemelo al que él ocupaba. Manini se sienta en él con familiaridad—. Tenemos tiempo de hablarlo, ¿no?

—¡Desde luego!

António permanece en pie mirándolo todavía.

—Tienes mal aspecto, amigo —le suelta al rato—. ¿Una copa de *brandy?*

—Una copa de *brandy* —contesta Luigi ignorando la descortés apreciación de su amigo.

António se dirige hacia un secreter cubierto por una persiana abombada. Al alzarla quedan al descubierto algunos legajos, una caja de latón con estilográficas, varias botellas y frascos y un par de copas.

—Yo he traído unos habanos. Me los ha dado don Manuel —dice Luigi desde el sillón mientras se retira una solapa de la levita, de cuyo bolsillo interno extrae dos cigarros puros—. Son excelentes.

—Ya supongo. ¡Hagamos entonces un desayuno de hombres!

António se acerca con las copas. Luigi se levanta, le coge una a su amigo, le tiende el cigarro; guillotinan los habanos, los prenden. A los dos minutos ambos beben y fuman sentados y en silencio. Luigi carraspea y apura de un trago su copa. De pronto se levanta como activado por un resorte y pide permiso al anfitrión para llenar de nuevo su vaso; este asiente de forma imperceptible. Manini acude al secreter y se sirve más licor. A través de la ventana ve mecerse, acompasados, los árboles del jardín bajo el ahora encapotado cielo de la caprichosa mañana de primavera.

—¿Han llegado ya los tamarindos? Desde aquí no puedo verlos.

—Llegan el viernes. Tamarindos, palmeras, jacarandas y secuoyas.

—¿Secuoyas? ¿También del Brasil?

—El buque salió de Río ayer por la mañana.

Entonces Luigi se gira hacia él, que permanece en el sillón dándole la espalda, y añade:

—¿Cuántos barcos has fletado tan solo para los jardines?

—Con este, tres.

—Dios santo, António. Eres tan… escandaloso. Algún día tendrás que parar. Por la hambruna de tu patria, a la que tanto dices que estimas, y por ti mismo. Esta casa acabará ganándote la partida.

—Como a ti, ¿no? Y qué importa ya, Luigi. Esta casa es mi vida. Y en la propia vida hay que dejarse el alma. Además, a los parias de mi patria sabes bien que los atiendo de sobra.

—La caridad es el mejor antídoto contra el remordimiento de quien la prodiga: el destinatario del gesto es una simple herramienta que proporciona al dispensador la certeza de que es una buena persona.

—Buena frase… Pero hablemos si quieres de Jesucristo.

—No. Conozco de sobra tus bazas.

—Entonces siéntate a mi lado y cuéntame sobre tu viaje. Me has dejado en ascuas.

Luigi suspira y vuelve al sillón. Al sentarse mira de reojo el viejo atlas que consultaba su amigo cuando él entró.

—¿Qué buscabas ahí? —le pregunta señalando el libro con la barbilla—. ¿Es una nueva adquisición? Parece valioso.

—Sí, es nuevo. Nuevo para mí, claro. Y sí, es muy valioso: del siglo XVI. No buscaba en él nada en concreto. Me dejaba llevar tan solo. Hace tiempo que arribé a Ítaca. No busca quien ya no pretende encontrar.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? ¿Porque ya encontraste?

António lo mira irónico:

—Sabes bien que nunca hay respuestas. Existen tan solo preguntas. Esta casa que hemos hecho es un enorme interrogante, un inmenso interrogante en piedra. No es la respuesta a nada, amigo. Ni tan siquiera a tus bocetos o mis libros. Esta tierra también es una incógnita, la tierra terrible que se asoma temeraria al mar que la acantila, como si la amenazara antes de engullirla. Esta casa y esta tierra son tangible reflejo de nuestras vidas.

Luigi contempla confuso a su amigo, que tiene la vista perdida en algún lugar de sus ideas.

—La soledad te vuelve filósofo —le dice al rato—. ¿Dónde está Perpétua?

—En Lagos da Beira, con sus primas. Sabes que pasa allí la primavera. Su frágil complexión requiere clima seco y campo.

—Deberías haberla acompañado. Es tu deber. Además, así me habrías ahorrado bajar a buscarte.

—¿Y eso?, ¿no estabas en Lisboa?

—Estaba en Buçaco.

—¿En Buçaco?

—Ahora te cuento. No cambies de tema. Es tu esposa, António. Y en Lagos está tu tierra, no aquí. Antes erais inseparables. ¿Qué ha pasado? Y yo que pensé que toda esta casa era un gesto de amor hacia

ella…

—¿Hacia ella? Esas cosas solo pasan en la literatura. Esta casa fue solo un reto personal, y poéticamente hablando, en todo caso, un humilde gesto de amor a mi amada patria y a mis excelsos orígenes.

Luigi niega tozudo con un rápido gesto de la cabeza.

—Los nobles vivís bajo el yugo de vuestra genealogía —dice brusco—. Me siento afortunado y libre, libérrimo, por venir de una familia discreta. Soy puro presente. Y todo en mí es potencia.

—¿En serio? —dice mostrando un interés que parece sincero—. Y cuéntame, ¿potencia de qué?

—Depende. De muchas cosas. Siento siempre todo por hacer. Nada está empezado. Y como consecuencia, nada acabará nunca.

—¿Y ahora mismo?

Luigi calla y duda, se yergue en su asiento. Moja nervioso en la copa la boquilla del cigarro.

—Ahora mismo… lo cierto es que necesito el favor de un amigo.

Ambos quedan en silencio. António Augusto, sorprendido de la vulnerabilidad que de pronto le nota a Luigi, arquea escéptico las cejas, pero al ver su gesto de desamparo, descarta la idea de ponerse en guardia.

—Será la primera vez que me pides algo así.

—Y espero que la última.

António permanece un rato mirando con gravedad a su amigo. Inquieto, se levanta del sillón, se sirve otra copa, le llena a Luigi la suya. Echa un vistazo distraído por la ventana y ve caer las primeras gotas de lluvia. Vuelve a sentarse. Atiza con gesto nervioso al otro, invitándolo a seguir hablando, pero Manini calla y fija su mirada ausente en la renovada copa que toma entre las manos. Entonces António repasa, indiscreto, los signos de la edad en su amigo: las canas que empiezan a salpicarle el pelo cortado a cepillo, las recortadas patillas, el bigote, que ya no luce tan recto y vistoso como meses antes, cuando parecía el penacho de gala de un triunfador. Además su cara es más enjuta, y ahora tiene sombras de palpable angustia bajo los ojos; le cruzan las sienes azuladas culebras. Sin

embargo, la elegancia sigue teniéndola intacta: está un poco más delgado, pero conserva ese aire de dandi sin impostura, natural, como si la distinción fuera en él un sello de nacimiento.

—Qué pasa —dice aséptico, al cabo de un silencio ya insoportable —. Cuéntame, amigo Manini.

Luigi lo mira desconcertado, como si António acabara de traerlo a la fuerza de una ensoñación que se lo hubiera llevado un momento de aquel lugar. Lo mira y de pronto sus ojos verdes se vuelven oscuros y profundos.

—Creo que me he enamorado.

António lo mira con los ojos muy abiertos. Enseguida esboza una sonrisa que le distiende todos los músculos de la cara.

—Vaya… Esto sí que es lo último que esperaba escuchar. El hombre de hielo se nos hace agua. ¿Pero qué pasa entonces? ¿Qué hay de malo?, ¿a qué esa cara? ¿Acaso sufres?

—Ella está casada… Claro que sufro.

Una sutilísima mueca de contrariedad ensombrece un instante el rostro de António.

—Vaya, Manini. Para una vez que te enamoras, ha de ser a la manera de un tonto poeta romántico. Cuidado, que esas cuitas lo destrozan a uno. Ahora entiendo las mellas en tu semblante. ¿Pero has entablado ya… una relación íntima con ella?

Manini mira sorprendido a su amigo. Atribuye al alcohol su descaro.

—Te ruborizas —añade.

—Claro que me ruborizo. Eres muy descarado.

—¿Descarado? Sencillamente me propongo entender si tu atormentado amor es consecuencia del desenfreno venéreo, o por el contrario tiene firmes cimientos.

Manini carraspea confuso.

—Más bien lo segundo.

—Viene la historia de largo, entonces.

—Sí. La conocí en Londres.

—Desde luego no has perdido el tiempo en tu viaje.

—He tenido espacio para todo.

—Suele pasar cuando se frecuenta la vida en sociedad —dice con cierta ironía en su voz. Y añade reticente—: Intuyo que no hemos avanzado mucho en nuestro proyecto si lo más reseñable que me traes de tierras inglesas es tu sentimiento hacia una mujer prohibida que te ha trastornado. ¿Cómo has visto al rey?

—Lo siento. Llevas razón. Debería haberte informado de eso primero.

António Augusto asiente ahora fingiendo desinterés. Intenta restar importancia al desafortunado proceder de su amigo, a quien en realidad supo siempre despreocupado por la causa que a él le quitaba el sueño. Cuando lo mandó a Inglaterra tuvo claro que confiaba su proyecto a un mercenario, no a un colega.

—Don Manuel está conforme con todo —le explica Manini—. Me acordaba de la recepción que se celebró en Buçaco, cuando acabamos el proyecto del palacio. Su padre me lo presentó entonces, no como el delfín, claro, porque ese era su hermano. ¿Quién podría haber adivinado entonces lo de aquellos cruentos asesinatos? Es buena persona, y extremadamente culto. Me dijo que ahora estaba preparando un exhaustivo estudio de literatura portuguesa. Quizá sea ese el problema. He hablado largo rato con él en privado, y me dice que entiende nuestra postura, así como el sentir de una gran parte de los portugueses, pero que a él le falta el arrojo... y la ilusión. Que Portugal es ya republicana y que hay que aceptar la voluntad del pueblo. Que ya ha perdonado a los asesinos de su padre y su hermano. Es un hombre fácil de admirar y querer, pero a mí me parece más un intelectual que un rey. De todos modos ha aceptado leer los documentos que le he llevado. Sabe de ti y de los nuestros, de la resistencia que estamos organizando, y promete que estudiará nuestros proyectos. Nos enviará su respuesta en un mes. Pero no me fui de allí muy convencido… Se ha casado con una princesa alemana. Viven bien: entre fiestas y recepciones. Tiene todo el tiempo del mundo para leer y escribir, que parece que es lo que lo satisface.

Cuando Luigi acaba de hablar ve a António empalidecido. Al rato el anfitrión contrae repentinamente el gesto y exclama iracundo:

—¡Acabáramos, el futuro de nuestra nación en manos de un

poeta!

—Yo por eso desconfío. No creo que valga para lo que queremos que el destino lo llame.

António se levanta con violencia y se acerca al secreter, sobre el que apoya dubitativo las palmas de las manos, sin acabar de decidirse a abrirlo otra vez y llenar de nuevo los vasos.

—Tendría que haber hecho yo ese viaje —dice severo.

—No habrías conseguido de él mucho más que yo. Además, yo tenía un pretexto… Y la familia real ya me había tratado. Tu celebridad y falta de discreción te habrían puesto en un punto de mira embarazoso. De mí, en cambio, de un artista, nadie sospecha. Nuestros viajes tienen siempre un marchamo de expansión y aprendizaje. En cambio, un millonario filántropo como tú siempre es sospechoso de viajar para mover fichas de calado.

—No, si llevas razón. De todos modos, podría haber ido contigo. Como tu mecenas. Habría sido creíble que quisiera observar de cerca los fructíferos viajes de mi ahijado artístico.

—No lo sé, António, tal vez. Pero el rey no es quien tú crees. Y lo peor de todo: tampoco es la persona que tú necesitas…, que esta tierra necesita.

António suspira y finalmente regresa a su sillón con la copa vacía; mira a Luigi, que permanece expectante; suspira de nuevo y, resignado, se deja caer en el asiento.

—Dices la verdad, amigo —asevera sintiéndose de pronto muy cansado—. Que te hayas enamorado durante el viaje es mucho más interesante que el motivo que te llevó a la Gran Bretaña. Cuéntame… ¿De quién se trata?, ¿cómo fue?

Luigi lo mira intrigado, probando a adivinar si es hartazgo o enfado la causa del equívoco dejo que nota en su voz. Las pupilas de Manini se dilatan hasta que parecen dos bocas de pozo con las que se propone engullir a su interlocutor. António se extraña de aquella mirada profunda, que no recuerda haberle visto nunca a su amigo.

—La conocí durante un baile en mi segunda noche allí. Es hija del embajador de Filipinas en Londres. Y está casada con un magnate del petróleo. Nos miramos un segundo y supimos reconocernos. Luego tuvimos la certeza de que separarnos iba a ser ya imposible.

—¿Cómo que imposible?

—La he traído conmigo.

Ahora es António el que abre unos ojos ciclópeos.

—¡No!

—Sí.

—¿Y cómo ha podido ser? ¿Ella ha abandonado a su esposo, o tú la has raptado?

Luigi sonríe con labios amargos.

—En puridad, ninguna de ambas. Su esposo viaja mucho: pasa la mitad del año en Oriente Medio, inmerso en negociaciones para la construcción de oleoductos. Ella le pidió permiso para instalarse por un mes en el hotel de Buçaco. Le dijo que estaba muy interesada en conocer mi obra. Especialmente aquel hotel tan distinguido en el que se habían alojado algunas de sus mejores amigas. Vino acompañada de

dos doncellas y bajo la supervisión de Casius, su secretario personal.

António mira angustiado a su amigo, le toma la copa de las manos y esta vez sí alberga el firme propósito de llenar de nuevo ambas hasta arriba. Sin embargo, le falta la decisión para levantarse.

—¡Santo Dios, Luigi! Es una mujer poderosa… Y no es tuya. Me da igual lo que te diga tu corazón. El corazón no cuenta. Ni la alcoba. No es tuya, no es tuya. ¿Os alojáis juntos en el hotel? ¡Entonces ya has injuriado su matrimonio!

—No nos alojamos juntos. —Y nerviosísimo, muy vulnerable, añade—: Y sí, la he gozado. Más de una vez. ¡Pero es que ella me ama!

—¡¿Que te ama?! ¡Diablos, Manini! ¿Y cuándo se marcha?

Luigi suspira profundo y sus ojos vuelven a ensancharse hasta que parecen dos planetas oscuros gravitando en torno a Monteiro.

—No. No se marcha. No se va a marchar.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes. Que no se va a marchar. Se queda conmigo.

Ahora sí se levanta António, con las copas en las manos, y quebrándosele la voz dice, grita casi:

—¡Pero eso es un secuestro!

—Me da igual lo que sea. La amo. Nos amamos.

—Habrás de batirte en duelo. Los ricos quieren eso. Magnates o duques, lo mismo da. Todos querrán verte muerto. Manini, por favor… ¡Tú no has empuñado una pistola en tu vida!

António suelta las copas vacías, se acerca al cenicero y coge de él el cigarro. Camina un rato por la biblioteca describiendo imprecisos círculos cada vez más estrechos, dándole al puro profundas caladas. Se detiene y tose y carraspea nervioso.

—¿Y cuál es exactamente el favor que me pides?

La voz de Manini tiembla al cabo de un silencio:

—Necesito que la alojes aquí, en Regaleira. Ella tenía mucho interés en ver el trabajo del que más orgulloso me siento. Le dije que

tú eras mi amigo.

António entorna los ojos hasta hacer de ellos una línea.

—¿Y deseáis pasar aquí unos días?

—Unos días sí, solo los necesarios. Pero no se trata de lo que deseamos… Es la única opción posible. Durante un tiempo. Hasta que se solucione todo. Pretendo hablar con el marido, abolir el matrimonio —dice levantándose también del sillón, quizá para subrayar con el gesto la seguridad que intenta insuflarse con sus torpes palabras—. No lo sé…

—Quieres secuestrarla en mi casa.

—¡No!

Y ante el silencio de su anfitrión, precisa:

—No es eso, António.

—Sí lo es. Dejémonos de rodeos. Tú me pides que dé refugio a una mujer adúltera a espaldas de su esposo. Delito gravísimo, y máxime conociendo mis escrúpulos al respecto.

—Pero sabiendo asimismo de tu magnanimidad. Y de la estima que sé que me profesas, que espero que haga decantar tu balanza moral de mi lado.

António suspira y sigue caminando en torpes círculos por la habitación. Se detiene, da una calada más al cigarro.

—Me pones en la encrucijada. A un amigo no se le hace esto.

—Lo sé, António. Estoy desesperado… ¡Mírame!

No lo mira. Contemplando la tormenta a través de la ventana dice:

—Renuncia a ella.

—¡Imposible!

Se gira violento.

—¡Tú eres idiota! —le suelta.

Entonces se acaricia el pelo y la recortada barba. Mueve la cabeza y de pronto se encamina a grandes zancadas hacia la puerta. Cuando sale de la biblioteca, Luigi suspira y entorna los ojos. En un instante se siente envejecer varios años. Al cabo de cinco minutos, entra de nuevo en la estancia el anfitrión; lo sigue, a no mucha distancia, el fiel Aldo.

—¿Dónde está esa mujer? —le suelta con desprecio a Luigi desde el umbral—. ¿En Buçaco aún?

Manini tarda en reaccionar. Ilumina su semblante la intuición de la esperanza.

—No, si ella ya está aquí… en Sintra. Esta mañana hemos venido juntos en la diligencia. Se aloja en la Casa das Campainhas.

Monteiro mira a Aldo, que asiente seguro y se marcha de la habitación. Ya a solas de nuevo con Manini, António baja la voz:

—Y quienes la acompañan, ¿son de confianza?

—Su secretario, no. Digamos que actúa como su marido en funciones.

—¿En serio? Esperemos que no en todas sus funciones, que para mancilla le sobra y le basta la tuya.

A Luigi lo alivia el sarcasmo de su amigo: aunque cruel, es una forma de humorismo. Monteiro prosigue rápido:

—De cualquier manera, Aldo se encargará de ir a recogerla. ¿Ella está al tanto de tu decisión, o eres tú más déspota que su esposo?

—Me insulta la duda, António. Nosotros lo hemos hablado ya todo. Y hemos sabido enseguida que no había una solución mejor que esta.

—Pues decidido entonces. Que venga. Pero tú te instalarás en una alcoba aparte: soy católico convencido y respeto profundamente la institución matrimonial.

Luigi, tembloroso, húmedos los ojos, se arrodilla a los pies de António.

—¿Qué haces? ¡Eres bobo! Pareces un imbécil… Lo que he dicho: un héroe romántico. ¡Levántate! Esa actitud te afemina y te denigra.

Luigi se alza turbado. António prosigue:

—¡Nunca has escuchado a nadie! Pero una cosa te digo, amigo Manini, y te hablo muy en serio: si este incidente llega a oídos de don Manuel, que llegará si, como parece, la mujer a quien amas es esposa de un amigo; si esta vergüenza llega a oídos del rey antes de que él tome una decisión con respecto al futuro de nuestro país, juro que ordeno que te maten. Y tú sabes bien que tengo potestad y agallas para eso.

Luigi lo mira de hito en hito, ya en pie, desde su altura levemente superior a la de su amigo.

—Agradezco tu ayuda. Y la acepto porque no tengo otra salida. Pero me defrauda saber que cualquier cosa está por encima de nuestra amistad.

—¿Cualquier cosa? ¡Se trata de la historia de mi país, del futuro de mi familia! Yo soy el hijo de Melusina. Mis antepasados fueron los reyes de Chipre. Se trata de una causa superior a la que estoy llamado, una cuestión de honor. Pero, claro, ¡qué poco sabes tú de esas cosas!

—¡Ya se evidenció otra vez el yugo de la genealogía!

—¡Es verdad! Había olvidado que el afortunado eras tú, puro presente. Y que todo en ti es potencia.

Manini esboza una mueca terrible. Prosigue airoso António Augusto:

—Desde luego, de momento has sido capaz de ponerme en jaque. ¡Ya veremos cómo acaba esta partida!

Manini carraspea incómodo, se da media vuelta y se encamina hacia la puerta.

—Me marcho.

—No, quédate. Ya ha ido Aldo en busca del cochero. Le he dicho que ha de preguntar por la huéspeda inglesa. La traerá hasta aquí.

—Prefiero irme.

—Como quieras… pero no te enfades conmigo, Luigi. No olvides que acabo de hacerte un favor.

—Lo sé, António, lo sé. Y no lo olvidaré.

Ambos se miran estáticos, severos, desafiantes.

—Nos vemos entonces esta tarde a las cinco, para cenar luego de que se instale ella, ¿te parece? Por cierto, no me has dicho cómo se llama.

—Minerva. Minerva Rosenbaum.

—¿Rosenbaum? No me suena.

—Es su apellido de soltera. Ya no pertenece a su marido.

—Eso lo dices tú, amigo Manini. Ahora date prisa y ve con ella. Me gustará enseñarle esta tarde nuestra casa.

Con una sonrisa agria, costosa, postiza, masculla:

—Desde luego que sí, António. Será agradable.

—Lo será, sin duda. En el fondo todo lo es, ¿no? —Y sonriendo dilatadamente, como no lo ha hecho hasta ahora, añade—: Además… me muero de ganas de ver qué mujer ha sido capaz de volverte un necio.

CUATRO

De: *Alberto Kaufman <kaufal54@filcomplut.com>*

Para: *<espal87@filcomplut.com>*

Fecha: *25 de junio de 2015, 18:52*

Asunto: *¿Sigues siendo «mortal y rosa»?*

Amiga Alida:

No sé si me recuerdas… Nos conocimos en casa de Alonso el pasado día 13, durante la cena de celebración del final del curso académico. Al menos fue allí donde nos presentaron, porque lo cierto es que apenas tuvimos tiempo de conocernos. Cuando quise darme cuenta, ya no estabas; y cuando desapareciste lo hiciste para toda la noche. Desde entonces (casi quince días ya) no he podido dejar de preguntarme si fui yo quien de alguna manera propició tu… ¿huida? No me juzgues egocéntrico por intuirme la causa de lo que ocurrió: solamente barajo con inquietud esa posibilidad, ya que es la única de la que podría sentirme de algún modo el responsable. Por eso después de haber reflexionado sobre este asunto, te escribo para pedirte alguna explicación que me deje más tranquilo.

Confieso que he buscado tu dirección de correo en internet. Disculpa la licencia que me tomo en estos tiempos en los que, por desgracia, la vida privada está siempre tan expuesta. También en la red me he enterado de que, al menos durante el próximo curso, seremos compañeros, si no de departamento, al menos sí de facultad, y que precisamente por eso compartimos dominio electrónico. Ahora sé que la relación que te une a Alonso es profesional además de sentimental, y eso sin duda fortalece el vínculo que mantenéis. Él es, sin duda, el mejor apoyo que podrás encontrar en los escollos de tu tesis. No te arrepentirás de haber pedido el traslado de expediente desde Salamanca (de esto también he tenido noticias a través de internet: disculpa una vez más).

También le he preguntado por ti a Alonso, pero se muestra bastante hermético en todo lo que a ti respecta; supongo que es su manera de preservarte, de gozar de tu trato como en un santuario. Durante la cena en su casa excusó tu abrupta ausencia diciéndome que sufrías migrañas. Sin embargo, yo no percibí dolor alguno en tu rostro durante el rato en que hablamos. Más bien al contrario: te vi relajada, exultante, feliz. Por eso me extraña tanto que te marcharas a causa de alguna dolencia, y en cambio he pensado que pudiste molestarte por el comentario que hice acerca de tus ojos…

Si en efecto fue así, te pido disculpas. En aquel momento solo constaté verbalmente la emoción de la belleza que vi en ti, y me arriesgué a intentar poseerla, quise hacerla mía mediante la palabra. Y pienso que por eso huiste de mí. Pero no temas: mi afán no es erótico. Thomas Mann dijo que «aquel que ha contemplado la belleza está condenado a seducirla o morir». Sin embargo yo no voy a colocarme en esa perniciosa liza: me tengo aún por joven para la muerte, y considero fuera de lugar el seducirte. Créeme que en absoluto menosprecio el resto en ti (lo que no son tus hipnóticos ojos), pero estarás de acuerdo conmigo en que aún sabemos muy poco el uno del otro. No pienses por mis palabras aquello de excusatio non petita, accusatio manifesta, *porque no creo que esté dándote más explicaciones de las necesarias. De todas formas, no puedo negar que haces que me arme un lío en mis razonamientos.*

Acabo pronto. Agradecería poder confiar en que no dirás a Alonso nada sobre este mensaje. No quisiera comprometerte, pero tampoco me gustaría que me comprometieras tú a mí. Si te detienes a analizarlas por un instante, seguro que entiendes que digo estas palabras desde un inofensivo y cándido deseo de sinceridad. Nunca antes había sentido tanto interés en hablarle con urgencia a alguien. De todos modos, disculpa de antemano si mi mensaje te parece ofensivo. Si, por el contrario, lo aceptas como lo que es (el testimonio de un corazón espontáneo y diáfano), espero y deseo que podamos vernos algún día para un café amistoso que me ayude a comprobar que, en efecto, no eres una sombra y tienes, como diría el poeta Salinas, que tan bien supo desenvolverse en estos terrenos tan delicados, «un color, una fecha, un pecho, un sol». De ahora en adelante prometo refrenar mis desmedidos impulsos de verbalización y explorar esa tercera vía que no contemplaba Mann en su célebre frase.

Saludos expectantes,

Alberto Kaufman Guerrero. Catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Especialista en crítica literaria y cinematográfica. Facultad de Filología de la Universidad Complutense.

Cuando Alberto acabó de leer el correo, se quitó las gafas de cerca y se pellizcó la nariz a la altura de las comisuras de los ojos mientras los entornaba. Luego volvió a ponérselas y releyó el mensaje dos, tres veces. Corrigió aquí, añadió acá, expurgó más adelante. Volvió a leerlo tres, cuatro, cinco veces más. Se remangó la camisa al notarse el cuello y la espalda empapados de sudor. El calor en aquel edificio se había vuelto insoportable. Lamentó la pila de exámenes que aún le quedaban por corregir, las interminables horas de tutoría despachando a alumnos ineptos. De todos modos, en contra de lo que él solía hacer para ajustarse escrupulosamente a su sentido de la moralidad

académica, había decidido dejarse libre parte de la tarde y encargar a uno de sus becarios la corrección de un tercio de los exámenes finales. En ese espacio de tiempo libre que había conseguido, se había propuesto escribirle a Alida después de varios días de silenciosa diatriba interior.

El pulso se le aceleró antes de poner la flecha del ratón sobre la pestaña *Enviar*, y después de presionar el botón izquierdo había sentido un gélido fuego de relajación. Pero enseguida, cuando fue a releer de nuevo el mensaje, se alarmó al ver que lo había enviado con el escandaloso membrete de su cargo en la universidad. *Sin duda,* pensó decepcionado, *esa parafernalia bajo mi nombre resta fuerza a mis sinceras y esmeradas palabras*.

Decidió no darle más vueltas al asunto y, aún eufórico por su atrevimiento, permaneció con la vista fija en la pantalla del ordenador hasta que acabó viéndola borrosa. Sin embargo, poco a poco, a medida que se calmaba, fue notando el interno resquemor del arrepentimiento. Cuando notó que le faltaba el aire, se levantó con una angustia que lo empujaba a no estarse quieto, y buscó en el bolsillo de su chaqueta su cigarrillo electrónico; se quedó mirándolo un instante hasta que con determinación lo tiró a la papelera. Necesitaba tabaco en serio. Bajó a la cafetería, compró un paquete y salió a fumar a la puerta principal del edificio de la Facultad de Filología. Se apostó a un lado de la fachada, con la parte alta de la espalda y el talón de uno de sus zapatos apoyados contra el desnudo ladrillo. El silencio —la mayor parte de los profesores y bedeles habían iniciado ya sus vacaciones y no había allí fuera nadie a quien dar conversación— y el calor —incrementado por el cemento recientemente vertido por medio campus— tuvieron el turbador efecto de volcar a Alberto más hacia adentro, de arrojarlo de lleno contra todos los monstruos que había latentes en él. Se maldijo entre dientes por no estar al margen de todo aquel asunto para poder verlo desde una perspectiva más realista, y tiró a medias el tercer cigarrillo antes de volver a entrar en el edificio.

Al llegar al despacho, cerró de un portazo y abrió el correo con la obsesiva intención de releer de nuevo el mensaje ya enviado en busca de algún lapsus objetivamente grave. Esta vez lo repasó atentamente, más atentamente que todas las veces anteriores, con un interés desmedido que barría la pantalla con las pupilas y que le hizo ignorar a su becario cuando este entró sin llamar y le dijo que ya se marchaba, que se llevaba a casa los exámenes que todavía le quedaban por corregir. Cuando lo releyó tres, cuatro veces más, tuvo claro que el problema de su mensaje era, precisamente, la ausencia de una

finalidad en él. Su correo le parecía ahora un pretencioso fuego artificial: un huero estruendo seguido de luces cuyo único sentido era la sorpresa, el asombro del destinatario, y aunque al fin y al cabo eso ya era una intención, ahora se preguntaba si de veras era necesario haberle expuesto a Alida sus sentimientos de aquella manera. Aquel mensaje los comprometía a ambos y los llevaba a un callejón sin salida donde el siguiente paso era imposible o estúpido. Y luego estaba Sofía. En el fondo sentía que todo aquello, sus propios sentimientos, su inquietud desde aquel sábado en casa de Alonso, era ya el inicio de una grave traición a Sofía que podría llegar a culminar en una vergonzante infidelidad que él de ningún modo deseaba.

Cuando la conoció en aquel congreso —hacía seis años ya—, no había opuesto demasiada resistencia a los desconcertantes sentimientos que en poco tiempo habían ido creciendo en él con fuerza. El coste que supuso la renuncia a un matrimonio ya agotado y a dos hijos casi mayores de edad fue más sencillo de asumir de lo que imaginaba, y enseguida supo que la conmiseración era un sentimiento débil y pasajero. Más le había costado perder su casa en el barrio de Salamanca, que era en realidad su fortaleza de lectura y cine, pero en su momento juzgó inevitable el traslado a Segovia: por estar más cerca de su *flamante Sofía*, por poner algunos kilómetros de distancia entre su pasado y la nueva vida a la que tan valientemente se estaba arrojando. En todo caso, la culpa y la vergüenza (había abandonado a su familia por una mujer veinte años menor que él) aún no las había amortizado, y lo acompañarían seguro como una rémora hasta su muerte, pues la bajeza moral tarda en desvanecerse más tiempo que el propio recuerdo de lo que un día se consideró como tal.

Por eso precisamente ahora, desde el tenue alivio de la distancia, lamentaba volver a sentirse atraído por una mujer joven, aún más joven que la propia Sofía. Por lo que había averiguado, la diferencia de edad entre Sofía y Alida no era de más de cinco años, pero enseguida vio en su cálculo un pueril consuelo: él sabía que la edad era aquí lo de menos, que lo peor de todo era que de nuevo lo ponía la vida contra las cuerdas del engaño y la elección, ante la coyuntura de apostar por uno mismo o sacrificarse por el otro. Cabeceó dos veces todavía ante la pantalla, aturdido, cansado, alerta; y al rato decidió apagar el equipo y marcharse a casa.

Bajó las escaleras hasta la calle. Localizó su Audi en el aparcamiento. Había un autobús en la parada, un grupo de estudiantes tras su examen final. La boca de metro, el claxon de un coche. El cinturón de seguridad. *Alida.* Conectó el GPS. Calculando… A-6 dirección Segovia. La radio: políticos corruptos. Alberto cabeceó

enfadado y accionó con soltura los mandos del volante. *Rigoletto*, «La donna è mobile». Una sonrisa cruel. *Alida*. Chasqueó la lengua, suspiró profundo y sacudió la cara. «¡Ya basta!», exclamó crispado, y su voz retumbó, solitaria y ridícula, en la hermética cabina del coche.

Entró en Segovia pensando en lo breve que se le había hecho el viaje, y aparcó en el *parking* subterráneo donde tenía plaza. Siempre le sentaba bien el paseo de diez minutos hasta llegar a casa, porque lo ayudaba a despejarse del aire viciado del coche y a desentumecer las piernas del viaje. Pero al pasar junto a la imponente arcada del Acueducto y saberse cerca de su casa y de Sofía, ya bajo las primeras luces del anochecer sofocante, otra vez se descubrió pensando en Alida.

No, no, ¡no! Un paso, dos, tres. Dejo atrás el acueducto. Delante, la calle, peatonal, bulliciosa. Unos niños juegan a la pelota. Las madres beben tinto de verano y cerveza en las terrazas. El ruido del camión de la basura en una bocacalle próxima. El olor de un jazmín cercano. El sonido seco de mis zapatos contra la acera. La chaqueta, en el brazo, veraniega, liviana; el aire me seca el sudor del cuello y la camisa. Subo en ascensor hasta mi planta. La llave en la cerradura. Una vuelta (tac), otra vuelta (tac). Alida. Joder, ¡no!

—Hola, cielo.

La voz de Sofía le llegó lejana. Se dirigió al despacho de ella, donde la encontró frente a la pantalla de su portátil, despeinada y con las mejillas arreboladas. Vestía tan solo una fresca camiseta de tirantes. Por un momento a Alberto le pareció una extraña allí.

—Un segundo —le dijo ella con los ojos fijos en la pantalla, levantando un gracioso índice hacia el techo—, solo un segundo…

Alberto permaneció un rato apoyado contra una de las jambas de la puerta. La miró concentrándose totalmente en ella, bebiendo de su presencia y materialidad con una infinita sed de presente. Se preguntó si todavía la amaba.

—¡Ya!

Entonces Sofía se levantó de su asiento, se dirigió recelosa hacia él y le dio un rápido beso en los labios. Luego se retiró y lo miró con fijeza desde una cierta distancia.

—¿Qué tal la tarde? —añadió examinándolo ahora con un relajado mohín en la boca—. Pareces cansado.

—Lo estoy. Mucho.

—¿Vienes entonces conmigo a la ducha? —lo invitó al tiempo que le pidió paso para salir al pasillo con una actitud algo brusca.

Alberto iba a contestarle con alguna evasiva (necesitaba estar solo y pensar), pero ella añadió entonces de una forma aparentemente impremeditada:

—¿Sabes? Quiero ir a Sintra este verano. Necesito visitar la Quinta da Regaleira. Quiero empezar la novela en septiembre. Estoy muy ilusionada. ¿Te parece que vayamos?

Alberto se quedó un rato mirándola en silencio, masticando, cambiándose de lado a lado sus palabras sin atreverse a tragarlas o devolverlas, asustado de cómo a sus pies se desmoronaba todo el terreno que desde los últimos años había creído tan definitivo. Sintió que tardaba en contestar toda una vida, y que aun dándole una respuesta enseguida, jamás contestaría a todas las preguntas subyacentes a aquella, que en realidad era tan simple de contestar. Sofía, a su vez, lo miró con una mueca de extrañeza esbozada en la cara, intuyendo.

—Es que… Tengo mucho trabajo, mi vida. Y no creo que pueda acompañarte. Ve tú si tu novela te lo pide. De todas formas, ya lo hablaremos.

Ella acusó el golpe en silencio. Parpadeó dos veces y se dio la vuelta. Al entrar en el baño, echó el pestillo. Del otro lado, Alberto escuchó el sonido del agua en la ducha, que se prolongó durante más de media hora. *Necesito estar solo y pensar*, se dijo mientras encendía el ordenador de su despacho.

Sintió cómo se le aceleraba el corazón al escribir la contraseña de su correo y, cuando vio que en la bandeja de entrada había un mensaje nuevo, el sonido del imparable grifo bajo el que Sofía escondía su dolor al otro lado del tabique dejó de existir en su percepción del mundo.

CINCO

Llego a casa antes porque me debían un favor en el trabajo. Una compañera cubrirá mi turno el resto de la tarde y se encargará de fichar por mí a la hora del cierre de la biblioteca. Al abrir la puerta llega hasta mí un olor diferente, denso, dulzón, que no reconozco. Noto entonces cómo una vertiginosa cadena de asociaciones se dispara implacable en mi mente y me acelera el pulso. Mis pies se dirigen hasta la habitación cerrada del fondo del pasillo, sin concederme ni por un instante la posibilidad de elegir no querer saber y darme media vuelta para completar a ciegas esa parcela del puzle. Antes de llegar a la puerta, igual de rotundo y nítido que el olor al entrar, escucho un gemido femenino que ya no permite equívocos. Y entonces un escalofrío me cruza la espalda al mismo tiempo que noto el sudor cubriéndome la frente. De pronto ya no intuyo: sé que es *ella*. Y mi certeza es tal que casi puedo verla a través de la pared gimiendo bajo Alberto, el gesto acaparado por el placer del coito, ajeno por completo a cónyuges que llegan a casa antes de lo previsto. Pero a pesar de esta certeza que no necesita de los ojos para saber, una curiosidad primitiva que me empuja, arrolladora, me lleva a girar el pomo, a abrir la puerta.

Cuando mis pupilas se acostumbran a la penumbra cargada del olor dulzón de antes mezclado ahora con el más corruptor del sexo, la realidad se me va perfilando con creciente nitidez: una espalda brillante, unas piernas torneadas, unas manos presurosas. Alberto está tumbado en la cama, debajo (mi imaginación ha errado en la postura), sepultado por su fibroso cuerpo de nadadora; sé que él me mira, pero no distingo su cara (los ojos como cuevas, la boca tras un codo). Ella tarda en girarse, tal vez porque calibra la repercusión de lo que ocurre, o porque el sexo intempestivo la tiene aún cautiva. Pero cuando lo hace, cuando vuelve su cabeza despacio hacia mí, parsimoniosa (tímida o resignada), paralizada por el horror con el que se ve expulsada del placer furtivo, se esfuerza por mutar su todavía cercana mueca de placer en una cruel sonrisa que parece proponerme la aquiescencia, incluso que me acerque y participe.

«¡Corten!», grita el director. Miro desconcertada hacia el rincón del que procede la firme voz que ha gritado y leo en su silla Verhoeven. En ese instante el que dirige la escena se gira iracundo y me grita: «¡Fatal! ¡Apareces a destiempo y sin decisión! ¡Sal y vuelve a entrar!». Entonces un ruido estridente, fuera de campo, me saca de aquella habitación y me arroja de bruces contra las baldosas del pasillo. Fundido a negro.

Abro los ojos pero no logro identificar lo que veo. Miro a la izquierda y apago la insistente alarma del móvil sobre la mesita, que con su férreo anclaje a la realidad acota nuestro tiempo sin cordura. Tardo un rato más en reconocer la habitación del hotel. Todavía somnolienta, bajo al restaurante. Desayuno zumo de pomelo y café solo con huevos revueltos y cruasán mientras me lamento de los pastiches que me obligan a ingerir los pantagruélicos bufés libres de los hoteles. A pesar del café cargado y el estímulo de la comida a granel, no consigo deshacerme de la desazón de la pesadilla, y no es tanto por la angustia que me he traído de esa falsa vivencia, como por la constatación física (durante el sueño al menos lo ha sido) de una intuición hasta ese momento inconscientemente amordazada.

Vuelvo a mirar el móvil: ninguna llamada de Alberto. El reciente sueño agrava mi desencanto, que intento obviar para que no desemboque en una tristeza intolerable que me chafe las vacaciones. Para evitar la introspección que propicia la sobremesa de un desayuno en solitario, me levanto y acerco de nuevo mi taza a un gran termo metálico dispensador de un exquisito café brasileño que rara vez se encuentra en España, mucho menos en los bufés de los hoteles.

De nuevo en mi mesa, dando indolentes sorbos al café de cuando en cuando, pienso con distanciadora sorna que la escena de mi sueño la dirigía el realizador más vilipendiado por Alberto. Del cine de Paul Verhoeven siempre decía que era «evidente hasta la zafiedad, casi siempre trata al espectador como un niño bobo al que es no solo lícito, sino también necesario engañar con todos los giros de guion que estén al alcance de su mano de trilero». El recuerdo de sus sentenciosas palabras ahora me hace el café carioca más placentero: yo, como verdadera directora, arquitecta suprema de mi sueño, he logrado esta noche relegar al meticuloso, al esteta, al remilgado doctor Kaufman al papel de un pelele Michael Douglas bajo el yugo de la impredecible Stone y su picahielos.

Prolongo el desayuno hasta que veo a unas camareras preparando las mesas del fondo para el almuerzo. Alquilo un coche porque no quiero depender de horarios fijos para salir de Lisboa. Conduzco, pues, un viejo Subaru con el que no es fácil maniobrar en las cerradas curvas de la carretera que baja hasta Sintra. Al aproximarme a la ciudad percibo con asombro el apogeo de la vegetación, y una vez que me adentro en la sima entre montañas en la que, deprimida, se levanta Sintra, no muy lejos del mar, miro hacia arriba a través del parabrisas y veo, imponente sobre la roca, el Palácio da Pena, y en el extremo opuesto, coronando el otro gran saliente entre montañas, camuflado entre las rocas y discreto frente a los rutilantes colores de la fortaleza

vecina, el Castelo dos Mouros. Aunque miento… Porque cuando los veo todavía conservo la inocencia de la mirada ignorante que desconoce los nombres, que mira por primera vez y entiende que lo que ve es bello al margen de la guía turística que así lo corrobora.

A pesar del calor propio de julio, que atempera el frescor que la vegetación propicia en esta zona, la humedad me cala los huesos en mis primeros pasos desde donde he aparcado el coche hasta el arcén de la carretera que me conducirá a pie hasta Regaleira. Los árboles —pinos, hayas, castaños— tamizan los rayos del sol y le construyen a la carretera una techumbre que la vuelve acogedora. A los pocos metros se levanta en la margen izquierda una robusta tapia veteada de musgo que enseguida presupongo que pertenece a la quinta. A la vuelta de un recodo más de la calzada se me revela la entrada al jardín y, casi lindando con la tapia, a un lado, muy pegada a la calzada, la mansión, que ya desde sus cimientos es una declaración de intenciones —artificio, juego, poder— que no ha querido ser velada al transeúnte.

En una taquilla de madera dispuesta a la entrada de los jardines, me dan mi tique junto a un mapa en español que mecánicamente despliego y en el que reconozco algunos lugares por haberlos visto en la televisión o impresos en los libros. He hecho varias veces la visita virtual en la web, he recorrido todos los caminos a través de la pantalla de mi ordenador. Por eso siento que conozco bien estos senderos, sus paisajes, la memoria que encierran estas piedras. Ya he estado aquí antes, pero en un aquí ficticio, en una apariencia de aquí, en una Regaleira espuria, hermanastra de esta. En cambio ahora podré escuchar la grava bajo mis pies, oler los heliotropos, las turgentes begonias. Me admiraré con los alambicados detalles del arquitecto Manini, y la realidad que irá conformándose a mi alrededor será entonces una amalgama de extraña familiaridad y sorpresa. Sin haberme alejado mucho de la taquilla, pliego el mapa y lo meto en la mochila, de la que saco mi cámara de fotos después de dudar un instante (el maniático de la fotografía es Alberto, otra vez Alberto, y dónde coño está Alberto ahora).

Qué interés el de estos tiempos, pienso ahora, por capturar las imágenes, como si la realidad pudiera cogerse, disecarse, y seguir después latiendo ahí, paralizada sobre el papel, o en el plano movimiento de una mentirosa pantalla. Entiendo el interés artístico de la fotografía o el vídeo, pero no comprendo el afán taxidermista, ni lo comparto. Fotografiar movido por este segundo interés, como hacen los turistas —y yo ahora de alguna manera lo soy, constato alarmada—, me parece un gesto pueril y cobarde, motivado en el mejor de los casos por el miedo al tiempo y a sus efectos sobre las personas

queridas o sobre los momentos memorables, o quizá, en el peor, por una falta de confianza en el poder de evocación de nuestra lábil memoria, en el fondo siempre a merced del presente. Siempre he pensado que también el amor, lo mismo que la mayor parte de las invenciones del ser humano, está orientado a este específico fin: la taxidermia temporal.

Después de vagar un rato por los senderos que remontan sinuosos la montaña poniendo plena atención en olores, luces y sombras, recalo en la gruta de Leda, en la que me adentro. Cuando mis ojos se acostumbran a la penumbra dominante, distingo un sucinto espacio diáfano robado a la montaña. En el centro, emergiendo de una amplia pila colmada de agua en la que flotan umbrosos nenúfares, hay una figura de mármol que, según dicen, corresponde a la bella Leda, una de tantas ninfas presas del amor metamorfoseado del promiscuo Zeus, que esta vez se enrosca en las piernas de su conquista en forma de cisne. Vagamente recuerdo una nota a pie de página de uno de los libros que compré en Madrid para la biblioteca, en la que un estudioso de la Universidad de Lisboa afirmaba que la gruta aquella no estaba consagrada a Leda, como erróneamente se creía, sino al hada Melusina. A partir de ahí había indagado sobre esta extraña criatura que cada sábado se transformaba en sirena (mitad mujer, mitad serpiente), a espaldas de su esposo, el caballero Raimondín, a quien en la mítica fuente de la Sed, durante una partida de caza, encandiló la belleza que entre semana lucía la bella criatura. Este legendario matrimonio fue el origen de la noble estirpe de los Lusignan, reyes de Chipre y Jerusalén. Pero ¿y el cisne? Si ella es Melusina y no Leda, ¿quién es el cisne? ¿Acaso Raimondín y Zeus son la misma persona?

Me inquieto ante esta pregunta sin respuesta que incluso llega a perfilárseme en los labios, animados por la momentánea soledad de la gruta, y enseguida tomo conciencia del hábito de mirar la realidad a través de un prisma enciclopédico, artificialmente cronológico, incapaz de presentar los acontecimientos como hechos aislados, desprovistos de una significación que les dé un sentido, determine su filiación, sus interconexiones. En realidad, el hecho cultural tiene la naturaleza de esos dibujos de los pasatiempos de los periódicos en los que hay que unir una serie de puntos que dan lugar a una figura. Pero lo cierto es que los hechos, sea cual sea su naturaleza, son sucesos desubicados y atemporales. Toda información que persigamos extraer de ellos conduce de inmediato a la necesidad de fijarlos en unas coordenadas, a capturarlos en intrincadas redes por las que poder transitar sin riesgo de caer al vacío. Sin estas redes nos sabemos perdidos y permanecemos estáticos en nuestro radical desconcierto. Por eso pagamos gustosos el exigido tributo: la inocencia, que

únicamente conservan los niños y algunos locos.

Cuando salgo de la cueva ando un rato a ciegas, deslumbrada por el sol que filtran solo a medias los árboles que perfilan el sendero, hasta que llego al cielo azul de la explanada donde se levanta el portal de los guardianes. Entonces busco con urgencia en el bolsillo de la mochila mis gafas de sol. La plaza está delimitada al frente por una sólida construcción de forma cóncava que parece estar paralizada en la tensión de una enorme ballesta. A sus pies, bajo el arco central, se yerguen dos dragones que se abrazan con avidez a una caracola en cuyo extremo inferior hay una pila. Justo encima, en lo más alto del muro almenado, se levanta un liviano templete coronado por una pérgola circular. En su centro, al amparo de la bóveda y circundada por estilizadas columnas, se alza lo que parece ser un ara sacrificial, a la que a su vez circunda una balaustrada rematada con varias copas que recuerdan a los canopes egipcios. En ambos extremos de la curvada construcción se elevan dos torres que remontan las almenas superiores hasta igualar la altura del templete central. La de mi derecha es recorrida en su interior por una espiral de escaleras que permite transitarla; pero la de mi izquierda es vana, ornamental, como toda la suntuaria fachada en realidad: un esforzado grito al imperio de la estética, a la plácida inutilidad de la ostentación sin motivo.

Tomo algunas fotografías: los dragones, el ara, la torre transitable, la vana, un abandonado palanquín que descubro tras una reja junto a la torre de la izquierda. Incluso mi gran angular me permite sacar una foto del compacto conjunto. Cuando acabo de hacer las fotos, mi vista abandona el visor y trepa otra vez por el muro hasta el templete para volver a descender enseguida hasta la pareja de dragones. Entonces descubro que es posible trazar una línea recta perfecta entre estos y el ara. Eso hace que sus miradas, ansiosas, rampantes, que confluyen en el cuenco de la caracola, cobren un significado específico: el de la avidez de la sangre o las vísceras del sacrificio tras su descenso por algún conducto en el interior del muro. También caigo en la cuenta de la coincidencia espacial de este edificio con la gruta de Leda (o Melusina) que he dejado atrás, ladera abajo, pero ubicada en una perfecta línea recta con respecto a la posición de los dragones y la base de su cilíndrica caracola.

Me doy la vuelta y descubro frente al portal lo que un cartel denomina Terraza de los mundos celestiales, que es una pequeña elevación sobre la montaña en la que hay un misterioso árbol cuyo ramaje, espeso e intrincado, parece estar hecho de raíces floridas; y, en el extremo opuesto, un majestuoso zigurat que mira vigilante ladera abajo.

Me siento en un banco a descansar a la sombra del misterioso árbol, que en realidad también parece haber sido diseñado por el artificioso Manini, y me lamento de no haber leído más sobre estas construcciones, acerca de su significado preciso, sobre la intención del que ordenó construirlas. Pienso en la posibilidad de consultar internet a través de mi teléfono móvil, pero la deshecho en busca de cierta coherencia con mi pensamiento anterior, aún no lo suficientemente lejano. Llego entonces a la conclusión de que para apreciar lo artístico sí es necesario conocer, que sin trazas previas no es posible vibrar al hilo de la voz del autor de lo que vemos. Tal vez por eso ante estas imponentes construcciones robadas al bosque y levantadas en la aplanada montaña siento, al tiempo que una admiración objetiva, una total indiferencia emocional. De cualquier modo me tranquiliza saber que esta anestesia de los sentidos no se debe tanto al hecho de que desconozca la intención precisa de todo lo que ahora veo, como a que ignore su significado, porque se usara o no aquella intrincada construcción como templete para ritos sacrificiales, es indudable su valor estético, puramente escenográfico. Me acuerdo entonces de Vatel, el gran cocinero-escenógrafo que subyugó al Rey Sol, y sin darme cuenta le pongo la fisonomía de Gérard Depardieu. De nuevo aquí está la cultura con sus ideas preconcebidas para imponerse a lo que podría ser un inocente (¡ja!) juicio de la realidad.

Me levanto del banco movida por la curiosidad de seguir descubriendo la engañosa realidad que me rodea. Dejo atrás la explanada y me adentro otra vez en los exuberantes jardines. No solo el árbol que he dejado atrás en la terraza me parece ahora artificial; en realidad aquí toda la naturaleza es una gran mentira: toda la vegetación que hay a mi alrededor, desenraizada, traída de regiones más cálidas y copiosas, ocupa este trozo de atlántica tierra de manera parecida al excéntrico propietario de Regaleira y su italiano arquitecto a sueldo. Los ejemplares más altos extienden sus invasoras ramas sobre las copas colindantes, y la entretejida frondosidad que resulta pisa a veces el sendero, cuyos meandros se desdibujan creando una errónea percepción en el turista. Sin embargo, complacida en el selvático autoengaño, serpenteo entre los árboles al hilo del esbozado sendero y me extravío adrede en este domesticado edén. Al cabo, cuando llevo un rato sin mirar el plano e ignorando las letras grabadas en los cartelitos de madera que de cuando en cuando jalonan el camino, veo un cúmulo de piedras en alto hincadas en la abombada tierra que conforman una sólida corona gris, majestuosa, entre helechos.

Me acerco a solas (sin otros visitantes cerca me siento intrépida) y cuando llego al pie de las piedras descubro que conforman un brocal y

que tras ellas la tierra sucumbe, precipitada, en un tosco cilindro hacia el fondo de la montaña.

Piribiribiribí.

Solo al notar la vibración del móvil contra mi espalda en la mochila comprendo la procedencia del insistente pitido, que me saca de inmediato de mi arrobo de exploradora frente al imprevisto hallazgo. Durante medio minuto no para de sonar y vibrar. Cuando doy con él miro exasperada la pantalla: *Kaufi,* leo. Por un instante pienso en la posibilidad de no contestar.

—Diga —respondo seca, dando a entender un gran fastidio.

—¡Sofía! —dice, casi exclama Alberto, extrañamente efusivo al otro lado.

—Qué tal, señor extraviado y hallado en el templo.

—Perdona, cariño. Ayer me dejé el móvil en casa y como estuve todo el día en la facultad…

—¿En la facultad?, ¿pero sigue abierta?

—Sí, aunque solo en horario de mañana. Lo que pasa es que luego me quedé a comer en Madrid. —Y tras una breve pausa, agrega—: Con Víctor.

—Ah… ¿Cómo está?

—Bien, supongo. Bueno, asimilando todavía lo de la ruptura con esta chica… Cristina creo que era. Pero bien. Ahora se le ha metido en la cabeza irse una temporada a Praga. Que si tiene amigos allí, que si necesita tomar distancia, que si, que si. Artificiosas coartadas personales: me las verbaliza y en paz. Y entonces el problema queda para su padre, que luego no pega ojo pensando en sus desatinos. En fin, *nihil novum sub sole*.

—Es que te ha salido complejo el chico. Y tirando a bohemio, además.

—¿Bohemio? Hace tiempo que Praga dejó de ser la melancólica tierra oscura de Rilke. Como le ha pasado recientemente a tantas ciudades. Hoy día, con tanto estudiante y exiliado español, toda Europa parece una grotesca imitación de Madrid.

Ahora pienso que a causa de su imprevista llamada, también esta quinta acaba de perder su inicial encanto, como la, en otro tiempo, «melancólica tierra oscura de Rilke». Ante mi ofuscado silencio, en el que procuro cifrar tanto el enfado de ayer como el inoportuno momento de su llamada ahora, él suspira de una manera que me facilita imaginar su expresión al otro lado. Pero enseguida dice:

—Bueno, ¿qué tal todo? Cuéntame.

Y entonces yo le cuento con vagos detalles mientras decido no perder más tiempo y proseguir mi aventura descendiendo por los bastos peldaños de aquel pozo robado a la ladera, o más bien torre al revés (esta no la reconozco: no fue la que vi en la televisión, no sabía que había más de una), cuyas rugosas paredes son sillares de piedra apilados con cierta anarquía, con apariencia de haber sido soltados canto contra canto, aspereza contra aspereza, como si tan solo la casual pátina de verdina, agua y años hubiera sido capaz de unir y compactar la indómita piedra, como una esforzada argamasa de años.

A medida que bajo por la escalera aneja a la torre, que permite el acceso a sus diferentes niveles abiertos al centro de la tierra mediante asimétricos huecos, escucho más entrecortada la voz de Alberto, que ahora me habla sobre la cultura lusitana y su obsesión con lo telúrico. Menciona varias veces al poeta Camões y concluye que es una «lástima» que él no pueda estar aquí conmigo para ayudarme «con cualquier duda que te surgiese». *Claro, ahora él es el experto, el mejor documentado para escribir mi novela,* ironizo con aspereza en mi interior. Pero la voz entrecortada del hoy locuaz Alberto la escucho cada vez más lejana. No me detengo en mi descenso, más bien incremento con elegancia la velocidad hasta que su llamada culmina en un aliviado silencio. *Solo llamadas de emergencia,* leo en la pantalla de mi teléfono.

Desde lo más profundo de la torre miro hacia arriba y veo la mancha azul del cielo, cruzada por el verdor de los árboles que envuelven la cavidad. Mi primer impulso es coger la cámara de fotos, pero enseguida me detengo porque pienso en el contraluz, que solo podría paliar con el *flash,* cuya luz siempre destruye o altera el color y las formas en la imagen, diluyéndolas en una luminosa bruma que sin duda traicionaría mi recuerdo.

Me giro y descubro el acceso a un pasillo que se adentra en lo más profundo de la montaña. Desde el vano veo una oscura gruta que zigzaguea elegante entre la tierra. Una ristra de leds indica al visitante el recorrido que ha de seguir. El pasillo entre rocas es estrecho y hay

que tener especial cuidado al coincidir con otros visitantes que, menos díscolos que yo, hacen el recorrido en el sentido aconsejado. También hay que tener cuidado con el techo, de cuya escasa altura advierten algunos diseminados carteles *(Atenção. Teto baixo)*.

Avanzo entre la acogedora penumbra de las luces sonriendo amigable a los visitantes con los que me cruzo, como si pudieran descifrar los matices de mi rostro entre las sombras. Para dejar paso a una pareja me aparto a un lado y de soslayo veo una araña a pocos centímetros de mí. Apresuro el paso a pesar de la oscuridad, mayor a medida que me adentro en la sellada tierra, y después de seguir un camino cubierto de aceradas rocas a ambos lados, llego a una bifurcación. A la derecha se llega hasta el lago de la cascada. En cambio el corredor que transito, si lo sigo más allá de este desvío, me conduce (ahora lo sé) hacia el Pozo iniciático. De la desviación hacia la cascada mana un resplandor abrupto que me invita a permanecer refugiada en la gruta (prefiero la luz cenital del nuevo pozo, más cobijadora). Por eso prosigo mi camino, que al cabo gira un poco hacia la izquierda y desemboca de forma sorpresiva en la base de una nueva torre invertida. Levanto la vista desde la cruz templaria que segmenta en cuatro gajos el suelo (el fondo de la torre-pozo) hasta el lejano brocal (esta construcción es más alta-profunda que la otra). La mitigada luz cenital es suficiente para revelar la humedad goteante; la verdina de las paredes pinta la roca.

En esta construcción, más artificial y pretenciosa que la anterior, la escalera está integrada en la propia torre, es la propia torre, y asciende en espiral hacia el cielo. A lo largo de toda la subida, los trabajados sillares de la construcción están rotos por una continua sucesión de vanos enmarcados en arcadas separadas unas de otras por pulidas columnas macizas. Decido subir hasta arriba con el remoto propósito de fotografiar el brocal sin la cortapisa del contraluz y con la idea de subrayar el movimiento descendente, hasta el mismo Hades.

La espiral es suave, pronunciada en su justa medida, probablemente pensada con la idea de lograr un ascenso agradable pero no muy demorado. Desde diferentes alturas me asomo hacia dentro para calibrar la caída, para apreciar con más detalle el pétreo lomo de esta construcción absurda. Las torres sirven para otear, para defender, para guardar víveres; los pozos se utilizan para almacenar agua, para conservar los alimentos, para resguardarse incluso. Pero ¿y aquello qué era?

Mientras continúo mi ascenso hacia la luz, se me revela lo que creo el verdadero sentido de este «pozo iniciático» y descarto que en

algún momento de la historia de esta casa pueda haberse usado esta construcción para algún tipo de ritual mágico, «de iniciación», como su turístico nombre da a entender. Gracias a lo que he leído comprendo ahora que el señor Carvalho Monteiro, verdadero artífice de todo esto, era, más que un fanático del esoterismo, un arcaico esteta de gusto insaciable que vivió a merced del artificio y la belleza, y desde luego bajo el yugo de la irrefrenable necesidad de levantarlos a su alrededor para abrigarse con ellos del frío de una existencia tan prosaica como la de Alonso Quijano antes de inventarse a Quijote. Sonrío satisfecha de mis conclusiones mientras llego a la cima del pozo.

Piribiribiribí.

Saco el móvil de la mochila. *Kaufi*. Suspiro. Dudo. Acaricio la pantalla táctil.

—Diga.

–La señorita dice que cree que es usted un esteta —traduce Luigi las palabras en inglés de su amante.

António se ruboriza porque se toma el adjetivo como el más cabal de los piropos, y continúa el ascenso por la suave pendiente hasta llegar a la despejada maleza que cubre el brocal del pozo.

—Pues que espere a ver esto —dice sonriendo y con la voz entrecortada por el esfuerzo.

Manini le habla de nuevo a la señorita Minerva, pero por el melifluo tono que ahora emplea, António intuye que le ha hecho alguna alusión privada en lugar de traducirle lo que él ha respondido a su comentario; por eso no puede evitar sentirse molesto por su torpeza con la lengua bárbara, que ahora es como una pantalla o un biombo que protege a aquellos amantes de su imperio como anfitrión.

Habían llegado a Regaleira con bastante retraso, y cuando Aldo anunció su llegada él ya estaba cenando sentado a la gran mesa del comedor. Sus buenos modales lo hicieron levantarse de inmediato, y como acuciado por un disciplinado instinto de galantería, al ver entrar a la dama dio con sus talones un golpe seco mientras se quitaba la servilleta prendida a su cuello. Después, mientras se dirigía a la recién llegada, dio orden a una de las sirvientas de que se preparara la mesa para dos comensales más, y aún le dio tiempo a lanzar una hostil mirada a Manini con la que trató de decirle que seguía molesto por su actitud disoluta. Solo cuando estuvo a pocos centímetros de la mujer, la miró y enseguida logró entender mejor el proceder de su amigo.

Minerva era una mujer alta y un poco flaca, pero con un busto generoso y altivo. Tenía unos ojos de un color azul clarísimo que a António le recordaron al agua de los mares americanos. Sus labios eran también de un rojo desacostumbrado, breves y finos, como un grueso arañazo sobre su tez blanca, sutilmente coloreada en las mejillas. Su pelo era rubio, pero no de un color ya plateado de tan claro, sino más bien como el del oro viejo o la soga: sin impostado brillo. Lo llevaba recogido en un tirante moño del que parecían haberse escapado dos díscolos mechones tímidamente curvados en sus extremos.

La contempló tan solo un instante, pero António se azoró porque pensó que llevaba un rato recreándose en sus rasgos, y le pareció de pronto que su arrobado silencio podía menoscabar su honor ante una

mujer casada, en todo caso amante de su mejor amigo.

—Don António Augusto Carvalho Monteiro, Miss Minerva Rosenbaum —dijo ceremonioso Luigi.

—Es un verdadero placer —dijo António, que lamentó no haber aprendido la fórmula en inglés, aunque de todos modos evitó el apelativo para no tener que escoger entre «señorita» o «señora».

Luego se giró hacia la mesa con un gesto que invitaba a los amantes a tomar asiento.

—Os he esperado hasta las ocho. Si llego a saber que ibais a sorprenderme *in medias res*, me habría esperado un poco más. Pero soy muy impaciente. Sentaos, os lo ruego.

—Disculpa, António, pero hemos tenido un percance con el alquiler del coche. Mañana tendré que volver a Sintra.

—¿Será verdad? Pero sentaos y contadme…

Luigi supo enseguida que aquella deferencia en el trato, tan inusual en António, se debía a que el anfitrión estaba nervioso o se sentía incómodo con su nueva huéspeda.

Dos sirvientas trajeron una crema de calabaza con picatostes antes del *bacalhau*, que la joven y vergonzosa Minerva celebró con elogios que Manini hizo extensibles a la cocinera.

Durante la comida hablaron del deficiente servicio de postas de la localidad, y luego intercambiaron algunas palabras sobre política hasta que salió el asunto del viaje del arquitecto a Inglaterra, momento en que Luigi trató de virar el rumbo de la conversación. Luego, cuando la dama se retiró a su dormitorio, Manini se excusó ante António mientras daba nerviosos sorbos a su copa de *brandy*.

—Prefiero ocultarle a ella nuestro plan de convencer al monarca de que vuelva a Portugal.

—¿Pero y eso por qué? ¿Acaso no es amiga?

—No… Sí… Bueno… Lo es mía. De la causa, no sé. Lo cierto es que con ella no hablo de política. Prefiero dejar eso al margen. Preservando a la señorita Rosenbaum, celamos esta información a los oídos de su esposo.

—¿De veras importa tanto el silencio? El marido en cuestión es un gran magnate, me dijiste. Nos interesaría que nos apoyara gente así. ¿No dices que él era amigo del monarca?

Manini insistió en que en cualquier caso era mejor dejarla a ella a un lado, al menos de momento; en que era conveniente preservar todo lo relativo al proyecto que se traían entre manos, que al fin y al cabo era clandestino y ambicioso: acabar con la República era un asunto serio y había que mirar mucho con quién se hablaba sobre él, qué apoyos convenía recabar y de cuáles era necesario recelar a toda costa.

Ahora, tras asomarse al pozo, el anfitrión se sobrecoge. Otra vez. En eso, creía él, consistía la magia de la auténtica belleza artística: da igual que una gran obra se haya discutido, concebido, esbozado, compartido, rehecho, que la hayamos creado con nuestro propio ingenio, manos y cabeza; porque la auténtica belleza no cede nunca al acostumbramiento, y el talento que rezuma es objetiva emoción capaz de renovarse en el tiempo. Precisamente aquella torre era la pieza que más trabajo le había dado de toda la quinta. Había llegado a rechazar hasta treinta bocetos de ella.

La torre invertida, símbolo de lo excelso hundido, de la unión del cielo y la tierra, de la vida y la muerte: vagina acogedora, origen de vida, lugar de protección, pero también tumba, oscuridad, corrupción.

Poco después de mirar hacia abajo, nota acercarse a Manini, que tira con suavidad de la mano de Minerva. A pesar de su flexible traje de amazona, a la mujer le cuesta trabajo seguir el vigoroso ritmo de los dos hombres. Luigi fija sus ojos en ella cuando ambos se acercan hasta la entrada de aquel extraño pozo, expectante por la reacción que produce en su amante su encuentro con aquella torre hundida en la tierra, jalonada de arcos en descenso, precipitados junto a la espiral de escaleras que se intuye desde que uno se asoma al ojo. Minerva mira hacia abajo y contrae primero el gesto, y luego sus pómulos se tersan y su mirada se abomba en un perceptible intento de acaparar aquel milagro arquitectónico. No dice nada, pero perfila en sus labios una sonrisa que no será capaz de borrar en todo el descenso hasta la base.

Por deferencia hacia ellos, António quiere que la pareja baje por la torre delante de él, pero al verlos desde atrás cogidos de la mano siente de pronto un irracional deseo de empujarlos fatalmente. Enseguida se dice que no es por razones de inquina personal, ni mucho menos: Luigi es su mejor amigo, y aunque a aquella mujer la conoce tan solo desde la noche anterior, le es querida por el simple

hecho de que lo es para su amigo. Un repentino miedo de sí mismo por lo que siente lo paraliza a la mitad de la torre, donde comprende que lo que de verdad desea precipitar escaleras abajo es el vínculo que une a aquellas dos personas, cuya naturaleza se le antoja aberrante. Pero un poco después, escalón a escalón, tras reanudar despacio el descenso, va asentándose en su cabeza la posibilidad de dejar latir aquella unión, incluso de alentarla en silencio para que ninguno de los amantes note que él también, secretamente, forma parte de aquella seductora aberración.

Entonces el perfume de la mujer asciende espiral arriba mezclado con el de la humedad en una desconcertante amalgama que lo confunde. Los pantalones color tierra y las botas de cuero de la señorita Minerva no le restan feminidad, y António le mira las nalgas cuando las largas piernas de Manini, rezagado, no se las ocultan. Casi al final del trayecto decide demorarse a propósito y encarama la vista a las arcadas para admirar a la mujer cuando pasa, progresivamente enmarcada, en su descenso. Entre aquellas piedras la ve solemne y bella como una diosa. Ella lo mira entonces desde el vano de enfrente, al hilo de la espiral, y detiene un segundo su descenso para expandir ante él una tímida sonrisa. Mientras tanto Luigi, orgulloso, habla en la lengua de ella sobre aquel proyecto arquitectónico. António decide ahora tomar como música sus palabras, obviar por un instante que puedan significar algo que lo concierna. Luego empieza a hablar ella: el inglés en su boca adquiere unas poéticas resonancias que él rara vez ha distinguido en la lengua anglosajona. Tras un breve silencio, la familiar cadencia de su idioma materno lo saca de su ensoñación.

—La señorita Minerva se pregunta que todo esto para qué —traduce Manini después de que ella hable largo rato ya en la base de la torre invertida, pisando con sus finas botas la cruz templaria dibujada en el suelo.

António, abstraído aún, le hace un gesto con la mano a su amigo para que responda él mismo. La historia de aquel pozo invertido, el porqué de aquella enigmática construcción, casi lo sabe el arquitecto mejor que el ideólogo, de tantas veces como este se la ha detallado. Ahora la escucha en inglés y le parece otra historia, incluso duda un instante sobre si le está mintiendo a Minerva acerca del intrincado motivo, si es que había alguno, de aquella esotérica construcción, o es que la verdad suena diferente cuando se dice en una lengua extraña. Seguramente le estaría hablando de los nueve rellanos, símbolo de los diferentes niveles en el descenso a los infiernos que señaló Dante. Ahora nota que la mirada de la dama inglesa es diferente: más aguzada, aunque un poco turbia quizá. Sus ojos parecen haberse

cubierto de una pátina de ofuscado recelo.

António sale de su terco silencio, empujado hacia afuera por el nuevo gesto de ella, por su mirada empañada.

—¿Qué le has dicho, Manini?

Luigi, que ya se adentraba en la gruta que se abre en la base de la torre, se detiene y se gira hacia António.

—¿Eh?

—Que qué le has dicho. ¿Cómo le has traducido mis palabras?

—¿Que cómo? ¿A qué te refieres?

—Ha hecho un gesto extraño.

—Eso es porque le he dicho que eras un filántropo… Y eso en Inglaterra no se estila.

António desconfía de la explicación de su amigo, pero no insiste. Los amantes se pierden en la oscura gruta que Luigi, algo más adelantado, ilumina con una lámpara de aceite. Una bandada de murciélagos se pierde en lo oscuro antes de que Minerva pueda emitir un aterrorizado grito. Después de caminar varios metros en dirección a un resplandor que crece por instantes, llegan a la cascada en la que desemboca una de las bifurcaciones del corredor subterráneo. Los tres se sitúan a escasos metros de la caída del agua.

—Aquí le planteé a António la posibilidad de integrar este salto natural en nuestro proyecto —dice Luigi a la mujer en un inglés con cierto timbre italiano, más marcado que cuando hablaba el portugués —. Lo cierto es que lo encontramos por casualidad. Y precisamente está justo bajo el pozo, en una línea recta que si prolongáramos montaña abajo, enlazaría con las restantes edificaciones. El señor Monteiro insistió en que pudiera accederse a la cascada tanto desde fuera como desde dentro. Es metáfora de la fuente de la Sed. ¿Conoces la historia del hada Melusina?

António, esta vez más atento a los matices expresivos del rostro de ella, oye las extranjeras palabras de él, que conforman ahora sonidos entrecortados por las ráfagas del estrépito de la cascada. De pronto piensa que es imposible que ella no conozca la historia de la bella Melusina en la fuente de la Sed, la mujer confinada al manantial por su belleza, contrapartida de su monstruosidad. Melusina ocultaba

a su amado Raimondín la transformación a la que se sometía cada sábado, cuando su larga cola de serpiente se expandía, escandalosa, a su alrededor. Por un instante, aquella mujer, Minerva Resembaum, le parece a António una nueva Melusina. Pero ¿dónde estaba su monstruosidad?, ¿qué ocultaban sus misteriosos ojos de adúltera?

Todavía permanece un rato el anfitrión mirando desde este lado de la cascada, en silencio, mientras los amantes cruzan el lago sorteando unas redondeadas piedras sobre su superficie. Cuando llegan al otro lado del tapiz de agua, piensa António que su interés por practicar aquella gruta tras la cascada había sido precisamente este: poder ejercer de mirón, contar la historia desde dentro. De esa obsesión de António por ver la vida desde fuera se había dado cuenta Manini, el arquitecto, el escenógrafo, el intérprete. Seguramente él ya había compartido con su amante aquella idea latente que daba sentido a toda la quinta, que su propio artífice no había logrado entender del todo a pesar de que formaba parte de su propio paradigma existencial: la de concebir la vida como un teatro, un artificio sin sentido, pleno de belleza. Pero ahora el dueño de Regaleira se encuentra cara a cara con aquella faceta de sí mismo, y no le queda más remedio que darle internamente la razón a su amigo y aceptar que Regaleira es un gran teatro donde él se propuso levantar, en toda su vacía magnificencia, la extraordinaria vacuidad de la vida.

Desde este lado de la cortina de agua, António continúa mirando con obsesiva fijeza el blanco rostro de la bella Minerva, hasta que de repente ella mete sus certeros ojos, más allá del agua, en el fondo de la gruta, y lo obliga a bajar la vista con su mirada delatora. *¿Quién es ahora Melusina?,* se pregunta rendido Monteiro. *¿Quién es el monstruo terrible de larga cola enroscada?*

SIETE

De: *Alida <espal87@filcomplut.com>*

Para: *kaufal54@filcomplut.com*

Fecha: *25 de junio de 2015, 20:38*

Re: *¿Sigues siendo «mortal y rosa»?*

Amigo Alberto, todavía me dura la sorpresa de tu mensaje, que leí en cuanto me lo enviaste. Antes de contestarte, me he tomado un rato para dar un paseo. Alonso está en Zúrich esta semana, por eso he tenido espacio y tiempo para pensar en qué decirte y cómo.

En primer lugar, quería disculparme por mi repentina desaparición durante la fiesta. Me sentía francamente bien hablando contigo, y no te ofendas pero no recuerdo que hicieras ningún comentario acerca de mis ojos. En realidad Alonso no te mintió del todo sobre mis migrañas… Me ausenté por motivos de salud. Sufro de histeria. Sí, lo sé, te parecerá una enfermedad decimonónica, muy literaria. Pero en mi caso es real. Sólidamente diagnosticada. Cuando va a sobrevenirme un ataque, minutos antes, noto los síntomas: es una especie de aura; como una veladura ante los ojos. Me ausento con rapidez porque suelo desmayarme, y luego vienen las convulsiones. Prefiero ahorrarles a los curiosos el espectáculo. Es cierto que con la medicación mejoro, pero en momentos que me exigen una mayor socialización, el riesgo de un acceso es más elevado. Por eso me viste antes nadando: el deporte me relaja. A pesar de todo, aquella noche supe prever a tiempo el ataque. No es algo agradable de contemplar. Siento que me sobreviniera en el momento de conocernos.

Podemos quedar (si aún quieres, si ahora no te causo aprensión o directamente pánico) para ese café que me propones, sí. No tengo ningún inconveniente. ¿Te parece que nos veamos mañana a las once en la cafetería de la facultad? Como ya has adivinado, trabajamos en el mismo edificio. No es tan raro que no nos hayamos encontrado antes: he vuelto de Italia hace tan solo un par de días. Pero el próximo curso tendrás que aguantar mi decimonónica presencia por esos horrendos pasillos. Contéstame al móvil, acabo de mandarte un mensaje al tuyo con mi número. Ya ves que no eres el único capaz de recabar información por ahí, señor mortal y rosa.

Besos.

Alida

De: *Aberto Kaufman <kaufal54@filcomplut.com>*

Para: *espal87@filcomplut.com*

Fecha: *6 de julio de 2015, 21:43*

Asunto: *Otra vez*

Alida, otra vez te escribo por aquí: me parece que el decimonónico soy yo. Lo pasé muy bien el otro día durante ese café que compartimos en la desangelada cafetería de la facultad. Hacía tiempo que mi reloj no andaba tan deprisa entre los muros de la universidad. Eres una chica fascinante. Ves que soy un hombre sincero. Nunca he sabido cómo evitarlo. Quiero verte de nuevo. Así que si tú también, dime cuándo y dónde.

Un beso.

Alberto

De: *Alida <espal87@filcomplut.com>*

Para: *kaufal54@filcomplut.com*

Fecha: *7 de julio de 2015, 0:03*

Re: *Otra vez*

Sincero y directo, sí. No seré yo quien ponga objeciones. Veámonos otra vez mañana (bueno, en realidad hoy, en unas horas). Estaré trabajando en mi despacho durante todo el día (es el mismo de Alonso, supongo que sabrás llegar a él). Sube sobre las doce con dos cafés. Estaremos solos.

Alida

De: *Alida <espal87@filcomplut.com>*

Para: *kaufal54@filcomplut.com*

Fecha: *13 de julio de 2015, 11:23*

Asunto: *Cena*

Alberto, hoy soy yo la que te escribe. Se me ocurre que podrías venir esta noche a cenar a casa. ¿Te gusta el sushi*? Lo hago yo misma. Así podemos continuar con más calma la conversación que iniciaste el otro día en mi despacho. Que sepas que he leído concienzudamente a Jung para*

rebatir tus argumentos, señor catedrático. Alonso vuelve mañana. Confírmame si puedes, dime hora por el móvil y te envío mi dirección a tu teléfono.

Un beso.

Alida

El vigilante de la garita llamó a Alberto por su nombre y él se sintió de pronto violentamente señalado en medio de su intento de pasar desapercibido, incluso para sí mismo, en aquel lugar. Apretó con fuerza las manos alrededor del volante y esperó a que la puerta automática se desplazara a un lado; luego aparcó el coche bajo la caldeada techumbre de chapa del aparcamiento.

Fue Macarena, la joven sirvienta, quien le abrió la puerta principal de la casa; con una sonrisa cómplice le dijo que esperara en la biblioteca. Allí, en la fresca penumbra, sintió cierto alivio ante el calor y la luz de fuera, y cuando la vista se le acostumbró a la tenue claridad que dejaban pasar las gruesas cortinas, encaramó la mirada a las estanterías del fondo con la idea de echar un vistazo a las últimas adquisiciones de Alonso: un mapamundi del siglo XVI, un libro de horas y dos breviarios. Al otro lado de la vitrina donde guardaba los incunables, bajo llave, distinguió sus renegridos lomos; en el estante de arriba reconoció el canto de su prínceps del *Quijote,* el tesoro del que más presumía el bibliófilo profesor. Inquieto, después de mirar la hora en su reloj de pulsera, Kaufman se dio la vuelta, y al ver el sillón *chester* del rincón tuvo que hacer un esfuerzo para no recordarse allí sentado con aquella prostituta eslava arrodillada entre sus piernas. Ese día quedaba ya lejos en la memoria: ahora se avergonzaba de haberse entregado a la inevitable borrachera para olvidar las carencias de su matrimonio, meses antes de conocer a Sofía. Al menos hoy estaba seguro de que eso no volvería a pasar.

—Qué guapo…

Al escuchar la voz de ella a su espalda, el corazón le bailó a otro ritmo durante varios latidos. Se giró lentamente para darse tiempo a recuperar el resuello, y entonces la vio encajada en el marco de la puerta. Llevaba puesto un vestido ligero color verde y en cada mano sostenía, con una elegancia rayana en la indolencia, una copa de vino rosado. Al ir a darle un beso en la mejilla, le extendió una de ellas.

—En serio, estás muy guapo hoy. Vienes vestido muy… informal. Te rejuvenece.

Alberto llevaba una camisa blanca y vaqueros, que era su ropa cómoda de entre semana cuando no pisaba la facultad. Si Sofía no hubiera estado de viaje, le habría dicho que iba a la sesión de los lunes en la filmoteca, la última de la temporada, y que llegaría tarde porque iría luego con Ricardo a cenar. De todos modos había llamado a su amigo para decirle que no iba a poder ir a la sesión de hoy y para rogarle que guardara la boca ante su mujer si por casualidad ella lo llamaba desde Portugal. «Las cosas no están bien en casa últimamente y prefiero no cogerle el teléfono esta noche», se había justificado ante el discreto Ricardo. Escuchar la voz de Sofía al otro lado del teléfono le habría hecho cancelar la cena con Alida.

—Gracias. Es que hoy quería contrarrestar el efecto mistificador del esmoquin que llevaba la última vez que pisé esta casa.

—Y supongo que también lo aburrido de esos trajes tan formales que te pones para ir a la facultad.

—Eres cruel —se limitó a decirle, y luego, nervioso, se llevó la copa a la boca.

Esta vez no cerró los ojos ni levantó demasiado la vista para que ella no aprovechara para desaparecer de nuevo. Compartió con Alida su temor.

—Tranquilo. Hoy no me perderás de vista tan fácilmente…

Él volvió a beber con un gesto rápido; ella lo imitó, pero con un ritmo más demorado: trago largo, paladeo, trago corto, paladeo, trago corto.

—Muy bueno este vino.

—Sí…

Y ante el obstinado silencio de ambos se creó una sensación incómoda a la que enseguida trató de poner fin la mujer.

—Te resulta raro estar aquí.

Alberto parpadeó. Hacía tiempo que no se sentía tan agitado. Antes de llevarse la copa de nuevo a la boca de forma compulsiva, la descubrió vacía en su mano.

—Eh… Sí. Mucho —se vio obligado a reconocer—. Es como si fueras una figurita de un recortable y te hubieran dejado… aquí.

—Aquí dónde. ¿En esta biblioteca?

—Sí. Bueno, en realidad en esta casa. La casa de Alonso.

—De Alonso y de sus célebres fiestas, ¿no? ¿A eso te refieres?

Alberto miró al suelo azorado. Carraspeó, hizo el intento de beber vino de nuevo; quedó como un idiota con la copa vaciada cerca de los labios, en un gesto abortado demasiado tarde.

—No estés nervioso. Sé de todo ese pasado. Incluidas las putas. Amo a Alonso. No ha dejado de celebrar esos banquetes porque se lo haya pedido yo, que conste. Lo hace por guardar la imagen: la suya y la mía. Lo cierto es que yo puedo llegar a ser muy comprensiva. Mucho más de lo que está dispuesto a serlo esta pacata sociedad.

Alberto la miró entonces fijamente. En realidad, la sorpresa de escucharla decir aquello lo libró un poco de esa sensación de inquietud que lo paralizaba. Ahora su foco de atención había sido trasladado desde sus propias inseguridades en casa de su amigo a solas con su novia, a aquella mujer extraña que le aseguraba estar al tanto de todos los sucios secretos que guardaban aquellas paredes. La miró con una expresión vaga que podía significar cualquier cosa.

—Y no —dijo ella, como si dialogara con las palabras no dichas por él—. Yo no soy una de esas chicas. Ya te dije cómo conocí a Alonso.

Alberto permaneció todavía en silencio un rato.

—Yo no he dicho nada. En cualquier caso —añadió—, aquellas chicas no eran vulgares prostitutas… Eran *escorts*. Como *geishas* o hetairas. Recuerdo que una de ellas era poeta, y otra, ingeniera aeronáutica.

—¿Insinúas que yo podría ser una *escort?*

—Perfectamente. Y no te ofendas. Eres muy culta... Y guapa. En una ocasión vino una sustituta que resultó ser una alumna mía. No sé quién de los dos estaba más azarado. Al vernos, hicimos tácito acuerdo de silencio. Reconozco que en clase me había fijado en ella… Y un hombre siempre alberga recónditas fantasías. Pero cuando la vi aquí no fui capaz ni de mirarla. Lo cierto es que fue una situación algo violenta.

—Ya. Alonso me dijo que con las chicas siempre te marchabas a

los postres, o a lo sumo tras tomarte con alguna de ellas una copa. ¿Harás eso también hoy?

Alberto, algo más relajado por el efecto del vino y las inesperadas palabras francas de ella, suspiró y esbozó una sonrisa. Dejó luego la copa en una mesita baja que vio a su lado y dio varios pasos hacia Alida sin tener bien claro el motivo; quizá, pensó fugaz, osadamente, para rodearle con el brazo la cintura, si se dejaba, y atraerla hacia sí. En estos casos también actuaba como había aprendido del cine, y si su instinto de galán no le fallaba, había notado, tanto en las palabras que ella había dicho como en las que había callado, la señal que esperaba para tomar la iniciativa de la seducción. Sin embargo, cuando Alberto le rozó el vestido con la yema de los dedos, ella dio un paso atrás.

—Vamos —dijo sonrisueña, disimulando, obviando el truncado gesto de él, que no lo dejaba en una posición demasiado honrosa—. La mesa está puesta. Le diré a Macarena que sirva ya la cena.

La morena muñeca de la criada sirvió con impecable pulso el gazpacho de calabacín. Alberto se concentró en su tersa piel, sus huesudas manos. Recordó haberlas mirado antes con un detenimiento similar: durante una de las célebres cenas de Alonso, cuando temblaron de forma casi imperceptible al decirle Fede Castro al anfitrión que la única puta que le apetecía follarse aquella noche era ella. Entonces Alonso, furibundo, se había levantado de la mesa y le había dicho que le pidiera disculpas de inmediato a la pobre criada por haberla considerado parte de su «selecto harén», que era el nombre con el que se conocía al plantel más o menos fijo de fulanas que frecuentaba la casa.

Cuando se retiró Macarena, Alberto miró alrededor: la lujosa chimenea, que siempre le recordó en forma y tamaño a la de Foster Kane, las réplicas de *El escriba sentado* y de la *Niké de Samotracia,* el sofá de cuero blanco con su pretencioso *chaise longue* donde a Alonso le gustaba tumbarse para que le hicieran…

—Qué.

—¿Qué?

—Qué miras.

—No lo sé. En realidad, preferiría haber cenado en el porche, junto a la piscina —dijo Alberto automáticamente, recurriendo a su queja más común cada vez que lo invitaban allí—. Es lo mejor de esta casa y nunca servís cenas en el césped.

—Hace calor.

—Aquí dentro también.

Comieron la sopa fría en silencio.

—Muy bueno esto —dijo Alonso después de varias cucharadas durante las que solo se escuchó el tintineo del metal sobre la loza—. ¿La has hecho tú?

—No, Macarena.

—Pensé que hoy cocinabas tú.

—No. Yo solo el *sushi*. De segundo. Ya me dirás qué te parece.

—Por descontado. Sabes que soy un buen crítico. Exigente, pero ecuánime.

—No me cabe duda. Por eso me das miedo.

—Eso que tenemos en común: a mí me lo das tú.

—¿Yo? ¡Pero si soy completamente inofensiva!

Alida se pasó entonces la lengua por las comisuras y fijó los ojos en él, que por primera vez receló en serio de ella. Cuando al rato la mujer desvió la mirada para llamar a Macarena y encargarle que trajera el segundo plato, Alberto aprovechó para apurar de un ávido trago la copa de vino blanco. Necesitaba estar borracho para lo que se proponía.

—Estás raro.

—No. ¿Por qué lo dices?

—Noto que lo estás. No debería haberte invitado aquí.

—No, de verdad. No es exactamente por estar aquí… O tal vez sí. Pienso en Alonso.

—¿En Alonso? —preguntó con un tono muy seco, casi a la defensiva—. ¿Y qué pasa con Alonso?

—Que es mi amigo.

—Pues yo también lo soy ahora. Tu amiga. ¿Qué problema hay?

—Ninguno.

—¿Entonces?

En ese momento entró Macarena con el *sushi*. Sobre una alargada bandeja de cerámica se extendían con ordenación marcial las geométricas piececitas de comida —blancas, rosas, rojas—, junto a las que se levantaba un verde montoncito de *wasabi*. Después de depositar la comida en la mesa, la sirvienta regresó a la cocina, de donde volvió enseguida con dos platos cuadrados y dos juegos de palillos de madera de caoba, que apoyó con soltura en sendas peanas de pizarra. Alberto vio que Alida manejaba con desenvoltura los palillos y se servía con su certera presilla varias piezas de *sushi*. Él la imitó con menos destreza. Comieron en silencio un rato, empapando con mecánica frecuencia las compactas porciones de arroz en la salsa de soja de un cuenco compartido.

—Está delicioso.

—Gracias.

—En serio lo digo —ratificó Alberto tras ingerir un nuevo ejemplar con atún—. Ni en Japón.

—¿Has estado allí?

—En Osaka —dijo el profesor asintiendo, llevándose a la boca una nueva pieza, arrinconándola a un lado—. Un par de veces. Congreso de cine.

—¿Y qué tal?

Le hizo un gesto de espera con la mano. Masticó rápido. Tragó. Se limpió la boca.

—Vastísima. Muy bulliciosa. Agotadora. Están todos locos allí.

—Yo no he tenido el gusto. Lo que sé de Japón se lo debo a Murakami.

—Vaya… —dijo, y puso mueca irónica.

—Qué. ¿No te gusta?

—No, no... Si sí…

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé. A sus novelas les falta nervio, aunque su prosa tiene momentos interesantes. Está sobrevalorado.

—Como Franzen.

Alberto dejó el siguiente trozo de *sushi* en suspensión y clavó en Alida una mirada que era todo un desafío, bastante más elocuente que todas las palabras intercambiadas hasta ahora. Ella sonrió para darle a entender que, a través de Alonso, ya estaba informada de sus líneas infranqueables, y que era solo una broma.

—En Japón tienen buena comida —prosiguió él, obviando la alusión a su más admirado autor contemporáneo; los frutos del arte actual los rechazaba casi todos, pero los escasísimos que pasaban su criba eran inmediatamente intocables, y con ellos, sus hacedores—. Pero hay que ser receptivos. En absoluto prejuiciosos. No lo sé… Yo prefiero tu *sushi* —concluyó señalando con el palillo la bandeja que había entre ambos.

—Pues a mí me enseñó a elaborarlo un chef de allí. Hace años. Era mi vecino de enfrente. Me relaja hacerlo. La preparación del *sushi* tiene mucho de la esporádica y simple significación del origami. ¿No pruebas el *wasabi?*

—No, gracias. Me parece una experiencia… peligrosa.

Alberto dijo esto último modulando la voz para que resultara más seductora, como dando a entender con torpeza que el adjetivo trascendía el picante condimento y abarcaba la cena entera, la situación, a ambos. Ella abrió sin disimulo los ojos y alzó cómicamente las cejas. Dejó espacio para un vengativo pero críptico silencio, que él, nervioso, aprovechó para sacar el vino blanco de la cubitera y rellenar ambas copas.

—¿Sabes? —dijo ella cuando él se atrevió de nuevo a mirarla—. No voy a replicarte… Y mucho menos lo que esperas. Aún no. —Y cambiando de tono, haciendo su voz más despreocupada, añadió—: Por cierto, he leído acerca de mi enfermedad.

—Y qué —dijo irónico Alberto, haciendo un gran esfuerzo por detener su tren, que ya había echado a andar—. ¿Has sacado algo en claro?

—Lo siento pero yo no necesito sacar nada en claro. Sé bien cuál es mi dolencia —dijo ella evidentemente molesta.

—A ver, Alida… La histeria no existe. Cuando me mandaste aquel correo, me pillaste con la guardia baja. Pero después tuve tiempo para pensar, incluso para indagar al respecto, y luego lo hablamos aquel día durante el café en tu despacho. Además, no me convences: utilizas argumentos emocionales.

—No persigo convencerte. ¡A mí qué me importa! Además, Jung dice que…

—Hoy en día sus presupuestos han sido superados. Lo mismo que los de Freud. Dime en serio qué te ocurre. Qué tienes.

—Sucede que sufro de histeria. His-te-ri-a. ¿Tanto te cuesta entenderlo?

—Nadie sufre de histeria hoy día. Salvo en el cine. O en la literatura. En los manuales de trastornos mentales ya no figura. Hasta me he tomado la molestia de mirar. La culpa de todo el malentendido la tiene Hipócrates, que creía que el útero era un órgano móvil que al desplazarse generaba trastornos en las mujeres. ¿Sabías eso? Lo leí anteayer.

—Qué disparate.

—Como lo que tú defiendes. De aquellos polvos, tus lodos. Te inventas una enfermedad sofisticada, o al menos que a ti te lo parece. No te sirve haber releído hoy a los psicoanalistas. No me rebates. El psicoanálisis solo merece ya crédito en arte: Aronofsky, Haneke. ¿Es eso lo que haces? ¿Me estás montando una película? ¿Crees que me vas a resultar así más atractiva? Conmigo no te sirven las armas que usaste con Alonso.

Alida lo escuchó en silencio y paulatinamente se le endurecieron los rasgos. Se le afiló el rostro, se le afinaron los labios y los ojos se le dilataron. Más y más. Hasta que se le convirtieron en dos elásticas esferas enconadas que siguieron creciendo y creciendo hasta empujar a Alberto. Este, nervioso, vació de nuevo la copa en su garganta. *Qué lleva este vino,* pensó. Y temió. *Sushi*. Debía comer. Pero le faltó precisión con los palillos. Lo cogió con las manos. De salmón, de atún, pepino, apio. El arroz se le hizo una pasta en la boca.

—Alonso sabe que estás aquí esta noche —dijo ella con intención. Y para acabar de desarmarlo, añadió—: ¿Sofía también?

Lo último que se esperaba aquella noche era escuchar el nombre de su mujer en la boca de ella. Tragó. Volvió a beber. Chasqueó la lengua.

—Ella no lo sabe —dijo Alida al cabo, sus grandes ojos verdes como un campo inmenso donde tumbarse vencido.

—No, no lo sabe. No quiero que nuestra amistad se preste a equívoco.

—¿Amistad? ¿Es eso esto? Hoy estás hecho un capullo.

—Lo que tú digas. Pero estoy aquí porque tú me has invitado a cenar. Estoy bebiendo mucho. Somos colegas, ¿no? Siempre bebo mucho aquí. No estamos haciendo nada extraño.

—Eso depende. La normalidad tiene permeables las fronteras.

—Entonces… —Alberto se levantó; se sentía muy mareado, notaba acolchada la lengua—. Follemos ya.

En ese instante Macarena entraba por la puerta, y al escuchar a Alberto se quedó parada en medio del salón. Al verla, este parpadeó, su arrojo etílico tirado por tierra. Alida lo miró fijamente e ignoró a la sirvienta, que seguía allí clavada sosteniendo una copa de helado de chocolate en cada mano.

—Siéntate, Alberto. Hazme el favor.

Alberto obedeció de inmediato. Macarena se acercó a la mesa con las copas cuando Alida la miró con extremada elocuencia.

—¿Les retiro ya el *sushi?* —dijo con un hilo de voz, pretendiendo molestar lo menos posible.

—Sí.

—No.

Macarena miró de reojo a Alida, que se reafirmó:

—No. Pero déjanos aquí los helados. ¿Quieres café? —le preguntó a Alberto.

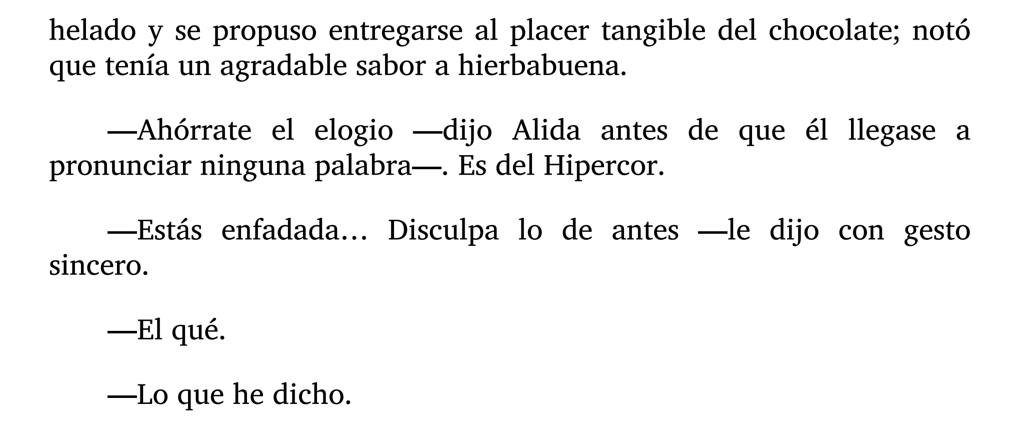
Él asintió.

—Cortado, supongo.

Volvió a asentir.

—Dos cortados.

La sirvienta se retiró en silencio con las manos vacías y la cabeza gacha. Alida siguió comiendo *sushi*. Alberto agarró el pie de la copa de



helado y se propuso entregarse al placer tangible del chocolate; notó que tenía un agradable sabor a hierbabuena.

—Ahórrate el elogio —dijo Alida antes de que él llegase a pronunciar ninguna palabra—. Es del Hipercor.

—Estás enfadada… Disculpa lo de antes —le dijo con gesto sincero.

—El qué.

—Lo que he dicho.

—No hay nada que disculpar. Has sido sincero. Por primera vez desde que nos conocemos.

—Eso no es cierto, sabes bien que no. Contigo siempre he sido sincero. Me desarmaste desde el primer instante. —Mientras hablaba, él era consciente de que el alcohol seguía estando ahí, continuaba hablando en su lugar.

—El romanticismo es un invento femenino. El hombre que lo usa da risa.

—Tienes muchos prejuicios. El romanticismo es un instrumento refinado. A mí me gusta hacer alarde de él porque soy un esteta. Eso tú lo sabes bien. *Ars amandi*.

—Pero la síntesis que resulta, tu refinamiento amoroso ya decantado, es cruda y áspera: quieres follarme. Acabas de decirlo. Mortal y rosa a secas. Crudamente mortal y rosa. No hay belleza aquí. Eres instinto.

—No digas eso. El romanticismo es hijo siempre de la belleza.

—Tu refinamiento es una máscara. Como aquel esmoquin que llevabas cuando nos conocimos.

—Tú has sabido ver tras el disfraz.

—Detrás de tu máscara hay un monstruo.

Alberto parpadeó un par de veces y luego dejó a un lado, vacía, la copa de helado.

—¿Eso crees que soy? ¿Un monstruo?

—O incluso algo peor.

Volvió a entrar Macarena, que avanzó silenciosa con los cafés y los dejó sobre la mesa. En medio puso el azúcar: un platillo rectangular sobre el que se alzaba, minúsculo, un zigurat de morenos terrones. Alida suspiró y miró a Alberto. Antes de que Macarena atravesase el umbral de camino a la cocina, le dijo:

—Cámbiate ya, ¿quieres? Cinco minutos.

La sirvienta se detuvo un instante, no se giró; se metió el pelo tras la oreja en un gesto reflejo y continuó su mecánico desplazamiento hasta desaparecer en la tenue penumbra del pasillo. Alberto encogió interrogante los hombros, pero Alida ignoró su gesto.

—Polifemo es mi monstruo preferido —dijo, retomando la idea interrumpida—. Era un monstruo sin ambages. Nunca pretendió ser Acis.

Alberto sonrió.

—Por eso Galatea nunca fue suya.

—Galatea era una imbécil. Pero dime, Alberto —dijo levantándose, bordeando la mesa hasta llegar a él, que se giró un poco para encararla, para detenerla o colaborar con ella llegado el caso: en ese momento sintió que Alida era capaz de cualquier cosa—, ¿qué mujer bella y astuta no prefiere las sombras del monstruo?

Entonces ella se agachó, se arrodilló en su regazo y lo cogió por la nuca. Él bajó un poco la cabeza hasta colocarse a la altura de su boca y cerró los ojos para, rendido, acoger sus labios. Pero los abrió al notar que la mujer desplazaba la boca hacia su oreja. Enseguida sintió contra el lóbulo sus afilados labios, que picaban como el *wasabi*.

—Mira hacia atrás —le susurró al oído.

Alberto se giró desconcertado y vio contra el marco de la puerta a Macarena. Ya no vestía el sencillo traje del servicio doméstico. Ahora llevaba puesto tan solo un sujetador negro de encaje, bragas a juego, liguero. Y su cara ya no era la misma de antes.

—¿Ves? —dijo a su lado Alida, también con otra voz—. A esto nos conduce tu monstruosidad. ¿Sabes lo que quiero? —le preguntó mientras se levantaba, lo rodeaba y lo sujetaba por los hombros desde atrás—. Que te la folles. Quiero que te la folles para mí.

Macarena se acercó despacio, con estudiada cadencia de fina *escort*.

—Pero…

Entonces la sirvienta lo miró aquiescente, invitadora, y fue su gesto, más que las palabras de Alida, lo que lo indujo, autómata, lascivo, monstruoso, a acercarse lentamente a ella, a comenzar a besarla, a dejar que se arrodillara a la altura de su bragueta; a penetrarla luego, contra la inmaculada piel del mullido *chaise longue*. Y mientras Alberto sujetaba a la criada firmemente por las caderas, clavaba sus ojos enrojecidos por el placer en el verde agotador de los ojos de Alida, que lo miraba inmutable desde su silla mientras se comía el helado ya derretido, se bebía el café ya frío. Los gemidos de Macarena ante sus acompasados embates le parecieron artificiales, educados para complacer. Alberto miró a Alida por última vez y la vio encenderse un cigarrillo. Luego cerró los ojos y se dejó llevar por el placer del orgasmo en el interior de aquella casi desconocida, sirvienta o puta, a la que le habían obligado a montar.

Cuando al rato abrió los ojos, jadeante, estremecido, lo primero que vio fueron las bragas de ella entre sus temblorosas rodillas, contra el cuero del sofá. Lo sorprendió ahora la fragilidad de aquel cuerpo que latía sudoroso bajo el suyo. Al levantar la vista, Alida ya no estaba allí: había vuelto a desaparecer.

OCHO

Fernando agradeció aquella cuesta abajo tras el esfuerzo de la subida. Tan pronunciado era de pronto el descenso, que cuando las ruedas tomaron velocidad tuvo que alzar una mano del manillar para agarrarse el sombrero y que no se le volara. Las sinuosas curvas de la carretera, desierta a aquellas horas de la tarde, las perfilaba el escritor con su bicicleta con el gratuito celo de un esmerado escriba. Se detuvo al ver a dos mujeres que venían de paseo carretera arriba, arrimadas temerosamente al arcén. Los humedecidos frenos pararon la bicicleta algo más tarde de lo previsto por el ciclista, pero ellas, apercibidas, fueron al encuentro del joven.

—¡Buen día, señoras! —les dijo después de dudarlo un instante, sin resuello casi—. ¿La Quinta da Regaleira, por favor?

Ambas fruncieron el ceño, se miraron interrogantes.

—Eso es lo de Monteiro, el de los millones.

—¡El mismo! —dijo el ciclista con un poco más de aliento—. ¿Dónde queda? ¿Voy bien por aquí?

—Sí que va. Todo recto, tres curvas más y a la izquierda verá usted la tapia de la quinta. No tiene pérdida, es una casa como de cuento.

Fernando se despidió de las señoras tocándose con gracia el ala del sombrero. Ya con la bicicleta en movimiento, se ajustó el puente de las gafas. Unos metros más abajo arrancó el pedaleo con un gesto no demasiado ducho, tan urbanita como el traje que vestía y que una estratégica pinza en la pernera preservaba de la grasa de la cadena. Se caló bien el hongo y agarró fuerte el manillar de la vieja bicicleta.

Una pedalada, dos, tres… Y el empuje de la pendiente, la suave inercia. Izquierda, derecha, izquierda. Arriba, las copas de los árboles eran mecidas con cierto ímpetu por el viento de los primeros días del otoño. Enseguida, a la izquierda, estaba la tapia: piedra, roca, musgo, un pináculo que destaca… Y de repente, jalonada por dos esbeltos torreones y cuarteada por las negras juntas de los sillares, que la cruzaban como cicatrices de intemperie, se erguía, majestuosa y maciza, la casa.

Cuando Fernando frenó la bicicleta, los sólidos barrotes de la gran verja de la entrada le segmentaron la vista de aquel paraíso,

convirtiendo de pronto todo el mundo de este lado en una desoladora cárcel. Miró a derecha y a izquierda: no vio a nadie. Buscó una aldaba. Nada. No se atrevía a dar una voz. Miró hacia arriba, y a un lado de la dilatada verja de tres portones vio una campana. Recorrió con la vista la cuerda desde el badajo para ver hasta dónde caía. Agarró su extremo y la tañó, primero tímidamente, pero al ver que pasaba un rato y nadie contestaba, movió con fuerza la reseca soga, que crujió con el zarandeo. Esperó un rato, avergonzado. Carraspeó para aclararse la voz y dar un grito, pero lo descartó casi en el mismo instante. Volvió a tocar. Aguardó otro rato. Bajó la vista y recordó la pinza del pantalón; se la quitó. Se quitó también el sombrero, le echó un vistazo a la vieja bicicleta, que apoyó contra el muro. Se le empañaron las gafas. Buscó en el bolsillo interno de la chaqueta un pañuelo para secar los cristales. Entonces oyó pasos contra la grava y en el interior del recinto vio una figura torcida y borrosa que se aproximaba hacia él. Limpió ambas lentes en un gesto rápido. Era un hombre mayor, vestido de levita.

—Buenas tardes.

—Buenas —contestó el desconocido con acento rústico—. ¿Qué quiere?

—¿Vive aquí el señor don António?

—Sí, pero estos días no recibe.

—¿Ah, no? ¿Y por qué motivo?

—Por uno que no es de su incumbencia.

—Pues lo cierto es que hace un mes le escribí y me dijo que lo visitara en cualquier momento, que con sumo agrado me enseñaría la quin…

—Ya, pero ahora ha surgido un imprevisto, y no.

—Dígale que soy el poeta que…

—Le será indiferente. Me ha dado orden de no recibir durante estos días.

—Es que, verá, yo quería escribir sobre este lugar y…

—Ya le he dicho que no recibe.

Fernando suspiró, carraspeó, se armó de valor y dijo con voz temblorosa (siempre lo avergonzaba mendigar favores):

—¿Y podría aunque fuese pasar y ver los jardines, si acaso por mi cuenta?

—Qué disparate.

—Pídale permiso a don António, haga el favor —insistió, aún llevado por el impulso del arrojo anterior—. Solo para eso. Ni se darán cuenta de que merodeo por aquí.

—De ninguna manera, en qué piensa usted. He recibido órdenes claras.

—¿Y si pudiera facilitarme el contacto del señor Manini para que yo le expusiera a él…?

—El señor Manini tampoco lo recibirá hoy.

—Ah, ¿acaso él también está aquí?

—Eso tampoco le atañe. Buenas tardes.

—¡Un momento! —gritó acariciando con el dedo el último cartucho—. ¿Sería usted tan amable de…?

Entonces Fernando se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta en busca de una de sus tarjetas de visita del periódico. No la encontraba. El hombre, muy tieso al otro lado de la reja, resopló impaciente. Cuando al fin dio con ella, se la extendió.

—¿Puede darle mi tarjeta a don António, si es tan amable? Dígale que me llame cuando vuelva a recibir sin restricciones ni horarios, tal y como me aseguró que hacía.

El hombre permaneció inmóvil un buen rato, receloso primero, abiertamente hostil después, hasta que en el último momento suspiró, dio un paso hacia la verja y alargó con indolencia el brazo hasta coger la tarjeta sin rozarle los dedos al escritor, que entretanto hizo el esfuerzo de acercársela lo máximo posible para asegurarse de que no caía al suelo. En absoluto silencio, exhibiendo un orgullo costoso, repensado, el criado se giró y regresó a la casa.

Fernando permaneció un rato allí clavado frente a la cancela, mientras miraba alejarse al hombre. Cuando lo perdió de vista, metió

la cara entre los barrotes, tratando de imaginar que lograba entrar, que aquella puerta no había logrado evitar su vigoroso salto. A su izquierda vio un terroso paseo sembrado de alineadas estatuas de diversos dioses. De las figuras más alejadas, cuyas inscripciones le eran inaccesibles a causa de su miopía, supo interpretar los atributos. Después de un rato con la cabeza encajada entre los barrotes y tras encaramarse un poco a uno de los laterales del muro de piedra, tuvo completa en su mente la nómina de aquel heterodoxo Olimpo: Hermes, Vulcano, Dioniso, Pan, Ceres, Flora, Venus, Orfeo… Y un león.

Mientras caminaba hacia su bicicleta, Fernando imaginó cómo aquel estólido criado entraba a la casa por la puerta de atrás y al pasar junto a la chimenea del salón de caza echaba a las llamas su tarjeta. Un nombre, una dirección, un número de teléfono. En pocos segundos el sucinto cartón sería una negra pavesa. Entonces dudó de que el señor Monteiro fuera a recibir ningún mensaje de su parte; incluso se preguntó si existiría en realidad algún señor Monteiro. Ya a horcajadas sobre su metálica montura, antes de tomar el camino de regreso a Lisboa, giró la cabeza y detuvo la vista en las opacas juntas de los sillares de piedra que componían la casa. A pesar de su limitada visión, percibió nítidamente que estaban dibujadas sobre la piedra. La fachada era una superficie lisa, uniforme. Artificial. Entonces se alejó. La cuesta arriba se le hizo más ardua por la sensación de fracaso que lo acompañaba en cada pedalada.

Cuando llegó al centro de Sintra decidió pararse para acopiar fuerzas. Entró en la Casa das Campainhas y fue derecho a los retretes. Se desabrochó el último botón de la camisa y se aflojó la corbata; entonces se vio la pernera del pantalón, sin la pinza, tiznada de la grasa de la cadena. El agua de la palangana, recién echada de la jarra de cerámica, fue como un tonificante latigazo en la nuca.

Ya con una mejor impresión personal sobre su propio aspecto, se acercó a la barra y pidió un café en el bar de la hospedería. No muy lejos de él, acodado en el mostrador, había un caballero bien vestido, moreno, con bigote, que más que apoyarse parecía irse a tronchar de un momento a otro sobre la pulida madera. Un señor rubio de claros ojos saltones departía desinteresadamente con él, perfectamente enhiesto y en apariencia ajeno al vulnerable estado en que se encontraba su interlocutor. De las largas tardes en los veladores del café A Brasileira había desarrollado Fernando el instinto, o la mala costumbre, de escuchar las conversaciones ajenas. Quién sabe cuándo podría llegar a sacarles algún provecho.

—¿Se refiere usted al hotel de Buçaco?

—El mismo.

—¡Pero ahí el mérito no fue mío en absoluto, hombre! —dijo el caballero inestable, del que Fernando solo alcanzaba a ver el pelo, escrupulosamente cortado a navaja, y parte de la mejilla derecha, en cuyo extremo asomaba la punta de un alzado bigote—. Es un monasterio del siglo XVII. Y cuando se trabaja con buena materia prima, el arte sale solo. En ese caso entonces el mérito no es del artista, o al menos no de este artista que tiene usted ante sus ojos.

El poeta entonces contuvo la respiración. Sin duda aquel señor en escorzo que la fortuna había puesto en su camino era el gran Luigi Manini, arquitecto, escenógrafo; el hacedor de Regaleira. Se terminó con obligada parsimonia el café y aguardó luego con calma a que don Luigi se despidiera del caballero que presumiblemente lo había abordado. Cuando este se marchó, el arquitecto suspiró agotado y, doblándose más aún por la cintura, pidió que le rellenaran la copa mientras dejaba caer con fuerza ambos codos sobre la barra. A Fernando le gustó que no llevara prisa, que tuviera aspecto de ir a quedarse allí varado durante años.

—Disculpe…

—¿Sí? —dijo el arquitecto ya no en escorzo, ahora mostrándole al poeta el perfil izquierdo primero, luego el rostro casi completo; de su voz se colegía cansancio, pero también se percibía en ella un matiz de curiosidad.

—Mi nombre es Álvaro. Álvaro de Campos —le dijo Fernando tendiéndole la mano—. Es usted don Luigi Manini, el arquitecto, ¿verdad? —se atrevió a decirle a renglón seguido, precipitado, torpe, nunca se le dio bien eso: abordar, interactuar, levantar desde el silencio y la anonimia una conversación. Mientras, le estrechó una mano que el otro le tendió por pura inercia. Al verse reconocido, el arquitecto suspiró con cierto fastidio.

—Sí, pero ahora no… —dijo tarde y con marcado acento italiano, ralentizado por el alcohol que tal vez llevaba horas ingiriendo; no obstante, intentó una educada sonrisa.

—No lo molestaré mucho. Precisamente vengo ahora de Regaleira.

La cara de Manini expresó entonces momentánea sorpresa para


después, más lentamente, contraerse en un diáfano gesto de inquietud.

—No se preocupe, solo he estado en la puerta. Ese mayordomo del señor Monteiro no me ha dejado pasar.

—Aldo, se llama. A veces tiene unos modales... poco ortodoxos. Pero no hace por su cuenta nada que no le pidan.

—Lo extraño es que hace un mes el propio don António me dijo que me recibiría aunque me presentara sin previo aviso, que solía estar solo.

—Sí, pero ahora hospeda allí a una mujer que… es importante. ¿Es usted periodista?

—Escritor. Pero me interesa la casa. Su casa. La historia. Así que si quisiera usted hablar unos instantes conmigo... ¡Lo invito a cenar! —añadió entonces, sabiendo que eso no era posible, puesto que no llevaba más que unos pocos escudos encima, en cierto modo confiando a ciegas en la magnificencia del arquitecto.

—Es que… —dijo Manini echándole una impaciente mirada al reloj.

—Así no habré hecho este viaje desde Lisboa en vano. Tenga usted en cuenta que soy tímido. Mucho. En realidad, no sabe usted cuánto. Y que todo esto es un esfuerzo para mí. Además, he venido en bicicleta desde la capital. Así que figúrese.

De pronto Luigi le sonrió con simpatía a aquel extraño mientras enarcaba una ceja con sorpresa:

—¿Lo dice usted en serio?

—¿En serio? El qué, ¿lo de mi timidez, o que he venido en bicicleta?

El arquitecto bajó la vista hasta recorrerle por entero al desconocido la pernera del pantalón, que descubrió suelta, sin abrazar, tiznada de negro y estampada con varios cercos de humedad que subrayaban el estropicio. Al mirarlo otra vez a la cara volvió a sonreírle, esta vez más afable, incluso cómplice. Entonces le dio un trago largo a su *brandy*.

—Ande, venga —dijo al acabar su copa poniéndole una mano sobre el hombro—. Vayamos a sentarnos en aquella mesa del fondo.

¿Cómo ha dicho que era su nombre? A lo mejor he leído algo suyo.

—Bueno… En realidad mi nombre es lo de menos.

—¿Habla usted en serio? —dijo Manini extrañado, volviéndose rápido hacia él—. ¿Qué clase de escritor desdeña su propio nombre? ¿Qué artista no quiere serlo?

Fernando no supo qué contestar a eso, y dijo la primera respuesta ingeniosa que se le pasó por la cabeza:

—Pues un idiota.

NUEVE

No puedo dejar de mirar el broncíneo perfil de la escultura de Fernando Pessoa sentado a la mesita del A Brasileira. Mi vista, atraída por el pulido metal, se deja caer, interesada, desde el ala breve del sombrero, las redondas gafas y el bigotito, hasta la mesa, la mano, la taza, el cuaderno que el escritor no mira, las piernas, bajo la mesa, cruzadas con indolencia. Después mis ojos remontan la compacta figura, mejilla, pechera arriba, inútilmente esforzados en penetrar a quien representa. Levanto un instante la vista hacia la plaza. A estas horas el Chiado es un palpitante hormiguero que no dejo que me absorba; le pongo una inevitable sordina para volver con mansedumbre otra vez a Pessoa.

Junto a él se sientan de continuo turistas vertiginosos y neófitos (algunos buscan una plaquita que les chive el nombre) que se fotografían sonrientes junto a su tosco cuerpo arrimado al velador. Pienso entonces en las muchas horas que pasaría allí mismo el verdadero Fernando, escribiendo junto a los parroquianos más asiduos, muchos de ellos desconocedores también de la identidad de aquel hombre tan reservado.

Bajo la vista hacia mi café, que ya casi no humea, y luego miro, más allá, la taza de té de mi acompañante. Junto a ella hay una tetera de la que sí sale un humo delator. Miro el reloj. Reparo luego en mi libreta, abierta por dos páginas en blanco. He sacado el bolígrafo hace rato, pero hasta ahora no me ha suscitado interés nada de lo que el profesor Freire me ha contado, o en todo caso no un interés suficiente como para no fiarme de mi memoria. Dibujo una distraída flor en una de las esquinas del papel. Pienso que tarda mucho en regresar del baño. Seguro que ha aprovechado para abonar la cuenta en la barra. No tiene que ser barato este sitio. La fama del lugar, en parte brindada por aquel silencioso cliente de al lado, era un idóneo pretexto para hacer negocio. Menos de ocho euros seguro que no. Por un instante pienso que es una cantidad indecorosa para que la afronte el otro, el no del todo interesado, el que ha venido a hacerme un favor. Pero se me atenúa la sensación de deuda al acordarme de Alberto y su llamada de ayer en el brocal de la torre hundida:

Piribirirí.

—Diga.

—¿Sofía? Soy yo. Antes se ha debido de cortar. Supongo que no

tendrás demasiada cobertura por allí —dijo. Y añadió sin esperar contestación—: Mira, te comento una cosa. Es rápida. Mientras estabas ilocalizable he llamado al profesor Freire, de la Universidad de Lisboa. Por lo visto acaba de volver de sus vacaciones. Es que como me dijiste que habías comprado su libro…

En ese instante me arrepentí de haberle dado aquella información a Alberto, arrastrada por la fuerza de la costumbre. Siempre compartía con él cualquier dato erudito, movida por un morboso deseo, fraguado al inicio de la relación, de intentar estar a la altura de su voracidad intelectual.

—No sabía que lo conocías.

—No, si no lo conozco. Me ha dado su número Rafa Prieto. Pero por lo visto es un entusiasta de Regaleira y no pierde ni una sola oportunidad de ilustrar a quien sea sobre el tema. Te interesa. Apunta el teléfono, anda. He quedado en que hoy mismo lo llamas y os veis mañana. Nadie sabe como él de la historia de Sintra.

—Pero…

—Ves que me intereso por tus cosas. Llámalo, anda, hazme el favor. Y no me dejes en mal lugar, que siempre te gusta dejarme en mal lugar. Después de lo que hago por ti...

Tras hacerme apuntar a regañadientes el número del profesor, colgó inmediatamente para no darme espacio a ponerle ninguna objeción. Este tipo de gestiones *desinteresadas* las hacía él para pagar tácitas concesiones de pareja de las que de algún modo llevaba secreta cuenta, supongo que para sentirse conmigo un poco menos cretino. En cualquier caso había algún continuo afán deudor en él que lo llevaba a esforzarse en hacerles favores a los demás, especialmente aquellos de los que a él le hubiera gustado ser objeto.

Le doy un nuevo sorbo al café y miro otra vez al impertérrito Pessoa que, con la arcaica sonrisilla que le inventó el escultor, vuelve a fotografiarse junto a unos turistas. Refulge al sol sobre la inútil mesa su tímida mano, desproporcionada y brillante, pulida por el roce de cientos de tactos, como las extremidades de los santos. Otro sorbo más al café. *Dónde está este hombre, dónde se ha metido,* me pregunto cansada, con cierto hartazgo. Fugazmente pienso en irme antes de que regrese, pero cuando levanto la vista de mi taza tras un nuevo sorbo, encuentro de nuevo ante mí al profesor Freire: sudoroso, trajeado —con traje liviano, de lino, veraniego—. Luce frondosa perilla, gafas de

pasta y una calvicie mal disimulada con una triste cortina de cuatro pelos. *Tiene toda la pinta de un comisario franquista,* vuelvo a pensar al tenerlo delante. Antes de que tome asiento me da tiempo a verle mojada la larguísima cremallera del pantalón. En este instante entiendo que es posible que no haya estado abonando caballerosamente la cuenta, o que es probable que, además de eso, haya estado intentando poner remedio —peor siempre que el daño causado— a un embarazoso incidente.

—Perdona la tardanza —me dice en un inglés con fuerte acento local, que casi entiendo mejor por esto, porque a mí nunca se me ha dado bien la lengua anglosajona.

Al principio de nuestra charla, él había empezado a hablarme en inglés, pero enseguida le he dicho que prefería que lo hiciera mejor en portugués, lentamente. El portugués, lo mismo que el italiano, despacito, suena casi a español. Por eso hemos acordado que yo le hablaría en español y él me contestaría en su lengua. Así, más o menos nos da la sensación de que nos entendemos casi por completo.

—¿Por dónde íbamos? —añade enseguida, también en inglés, de repente olvidado de nuestro reciente acuerdo comunicativo, mientras arroja una extrañada mirada sobre su tetera, que ya apenas humea, y la taza, que alberga dos dedos de té ya frío.

—Estaba usted diciéndome algo sobre el arquitecto Manini —le contesto yo en español, y él, maquinalmente, continúa hablándome en un portugués lento, no tan cantarín.

—Ah, sí… Era un tipo extraño ese Manini. Oscuro. Aunque menos que Monteiro, claro. Desde luego en la construcción de la quinta no se limitó a cumplir los deseos de su cliente. Hay mucho de él en Regaleira. Hay demonios allí exclusivamente suyos, proyecciones personales, fijaciones muy íntimas. El estilo neomanuelino es idea suya, por ejemplo. Todo ese aparato romántico, tan escandaloso hoy día. En el hotel de Buçaco ya dejó su impronta. Todo humo. Indudablemente, compartían intereses. Llegaron a ser grandes amigos.

Sigo sin tomar notas. No me apasionan las palabras del catedrático: profiere datos como en una familiar lección de anatomía. Por un instante pienso que no tengo historia, que no hay historia posible, que he ido hasta allí para nada. A este hombre le sé de antemano casi todas las respuestas.

—¿Pero qué pasó?, ¿qué ocurrió entre ellos? He leído que sucedió

algo —digo intentando forzar un poco su discurso para escucharle una información reveladora, alguna verdad asombrosa sobre la que pivotar.

—No se sabe con exactitud —me dice mecánicamente, empecinado en su letargo—. El caso es que Carvalho Monteiro acabó muriendo solo. Su esposa falleció, sus hijos vivían fuera, olvidados de un padre despótico y medio demente. Aparecieron ya luego, para rapiñar la gran fortuna. Si la casa les interesó a sus descendientes fue para convertirla pronto en dinero líquido. En cualquier caso, supongo que la amistad con Manini se fue deteriorando… A pesar de que durante muchos años los unió aquel proyecto mítico, en el que ambos cuajaron un similar paradigma vital. Se sabe que lucharon en secreto por la restauración de la monarquía. —En este instante se lleva la taza a la boca, se sorprende de que el líquido esté frío; tan frío. Luego continúa—: Ahí hay un espacio para la ficción, ¿no? Completarlo es cosa... de los artistas.

Me sorprende este último giro en su discurso, donde de pronto intuyo la raíz de su desidia, puede que también de su condescendencia hacia mí, hacia las preguntas que le formulo. Su actitud me devuelve una imagen infantil de mí misma. De pronto siento hacia Freire la misma sorda repulsión que hacia Alberto.

—Claro —contesto seca.

Desde que empiezo a verlo como un trasunto orondo de mi profesor Kaufman, el desprecio que destilan sus certeras palabras de académico, su prepotente tono de investigador, de fidedigno intérprete de la siempre objetiva realidad, me lo tomo como una bofetada. Disimulo porque siempre he pensado que la diplomacia es más eficaz vehículo que la ira.

—Le hago una pregunta directa si no le importa... —le digo. En realidad, a esto llevo un rato dándole vueltas; la presencia de la compacta figura de Pessoa, artificial, extraña, paradójicamente sólida allí, me hostiga con su forzoso silencio—: ¿Eran masones?

—¿Masones quiénes?

—Monteiro y su arquitecto.

El profesor distancia entonces las comisuras y deja ver el filo de sus dientes conejiles.

—A ver... En más de una ocasión se les ha atribuido la masonería,

pero eso es una sandez. Por lo menos en lo que respecta a Carvalho Monteiro. Él era un cristiano… muy cristiano. Ceremonioso. Y sebastianista. En realidad, su visión mítica de la patria, aunque no exenta de esoterismo es, sin embargo, tradicional. Incluso podríamos calificarla de reaccionaria. Lo cierto es que son bastantes los investigadores que han especulado mucho y muy desacertadamente al respecto.

—Sí, claro. Entre otros, ese señor de ahí —digo, señalando la silente estatua del portento de las letras portuguesas.

El profesor, confundido, mira hacia el poeta.

—A ver… —dice Freire después de una pausa condescendiente—. Don Fernando era amante de lo esotérico, y en su libro *Mensagem* habla de la profecía del Quinto Imperio formulada por António Vieira, pero no escribió nada en concreto sobre Carvalho Monteiro. Al menos que yo sepa —añade al final, no tanto porque crea que de verdad no sabe, como por mostrarse humilde ante mí.

En este comentario veo mi oportunidad de tumbar al prestigioso Freire. De pronto agradezco llevar encima todo el material del que he ido haciendo acopio para mi historia.

—Permítame decirle que en este punto se equivoca. Pessoa sí que escribió un artículo sobre Carvalho Monteiro… que nunca se llegó a publicar. Ya le he dicho que trabajo en una biblioteca. Pues bien, uno de nuestros lectores más asiduos, que sabe que yo estoy preparando una historia sobre Regaleira, me dijo que él había podido transcribir bastantes materiales inéditos de ese famoso baúl donde se guardan los manuscritos del autor. Después de insistirle, me pasó el archivo con la transcripción de ese texto. Me enseñó también una fotografía del original, pero de esa no me dejó que me quedara copia. Del chico me puedo fiar: es filólogo portugués y hace la tesis sobre Pessoa.

—¿En serio? ¿Y cuál es su nombre?, ¿quién le dirige la investigación?

—Solo sé que se llama Alejandro. Sus apellidos podría mirarlos en la base de datos de la biblioteca…

Después de unos segundos de desconcierto, de una especie de latencia causada por la interpretación de la lengua foránea, el profesor arquea una ceja y frunce sus labios como un acordeón. Parece sorprendido, extrañado con la información que le doy, por lo menos eso trasluce su expresión a pesar de que se nota que lucha por

disimularla ante mí, que se esfuerza por parecer escéptico.

—También puede ser que se refiera usted a aquel artículo en el que Pessoa defendía la masonería frente al proyecto de ley sobre asociaciones secretas presentado por el diputado José Cabral… Pero allí no recuerdo yo que el autor hiciera referencia a ningún dato sobre Monteiro.

—Le digo que este es otro artículo. Uno inédito.

—Ya, claro. Pero es que… Si lleva razón en lo que plantea, lo cierto es que… me dejas muy impresionado.

Esta última frase la dice en inglés: *«You leave me dumbstruck».* Algo así como «me dejas patidifuso».

Me divierte mucho poner en duda a una eminencia en su propio campo. A todas luces el profesor Freire presume de ser uno de los máximos conocedores de la historia arquitectónica de Sintra y desde luego hoy no esperaba verse en esta situación de indefensión. En realidad él ha acudido aquí, además de comprometido por el ruego del ilustre profesor Kaufman, para disfrutar de la oportunidad de un instante pedagógico extrauniversitario con una bibliotecaria caprichosamente convertida en novelista.

—Pero es que no me cabe en la cabeza que… —insiste, negándose a aceptar mi órdago.

—¡Espere! —le digo de pronto fingiendo que acabo de recordar—. Aguarde un momento.

El profesor niega en silencio, impermeable ante cualquier mínima variación de la verdad que en su día dio por buena.

—Es que no puedo creer que haya un artículo de Pessoa sobre Carvalho Monteiro —insiste, ahora ya más para convencerse a sí mismo que para defenderse de lo que le digo—. Específico, me refiero, y al que yo no haya tenido acceso. Pero, claro, los herederos son muy celosos y… —Todo esto lo dice en un impetuoso portugués que me cuesta seguir, ligero y chillón, a la desesperada, como disparado con ametralladora desde una trinchera.

Yo llevo tiempo mirando en el interior de mi cartera. Al cabo saco del bolsillo grande un portafolios de plástico. Para entonces el profesor hace rato que ha fijado la vista en su té y no parece dispuesto a sacarla hasta que no encuentre un respaldo sólido de lo que le estoy

diciendo. Me demoro ahora acariciando el filo de la carpeta, el de los papeles que contiene, como si diera cuenta de ellos uno a uno. Me gusta hacer sentir así a este hombre. Doy con el que busco, pero aun así tardo en sacarlo y extendérselo.

—¡Aquí está! El artículo de Pessoa —digo al fin, y él levanta con ansia la vista, me mira, mira el papel como queriendo adivinar las letras al otro lado—. Está en español… El joven filólogo tuvo la amabilidad de traducírmelo.

El desconcierto en él es ahora como una espesa sustancia invisible que nos abarca a ambos. Lo noto extraordinariamente vulnerable mientras empieza a leer con desmesurada atención el texto que acabo de extenderle.

DIEZ

Con aire de despiste y vertiendo de cuando en cuando una mirada soñadora sobre la placita del Chiado, el joven Fernando ordena sus notas sentado al pequeño velador del A Brasileira. Cuando se acaba el café, despacio pero sin dejar que se enfríe, su rostro toma una expresión reconcentrada, y las yemas de sus dedos, disimuladas bajo la mesa, comienzan a tomarle el pulso a un par de versos. Abre un cuaderno, saca rápido la estilográfica y traza unas líneas que, cuando relee, lo desilusionan. Niega con la cabeza, las tacha, se lleva de nuevo a la boca la taza y siente sobre la lengua el sabor amargo de los posos fríos. Frustrado, levanta la vista. Todavía es temprano y hay poca gente en la plaza. Mira la hora; aún no vendría Luís, y mucho menos Mário, menos madrugador. Hasta las ocho no tiene que entregar el artículo; eso lo relaja. A pesar de que nota que la lucidez no le es del todo propicia esta mañana, le apetece mucho trabajar, ocupar la mente en algo que sea suyo, no en un encargo: no sujeto a plazos de entrega, al deber, a dinero que le pague el sustento. Decide entonces repasar las notas de su inesperado encuentro con Manini, revisarlas, releerlas. Tal vez ha llegado el momento, se dice, de hacer algo con ellas.

Al principio de la entrevista no se había atrevido a sacar la libreta delante del arquitecto por temor a su reacción, por no querer subrayar aquello que era evidente: que se había sentado a su mesa para tratar de saber, con el firme propósito de no dejar escapar ni una sola gota de información que satisficiera su curiosidad sobre Regaleira y su propietario. En cualquier caso le interesaba ser sutil, pues por azar había abordado a Manini en un estado de evidente vulnerabilidad del que no convenía hacer sangre. Al menos al principio. Si dejaba pasar suficiente tiempo para que él fuera asimilando aquel encuentro como una relajada charla entre amigos, quizá cabría la posibilidad de lograr una progresiva distensión que consiguiera hacer fluir las palabras, porque estas, pensaba el joven poeta, verdaderas o falsas, siempre eran mejor que el silencio, culpable de cubrir siempre todo, particularmente lo vacuo, de un inmerecido misterio.

El alcohol había acelerado la adquisición de la confianza, y por eso ya en los postres Fernando sí se permitió, aunque lastrado por su natural timidez, la licencia de sacar su cuadernito, no sin antes hacerle a su interlocutor un gesto vagamente interrogativo que el arquitecto captó como una señal para llenar de más vino las copas. De cualquier manera, precisamente la ebriedad de Manini había hecho que le pasara desapercibido que su interlocutor había empezado a tomar

notas. Al principio este lo hizo con disimulo, apoyándose en un lateral del mantel, ligeramente escorado junto al plato; pero enseguida, cuando el camarero retiró el servicio, el escritor se colocó la libreta delante. Asentía y escribía, lo miraba como todo el que habla desea ser mirado, hacía preguntas puntuales. Entretanto, Manini, confiado, divagaba y gesticulaba mientras mojaba de cuando en cuando un habano recién prendido en la copa de *brandy* que había pedido tras el *quindim*. «¿Sabe? Este es de los suyos. Del *dos Milhões»,* le había dicho con sorna meciendo vagamente el cigarro antes de prenderlo. Luego vinieron más bebidas, café, más cigarros. Anocheció fuera.

—Se me hace tarde. Recuerde que vuelvo en bicicleta.

—Yo hoy pernocto aquí. Me han desterrado. Romeo en Verona. Lo invito a una alcoba. Quédese esta noche y le contaré a usted la historia más increíble que jamás haya escuchado —le dijo irremediablemente beodo. Y alzando la vista hacia el camarero tras la barra, añadió—: La Casa das Campainhas es nuestra venta de Juan Palomeque.

Cuando Fernando llegó a la habitación, su cabeza era un crisol de ideas difusas. Por eso, antes de dormir su particular embriaguez —moderada y llevada con discreción, la propia de un prudente escuchador—, se dedicó a escribir de memoria las notas que no había tomado al principio, cuando le daba vergüenza, cuando sus dos manos estaban ocupadas en la comida, toda la atención puesta en Manini, en sus palabras, en sus silencios. Precisamente había procurado moderarse con la bebida para no deturpar demasiado la información a la hora del recuerdo. Escribió arriba, en el cuarto, febril, durante horas. Entonces se dio cuenta de que Manini le había proporcionado los mimbres para una historia.

«Regaleira fue crear desde la nada, partir de lo que solamente existe en la cabeza...», le había dicho. «No en la mía, desde luego. O no al principio. El artista es también el puente, el vate. El arte es diálogo: con uno mismo, pero no solo. A menudo también con el otro, o con la historia. Pero al principio este diálogo era soterrado, casi mudo». Y bajando la voz añadió: «Supongo que ya sabes que aquí, en Sintra, la magia es un sutil latido, imperceptible casi. Hasta que lo alcanza a uno, claro. Entonces ese tenue bombeo se siente aquí dentro», dijo ahora llevándose el índice al pecho, sobre la solapa de la chaqueta. «Se desboca como correazos, como una ristra de azotes capaces de levantar cordilleras, de embravecer el mar. Regaleira fue idea de António. Conocedor de mi sensibilidad y mi visión del arte a través del hotel de Buçaco, y desilusionado por haber buscado sin

éxito a un loco talentoso al que encargar su singular proyecto, me encontró, me habló y nos entendimos desde el primer instante. No era baladí su propuesta, desde luego, pero enseguida supe hacer mía su idea. Fue todo muy sencillo, puesto que éramos tan parecidos…, pero al mismo tiempo complementarios: las dos facetas de una misma moneda. Pasábamos muchas horas juntos, proyectando ideas inverosímiles, viendo la viabilidad de sus sueños. Para eso me contrató. Sin embargo, dándole vida a Regaleira, acabamos destruyendo nuestras propias existencias... Ambos nos quedamos solos. Durante años no tuvimos el uno para el otro ningún otro amigo o consejero. Hasta tal punto éramos compadres que hace tan solo unos meses don António me encargó una delicada labor diplomática. Pero esta la omito a pesar del alcohol, que temerariamente me invita a soltarme la lengua ante un periodista».

—No, periodista yo no, descuide —contestó Fernando, que de ninguna manera quería que el arquitecto interrumpiese su parlamento —. En absoluto. En todo caso, escritor. Y ni de eso estoy seguro.

—Ya, y ya lo vi antes. Es una excentricidad insultante que no tenga usted un nombre fijo al que poder asociar su obra.

Esta vez el poeta pensó que tenía que darle a Manini una respuesta más seria que la vez anterior:

—En realidad mi arte precisamente es ser yo. Pero yo soy muchos.

Entonces Manini se lo quedó mirando fijamente con divertida mueca de borracho que poco a poco fue cuajando en una estrepitosa carcajada.

—Joven… —dijo una vez apaciguada la risa.

—Álvaro. Álvaro de Campos.

—Pues joven Álvaro de Campos… Usted no es más que un fingidor —dijo con solemnidad. Hizo una pausa, dio una calada al cigarro y añadió—: ¿Sabe? En realidad el periodista y el escritor, además de la palabra, comparten el peligroso hábito de la curiosidad. Pero el escritor es siempre más pernicioso: un escritor es un periodista con ingenio. Y más le digo: esa específica facultad a menudo les lleva a creer que no es asunto de ustedes la verdad de las cosas, cuando es más bien al contrario, yo bien lo sé: el auténtico artificio es desnudez. Solo potenciando lo simple, asediando lo diáfano, se alcanza la verdad. Al artista la insinceridad le está vedada porque no sabe crear

al margen de sí mismo. Yo creo que la auténtica verdad está en la mentira de cada uno.

—Habla usted como los místicos.

—¿Qué más da cómo hable yo? Yo creo que usted me está entendiendo. Es una cuestión de no saber vivir sin decir, sin contar las cosas. Y contar es mentir. La palabra «hablar» viene de *fabulare*. Fabular. Ya lo ve. Pero no todo el mundo tiene necesidad de decirse la vida, de andar a vueltas con el artificio. Hay quien se sacia con el vivir tan solo. Los locos somos nosotros… A usted y a mí me refiero. A algunos otros. Pocos. António, no. António no es un artista. António es António: una persona ambiciosa, adinerada, con un proyecto. Pero no es un artista. Por eso necesitó contar conmigo. ¿Y qué siente una persona normal, como António, cuando tiene contra su pecho la opresión de querer re-decir, construir, inventar? Miedo… y odio.

—Explíquese. Concrete. ¿A qué se refiere?

—Pero… ¿en serio le interesa todo esto? No se ha sentado usted aquí para oírle las cuitas a un hombre atormentado.

—¿Quién le ha dicho eso? Soy un artista, usted ya lo sabe. A mí me interesa todo.

Manini sonrió amargamente y volvió a llevarse a los labios la copa, a darle al cigarro una calada honda.

—A ver… —dijo luego—. António me encomendó una misión… de cierto peso. Como embajador. No debo darle más pistas porque me comprometería a mí mismo, y nada más necio por mi parte, qué bobada, que verme así expuesto a pesar del alcohol, que empuja, que desata, y máxime en los momentos de encrucijada, como lo es este en que ahora estoy. En fin. La diatriba surge de que durante mi llamémosla misión, me enamoré perdidamente de quien no debía: una mujer casada, esposa de alguien importante. Regresó conmigo: una locura. Ella lo quiso, yo no supe imponerme. En el fondo soy un romántico y le di rienda suelta a sus planes, a mi invención. La llevé conmigo a Buçaco y luego la traje a Regaleira. A Buçaco, bajo el pretexto de enseñarle mi obra, a expensas de su guardaespaldas. Pero la poseí en la *suite* principal, varias veces, sincera y apasionadamente, con esa impronta morbosa del turbio *roman français* del siglo pasado. Y con esa mancilla dimos comienzo al verdadero ultraje al marido.

»Luego quise que ella entrara en Regaleira, que contemplara mi obra más querida. Entonces le solicité a António, indiscutible

anfitrión, su hospitalidad. Al principio se mostró receloso, no quería mancharse las manos con nuestro adulterio. Al final lo convencí de que nos hospedara. Desde luego, llegado el caso iba a necesitar de su ayuda e influencia para hacer frente al burlado esposo. Su dinero y prestigio eran cruciales en mi apenas esbozado plan. De cualquier modo me interesaba que supiera, tenerlo cerca, enterado, por si llegaba a necesitarlo. En ese momento no temía batirme en duelo. Pensé que António era buen amigo para eso, incluso que sería un buen padrino, llegado el trance.

»Le mostré a ella la casa como quien enseña su pedazo de mundo. António nos seguía de cerca, receloso. Yo le hablaba a ella en inglés a posta, a pesar de que se desenvuelve bien con el portugués. Me proponía dejarlo a él fuera de esa otra arquitectura nuestra, todavía en ciernes, apuntalada por lo precario de unas circunstancias tan adversas, donde, al menos yo, no quería injerencias, aunque fueran tan sutiles como enredaderas. Son muy dañinas las plantas, suaves, silenciosas, contra la confiada pero porosa piedra. Aunque yo solo le pedí hospedaje para ella, seguro de que a mí no me lo negaría, él acabó acomodándonos en habitaciones separadas. António enseguida escogió el papel de padre protector y dispuso el cuarto de ella próximo a su autoridad. Yo sufría porque sabía que todas las alcobas de esa ala estaban recorridas por un pasadizo secreto que las comunicaba. Aquel pasillo fue un capricho mío más que suyo, casi un detalle escenográfico. Siempre tuve en mente mis trabajos en La Scala de Milán; pero cómo no, si la vida es el gran teatro. Sabía que él me apoyaría aquel capricho: siempre le ha gustado quedarse al margen, mirar desde fuera, ser como un dios taimado e indiscreto, y precisamente por eso tan terrible. Falsas puertas, aparentemente inofensivas telas en realidad jalonadas de discretas mirillas: ese poder le di en otro tiempo. Y ahora él lo usa contra mí.

—¿Pero me está hablando en serio? —apuntó en voz baja Fernando, sinceramente atrapado por el relato—. ¿Entonces Monteiro y usted ya no son amigos?

El arquitecto celebró la candidez de su interlocutor con una confiada y expansiva sonrisa:

—No se trata de eso… A António lo excita ver sin que lo vean. Y yo sé que a ella la ve. Y que la desea. Su salacidad no conoce coto. Es sibilina pero potente, inmensa, y se escapa por cualquier resquicio para inundarlo todo. Nos salpica. Además, he sido capaz de leer en él: la lascivia le aflora al rostro.

—Peor es lo invisible. No se enfrenta usted entonces a ningún Giges —dijo Fernando tras mirar un rato el plato poco apetecible de *iscas de vitela* con patatas al vapor. A ambos se les enfriaba la cena entre los codos, bajo las manos, elocuentes, incesantes. El poeta vio de pronto la comida como un objeto extraño sobre la mesa. Un objeto indiferente, ajeno, que se enfriaba—. ¿Por qué no lo desenmascara?

—¿¡Que lo desenmascare!? —dijo Manini alzando la voz—. ¿Cómo se desenmascara al que en apariencia va desnudo? Toda la verdad está aquí —añadió llevándose el índice a la sien—. Hay que ser avezados para el detalle. Los artistas somos cuerdas que vibran al más sutil de los seísmos. Yo veo venir la desgracia, mis ojos salvan los opacos muros del engaño.

—Imaginar es tan sencillo…

—No me refiero a eso. Yo hablo de la verdad. De la certeza a través de la emoción.

—Y por eso ahora está usted aquí.

—Es que António ya no me quiere en Regaleira. Dice que es lo más conveniente, que así me preservaré mejor del pecado, al que no quiere dar cabida en su casa. Es evidente que desde el pasillo secreto me vio entrar por la noche al cuarto de ella. Ahora António ha cambiado de opinión y me dice que me hospede aquí al menos hasta que se resuelva la situación con el marido, como si eso fuera posible. Él no sabe en realidad a quién le robé yo esta mujer, si es que un ser humano puede robarse. Ni usted tampoco. Déjeme un segundo para que piense si debo o no decírselo ahora mismo.

Manini dio entonces un nuevo trago a su copa, se echó hacia atrás en su silla y frunció el ceño.

Cuando Fernando, en la habitación, antes de irse a la cama, revisó sus notas definitivas, se dio cuenta de que había perdido por completo la noción del tiempo, y de que se sentía incapaz de ordenar cronológicamente las palabras del arquitecto.

—¡Fernando, amigo! —Escucha el poeta, y levanta la vista del papel garabateado con su letra. Frente a él le tiende una mano su amigo Boavida.

—¿Ya estás tú aquí? —balbuce—. ¿Qué hora es?

—Casi las doce. Qué, ¿almorzamos juntos?

Fernando mira abstraído la boca de Boavida, y después contempla la placita del Chiado, más concurrida que por la mañana. Finalmente asiente despacio mientras recoge con torpeza sus papeles.

—¿Qué te pasa? Te veo despistado.

Fernando tarda varios segundos en contestar:

—No lo sé, pero diría… diría que nada de esto es real.

II

«Entre la hierba y flor paso se abría y, volviendo la testa, la traidora, cual bestia que se atusa, se lamía.»

Divina comedia (Purgatorio), Dante Alighieri

«Y entonces, ¿qué es el hombre, por sí mismo, sino un insecto fútil que zumba mientras se estrella contra el cristal de una ventana? […]. Puedo llegar a creer que el hombre de genio, el poeta, llega a romper, de algún modo, el cristal, hacia la luz, y siente la alegría y la tibieza que produce estar más allá que los demás hombres, pero, ¿no está, también él, ciego? ¿Acaso se ha acercado algo al conocimiento de la verdad eterna?».

Diarios, Fernando Pessoa

ONCE

A través del minúsculo ojo de buey António ve abombada su carne blanca y tersa. Minerva está leyendo en la cama, el camisón caído, revelador: el hombro, la suave curva de un pecho. La pupila arañando el cristal y su resuello tras el muro, las manos que no saben evitar irse hacia abajo, para apaciguar la carne que palpita. El níveo hombro de ella, liberado del camisón por un descuido, le sirve como punto de partida; los pechos intuidos, los dedos largos sujetando el libro sobre el embozo de la cama. La mano ahora sobre el miembro duro, más decidida, irremediable, hacia delante y hacia atrás, presionando, estrangulando, arrastrando arriba y abajo. La boca entreabierta, el jadeo silencioso, los rechinantes dientes. Y enseguida la pupila henchida, trasponiendo ya el cristal, abarcándola a ella entera, inconsciente, inocente, lejos de sus manos pecadoras.

El orgasmo lo despierta y enseguida siente su líquido caliente entre las manos, aferradas en el sueño al pene erecto, escurridizo, delator. Se limpia con las sábanas y, desconcertado, prende la lámpara de la mesilla. Se sienta en la cama hasta que se le apacigua el jadeo. Tambaleándose, medio dormido, se acerca a la palangana, donde se lava después de echar en ella un poco de agua. Su rostro en el espejo lo ruboriza.

Vuelve a echarse en la cama, y a pesar de que la culpabilidad lo mantiene despierto, se duerme a la mitad del *Yo pecador*. Se despierta antes de que el reloj de abajo dé las seis y media, cinco minutos antes de que Aldo golpee con sus severos nudillos la puerta. «Adelante». El criado descorre las cortinas, se acerca al ropero y le deja un traje y una camisa sobre el escabel. Sale y vuelve a entrar con una jarra de agua limpia. António mira de reojo la palangana y siente una punzada de culpa. Cuando Aldo abandona la habitación, se asea y se viste. Baja con sigilo la escalera para que la madera no cruja y el ruido despierte a la señorita. Después del desayuno, rayando el alba, sale a pasear por los jardines. El aire todavía huele a noche.

Dando pasos casi a tientas entre la confusa primera luz de la mañana, bordea la casa y se dirige hacia el paseo de los dioses. Aldo lo observa desde la ventana del despacho con gesto inexpresivo. António camina despacio, meditabundo, y cuando la vista se le acostumbra a la manchada claridad, enlaza las manos a la espalda, más confiado, dejando que los pies vayan por delante hollando la grava. Piensa un momento en Luigi, y se pregunta si volvería anoche. Cuando regresara a la casa le preguntaría a Aldo. Pobre señora

Rosenbaum, triste Minerva. Y al pensar en ella un tenue rubor vuelve a colorearle las mejillas. La ausencia de Manini le dejaba más espacio a él para… Pero no, aquello no podía ser. Ella era una mujer casada y además Luigi…

Se detiene ante la estatua de Hermes, su preferida. El dios mira hacia arriba, entre despreocupado y altivo, y sujeta su caduceo en el regazo, como a un niño sostenido por costumbre, acomodado con indolencia entre los brazos. El dios de lo oculto y lo vedado, la hermética divinidad que la caprichosa mitología también convirtió en mensajero, finge ese porte desentendido para no hacerse notar, pues nunca fue amigo de alharacas. Trasmutado en Mercurio, es el dios que ayuda a Júpiter a perpetrar su engaño en la comedia de Plauto: el lacayo del adúltero, el bufón siempre dispuesto. A António se le hiela la sangre, siente una revelación, pero continúa allí, frente a la figura de Hermes, escrutándola con obsesiva atención, aunque con la mente ya puesta en otra cosa. Aldo, aún en la ventana, se asusta un momento al ver a su señor impertérrito, marmóreo, entre las figuras del paseo.

Sale de él y continúa caminando bosque adentro, donde ya el mayordomo lo pierde de vista. La luz va creciendo a medida que, paso a paso, António recorre las sierpes de tierra que penetran en la espesura. Algún animalillo agazapado, todavía somnoliento, huye temeroso con el ruido de las pisadas del anfitrión de aquella naturaleza orquestada. Monteiro se dirige certero pero con taciturna cadencia hacia la torre del jardín, desde donde casi se divisa el mar. Después de atravesar la selva que conforman especies autóctonas y amazónicas, se tropieza con la maciza estructura de grisácea piedra. Se detiene para tomar aliento en su base, antes de ascender las decenas de escalones que llevan hasta la cima. Una vez arriba, mientras recupera el aliento, divisa la ladera de la montaña, forrada de verdes, moteada de los amarillos de los árboles caducos. Siente la frialdad de una ráfaga de aire como una caricia hostil. Piensa en Manini. Le preocupa haber sido duro con él, pero no se arrepiente de lo que le dijo.

Solo con su manera de golpear la puerta, António ya había intuido que aquella tarde iba a tener lugar el temido enfrentamiento entre ambos.

—António, jamás pensé que me iba a ver obligado a decir esto, pero… no me gusta cómo la miras.

Al escuchar sus palabras, António había contenido la respiración y luego había levantado con parsimonia la vista de la lupa que

sostenía en la mano, con la que observaba su preciado mapa. Había intentado canalizar la sorpresa con el revelador gesto de enarcar la ceja izquierda, pero enseguida supo que esta vez aquel ademán no iba a salirle de manera natural.

—¿Disculpa? —dijo casi sin vocalizar.

—No puedes negármelo… Ella te gusta.

Después de un silencio, se quitó las gafas y suspiró. Solo por un instante se le pasó por la cabeza negarlo, decirle a su amigo cuán equivocado estaba.

—Es evidente que sí —dijo, y volvió a mirar hacia abajo, dejando caer los hombros en señal de derrota.

—¡No me lo puedo creer! —bramó Manini, y se llevó una mano a la cintura y giró sobre sí mismo sin saber bien hacia dónde orientar su movimiento, que no era más que una forma de hacer patente su desesperación.

—¿Qué es lo que no puedes creer? —preguntó Monteiro, repentinamente cómodo en un papel tan vulnerable.

—Que no lo niegues. Que no finjas.

—En el amor no se disimula —improvisó—. Mírate. Tú has llegado muy lejos. La has traído hasta aquí.

—Ella está sufriendo. Ayer me dijo que quiere volver a Inglaterra. Que echa de menos a su marido.

António sintió una honda punzada en el pecho.

—Entonces tienes un problema más grave al que hacer frente. ¿Qué importa lo que yo sienta?

—La asustas. Me ha dicho que siente cómo la observas por las noches.

António se alarmó al escuchar aquella acusación.

—Eso no es cierto —balbució.

Un tímido sol comienza a tomar cuerpo, y paulatinamente António nota cómo el cortante aire de allí arriba deja de lacerarlo y se convierte en una brisa matutina que hace de perfecto contrapunto a la

calidez de esos primeros rayos. Apoya las palmas de las manos sobre la tosca balaustrada y la nota calada por el frío de la intemperie. Espera a que el sol cubra de ocres los bosques hasta los acantilados y por un instante se alegra de que la naturaleza lo distraiga de ella, de Minerva. Desde que la ha conocido, hace dos semanas, ningún entorno ni ocupación tiene la fuerza suficiente como para empujarlo hacia otra parte, aunque solo sea tenue, sutilmente, como en una fallida invitación. El imperio de ella parece ilimitado, y su evocación es de una insistencia enloquecedora. António no recuerda haberse sentido antes así. Su amigo Manini ahora es solo un recuerdo molesto, y su ausencia durante todo el día anterior y aquella noche es en cierto modo liberadora, aunque él únicamente alberga un deseo impreciso hacia aquella mujer, quien, pese a todo, no se le figura más humana que una frágil Laura o una tenue Beatriz.

Un escalofrío le recorre el cuerpo y siente de pronto que la luz del sol, aunque sigue presente, ya no le templa el cuerpo. Le da la espalda al amanecer y baja pausadamente las escaleras de la enhiesta construcción. Con las yemas de los dedos va siguiendo la piedra rugosa, que quema por la escarcha. En busca de un rápido e inconsciente amparo ante el repentino frío que nota, se dirige hasta la capilla, tomando con decisión el camino de vuelta a la casa. Pasa entre los heliotropos, que, cohibidos por la escarcha, contienen su especial fragancia. Sí huelen los pinos, de cuyas agujas gotea el agua que el sol va deshelando, y la tierra, siempre fecunda en olores tras el agua. Los zapatos de António se embarran, los bajos del pantalón se le manchan de finas salpicaduras color marrón. A lo lejos, a un lado de la casa, más próxima al sendero, divisa la gótica construcción de la capilla. La cruz templaria le da la bienvenida. Cuando se lleva la mano al bolsillo del chaleco para sacar de él un manojito de llaves, descubre con sorpresa que la puerta está entornada. Empuja despacio y entra cauteloso. A pesar de la penumbra, únicamente rota por la vela central prendida en el candelabro de un rincón enfrentado al altar, enseguida distingue en el interior de la capilla la delicada figura de Minerva, arrodillada, la cabeza gacha. La tela del sencillo vestido que lleva apenas logra rodearla, circunscribirla entre la madera del reclinatorio y los centenares de coloridas teselas que conforman el pavimento. António duda un instante, y por un momento se siente un intruso en la intimidad de la dama. Esta, ajena a su presencia, sigue con la cara inclinada, musitando alguna oración. Al rato levanta la vista hacia el altar, y António, aún junto a la puerta, con la mano apoyada en el pasamanos de la escalera que sube en espiral al coro y baja hasta la cripta, mira la imagen que preside el ara y encuentra en esa confluencia de la visión de ambos el pretexto necesario para revelar su

presencia.

Carraspea antes de hablar, para que ella se enfrente antes a la sorpresa de un ruido que a la directa materialidad de su voz. Le habla en portugués con el pleno convencimiento, adquirido con la repentina vertiginosidad de un relámpago, de que ella va a entenderlo.

—Cristo corona a la Virgen, como su acólito, porque la Reina es ella.

Minerva da un respingo. No se gira. António, desde un lateral, le ve subir y bajar el pecho. La mujer intenta en vano acompasar la respiración, que se le ha alterado porque no lo esperaba allí.

—Me refiero al lienzo, en el altar. Yo adoro a la Virgen. Ella es mi faro. Por eso le dediqué esta capilla.

Minerva se apoya en la madera del reclinatorio y se levanta. Se gira lentamente hacia António, esbozando una impostada sonrisa con la que intenta hacerse la extranjera.

—No me engañe usted más… —añade el anfitrión tras un silencio que se prolonga—. Sé que usted me entiende. Lo leo en sus ojos.

La sonrisa de Minerva se trunca. Pero permanece un rato más en silencio, muy seria. Al rato, suspira y se sienta. António camina despacio hasta ella y toma asiento en su mismo banco, a cierta distancia, en el borde, lindando con el pasillo. Aguarda a que la mujer hable.

—Lo siento… Lo siento mucho. El señor Ma… Luigi no quería que yo hablara con usted.

A António no le sorprende oírle aquello a la mujer. De alguna manera, ya lo había intuido. Tampoco le extraña que su portugués sea casi perfecto.

—Lo sé. Y no me importa —dice despacio, tranquilo, con la vista todavía fija en el lienzo de la coronación de María.

A ella sí le extraña la respuesta de él, pero guarda silencio. Baja la cabeza y lo mira de soslayo. Un mechón de su pelo dorado le cae sobre la mejilla. António, sin dejar de mirar al frente, la intuye más guapa que nunca.

—Los celos lo ciegan —dice la mujer con un hilo de voz—. Le he

jurado que lo amo cien veces, pero no me cree. ¿Por qué se ha ido? —pregunta. Y luego se gira hacia Monteiro y reitera con énfasis melodramático—: ¿Sabe usted por qué se ha ido?

António también se gira ahora para mirarla. Al verle el gesto de angustia tiene que sofrenarse para no retirarle paternalmente de la cara el mechón caído.

—Se ha ido porque no aguanta el riesgo de que no sea usted para él. El futuro lo asusta. La potencialidad. Por eso no quería que usted hablara conmigo. Él me conoce, y debió de leer en mi mirada. Y luego está lo otro.

Ella hace un gesto levemente interrogativo que António no ve porque, avergonzado de su sinceridad, ahora mira hacia abajo, hacia el embarrado empeine de sus botines.

—¿Lo otro?

—Sí. El hecho de su… adulterio —musita, pero enseguida se arrepiente de la dureza de aquel vocablo, que lo sagrado del lugar agranda—. Disculpe mi franqueza.

Por un momento ella parece dudar entre indignarse y guardar la compostura. Probablemente al final no hace lo que, tras la duda, se propone. En un idioma al que no se está del todo acostumbrado, siempre es más difícil ser coherente.

—¿A qué se refiere? —se limita a preguntar.

António no sabe muy bien qué contestarle. Siempre se ha sentido poco habilidoso en su trato con las mujeres.

—Me refiero a la desconfianza. Luigi es un hombre inseguro. No en su trabajo, desde luego, pero al parecer sí lo es con las mujeres… O puede que solo con usted. Yo también lo sería. Y añada a esto el hecho de que usted le ha sido infiel a su esposo; y si ha hecho eso en una ocasión, ¿cómo se puede tener la certeza de que no volverá a hacerlo? El señor Manini la conoce a usted muy poco, y todos sabemos que el desconocimiento, las sombras, los silencios, inventan fantasmas, o lo que es peor, demonios.

Aquí hace António una pausa; el gesto de ella, cada vez más hostil, lo invita a retractarse, pero él se ha propuesto ser severo. Como contrapunto de su benévola permisividad al haberle brindado alojamiento a aquella adúltera, cree que ahora debe mantenerse firme

en su propósito de ser sincero, aunque por ella no sabe sentir más que una arrobada admiración que lo empuja hacia la cortesía.

—No se ciña a la crudeza de mis palabras, por favor —prosigue—. Haga el esfuerzo de mirar tras ellas. Parta de la sola idea de que la admiro profundamente y que su belleza, al menos la exterior, que es la que hasta ahora se me ha permitido conocer, me tiene cautivado desde hace días. En cualquier caso solo intento recrear ante nosotros las tribulaciones del desgraciado Manini.

Ella permanece un rato en silencio, hasta que las palabras de él dejan de reverberar en el pequeño templo.

—Las razones que empujan a una mujer como yo al adulterio son infinitas, y la mayor parte de ellas, insondables. No existe mujer virtuosa, solamente hombres poco apetecibles.

Ahora es António quien mira a Minerva, intentando detectar en su cara un gesto que ratifique sus intrépidas palabras. No lo encuentra: su expresión sigue siendo perfectamente inofensiva, decorosa, casi eclesiástica.

—Sus palabras corroboran el miedo de mi pobre amigo Luigi.

Minerva se vuelve de nuevo hacia António y lo mira con una displicente sonrisa que enseguida se transforma en una mueca de condescendencia. Luego suspira, y sus huesudos hombros convergen hacia sus pechos. La sencillez del vestido hace que a Manini no le cueste imaginarla desnuda.

—Ojalá fuera verdad todo lo que usted cree —dice la mujer—. Es fácil bromear desde la atalaya de la casta Lucrecia. No soy como finjo, por eso me permito la licencia de interpretar.

—¿Entonces, qué teme mi amigo? Mandó llamar un coche ayer al caer la tarde. ¿Discutieron ustedes?

—Sí —dice ella, y luego suspira—. Discutimos por usted.

—¿¡Por mí!? —exclama António, presa al mismo tiempo del orgullo y la tristeza.

—Por usted. El señor Manini me dijo que usted se había obsesionado conmigo, y que por eso teníamos que marcharnos de aquí. ¿Pero adónde vamos a ir? Yo le he dicho que necesito de su amparo, porque mi marido…

En ese momento, toda la fortaleza de la que la mujer ha hecho gala hasta ahora se viene abajo de golpe; se cubre la cara con las manos y solloza. António permanece hierático un rato más, hasta que se decide a aproximarse del todo a ella y posarle la palma de su mano sobre la espalda, castamente, a modo de educado consuelo. El intenso calor de su piel le llega enseguida a su mano helada. Ella aborta el llanto: aquella mano fría sobre su vestido le señala su penosa situación. La tímida conmiseración de uno de los caballeros más poderosos de aquel país le molesta particularmente esa mañana en la que ha acudido a aquel templo buscando más el sosiego del silencio y la penumbra para pensar mejor, que un consuelo concreto, fuera divina o humana su naturaleza. António retira pronto la mano, pero deja el brazo extendido sobre el respaldo, de manera que cuando ella se eche hacia atrás quede a merced de su contacto. Las últimas palabras de la señorita Minerva, lejos de arredrarlo, lo afirman en un nuevo papel que cada vez está más dispuesto a asumir.

—¿Qué pasa con su marido? —dice al cabo de un rato, tímidamente pero con decisión—. Cuéntemelo. Puede confiar en mí. Es cierto que no soy indiferente a su belleza, pero vaya por delante que soy un caballero y que no voy a meterme entre usted y su amante, máxime porque este es mi mejor amigo. O al menos, lo ha sido hasta ahora.

Ella entonces se gira hacia él y se le aproxima. António, nervioso, se acaricia la perfilada barba mientras con su brazo va ciñendo a la mujer con disimulada progresión.

—Sigo enamorada de él. De mi marido. Lo añoro. Temo que lo de Manini haya sido un capricho, un estúpido arrebato. Cada vez con más frecuencia, deseo volver junto a él. De todos modos, pronto comenzará a buscarme.

—Se siente usted culpable.

—En absoluto. No es eso. Hice lo que sentí que debía hacer en ese preciso instante. Pero ahora, en este otro instante, deseo volver a lo que tenía.

António deja de intentar abarcarla. Aleja el brazo de la tibieza del cuerpo de ella, aunque aún lo deja posado a lo largo del respaldo del banco. No sabe si sentirse alegre o frustrado ante las palabras de la señorita Rosenbaum.

—«A menudo mujer varía. / Loco es quien de ella se fía» —se

limita a recitar en un murmullo.

—¿Perdone? —pregunta ella extrañada.

—Francisco I de Francia. Suyos son los versos. Sabio monarca. Sepa usted que su veleidad hace daño. A usted… y a nosotros.

Ella baja de nuevo la cabeza.

—Ya… —musita para su regazo. Pero enseguida levanta la cara y, mirando hacia el lienzo del altar, dice en voz más alta—: Ojalá fuera todo tan fácil. Desgraciadamente mi inconstancia en este asunto es lo de menos.

António, sorprendido del nuevo as en la manga que se reserva aquella mujer, a la que sigue sin poder descifrar a pesar de estar comunicándose al fin con ella, se gira lentamente para mirarla, para invitarla a seguir hablando.

—Qué es *lo de más* entonces —dice elevando un punto la voz ante el persistente silencio de ella—. ¿Qué asunto hay más grave que su veleidad en este caso?

Después de unos minutos callada, con el pecho, embutido en el corpiño, subiendo y bajando en creciente agitación, Minerva susurra:

—No creo que usted vaya a creerme cuando se lo diga.

DOCE

La pastilla de relajante muscular y el vino de la cena le inventaron una duermevela angustiosa que no acababa de cuajar en sueño. Imágenes de la facultad, de la carretera, de la casa de sus padres en Lozoya se sucedían en su cabeza a un ritmo vertiginoso, inaguantable. Incluso con rubor reconoció de fondo el estribillo de alguna canción del verano. Suspiró, se revolvió y encendió la luz de la mesita. Miró hacia el lado intacto de la cama y por primera vez sintió de lleno la ausencia de Sofía. Echó luego un vistazo al despertador, que en verde fosforescente marcaba las tres y veinticinco.

Se incorporó en el colchón, se colocó en la espalda la almohada y miró con desgana el grueso tomo de las *Obras completas* de Juan Luis Vives que tenía a su lado. La apatía ante la perspectiva de la lectura se la tomó como un reto, y por eso sacó decidido las gafas de cerca de su estuche y cogió con soltura el tomo. Sin embargo, cuando llevaba leyendo unos minutos y se convenció de que le iba a ser imposible avanzar más de medio párrafo, suspiró, cerró con fuerza el libro y se quitó las gafas. Enfadado, retiró con violencia las sábanas y se encaminó a la cocina en busca de un vaso de agua.

Caminó por la casa con la agilidad del que está bien asentado en el espacio, con la seguridad en cada paso del que se sabe en territorio propio. Cada recodo del pasillo, cada cuadro, cada figurilla, la certeza de los alimentos en el frigorífico. Echó un rápido vistazo dentro, al ir a coger la botella de agua fría. La leche de soja, el queso fresco, el jamón de York envuelto en film transparente, una lata de atún abierta, un *tupper* con un resto de judías verdes. Mientras bebía el agua en un vaso que también reconoció como algo suyo, comenzó a notar una congoja que era como una muda mano al cuello. Distraído con esta paralizante sensación, apuró el vaso y permaneció un rato con la vista hundida en el fondo; las últimas gotas corrieron hacia sus labios con una fluidez interrumpida por aleatorios zigzagueos. De pronto sintió miedo de perder todo lo que lo rodeaba. Otra vez el cambio. El vértigo. Era eso o la mentira, la ocultación. Lo inevitable. Otra vez.

La memoria, caprichosa, le trajo retazos de imágenes de lo que había vivido hace tan solo unas horas: el sabor del *sushi*, Alida arrodillada a su lado, la sensación de penetrar a la chica del servicio, tan vulnerable, tan dócil, mientras la miraba *a ella*. Lo hizo sentir culpable una nueva erección bajo el permisivo pantalón del pijama.

Minutos después de que desapareciera Alida, la propia Macarena,

que acababa de recuperar su ropa de empleada doméstica, le había impedido que fuese al dormitorio en su busca.

—Espere un momento en el salón, haga el favor. A la señorita no le gusta que las visitas suban al piso de arriba sin su permiso. Subiré yo y veo si está indispuesta.

Él se había quedado abajo, impaciente. Para calmarlo, la criada le había dicho que se sirviera cualquier cosa del bar, pero él había preferido estar sobrio; o, mejor dicho, no acrecentar su rara embriaguez, que la adrenalina del sexo había conseguido en parte mitigar.

—Lo siento mucho, señor Kaufman —le había dicho Macarena a los pocos minutos—, pero la señorita Alida me dice que le diga que se encuentra mal y que haga usted el favor de irse.

Alberto, escéptico, en cierto modo ya saciado, pidió entonces su chaqueta, que no recordaba haberse quitado *(tal vez fue en el sofá, cuando el sexo; o antes, más lógico, en algún momento de la cena),* y mientras la criada la buscaba, él se atusó la camisa y un poco el pelo, algo revuelto, en el amplio espejo de la entrada. Cogió la prenda que le acercó la chica sin mirarla a los ojos, bajó la escalinata del porche sin decirle «buenas noches», en un silencio displicente del que se arrepintió al subir al coche. Se mezclaban en su actitud una irracional premeditación con un sincero enfado infantil.

Ahora sí oyó crujir bajo sus calcetines el parqué del pasillo, que quebró secamente el silencio de la casa a oscuras. En el trayecto de vuelta a su habitación, se detuvo a la altura de la puerta del despacho. Después de tamborilear dudoso contra la jamba, se decidió a entrar en él. Le dio a la luz del flexo y encendió el ordenador de sobremesa. Sentado frente al escritorio, el preciso óvalo de luz le recortó su afilada cara, que una barba entrecana procuraba suavizar sin demasiado éxito. Se revolvió el pelo, encanecido a rachas, abundante, ondulado. Buscó sin éxito las gafas de cerca. *Mierda, en la mesita*. Mientras abría el correo electrónico pensó en Sofía. No sintió la punzada de la culpa, pero sí cierta inquietud: el fondo de escritorio del ordenador era una foto de ambos en la Biblioteca del Congreso, en Washington, dos veranos atrás. La vio sonreír bajo su brazo desde la plana pantalla; entonces sí notó algo parecido a un resquemor. De todos modos, no veía con nitidez, se sentía la cabeza abotagada y notaba que, al menos aquella noche, no iba a ser capaz de pensar con algo de cordura.

De: *Alberto Kaufman <kaufal54@filcomplut.com>*

Para: *espal87@filcomplut.com*

Fecha: *14 de julio de 2015, 3:41*

Re: *¿Sigues siendo «mortal y rosa»?*

Alida, qué tal:

No puedo dormir. O tal vez sí y lo que me ocurre es eso, que estoy durmiendo. Te escribo este puñado de palabras borrosas (me he dejado en el cuarto las gafas de cerca) que no voy a esforzarme en releer. Me imagino que eso me hace un poco menos dueño de ellas. Dime, ¿qué ha pasado hoy?, ¿has tenido un nuevo brote, quizá? No ironizo, necesito respuestas. No sé qué te propones. Te deseo, pero no te aproveches de lo que siento para hacer de mí un pelele. Además, mi paciencia puede quebrarse: no hay nada tan fascinante que logre ser inmune al tiempo. Aunque de momento no niego que, fascinado, como de tu mano. Por favor, necesito algo de cordura en todo esto. Quiero verte y que no desaparezcas.

Besos desconcertados.

Alberto

A pesar del cerebro enlentecido y lo impulsivo de su gesto, en el último instante cayó en la cuenta de eliminar del borroso correo el membrete con su nombre y su cargo en la universidad. Luego, sin releer lo escrito (ciertamente le costaba mucho trabajo distinguir con claridad los contornos de las letras que acababa de escribir), colocó el puntero del ratón sobre la pestaña *Enviar*, y el correo desapareció de la pantalla. Después apagó el ordenador y regresó a la habitación; se tumbó en la cama y volvió a intentar conciliar el sueño. Pensaba en Sofía. Fugazmente reflexionó sobre la posibilidad de haber hecho con ella el viaje a Sintra. *Así, nada de esto estaría pasando.* Se revolvió un poco en la cama y, al girar la cara hacia el lado de la mesita, reparó en su teléfono móvil, que estaba cargándose sobre la superficie de madera. Lo cogió incorporándose un poco y pasó un índice por la pantalla para activarlo. Tenía varios mensajes sin leer. De Sofía. En ese instante cayó en la cuenta de que no había mirado el móvil desde que había salido de casa, antes de acudir a la cena con Alida. Los leyó angustiado. En ellos le decía que quería hablar con él, que por qué no le cogía el teléfono, y en el último, resignada, que lo llamaría otra vez mañana, que buenas noches, que se iba ya a la cama. Miró luego las llamadas y comprobó que había cinco perdidas. Todas de ella. Silenció el aparato, pero un conato de culpa lo hizo conectar la vibración.

Ahora sí que no lograría conciliar el sueño ni en veinte noches dispuestas una tras otra. Suspiró lento, enfadado consigo mismo, francamente entristecido por el rumbo que siempre acababa tomándole la vida.

Varios sonidos como pedradas lo sacaron del profundo sueño en el que, a última hora de la madrugada, había logrado caer. Tardó un buen rato en identificar el ruido de la vibración del teléfono contra la madera. Al principio creyó que lo estaban llamando. Luego supo que eran mensajes. Se puso las gafas de cerca. De soslayo, miró el despertador: 8:43. Sonaría tan solo en unos minutos. Era martes. Pero julio. No tenía mucho que hacer. Y, en todo caso, se quedaría trabajando en casa. Acabó de espabilarse cuando vio el nombre del destinatario.

Alida (08:41): *Alberto, buenos días.*

Alida (08:41): *No sé si estás despierto.*

Alida (08:42): *Acabo de leer tu correo.*

Alberto sintió un arrepentimiento inmediato. Recordaba haber enviado el correo, pero solo tenía una vaga idea de su contenido.

Yo (08:44): *Buenos días, Alida.*

Yo (08:44): *Sí, ya sí. Dime.*

Aguardó un rato su respuesta. Miró mientras la foto de su perfil. Salía risueña junto a Alonso. Entonces le vino rápido a la mente, acompañada de una sutil punzada a la altura del esternón, la fotografía del fondo de escritorio de su ordenador. Luego vio que, junto al nombre de ella, aparecía y desaparecía el lema *Escribiendo*. Aguardó durante dos minutos. O escribía mucho, o dudaba. Ambas cosas tal vez. El tiempo se le hizo larguísimo. Al cabo, apareció en su pantalla un macizo bloque de palabras:

Alida (08:47): *Sinceras disculpas. Anoche al final me arrepentí. Me gustas mucho, Alberto. Y eso me asusta. No sé en qué posición me deja todo esto con respecto a Alonso. A él no puedo renunciar. Supongo que sabes bien por qué. Además, lo quiero. Deberíamos no vernos más.*

Alberto encajó mal la última parte del mensaje. Le contestó enseguida, sin pensar. Como en una conversación al natural:

Yo (08:48): *Es imposible que no nos veamos. Trabajamos en el mismo*

edificio. Además, me encantan tus rarezas. Me pareces una persona apasionante. Déjate llevar un poco.

Un minuto después, cuando supo que ella había leído el mensaje, añadió:

Yo (08:49): *¿Cuándo vuelve Alonso?*

No tuvo que aguardar mucho tiempo.

Alida (08:50): *Mañana.*

Alberto esperó unos minutos, pero ella se desconectó y no dijo nada más. Después de pensarlo un instante, prefirió no insistir. Se duchó, desayunó, hizo todo lo posible por concentrarse en su trabajo, pero con enfermiza frecuencia lanzaba compulsivas miradas a la pantalla del teléfono. Le vinieron a la mente los osos pardos del zoo de Madrid, cuando lo había visitado con sus hijos aún pequeños, patológicamente atentos a todas horas a los cacahuetes que les arrojaban los machacones visitantes.

Cuando el móvil comenzó a vibrar, dio un respingo. Con cierta desilusión leyó *Sofía* en la pantalla. Era una llamada.

—Diga.

—¡Hombre! ¡Alabado sea el señor! ¡El bienhallado! ¿Dónde te metiste anoche?

—En la filmoteca, con Ricardo. ¡Como todos los lunes! —improvisó.

Sofía se mantuvo callada un rato:

—Es verdad. No caí. Podía haber llamado a Ricardo, que él siempre lo coge… ¿Pero este año hay programación en julio?

—Bueno, fue la última sesión. Un ciclo de cine checo —se defendió, molesto por la suspicacia de ella.

—Ah… Te llamé para decirte que ya hablé con tu amigo, el profesor Freire.

—¡Anda, es verdad! —dijo sinceramente sorprendido: lo había olvidado por completo, pero el asunto le interesaba—. ¿Y qué tal? ¿Cómo te fue?

—Bien… Pero es un hombre aburridísimo. Aunque la verdad es que al final me ha dado una información bastante útil. Precisamente por eso te llamé ayer.

—Cuéntame, ¿de qué hablasteis? —dijo él ante el obstinado silencio de ella, que parecía requerirle alguna señal de que seguía ahí, al otro lado.

Sofía llevaba un rato hablando cuando Alberto sintió vibrar el teléfono junto a su oído. Dio un nuevo respingo y al cabo de unos segundos se impacientó. Seguro que esta vez sí era *ella*. No pudo esperar. Se retiró de la oreja el aparato, activó el manos libres y deslizó un tembloroso índice por la pantalla.

—No vuelvo a casa hasta dentro de una semana. Mañana me voy a… —escuchó que le decía Sofía con voz metálica, remota, entrecortada.

Casi a la vez, Alberto leyó en su móvil:

Alida (11:17): *Pásate por casa esta noche. No podemos evitar lo inevitable. Prometo no intentar follarte a través de nadie. Y haré todo lo posible por no huir.*

Alida (11:18): *Besos.*

Alida (11:18): *(guiño, carita sonriente, carita con beso)*.

—Alberto, ¿sigues ahí?

—¿Qué? Sí… —balbució él con una imparable sonrisa en la cara.

—¿Has escuchado lo que te he dicho?

—Sí, claro. Y me parece muy bien. Haz lo que quieras. Lo que sea mejor para tu novela —dijo sin estar muy seguro de lo que ella le había planteado.

Se notó la voz temblorosa por el deseo. Sus dedos, crispados sobre la pantalla, luchaban por no contestarle aún a Alida. Le molestaba Sofía al otro lado del teléfono, con su nuevo silencio preñado de reproches.

—Cielo —le dijo asépticamente; el manos libres lo invitaba a desentenderse de ella con más fuerza—, tengo una llamada esperando en el fijo. Es un colega de la facultad. Ahora mismo estoy un poco liado. Distraído. Te llamo al mediodía y me cuentas más tranquilamente.

Sofía mantuvo un poco más el silencio y luego colgó sin decir nada. Alberto sintió un profundo alivio, que fue enseguida apostillado por los repetitivos tonos de la señal recién cortada.

Yo (11:25): *A la hora que me digas estoy allí. Me alegro de que*

sucumbas.

Cuando envió el mensaje se sentía como un adolescente. El deseo era la mejor atenuante de la culpa. En ese momento Sofía no le importaba lo más mínimo, incluso le resultaba un estorbo. Se alegraría de no verla en un tiempo; que se fuera adonde quisiera. Mejor así. Su distancia la tachaba de su presente inmediato, y eso hacía difícil el arrepentimiento. De pronto recordó aquella frase de Stendhal en boca del astuto Julien Sorel: «Las grandes pasiones son egoístas». Se quitó las gafas de cerca, se colocó las manos en la nuca, esbozó una aliviada sonrisa y se complació por adelantado de su triunfo.

TRECE

Al filo de la desesperación, Fernando se gira hacia el lado izquierdo porque de pronto se acuerda de lo que le dijo el doctor Barroso sobre las digestiones. Adopta la posición fetal e intenta dejar de pensar en que se le alivie el dolor y poder dormirse. *Como si me pesase, duermo, pero estoy despierto. Como si durmiese, despierto, y no me pertenezco. La vida al final es en sí misma un gran insomnio, y hay un aletargamiento lúcido en todo cuanto pensamos y hacemos.*

Pero el dolor persiste como un puñado de agujas contra el estómago. No se distrae de él. Nada es capaz frente a este dolor punzante. Ni el cansancio tras todo el día de trabajo, ni las lecturas pendientes, ni el viaje de la semana que viene con Natal a Faro. Desesperado, se levanta y toma del sillón un cojín. Vuelve a la cama, lo coloca sobre la almohada y apoya sobre él la cabeza. Respira sonoramente, se acaricia la barriga con la palma de la mano, bajo el pijama, a la altura de la boca del estómago. Intenta calmarse, distraerse de las agujas. Juega entonces a susurrar los nombres de los reyes godos. Se deleita en su sonoridad. *Ataúlfo, Sigerico, Walia, Teodoredo, Turismundo, Teodorico.*

Pero enseguida, otra vez el dolor. Se levanta con violencia. Camina a oscuras por el cuarto. Abre el postigo de la ventana, mira afuera. Por un momento, al ver la noche moteada de luces, la Baixa, la Praça do Comerçio y a lo lejos la bahía y el puente, piensa que su apartamento está en la cima del Panteón de los Portugueses Ilustres, que es como un ideal Parnaso, la atalaya bajo la que late el mundo. Lo consuela la excentricidad de este pensamiento, que puede ser sintomática de estar circundando el sueño. Sin embargo, la vigilia se resiste. Vuelve a cruzar de lado a lado la habitación. *Gesaleico, Amalarico, Teudis, Teudiselo.* Un nuevo pinchazo. Se lleva la mano al abdomen, como si le acabaran de propinar una patada. Busca en el escritorio el vaso con agua para la pastilla de anoche. Lo apura. *Leovigildo, Recaredo, Liuva.*

De pronto tiene una idea que le parece lúcida: enciende la lámpara y hojea unos papeles manuscritos apilados en una esquina de la mesa. Lee uno de ellos con detenimiento, lo relee, y por un instante se olvida del dolor, pero el contenido de los papeles no le gusta. *Notas de novelista principiante, de torpe aprendiz de fabulista,* se dice. Y enseguida lo abruma la idea de tener aún tanto por contar, de que esta vez su idea, que en realidad no era solo una idea, o lo era, pero expansiva, ramificada, ávida de curiosidad, no pueda volcarse entre

los concisos y seguros bordes de un poema. Esta vez se le había ocurrido contar la vida, ni más ni menos, y aquella empresa necesitaba páginas, muchas páginas, y tal vez sinceridad, no enmascararse; porque al cabo de un puñado de páginas, la cara suda y empieza a pesarnos la careta, a picarnos el disfraz.

Revisa luego las notas que tomó junto a Manini, que se apilan junto a los apuntes de su proyecto de novela. El arquitecto tenía la culpa de que él se hubiera empeñado en escribir algo ambicioso, agotador de antemano. Aquella triste imagen de un artista, de un gigante apabullado, agazapado en una humilde pensión por el fantasma de los celos, achantado por la diligencia de un hombre poderoso, de esos que acostumbran a ir por el mundo aplicando su propia ley, haciendo y deshaciendo a voluntad, gestionando la vida como si toda ella fuera su particular patrimonio, como una gran casa a su nombre, o una millonaria cuenta en algún banco suizo; aquella imagen, poderosísima, de un artista sometido, había sido el imprevisto detonante de su historia en ciernes, y ahora lo apremiaba en forma de acuciante curiosidad.

Fernando había recibido la orden de escribir un simple artículo que corroborara la infundada masonería de Monteiro, fuera esta cierta o no. Ese era el encargo. Al periódico le interesaba restarle fuerza a aquel titán económico entre los sectores más conservadores al precio que fuera. Lo cierto es que hacía tiempo que Monteiro había dejado de ser un peligro, pero su enorme capital, que lo convertía en la persona más poderosa del país, seguía atemorizando a los republicanos más liberales. Incluso hacía ya meses que había trascendido la idea de que se celebraban sospechosos cónclaves promonárquicos entre las paredes de su impermeable quinta. Por eso, determinadas élites políticas intentaban frenar cualquier tipo de iniciativa de restauración del antiguo orden.

«Decidido», habría dicho su jefe, una vez tomada la decisión. «Llamaremos al más inofensivo de nuestros colaboradores. Además, es experto en esoterismo, así que sabrá gestionar bien este asunto. Todo lo hará con pasión, con una actitud pulcrísima, indispensable en un caso así. Monteiro no tendrá reparos en abrírsele a un poeta. Recordad que es un encargo que viene de arriba y no podemos fallar. Al menos, que podamos contar con la coartada de la verdad… aunque a esta tenga que darle cuerpo la mentira».

Sin embargo, a pesar de la cita que había logrado concertar con él, finalmente el millonario Monteiro había rehusado recibirlo, y al escucharle al arquitecto su drama personal, lo que se le había ocurrido

era una novela. Haría su trabajo, sí, pero velaría sus siguientes entrevistas con Manini, si es que volvía a tener alguna, bajo la excusa —no incierta— de volcar la información que le proporcionara sobre una ambiciosa historia novelesca. La ficción es siempre una baza. Nadie toma en serio a los artistas; precisamente ahí reside todo su poder.

Una vez más repasa con frustrante insatisfacción sus notas. Cuando se le calma el dolor (las ristras de punzadas van y vienen como desconcertantes fantasmas), le vuelve el agotamiento y se acuesta de nuevo. Una hora más tarde, unos golpes en la puerta lo sacan bruscamente del profundo sueño en el que al fin, agotado, ha caído. Al principio cree que el ruido proviene del apartamento de Amaro, su vecino, que madruga para acudir a su trabajo en una empresa de salazón; pero enseguida sabe que no, que lo que lo despierta son golpes contra su puerta, apremiantes, severos. Primero distanciados, precisos contra la madera; luego, más rápidos y acompañados de una voz grave que dice su nombre. O uno de sus nombres.

—¡Va! —grita no lo suficientemente alto.

A través de la sucinta claraboya de la puerta intuye el apurado mentón de un hombre de clase alta, aunque es el perfilado bigote que vislumbra lo que lo ilumina. Duda un instante, pero abre cuando entiende que no puede haber otra alternativa. Contra el vano de la puerta se perfila entonces la figura de Luigi Manini.

—Siento molestarlo a estas horas —le dice con voz grave el arquitecto mientras tímidamente sostiene su hongo entre las manos—. Me han dado su dirección en el periódico. Quisiera hablar con usted ahora mismo... —Y queriendo matizar la brusquedad de sus palabras, añade con un impostado tono melifluo—: Si pudiera ser.

Fernando permanece un rato quieto, mirándolo; siente que todavía lo embarga la pausada cadencia del sueño. Enseguida, ante un leve gesto de impaciencia del recién llegado, reacciona y le franquea la entrada. El anfitrión señala al arquitecto una butaca a los pies de la cama, y mientras Manini echa un demorado vistazo a su alrededor (libros, papeles, todo en desorden), Fernando lo mira con persistente extrañeza. Luego, una vez que el arquitecto ha asentido a su directa y breve pregunta, va a la cocina a por café. A los pocos minutos, el poeta surge de entre la penumbra y se sienta ante su invitado colocando entre ambos una breve bandejita con dos minúsculas tazas y un azucarero.

—Dígame usted.

Manini habla después de un rato.

—Me parece que debería haber empezado su entrevista el otro día contándome la verdad de todo esto. Ahora sé que su nombre es un subterfugio.

Fernando, que ha empezado a azucarar su café, detiene la mano y alza los ojos hacia Manini, en cuya cara trata de descifrar si está enfadado de veras o simplemente es una pose. Debido a la escasa luz, no logra saberlo a ciencia cierta. Por un instante se plantea encender la lamparita, pero teme lo que puede ver y aborta el gesto.

—¿A qué se refiere? —pregunta para ganar tiempo, para aclarar mientras las torpes ideas en su cabeza embotada.

—Lo sabe bien. Seguro. Usted es un fingidor.

—Como todos los artistas.

—No me venga con evasivas. También es usted periodista. O ejerce como tal.

—Doblemente taimado entonces. ¿De qué se sorprende?

—Cometió la imprudencia de decirme uno de sus seudónimos. Enseguida me sonó de haberlo visto en la prensa, ¿sabe? Pero no estaba seguro. Lo busqué a usted a la mañana siguiente en la Casa das Campainhas, pero el dueño me dijo que se había marchado temprano tras pagar la cuenta de la habitación. Dos descortesías —esto lo dice alzando dos robustos dedos entre la penumbra—. Quería haber concretado con usted una nueva cita.

Con el relato de Manini, Fernando vuelve a lamentar haber dado prioridad aquel día al compromiso de la correspondencia para el despacho de Lavado, frente al filón del arquitecto.

—Bueno, eso es pasado ya. Aquí me tiene, ¿no? Me ha encontrado.

—Averigüé con qué diario colabora. Al ver que era liberal, me he sentido alentado en mi proyecto, que de alguna manera comencé a urdir, ebrio de alcohol y tras mi conversación con usted, aquel día en que nos conocimos, en Sintra.

—De eso hace ya unas semanas.

—Lo sé. He pasado un tiempo en la cama, atormentándome. Han sido semanas pero como si hubieran sido meses. El sufrimiento dilata el tiempo aquí —dice ceremonioso, y se lleva un dedo a la sien.

Fernando da un sorbo a su café. El líquido caliente le recorre trabajoso el esófago; por un momento duda si seguir bebiendo. Decide arriesgarse y da un nuevo trago, que parece calmarle la quemazón del anterior. El arquitecto baja la vista y repara por primera vez en su taza humeante sobre la mesita. Al cabo de un rato se la lleva a la boca y la vacía de un trago.

—El director del periódico ha tenido la deferencia de compartir conmigo… *el plan*. Antes he tenido que asegurarle que mi relación con Monteiro está totalmente rota. Incluso se lo he demostrado proporcionándole cierto tipo de información… digamos que *muy* confidencial.

Fernando abre los ojos y se echa hacia delante, dejando su taza sobre la mesita.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Sigue usted alojado en esa pensión de Sintra?

—Ya no. Esta misma mañana me voy de Lisboa. Pasaré algún tiempo en Buçaco, y luego me vuelvo a Italia.

—¿Solo?

—Perfectamente —dice, y deja transcurrir unos segundos antes de continuar—. El día después de nuestro encuentro volví a la casa y ella no quería verme. António me dijo con evasivas que la deseaba; lo mismo que ella a él. Esto último ni tan siquiera me lo insinuó, tuve que inferirlo yo: había bastantes indicios. Antes de irme me confesó que la había poseído… con su consentimiento, claro. También me dijo que ella le había dicho que ese era su propósito desde el primer instante, que por eso se había embarcado conmigo en su viaje a Portugal, precisamente para acceder a él, de quien tanto había oído hablar, ya desde pequeña, en Inglaterra. Es cierto que ella me insistió mucho en visitar Regaleira…

Fernando va asimilando ahora los motivos de la repentina marcha del arquitecto, de su intempestiva visita. Y lo único que le preocupa es su novela. Se descubre queriendo saber a toda costa. Conocer la verdad no era crucial para su historia, pero sí resultaba fundamental

para satisfacer su curiosidad. La verdad no interesa al novelista, sino al curioso, y él era sobre todo esto segundo.

—Veo que sus razones recién adquiridas coinciden ahora con las mías, tan celosamente guardadas —se atreve a decirle.

—Exacto. Convergemos. Desde este instante puede usted serme completamente sincero. Quiero ayudarle a hundir a Monteiro. Yo estoy acostumbrado a construir, no a destruir. Por eso necesito su ayuda. Escuchará mi interpretación masónica de la quinta. Y de quién mejor que de labios del artífice que la proyectó. Supongo que es lo que quiere oír. Me he estado informando y me consta que a usted le suscita mucho interés la masonería.

—No estoy seguro de querer participar en esto —dice Fernando con un hilo de voz medio quebrado.

—Le pagan a usted para que no decida. ¿No es así? Además, yo puedo duplicarle el estipendio —añade llevándose la mano a una supuesta billetera tras la solapa de la chaqueta.

—El dinero no me interesa —dice Fernando desafiante ahora, olvidado por un momento del pijama que lleva puesto, decidido a sentirse anfitrión, dueño de todo cuanto lo rodea.

Manini lanza una ostensible mirada a su alrededor.

—Pues yo diría que no está usted en situación de rechazar muchas ofertas. A no ser que tenga… otras preferencias que yo pueda satisfacer.

La historia. La novela. Aquella razón sí es lo suficientemente importante como para no abandonar el proyecto que le propone Manini.

—Yo acepté el trabajo, además de por el dinero, que necesito como todo ser humano para comer, porque el proyecto de restar fuerza a la iniciativa de Monteiro tenía como último objeto preservar la República. Que conste que yo respeto la República, en parte porque me crie en Sudáfrica y la historia de nuestra monarquía me es casi por completo ajena, pues al poco de volver la he visto interrumpida. De todos modos, esto que ahora me cuenta tiñe el caso de un cariz diferente. La venganza es innoble y genera dolor o trunca vidas. Además, acepté este encargo con la esperanza de que los resultados de mi investigación me impidieran tener que mentir.

Manini sonríe con una autosuficiencia que a Fernando le resulta insultante.

—¿Ahora tiene usted escrúpulos con la mentira? Monteiro no es masón —dice sin dejar de estirar los labios, mostrando el canto inferior de una alineada ristra de blancos dientes que parecen brillar en la penumbra—. ¿Cómo iba a serlo? Y se lo digo yo, que soy como su hermano. Que *he sido* como su hermano.

—Pero yo tenía entendido que en Regaleira hay evidentes signos de actividad masónica.

—¡Claro que los hay! Las dos torres invertidas, el portal de los guardianes, la gruta de Leda… O muchos de los libros que António tiene en su biblioteca. Esas son las bases sobre las que nos apoyaremos. Los sólidos síntomas sobre los que podemos poner a gravitar nuestra fantasía. Y es que António es, sobre todo, un esteta. En su casa nunca se ha llevado a cabo ningún ritual de iniciación. O, al menos, ninguno con valor real. Qué disparate. Él se ríe de esas excentricidades. Pero está todo minuciosamente previsto. Toda la escenografía está cuidadísima. Yo me encargué personalmente de que así fuera. El descenso iniciático, las girolas, los vasos canopes, los manantiales para la purificación… ¡Tiene usted que verlo todo con sus propios ojos!

Aquella invitación velada logra entusiasmar a Fernando más de lo que este quiere reconocerse a sí mismo.

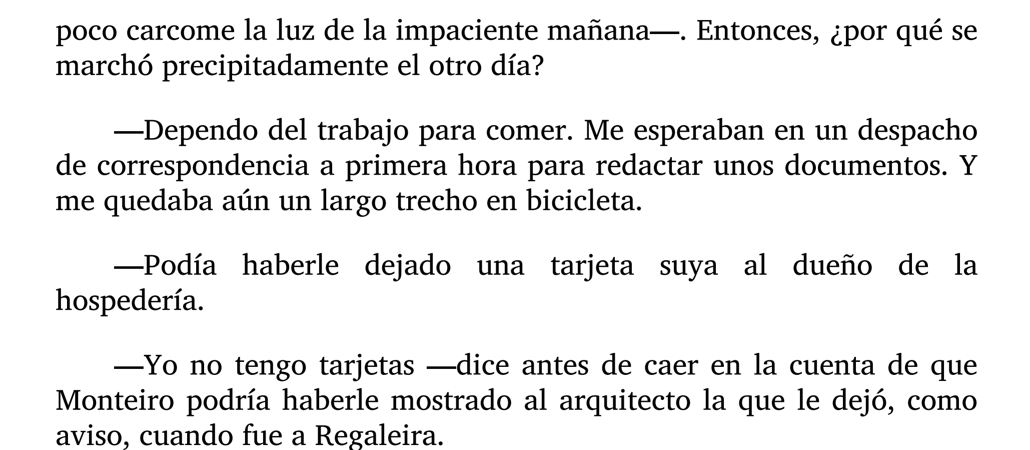
—Pero ¿cómo? —pregunta, víctima de una repentina impaciencia.

—Muy fácilmente. Solo tiene que prometerme su ayuda. —Y aproximando las rodillas a la mesita hasta golpeárselas con el canto, le susurra—: Algo habrá que pueda ofrecerle para convencerlo, ¿no? Supongo que un escritor se alimenta de historias rocambolescas. Y esta lo es. Mucho. Créame. Y, si decide ser mi aliado, Monteiro se le abrirá como una rosa.

Fernando baja la vista hacia su taza vacía. Parpadea.

—Lo cierto es que… ya había empezado a tomar notas para una novela —le dice señalando imprecisamente con el mentón su mesa de trabajo, los apuntes que hay sobre ella—. Al oír su historia la otra noche pensé que el molde preciso que requería era ese.

—¡Ajá! —exclama sorprendido Manini en la penumbra que poco a



poco carcome la luz de la impaciente mañana—. Entonces, ¿por qué se marchó precipitadamente el otro día?

—Dependo del trabajo para comer. Me esperaban en un despacho de correspondencia a primera hora para redactar unos documentos. Y me quedaba aún un largo trecho en bicicleta.

—Podía haberle dejado una tarjeta suya al dueño de la hospedería.

—Yo no tengo tarjetas —dice antes de caer en la cuenta de que Monteiro podría haberle mostrado al arquitecto la que le dejó, como aviso, cuando fue a Regaleira.

—Claro. El hombre sin nombre. Su dirección al menos, algún lugar donde poder dar con usted acaso.

—Yendo al periódico ha dado conmigo.

—Pero he tenido que revelar mis intenciones primero.

—Perdone, no sabía que…

—Ya me notó enconado con António el otro día.

—No sabía hasta qué punto. Las cosas podían haber salido de otra manera. Que no hubiese pasado nada entre ellos cuando volviera usted a Regaleira. Que su amigo António le hubiera dicho «mejor no te vayas, que la señorita Minerva te añora. Quédate, Luigi. Me cegó el puritanismo, no los celos o mi incontenible lascivia, al echarte».

—No es usted tan tímido ahora.

—Ahora no soy yo.

—Pero esta es su casa.

—Todavía hay tinieblas. ¿Quién me dice que todo esto no es más que un sueño? Hace solo un rato que había conseguido dormirme.

Manini sonríe, pero Fernando ahora no le ve refulgir los dientes. Le inventa una mueca hostil, a juego con el claroscuro que le corta en duros segmentos la cara.

—Creo que Monteiro miente —le suelta el arquitecto.

—¿Que miente? ¿En qué sentido?

—¿Va usted a ayudarme?

Fernando suspira, baja los ojos hasta las perneras de su pijama a rayas, que sabe que pronto no podrá seguir siendo ocultado por la oscuridad, cada vez más aniquilada, y le revelará su verdadera naturaleza. No podrá continuar con su juego de mantenerse, si no al margen, al menos sí algo escorado.

—Me parece que sí.

—No. Sí o no.

—Sí. Lo ayudaré. Pero dígame en qué miente Monteiro.

Manini suspira.

—En que ella se le ha entregado. Es imposible.

—¿Y por qué razón? Él es un hombre poderoso. Y a muchas mujeres les gusta el poder.

—Ella no es una mujer como *muchas*.

—Pero usted tampoco es un hombre *como muchos*. Usted está enamorado.

Manini sonríe y sacude luego la cabeza.

—Verá —comienza a decir—, hay un grupo. Una… sociedad secreta, como suele llamarse en las novelas. Ve usted que le doy todo el trabajo hecho. Se reúne… nos reuníamos en casa de Monteiro el último jueves de cada mes. Planeábamos la restauración de la monarquía lusa. La fragua del Quinto Imperio. Hace un par de meses me enviaron en *misión especial*, una embajada de provecho. Era la primera parte del proyecto. El heredero natural vive en Inglaterra. Es un burgués acomodado, de aristócrata le quedan ya tan solo los apellidos y un cierto gusto por la vida doméstica. Pero por lo demás es un intelectual. Solo le interesan los libros. Yo fui a Inglaterra a convencerlo de que firmara el manifiesto previo, un documento que lo comprometiera de alguna manera, entre nosotros, los adeptos al proyecto, a asumir la Corona de Portugal tras la revolución intestina. —Y bajando la voz añade—: ¿Sabe? Hay sectores en el ejército muy dispuestos a ayudarnos. Aristócratas y simpatizantes de toda índole aguardan la orden de Monteiro, latentes, expectantes. La red recorre el país de Faro a Bragança.

Hace una pausa, pero Fernando no se atreve a interrumpirlo. Los primeros rayos de sol le devuelven su natural timidez. Con la creciente luz, la cara de Manini se le figura ambigua. En su lado más iluminado se trasluce el cansancio de toda una noche en vela; en cambio, en el lado todavía en penumbra, salvado del resplandor de la ventana por el firme tabique de su nariz, se intuye una actividad febril.

—Manuel, el heredero, me prometió meditar la decisión. Así que me quedé en su casa unas semanas más. Allí conocí a la señorita Rosenbaum, la bellísima Minerva. No es ese su verdadero nombre, desde luego. Porque ella es… y aquí viene el ingrediente clave para su historia, ella es la amante del rey, bueno, del que debiera ser el rey de Portugal.

Fernando se queda callado. Si hubiera habido más luz en la alcoba, Manini habría visto cómo se alzaban sus cejas igual que dos arcos de ballesta en tensión, cómo sus pupilas se dilataban hasta hacerse dos oscuros platillos.

—Minerva es la querida, la favorita del rey que Monteiro se empeña en traer de vuelta para que funde el nuevo imperio —apostilla finalmente el arquitecto ante el asombrado silencio de su interlocutor —. Si los compañeros del Círculo, si él mismo lo supiera… Eso sí que neutralizaría todas las aspiraciones de António. La República al fin respiraría tranquila. No haría ya falta calumniarlo con la falacia de la masonería ante los sectores más conservadores para que le retiraran su apoyo como cabeza al frente de la delicada causa. Bastaría con que supieran que hospeda en su casa y retoza con la amiga especial del rey en el exilio, del legítimo monarca luso. No sé si usted me entiende.

Manini entonces calla, fuerza un silencio un poco fuera de lugar que persigue que Fernando digiera lo que acaba de contarle. Pero Fernando se limita a parpadear en un obstinado silencio.

—Días antes de mi regreso a Portugal —continúa el arquitecto—, en medio de nuestra inquietud de primerizos amantes, se nos ocurrió proponerle al propio Manuel que la dejara acompañarme en mi regreso, pues ella en reiteradas ocasiones se había mostrado sinceramente entusiasmada por mi obra. Él dio su permiso. Poco le importaba: ya te digo que es un intelectual. Más le valdría meterse a franciscano, a pesar de su querida Inglaterra. Ni para gobernar patria ni mujer lo ha destinado el cielo. Sin embargo, él quiso que nos acompañase Casius, su secretario, a quien oportunamente mandamos a casa de vuelta tras hablar yo personalmente con el monarca mediante un telegrama desde Buçaco, pues el caballero había adoptado por su

cuenta un asfixiante rol marital. Me bastó con recordarle que poniendo a prueba a la mujer virtuosa se forzaba el infortunio. Le aseguré que podía confiar a ciegas en mí sin necesidad de policía. Le hizo gracia mi atrevida consideración y accedió: enseguida requirió la presencia a su lado de su diligente secretario para la gestión de un fingido asunto urgente. Incluso para que a él no le quedara ningún resto de duda de mi impecable conducta y buena fe, me ofrecí a acompañar a su amante en su viaje de regreso a Inglaterra. Así, además, tendría la oportunidad de reunirme con él de nuevo para hablar de los serios asuntos que nos traíamos entre manos. Tal vez para entonces ya habría tomado una decisión acerca de su futuro y el de la nación portuguesa… Pero después de Buçaco, ya a solas y tras habernos conocido en el sentido bíblico del término, planeamos mil desvaríos, sabedores de que la separación iba a sernos más costosa de lo que en un principio imaginamos. ¿Era aquello amor verdadero? Hoy lo dudo, claro. Incluso proyectamos fugarnos al Brasil. Pero antes ella insistió en ver Regaleira. António se mostró reticente al principio, incluso creyendo, porque le mentí, que ella era la esposa de un rico comerciante. No quería amparar un adulterio en su casa. Paradójicamente, ahora lo perpetra él mismo.

Manini hace una nueva pausa. Fernando recupera la palabra:

—Pero ¿es posible que Monteiro sepa algo sobre quién es ella verdaderamente?

—Lo dudo. Se ha encaprichado. O enamorado, quién sabe. Ella lo merece. A mí me pasó en Inglaterra. Es bella y cultísima. Y un hombre seducido pierde su capacidad de discernir.

—¿Usted ha vuelto a hablar con ella?

—No. Cuando fui a hablarle a António, no me dejó verla.

—Pues por eso mismo. Tal vez él sepa quién es la señorita y haya decidido apartarla de usted para que no suponga su acción ningún peligro. El efecto de una mujer encantadora sobre la mente de un hombre es limitado. No es posible que os esté engañando a los tres.

—No subestime a Minerva. De todos modos, no sé cómo él habría podido enterarse. Es imposible.

—¿Alguien del círculo de los monárquicos?, ¿o el propio monarca?

—De ningún modo. Nadie sabe nada. El enlace soy yo. Nadie ha

hablado personalmente con él, ni tan siquiera Monteiro. Yo conocí a la familia real tiempo atrás, en la inauguración de Buçaco. Por eso yo era el elegido para esa delicada embajada… Como usted lo es en este nuevo cometido.

—¿Y cuál es ese cometido exactamente? —pregunta el escritor, que ahora siente el café espoleándole las venas.

—Quiero que se cite con Monteiro. Va usted a entrar en Regaleira.

—Pero ¿y si no quiere recibirme?

—Querrá. Voy a reunirme esta tarde con el Círculo. Creerán que va usted a operar para ellos. Monteiro también creerá que trabaja de nuestro lado. Será la propaganda que necesita el Quinto Imperio. Esa será su llave. Su periódico ha accedido a mandarnos un fotógrafo. Y desde luego esta vez no tendrá usted que ir en bicicleta.

—En realidad el periódico no sabe nada de aquella visita mía… Fue una idea personal, para investigar sobre el terreno. Ellos pretendían que yo inventara: la calumnia no necesita sustento. Sin embargo, yo quería encontrar indicios, apoyar el prejuicio sobre alguna verdad, por nimia que fuera.

—Esta vez lo hará. Irá. Entrará. Monteiro hablará con usted.

—Esta vez voy a ser el juguete de su ira, señor Manini.

—No es ira lo que siento. Más bien, despecho.

—Pero un despecho inmenso. Porque por él tirará por tierra un proyecto de años. El sueño de una vida.

—Nunca he sido tan monárquico. O si lo era, he cambiado de opinión al ver el desencanto de nuestro rey. No quiero seguir apostando por alguien que no quiere asumir su destino. Por muy Lusignan que sea. Qué estulticia. Es todo un absurdo a poco que se piense bien. Tradición es no pensar. Yo por eso no suelo admitirla. Soy un rebelde. Un rebelde enamorado.

Se hace un nuevo silencio. La luz de la mañana ya ilumina por completo la habitación. Fernando ve ahora que la forzada sonrisa que Manini ha vuelto a componer en su cara es feroz, horrible.

—¿Entonces qué? Le ofrezco complacer su curiosidad. Y, a

cambio, que me satisfaga usted la mía. Quiero saber por qué António me ha expulsado del lado de Minerva.

—No es muy probable que él vaya a compartir esa información conmigo.

Ahora sonríe Manini con menor impostura, con relativa amabilidad.

—Por eso envío a un escritor. ¿No es su principal don saber captar lo que al resto nos pasa desapercibido? Una intuición suya es para mí más valiosa que las certezas de un imbécil —dice, y tras un breve silencio añade—: ¿Qué entonces?

—Que no sé qué tengo que hacer exactamente.

—Dos cosas tan solo: a título personal, que Monteiro le cuente el porqué de su actitud con Minerva; a título general, sacar información de primera mano para dársela a los liberales de su periódico. Recuerde que ellos quieren acusar a Monteiro de masonería para que sus aliados recelen y le retiren su apoyo. Todos vamos a salir ganando.

—Menos su antiguo amigo. Y la monarquía lusa.

—Mi amigo ya no es mi amigo. Y el rey en el exilio me va a agradecer que lo exima de gobernar. ¡No me diga que es usted monárquico! Contésteme ya algo.

Fernando se mira un momento las puntas de sus zapatillas de paño, que lo desacreditan más ante sí mismo que ante su interlocutor, cuya atención únicamente pende de sus palabras. De una palabra.

—Sí —dice el escritor después de un tenue asenso con la cabeza.

—Sí qué. ¿Lo hará?

—Lo haré —afirma con una nueva resolución con la que pretende inocularse un valor que no logra encontrar.

Calla un momento Manini y lo mira durante algunos segundos con un gesto cansado pero socarrón.

—¡Ahora le veo la cara! Y sé su verdadero nombre, Fernando. Además —agrega mientras le mira el regazo, los pantalones, las zapatillas—, ¡está usted en pijama!

—Pues sí... —dice el poeta esbozando una rígida sonrisa—. Pero

¿no habíamos quedado en que lo que necesita usted ahora es un mentiroso?

CATORCE

–Verá usted, Sofía. Lo cierto es que hay un hombre que podría ayudarla mejor que yo. Además, después de la noticia que me ha dado del artículo inédito de Pessoa… casi puede decirse que estoy en deuda con usted.

Estas fueron las palabras que me hicieron descartar de inmediato la posibilidad de dar marcha atrás y revelarle al profesor que lo del inédito del poeta de bronce que se sentaba en la mesa de al lado era una broma. Ahora tenía que seguir defendiendo mi mentira hasta el final, pues esta se acababa de convertir en la llave mágica que me conduciría a la verdad.

—Si usted quiere, aviso a ese hombre y… Él sabe cosas… Bueno, cosas que digamos… pueden interesarle a usted mucho. —Mientras me hablaba, la transcripción del falso artículo de Pessoa, que como un tesoro estaba dispuesto a guardar, se agitaba en su temblorosa mano —. ¿Le parece? Yo lo aviso y va usted a verlo, porque él va a preferir hablarle en persona. El problema es que vive lejos de aquí.

Es curioso el tenue impacto que tiene en nosotros la mentira cuando elegimos creer a toda costa. Esa es la clave de lo que los religiosos llaman fe. El artículo firmado por Pessoa que le entregué al profesor lo escribí yo misma durante la tarde en que tomé la decisión de hacer el viaje a Sintra. Estaba buscando información sobre la vida del poeta y en una web leí que había escrito algún artículo sobre la masonería en Portugal. Entonces fue cuando se me ocurrió introducir al escritor como un personaje más de mi novela. Al volver Alberto de la facultad, le comenté mi entusiasmada decisión de hacer el viaje, pero con su estúpida reacción se me diluyó el entusiasmo por la novela, y especialmente por aquel falso artículo que había escrito con la esperanza de incorporarlo a la trama. Me di una ducha larga en la que dejé correr tantas lágrimas como agua, aprovechando el ruido contra el sumidero. No volví a recordar el apócrifo texto hasta minutos antes de reunirme con el profesor, a través del que quise vengarme indirectamente de Alberto y de todo el anquilosado mundo académico que me lo recordaba. Por suerte había traído conmigo el portátil, y solamente tuve que grabar el archivo y llevarlo a imprimir.

Dejo de sentir los tenues remordimientos por mi piadosa mentira cuando me paro en una gasolinera del camino. Hace frío y huele a inminente lluvia y a bosque septentrional. Me dirijo a la tienda de la estación de servicio con paso muelle, desentendido, y apenas le

concedo importancia a los dos euros que me pide la cajera a cambio de una minúscula chocolatina a medio derretir. Todavía estoy dándole el último bocado al dulcecito industrial cuando las primeras gotas comienzan a impactar contra el parabrisas. Tras comprobar que el GPS que incluye de serie el coche de alquiler tiene desactualizados los mapas, vuelvo a la tienda de la gasolinera para comprar un plano de Asturias, y amablemente solicito a la dependienta que me trace en él la ruta más directa a mi destino. Me subo de nuevo a mi coche con la sensación de que, ahora sí, mi vida se parece momentáneamente a un espectáculo bien ejecutado.

Después de media hora, antes de incorporarme a un nuevo ramal, me asalta la duda y detengo el coche en el andén de la carretera. Extiendo el papel satinado del mapa sobre el volante y le echó un vistazo al número de la autovía por la que circulo y al número de la autovía por la que me dispongo a circular. Dónde estoy, adónde voy. Me ubico primero: Gijón-Llanes, a la altura de Lastres. Y sí, voy bien. Sé qué lugar ocupo, en qué dirección avanzo. Mientras doblo precipitadamente y mal el mapa (sus dobleces son para los ociosos y los pacientes), pienso por un instante en telefonear de nuevo a Alberto. Pero no, es mejor esperar. Que sea esta vez él quien muestre interés. Me pregunto si estoy celosa y enseguida me digo que el hecho de preguntármelo ya indica que quizá no demasiado. Por los celos uno no se pregunta: los celos son un cataclismo que a uno siempre le sobreviene. Los celos no son reflexivos, qué tontería. También me pregunto si es posible tener celos sin estar enamorado. La respuesta tácita a esa pregunta es más cruel que la respuesta a la pregunta anterior.

Arranco y me incorporo a la carretera que me llevará a mi destino. La espesa manta de lluvia que cae sobre la chapa del coche me hace ahora avanzar a tientas sobre el asfalto, lo que me obliga a enlentecer la marcha. No llevo ni veinte kilómetros recorridos cuando mi móvil comienza a vibrar sobre la guantera. Lo miro de reojo y leo *Kaufi* en la pantalla. No pienso cogerlo en carretera. No debo cogerlo en carretera. Y más con la lluvia. Y con el ruido del agua azotando. Y sin ganas. De todos modos, calladamente agradezco no haber sabido configurar el manos libres del coche, a pesar de las esmeradas explicaciones que me dio el simpático muchacho de la oficina de alquiler. Al cabo de quince kilómetros y al verme pisándole la trasera a un camión, tomo conciencia de que vuelvo a estar en autovía y puedo adelantar sin riesgo. Aunque haciendo un esfuerzo, me obligo a dejar de pensar en Alberto. Entonces me viene a la cabeza un nuevo retazo de la conversación con el catedrático en la puerta del A Brasileira, junto al impertérrito Pessoa:

—Cuando los japoneses compraron la quinta, hubo allí un vigilante… Era un hombre muy agradable. Un pedazo de pan, ¿no decís? —pronunció «pedazo» con ese seseo portugués tan simpático. Asentí vaga, educadamente—. Trabajó allí hasta que tuvo el accidente. Nadie sabe cómo fue, pero…

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

—Vive en España. En un pueblecito de Asturias. Sus padres eran de cerca de Llanes. Cuando se vio… imposibilitado, se volvió a su tierra. La mujer lo abandonó, se fue con otro al verlo… tarado. ¿Se dice así? No, ¿verdad?

—¿Tiene su dirección, algún teléfono?

—Claro. Él sabe bastante. Vivió en la quinta muchos años. Y mostró interés por toda la historia de la casa. Mucho. Más del necesario, creo yo.

—La curiosidad nunca es suficiente.

—Sí la que te cuesta la vida, ¿no? Yo creo, vamos —había añadido luego, quizá espoleado por la inquietud que aún se demoraba en mis ojos.

En el panel azul de la autovía leo que me faltan pocos kilómetros para llegar a Llanes, así que me impongo concentrarme en la conducción. No puede tardar en aparecer el desvío a Nueva, mi destino. La lluvia afloja hasta llegar al chirimiri, pero el rutilante verde de las montañas a un lado y el tempestuoso gris del mar al otro parecen reclamar más agua, a pesar del verano y sus dilatadas treguas.

Al ver al fin el cartel que anuncia el desvío a Nueva de Llanes, pienso por primera vez en el alojamiento. Quizá no encuentre nada en todo el pueblo si este, como he barruntado, no es muy grande, y aunque hasta ahora la euforia no me ha dejado reparar demasiado en el terrible hecho de verme pasando la noche al raso, en este justo instante, en el que debería alarmarme por la ausencia de un plan concreto, lo cierto es que al denso alivio de haber llegado a mi destino se añade el agotamiento físico y mental de las ocho horas al volante. Por eso ahora mismo me veo esbozada en el retrovisor una boba sonrisa. Me imagino esta mañana saliendo de Lisboa y de pronto me parezco otra persona mucho más inocente. A menudo el pasado tiene ese efecto aumentador de la candidez, y por eso a nuestro yo del futuro siempre le pareceremos seres inferiores. Este es, claramente, uno de esos casos.

Cuando entro en el pueblecito ya está atardeciendo. A uno y a otro lado de una adoquinada carretera se ciñen casitas de estilo colonial inglés precedidas de cuidados parterres. En las aceras se yerguen abetos, tamarindos y magnolios. Al término de un suave descenso, los árboles se hacen más frondosos hasta que las copas de ambas aceras se encuentran y entrelazan en una tupida techumbre que hoy protege de la intermitente lluvia a los escasos transeúntes. Al final de la calle, abajo, me detengo ante un semáforo en rojo. A su lado hay una señal de paso a nivel. Desciende, silenciosa y rápida, la barrera a rayas, y un sonido que va creciendo por momentos acaba materializándose en un sólido tren de cercanías que avanza a toda velocidad partiendo en dos el pueblo. Cuando se alza la barrera, avanzo atendiendo a un letrero que indica *Centro ciudad*. A la izquierda hay un hórreo ruinoso tras el que se levanta un promontorio custodiado por un edificio macizo y azulado sobre el que dice *Hotel San Jorge*.

A causa de un elaborado instinto, busco el timbre, como en las películas, clinclín, pero no lo veo en ningún lugar del corrido mostrador de madera de pino. Cuando decido encaminarme a la cafetería que hay junto a la recepción para ver si veo en ella a alguien, una mujer de unos cuarenta años surge del flanco opuesto mientras esboza una sonrisa que rezuma calculada amabilidad.

—¡Buenas tardes! Disculpe, no la había oído entrar.

Sonrío cansada. La mujer me dice que sí, que tienen habitaciones disponibles. Al fin y al cabo hoy es miércoles, entre semana, claro, y ya se sabe. Pero los fines de semana hay un trasiego impresionante, y máxime estos, tan próximos a las fechas del descenso del río Sella, a primeros de agosto, que atrae a jóvenes de toda España e incluso de fuera. Me advierte de que, al no haber hecho por internet la reserva, ha de cobrarme mediante la tarificación habitual del establecimiento. Digo que sí, que sin problema, a todo, complacida, indolente. De pronto la tarjeta de crédito que saco de mi cartera cobra una importancia desmesurada. Es la tarjeta de Alberto. El marido paga, sin duda. «Yo gano más que tú y por eso quiero que tengas esta tarjeta, es fácil de entender, no creo que en esto quepa hacer ninguna lectura feminista. Permíteme cuidarte. No trato de anular tu independencia. Está bien eso de tener una cuenta conjunta, pero acepta esto, por favor: es mi manera de darte carta blanca a cualquier capricho. Ahora eres mi esposa».

—No se preocupe por el precio —digo tarde, fuera de lugar—. Si es más caro, incluso mejor, ¿no? Por lo menos, para vosotros, que los

buscadores de hoteles por internet os pondrán contra las cuerdas.

La recepcionista, sorprendida quizá por mi metáfora pugilística, o tal vez a causa de mi extemporánea elocuencia, levanta la vista de la pantalla del ordenador para mirarme con introvertida sorna; pero enseguida vuelve a recordar la amabilidad a la que está obligada y me sonríe tensando los labios.

Pronto comprendo que el número tres que he marcado en el ascensor conduce a la acogedora buhardilla del edificio. Sonrío complacida. Desde pequeña me han gustado las buhardillas; son la prueba de que también el espacio posee la cualidad del arropo, que siempre creemos atribuible únicamente a la figura de la madre. Dejo mi maleta bajo la ventana, descorro la cortina y descubro que da a un prado de rutilantes verdes manchado por tres o cuatro vacas rubias. Me tumbo sobre la cama, contra la colcha color rojo cereza.

El sonido de la vibración del móvil me saca del letargo. *Kaufi*. Aunque dudo un instante, rápidamente comprendo que no me queda otro remedio que pulsar el botón verde y hablar con él.

—Diga —digo apática.

—¿Sofía? —pregunta él, probablemente para ganar tiempo.

—Quién si no. Tú sabrás, que has llamado. Yo te llamé el otro día unas mil o dos mil veces. Así que me parece que ya he cumplido con mi rol de diligente esposa.

—Ya… Perdona, pero tenía silenciado el teléfono. Para trabajar. Estoy muy concentrado. Como nunca. Qué bueno es el verano: tener tiempo y ganas.

—Me alegro.

—Yo más. Así se me hace menos dura tu ausencia. Sabes que se me da mal dormir solo.

—Ya…

—¿Cuándo vuelves? Ayer me dijiste que…

—Ayer te dije muchas cosas y no me escuchaste ninguna.

—Lo sé, sí, perdona. Tuve que atender a una llamada importante. Me llamaste en mal momento.

—Me dijiste que me telefonearías al mediodía.

El silencio de Alberto es bastante elocuente: está claro que no recuerda haberme dicho eso.

—El día entero de ayer fue un mal momento. Pero no quiero hablar de eso. Bueno, dime. ¿Dónde estás?, ¿cuándo vuelves?

Me doy cuenta ahora de que no tengo ganas de preparar de nuevo el suave pórtico, la antesala protectora, una acolchada manera de introducirle a Alberto el cambio de planes de última hora. Ya intenté hacer eso ayer y no sirvió de nada.

—Estoy en Asturias… En un pueblecito cerca de Llanes —le digo.

—¿¡En Asturias!? —exclama tras un sorprendido silencio—. ¿Y eso? ¡Qué tía intrépida! Pero cuéntame.

—He venido en coche. De alquiler, claro.

—¡Joder, ni Willy Fog!

—Ja.

—Pero cómo ha sido. Dime. ¿Qué haces allí?

—Tu amigo el catedrático. Me dio la dirección del último vigilante de la quinta. Vive en un pueblecito llamado Nueva. Así que aquí estoy.

—En plena era de la información.

—Es un hombre complicado. Por lo visto no habla con cualquiera. Y menos por teléfono.

—Pues vaya.

—Además, me apetecía viajar. Seguir viajando. No me cuestiones. Es mi novela.

—No te cuestiono, descuida. Pero me da miedo. Me da miedo que lo que te ocurra es que no quieras volver.

Ahora soy yo la que provoca un silencio más largo de lo que corresponde.

—¿Miedo? ¡Venga ya! ¡No dramatices!

—No se me ocurriría. Pero te noto distante. No acabo de entender a qué ha venido hacer sola este viaje.

—¡¿A qué?! ¡A que tú no has querido acompañarme!

—En julio trabajo siempre. Lo sabes. Si lo hubieras pospuesto hasta agosto…

—Me apetecía ahora. Y puede que sola.

—¿Ves? A eso me refiero. Y tu actitud me asusta.

—¿Que te asusta? Ayer te llamé y no me escuchaste, y luego no me devolviste la llamada. Te esperé. Te he estado esperando. Hoy te asusta qué, ¿eh?, dime. —Y ante su silencio, añado—: ¿Sabes? A veces es bueno tomar distancia, dejarse espacio, pensar.

Dos golpes en la puerta me sobresaltan, pero después suspiro aliviada porque veo en ellos la excusa perfecta para cortar una llamada que se me ha vuelto exasperante.

—Llaman a la puerta de mi habitación.

—¿Y quién es?

—No lo sé. Mi amante bable, supongo.

—Eres tonta.

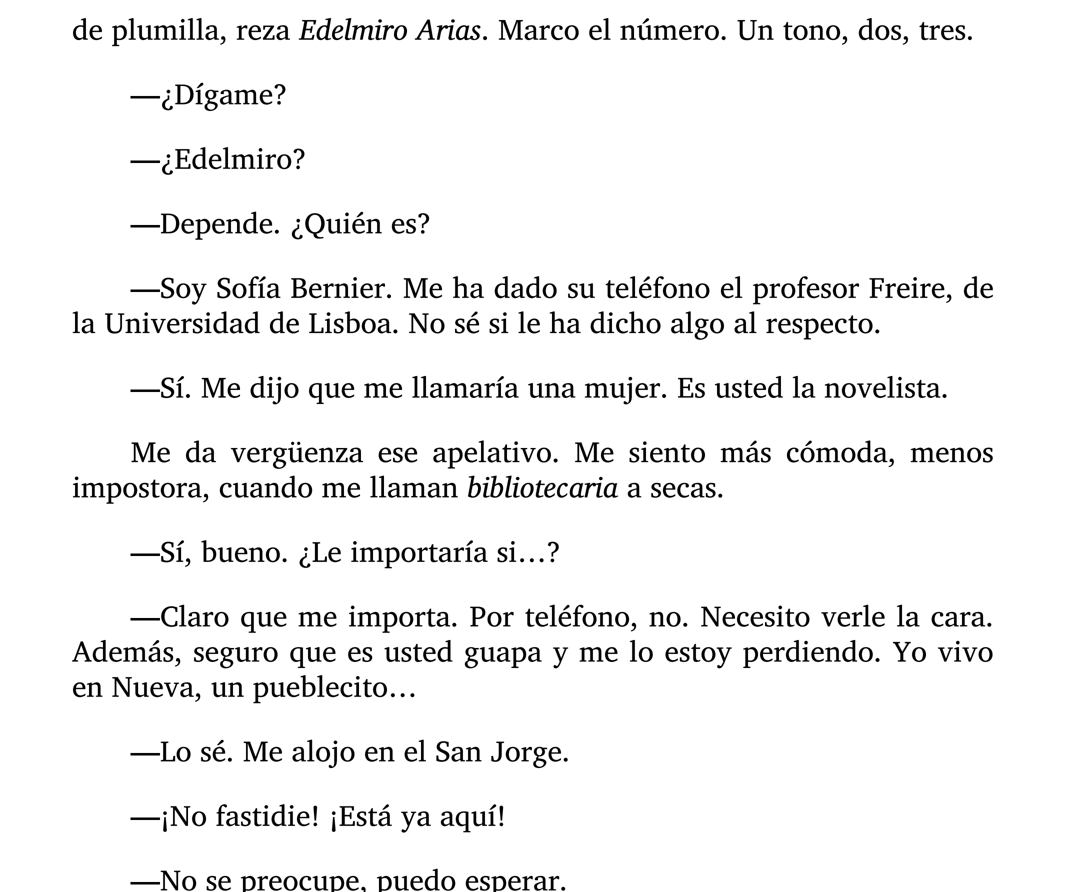
—Ya. Te dejo. Hablamos mañana. Déjate de miedos. Y descansa. Sabes que tanto trabajar te satura y no te deja ver claro.

—Te quiero.

—Lo sé.

Cuelgo. Vuelven a llamar a la puerta. Abro. La recepcionista, cabizbaja, me extiende mi carné de identidad y con un meloso acento me dice que había olvidado devolvérmelo. Y que el desayuno se sirve de siete a once, en el comedor. Asiento con una sonrisa que se desvanece de inmediato en cuanto cierro la puerta.

Miro el móvil y vuelvo a dejarme caer contra el liso rojo de la cama. Suspiro. Busco la manera de que mi cabeza esquive a Alberto y vuelvo a pensar en el profesor Freire. Entonces me levanto de un salto, rastreo en la mochila del portátil y saco un papel en el que hay escrito un número de un teléfono fijo bajo el que, con una cuidada caligrafía



de plumilla, reza *Edelmiro Arias*. Marco el número. Un tono, dos, tres.

—¿Dígame?

—¿Edelmiro?

—Depende. ¿Quién es?

—Soy Sofía Bernier. Me ha dado su teléfono el profesor Freire, de la Universidad de Lisboa. No sé si le ha dicho algo al respecto.

—Sí. Me dijo que me llamaría una mujer. Es usted la novelista.

Me da vergüenza ese apelativo. Me siento más cómoda, menos impostora, cuando me llaman *bibliotecaria* a secas.

—Sí, bueno. ¿Le importaría si…?

—Claro que me importa. Por teléfono, no. Necesito verle la cara. Además, seguro que es usted guapa y me lo estoy perdiendo. Yo vivo en Nueva, un pueblecito…

—Lo sé. Me alojo en el San Jorge.

—¡No fastidie! ¡Está ya aquí!

—No se preocupe, puedo esperar.

—¿Está usted segura? Es que mientras voy a la peluquería a que me arreglen un poco y me compro ropa nueva para estar guapo… ¿Mañana a estas horas le va bien?

Guardo un silencio sorprendido que me esfuerzo en que simplemente sea cortés, como la sonrisa de la recepcionista. No me parece mal vernos mañana, pero tan tarde...

—¡Es broma! Pásese por la mañana. A eso de las once. La invito a un café.

QUINCE

Unas deportivas de *running,* unas botas de *trekking,* los botines camperos que se compró en 2008 para ir a El Rocío, unos zapatos castellanos marrones con borlitas, otros negros lisos, los Martinelli de Milán, los mocasines de cuero, los de ante, los de tafetán, los Oxford satinados, los que tienen brillo, los *monkstrap*, los náuticos pistacho, las babuchas del zoco de Túnez, las zapatillas de esparto violetas, las azules, las naranjas, unas chanclas de tirilla, otras de cuero, las de estar en casa de terciopelo azul.

Cuando Alonso de la Hoz concluye el repaso visual a los zapatos de su vestidor, se siente orgulloso de la variedad de calzado de la que ha hecho acopio durante los últimos años, que es cabalmente sintomática del eclecticismo de sus gustos.

De pronto le parece escuchar un remoto ruido procedente del salón. Se acerca de nuevo a la puerta entornada y apaga la luz de la habitacioncita en la que se encuentra, aneja al dormitorio principal, rodeado, además de por sus zapatos, por sus camisas, chaquetas, pantalones, calcetines, bufandas, paraguas, y por todas las restantes prendas y complementos menores que ya ha repasado minutos antes. No sabe por qué siente una rica voluptuosidad al decirse mentalmente lo que va viendo suyo, como si lo enumerara en un inventario con el que recolecta la totalidad de las pequeñas pertenencias que conforman su vida. *Mi realia,* se dice, con la certeza de que aquel término latino es un gran saco donde cabe el mundo. Se siente en aquel vestidor como un celoso terrateniente llevando la cuenta de unas posesiones en las que, al menos de manera metafórica, nunca se pone el sol.

Agudiza entonces el oído lo máximo posible y comprueba que, en efecto, se escuchan voces cercanas, sí, que hablan algo en confusos susurros. Entorna un poco más la puerta que comunica su vestidor con la alcoba y se dispone a coger el rifle, que ha dejado apoyado contra la pared lateral, junto al galán de noche. De nuevo, como ya le ha sucedido frente a su panoplia del XVIII (inmediatamente se dice que otro día tiene que hacer inventario estético de su esmerado arsenal), hace ya casi hora y media, minutos antes de encerrarse en aquel cuartillo, se le humedecen las palmas de las manos contra la culata, alrededor del frío cañón. El sudor también vuelve a cubrirle las sienes, la frente, a gotear. Cruje la madera de las escaleras, a pesar de la mordaza de la alfombra. Son ellos: ya están arriba. Cuando llegan al distribuidor, al otro lado de la puerta del dormitorio, el bisbiseo se va aclarando en deslavazados vocablos primero y luego en retazos de

conversación. Ambos hablan con una entonación sensual, coquetos, impostados, jadeantes:

—Me vas a llevar entonces adonde follas con Alonso, ¿eh?

—Claro. ¿No te excita eso?

—Pues… Lo cierto es que no especialmente. Podríamos haber salido a la piscina.

—Deja las piscinas para las películas. Quiero tenerte en una cama. Vamos.

—A tus órdenes, mujer. El caso es que no te pierda de vista. Esta vez no te me escapas.

Inmediatamente se abre con violencia la puerta del dormitorio. Alonso se sobresalta. Ha esperado tanto la llegada de este instante que ahora le cuesta vivirlo de manera natural, como si fuera parte de la vida misma y no una deformada antelación que crea y rumia su cerebro. Escucha jadeos muy próximos, y después lo que enseguida distingue como el característico chasquido de los besos con lengua. Uno de los dos le da a la luz, *probablemente él, los hombres siempre queremos ver, tocar nunca nos basta.* Al principio se acerca a la rendija de la puerta entornada porque quiere no perder detalle *(yo también soy hombre):* el vestido de Alida ya en el suelo, junto a la camisa de él, ella desabrochándole el vaquero mientras se sonríe lasciva sobre sus labios. Se retira de la puerta porque de pronto siente una punzada en el pecho que no sabe si atribuir a unos irreconocibles celos o al latente peligro de que su presencia se desvele antes de lo debido (un oído que sospecha, un cuello que se gira, un capricho de última hora: ¿y por qué no follamos en el vestidor del cornudo de Alonso?). Asustado por la fatalidad que imagina, descarta volver a asomarse al cuarto. Se da la vuelta para evitarse la libidinosa tentación del mirón, la insana curiosidad del enfermo, y queda frente a sus asépticos trajes que, envueltos en sus fundas marengo, alineados en la oscuridad, parecen una turba de infelices contra el paredón.

—Espera un momento. —Escucha decir a Alida.

A Alonso le molesta su tono de entrega: la lascivia tiene su propia voz.

—Voy a darle mejor a la luz de las mesitas —añade un poco después—. Apaga tú ahí.

Alonso oye entonces cómo los desnudos pies de él, matizados por la alfombra, empujan con su peso las crujientes láminas del parqué. Y la luz de pronto se tamiza.

—Mierda, Alida. —Escucha ahora decir al hombre, que abandona el susurro para engolar la voz un poco—. Los condones. No los he echado. La falta de costumbre.

Ella demora su respuesta, que Alonso prevé. Supone que porque sonríe para retardarla adrede, juguetona, como hizo con él la vez primera.

—No te preocupes… Tomo anticonceptivos.

Entonces imagina la mueca de él, de promisorio y añadido placer, que no puede asociar a ninguna palabra, porque solo hay silencio; luego escucha los pasos descalzos y leves de ella sobre la alfombra y un nuevo chasquido, más intenso, presuroso. Escucha también más ruido de ropas y después el seco sonido de uno de los cuerpos al caer sobre la cama, *contra* la cama. ¿Cuál de ellos? Necesita cotejar lo que imagina y vuelve a mirar por la rendija de la puerta. La luz de las mesitas de noche, más acogedora, más mitigada, lo lleva a confiarse. Ahora se asoma e incluso tira del picaporte para abatir la hoja un poco más.

Alida, de rodillas, está encajada entre las piernas desnudas de él, que se extiende sobre el lecho. Verla en aquella situación lo sobrecoge. La mente del ser humano es vulnerable ante la visión de determinadas imágenes, aunque esté avisada de su llegada, por más que haya podido imaginarlas, incluso excitándose con ellas. Movido por un elemental impulso de restablecer la normalidad, agarra con fuerza el rifle y empuja la puerta un poco más. Pero no se decide a intervenir. Una mezcla de miedo, pudor y excitación lo sofrena en el último instante. Y entonces lo asalta una inesperada sensación de euforia. Está al filo de las rocas y se asoma para retar al futuro inmediato: ahora toca arrojarse o ver romper las olas allá al fondo, pero el después, lo que vendrá luego, va a quedar marcado irremediablemente. La única solución tras asomarse al filo de la vida es el exabrupto. A estas alturas, no cabe otra posibilidad. Y ese vaticinio que se apoya con solidez sobre este hecho tangible lo llena de una inquietud expectante. Vuelve a encajar la puerta despacio (un movimiento rápido podría delatar su presencia allí, ahora que él está tumbado en la cama y queda frente a la puerta del vestidor, aunque tan concentrado en otra parte de su cuerpo y en el movimiento de Alida, que probablemente no repararía en nada que sucediera a su

alrededor) y se gira de nuevo hasta quedar frente a sus inertes trajes: los de trabajo, los de domingo, los de los congresos, los de las fiestas.

Camina sigilosamente tres pasos, confiado en la silenciosa moqueta del vestidor. Esta habitación le parece ahora un cálido estuche en el que guarecerse de la anormalidad, el recoleto camerino en los instantes previos a pisar la palestra. Para tranquilizarse un poco, para evitar imponer su lectura a la evidencia de los hechos, decide ahora pasar revista a sus corbatas. Por suerte los ojos se le han hecho a la penumbra y la luz que le llega desde el cuarto será suficiente para iniciar su inventario. Tener la mente entretenida lo ayudará a esperar el momento adecuado, a no precipitarse. Descubre ahora que el recuento de sus cosas puede ser una manera de asirlas, de evitar que se diluyan. Decirlas es protegerlas de un futuro devastador como el que le espera afuera, en su dormitorio.

La de rayas verde, la de rayas rosa, la de lunares; la de las banderitas de España, la de Bob Esponja que le regalaron los alumnos de la promoción de 2010; la de los candaditos, la de Japón, la de seda, la de punto, la comunista, la de tricot.

—Joder, Alida.

Alida era francamente buena haciendo mamadas. Esta idea que lo asalta de pronto lo lleva a cerrar el cajón de las corbatas. Se aproxima de nuevo a la puerta. Otra vez están aquí los celos, que ahora son como una mano que le estruja el cuello; pero esta vez los siente de consuno con cierto orgullo derivado de la idea *la novia de Alonso es un cañón en la cama*. Por un instante se plantea segmentar a Alida y enumerarle cada una de sus virtudes. Eso lo tranquilizaría, lo haría sentir importante. Pero de pronto se impone cierto distanciamiento emocional. Se conformaría con dejar de sudar, con que le abandonara el temblor de las manos. Tiene que seguir escuchando para saber cuándo ha llegado el momento de salir. Renuncia a los inventarios. Espera. A veces no oye nada, otras veces, tenues jadeos, movimiento, roce de sábanas, risas. Las risas también duelen. Pero espera. Silencio. Y de pronto, los gemidos de ella, y enseguida las acometidas de él.

Alonso se seca el sudor con uno de los faldones de su camisa de lino y agarra luego fuerte la escopeta por el cañón para que no se le deslice hasta el suelo. La coge también por la culata y la levanta hasta apuntar con ella a sus alineados trajes. Por un momento se recuerda al exaltado Sam Bigotes de los Looney Tunes, que siempre andaba a balazos contra Bugs Bunny y el Pato Lucas. Este parangón lo hace sentir ridículo y mezquino. Respira un par de veces hondamente,

asumiendo el riesgo de que se le escuche fuera —*¿o era dentro?* Están en *su* dormitorio—, y desliza un pie enfundado en chancla por la moqueta del vestidor para luego abatir despacio la hoja de la puerta.

Da varios pasos sigilosos y entra en la habitación. Primero repara en el olor acre del sexo, que resulta repulsivo para quien ha sido excluido del deseo que lo engendra, pero enseguida se centra en la espalda de él, morena, segura, brillante, subiendo y bajando encima de Alida, que gime cada vez más alto. De pronto se siente estúpido allí en medio, tras los amantes: en bermudas y con la escopeta, colorado. Los jadeos de ella se acompasan teatralmente a los embates de él. A medida que van acelerándose, él se inclina para susurrarle algunas palabras obscenas que Alonso prefiere no escuchar. Un paso, dos, tres. Ya está en medio de la habitación. Duda un momento hasta que se decanta por acercarse a ellos por el flanco izquierdo. Un paso, dos, tres. Se detiene a un metro escaso de la mesita de noche. Aguarda. Los celos y la vergüenza van dejando paso a algo nuevo y sordo que Alonso teme que se llame autocompasión; pero fugazmente esta va cediendo su reciente espacio a la ira: la pena por uno mismo es tan triste que no puede sino durar muy poco. Jamás pensó que le costaría tanto refrenarse, no precipitarse, seguir escrupulosamente el plan. Más acometidas, más fuertes, más rápidas. Las piernas de Alida se apoyan ávidas, atenazadoras, apremiando sobre los hombros de él, mientras sus gemidos arrecian acortando intervalos. La cabellera ensortijada de él (qué fastidio de pelo prolijo, rebelde, petulante, *pelo de esnob)* cimbra con cada envite. Hasta que de pronto se suceden los espasmos, el estremecimiento, se escucha un sonido animal. Un paso más, dos, tres. Y enseguida ya la distensión.

En cuanto acaba de correrse, Alberto siente un golpe frío en su nuca caliente. Apoya una palma sobre el colchón para no echarse sobre Alida al llevarse la otra mano al cogote, donde sus dedos topan con el rígido metal de lo que enseguida intuye que es un arma. Mira a la mujer con extrañeza, buscándole respuestas en los ojos, abiertos en dirección a su retaguardia, y ella, todavía transida del placer reciente, esboza en su cara una mueca que corrobora su intuición.

La figura de su amigo, girado, en escorzo, le recuerda a Alonso a esas representaciones manieristas de la infidelidad de Marte y Venus. En pleno siglo XXI, el viejo Vulcano aún apunta a los amantes con el dedo del adulterio.

A Alberto no le queda otra alternativa que empujar con la nuca el doble cañón, que siente que le taladra el cuello, para poder sacar de Alida su miembro mojado y flácido, y con las rodillas sobre el colchón,

poder girarse y ver —aunque ya sabe, cómo no va a saber— quién le apunta con un arma. Durante unos lentos segundos, al ver de cerca los orificios gemelos del cañón, se siente temblar las rodillas hincadas en la cama.

Verle la cara sudorosa y desencajada a Alberto y el pene ínfimo y pegajoso bamboleándosele entre las piernas disipa por completo la ira de Alonso, como si con aquella denigrante visión ya hubiera obtenido un resarcimiento. Lentamente se retira dos pasos, aunque todavía no se decide a bajar el arma. La cara de Alida es elocuente, sobre todo ahora que lo mira directamente a él, que Alberto no la ve mirarlo.

—¡Evohé, Niseo! ¿Vienes a mi casa, huésped querido, y ni me buscas con la mirada, ni me diriges la palabra, ni me agradeces que te deje que te folles a mi amada? —le espeta, pero enseguida Alonso tiene la sensación de que en su recreación de los hechos, esta frase que está diciendo ahora tenía bastante más empaque.

Una de las primeras ideas que le pasan por la cabeza a Alberto cuando Alonso deja de apuntarle con el arma es buscar sus calzoncillos. Mientras trata de encontrar su ropa interior, baraja la posibilidad de intentar arreglar las cosas con un «lo siento»; pero enseguida lo descarta: conoce demasiado bien a su amigo como para saber qué puede arreglar o no las cosas. Encuentra la prenda íntima enredada entre las sábanas, al pie de la cama. Lo primero que debe hacer es recomponer poco a poco su dignidad. Luego ya vendrían las palabras; a veces lo más elocuente es estarse callado. Entretanto Alida sigue expuesta, estática, aún tumbada en la misma posición, tal vez haya cerrado un poco las piernas. Ahora que ha intimado con los dos hombres que se encuentran en la habitación, no parece preocuparle demasiado el recato. En un momento dado, mientras Alberto busca sus pantalones, la mujer intercambia con Alonso una mirada de las que mueven al interlocutor, y por eso este se gira sin soltar la escopeta y dice mientras sale del cuarto:

—En fin… Como veo que no os atrevéis a pronunciar las palabras que espero, aguardaré abajo. Tomemos los tres juntos una copa. A ver si logramos solucionar las cosas de forma civilizada.

Alberto nota que Alida va a decirle algo, pero al final la mujer, azorada, se limita a emitir un breve chasquido de fastidio. Mientras se sube los pantalones, la mira de soslayo y ve cómo comienza a buscar su ropa con gestos lentos, extraviados. De pronto siente más lástima por ella que por sí mismo. Cuando estudiaba en los salesianos, había aprendido que la conmiseración era algo que estaba siempre dedicado

a nuestro prójimo y no tenía ninguna posibilidad refleja. Cuando Alida va a salir del cuarto, él acierta a decir en un susurro «lo siento».

—No lamentes nada —dice Alida en voz alta, sin girarse—. Alonso no tenía que estar aquí. Da la sensación de que nos ha tendido una trampa, como si fuéramos dos críos. Y el crío es él.

Alberto baja después de esperar un tiempo prudencial (el suficiente para subrayar cierto distanciamiento físico, la ausencia de todo lazo con Alida, ya sea de subordinación o de complicidad). No hay nadie en el salón; de la cocina sale Macarena que, con la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo, le dice que los anfitriones están afuera, en la mesita junto a la piscina.

—¿Qué le sirvo? —añade.

—Nada, muchas gracias.

—Don Alonso me ha dicho que le insista.

—En ese caso, un vodka con hielo.

Antes de salir al porche de la casa, Kaufman otra vez se mira en el espejo de la entrada: se pasa la mano por el pelo, que tiene más encrespado de lo normal, y se atusa la camisa; duda un momento, pero al final decide dejársela por fuera del pantalón. Su actitud ante Alonso debe ser complaciente, pero no puede arredrarse por lo que ha sucedido. *Joder, ¿de dónde ha sacado ese rifle?* Se da cuenta de que todavía le tiemblan las manos, aunque siente que por sus brazos comienza a expandirse una apetecible placidez. Reconoce en ella la sensación que sigue a los peligros y accidentes, justo antes del remordimiento o la desgracia. Piensa en Sofía y susurra su nombre, como si con ese gesto se exculpara o lograra cambiar el pasado inmediato; nota que casi la quiere más que nunca. La sirvienta sale de la cocina con su bebida, él se gira y la encara.

—Ah, sigue usted aquí…

—Sí, deme —le dice cogiéndole el vaso. Y alzando la vista, que ahora sí confluye con la suya, añade—: Macarena…

—Dígame, señor Kaufman.

Se propone pedirle disculpas también a ella. Debe disculparse con todos los miembros de aquella casa, vaya huésped. Sin embargo, en el caso de la sirvienta, el gesto subrayaría el recuerdo de aquella noche,

lo señalaría de nuevo, evidenciándolo. Por otra parte, si además de empleada doméstica era prostituta, sobraba su perdón: el otro día la chica se había limitado a hacer su trabajo.

—Nada, Macarena, nada —dice finalmente, y se encamina a la terraza dándole la espalda.

Cuando sale afuera, Alida y Alonso interrumpen el susurro en el que están hablando. Como al espaciar su bajada desde el dormitorio con respecto a la de Alida ha pensado en la importancia de los gestos físicos en relación con las intenciones, este silencio abrupto de la pareja ahora lo preocupa extraordinariamente. Le habría gustado ver a Alida y a Alonso elevando la voz, discutiendo, para así no tener la sensación de que están próximos justo en este instante.

—Siéntate, Alberto.

La manera en que Alonso mira a Kaufman lo hace sentir de inmediato culpable, pero de una manera tangencial, casi venial, como un niño torpón que se acaba de meter en un estúpido lío. Luego el anfitrión baja la vista y cuando vuelve a mirar a Alberto hace un esfuerzo por sonreírle, paternalista. Alida está mirando hacia el agua iluminada de la piscina mientras bebe algún licor con hielo de un vaso como el suyo. Los ojos de Alonso refulgen dilatados a la luz de las dos velas que hay sobre la mesa cuando se retrepa en el sillón Emmanuelle que ocupa. Alberto toma asiento en un banco de madera frente a él. Alida está sentada en otro sillón, a su derecha.

—Siento lo que ha pasado, Alonso —ahora sí se disculpa, es lo que procede: su silencio ya no puede seguir estando amparado por ningún tipo de conmoción.

—Déjate de disculpas, Alberto, no me jodas. He estado a punto de volarte la cabeza.

—Alonso, por favor… —empieza a decir Alida, que ha dejado de mirar el agua encendida de la piscina.

—Déjame hablar a mí, cariño.

A todos parece fuera de lugar el apelativo, incluyendo al que lo ha proferido que, percatado de su extrañeza, añade:

—Por lo que más quieras, Alida, déjame hablar.

—Habla, claro. Tú sabrás. Esto es embarazosísimo. Y ridículo

hasta decir basta.

—Alida…

Entonces ella hace un gesto con la mano que lo mismo puede significar asunción que premura, incluso ambas a la vez, y vuelve a meter sus ojos en la piscina. Su pecho, subiendo y bajando con cierta precipitación, le niega al rostro la indolencia que ella se esfuerza en componer. Alberto siente el frío de los hielos de su vaso bajo la nariz.

—Le he comentado a Alida hace un rato por qué me hallaba en casa —dice dirigiéndose a Alberto—. Tengo la clave de su correo electrónico. Sabía de vuestra correspondencia.

—*Voilà* —dice ella girándose hacia su amante—. Ya ves que los celos dan derecho a cualquier ultraje. Máxime cuando se corrobora el mal; entonces Maquiavelo deja de tener mala prensa. Como en el XIX estamos.

—Alida, haz el favor. Mira que estoy llevando esta situación de manera intachable.

—¡Ja! ¡Has cogido una escopeta!

—¡No iba a usarla!

—¿Ah, no? ¿Y entonces?

—¡No sabía lo que me iba a encontrar!

—¡Pero sí sabías a quién! ¿Pensabas matar a Kaufman? —esto lo pregunta Alida señalando a Alberto con el pulgar.

—¡Ni a Kaufman ni a nadie! ¿Por quién me tomas?

—¡Dímelo tú!

—Yo no lo sé. Además, ¡estaba descargada! He entrado en la casa por la tarde, cuando saliste a tu clase de pilates. Le pedí a Macarena que no te dijera nada. Se me ocurrió utilizar el arma para amedrentar a Alberto, por si se me ponía gallito. ¡Quién sabe!

Alberto se limita a enarcar una ceja; sonreír le parece arriesgar demasiado.

—He pasado más de dos horas metido en mi vestidor.

—¡¿En tu vestidor estabas?! ¡¿Todo el rato?! —grita Alida, abriendo los ojos, arrugando la frente.

Alberto da continuos tragos a su vodka, y entre la placidez del sexo y el efecto del alcohol, aquella escena se le distancia cada minuto un poco más. Empieza a sentir que la realidad es un chicle.

—Todo el rato. Con la escopeta en la mano. Descargada, como mero elemento de atrezo.

—Igual que en una comedia a la moderna de tu admirado Calderón —se atreve a decir Alberto.

Alida y Alonso lo miran en silencio. La calma que siente, que le crea la sensación de una gran burbuja alrededor, lo libra del arrepentimiento. Al rato, Alonso sonríe.

—¿Lo ves, Alida? —le dice mirándola un instante—. Kaufman me conoce. Y da prestancia a mis disparates. ¡Es justo eso! Atrezo, puro atrezo.

—Sin embargo, tengo que reconocer que me has dado un susto de muerte —añade Alberto.

—¡Y tú a mí me has traicionado! —dice Alonso amargamente.

Por primera vez Alida y Alberto lo miran recelosos, cada vez más lejos de una culpa que la actitud del dueño de la casa no deja que aflore.

—¿Y por qué no saliste al principio? ¿Hasta cuándo necesitabas esperar? —pregunta Alida, de pronto suspicaz, deseosa de subvertir los roles de víctima y verdugo.

—Como mínimo hasta que os besarais. Una cena no es traición.

—Por eso nos has esperado arriba, para ir sobre seguro.

—Aguardar la traición no es delito.

—La traición misma tampoco. Además, no estamos casados… ¡Y algunas cosas sí que me las permites!

Alberto ve cómo Alonso le hace a la mujer un discreto gesto reprobatorio.

—Cariño, por favor…

—No, Alonso. Me da igual que Kauf… que Alberto esté delante. Él es parte de lo nuestro ya. Además, te conoce, seguro que intuye de qué hablamos.

Alonso mira a Alberto y Alberto se limita a encogerse de hombros mientras apura su vaso. Los hielos, solitarios, tintinean contra el cristal.

—¡Macarena, haz el favor! —llama a la sirvienta de pronto Alonso, crispado, elevando la voz. La muchacha aparece diligente y se lleva el vaso de Alberto después de que se lo señale Alonso.

—Alida se refiere a que tenemos una relación abierta —dice el anfitrión tras carraspear nervioso, una vez que la muchacha ha vuelto a entrar en la casa. No mira a los ojos de su amigo, sino que fija la vista, por encima de él, en algún punto del vano de la puerta por la que Macarena acaba de desaparecer.

—Ya lo imaginaba. Pero solo con chicas, ¿no?

—Exacto —dice Alonso contento de que su amigo comprenda rápido, o en realidad de que ya sepa. Es probable que en algún momento hayan hablado del tema, aunque seguro que en estado ebrio, de ahí la imprecisión de su recuerdo.

—Con… *tus chicas* —se atreve a añadir Kaufman.

—Eso es. Supongo que recuerdas a *mis chicas* de aquellas fiestas… Ahora no me acuesto con todas, claro. Solo con las que elige Alida. Ese es el trato. Alida decide con quién sí y con quién no. Me parece lo justo. En fin, supongo que es un asunto entre ella y yo —concluye nervioso, incómodo—. Lo que es evidente es que tú no estás en ese harén.

El alcohol hace que Alberto se imagine vestido de concubina, y la idea le hace gracia. Sonríe, aunque de forma contenida: no quiere darle a su amigo pie para que lleve la conversación por derroteros peligrosos.

—En resumen, él tiene carta blanca para acostarse con quien quiera, pero yo no.

Alonso niega cómicamente ante la afirmación de su novia.

—Yo no te he forzado a eso. Lo hablamos. Sabías lo de mis chicas y me dijiste que no te importaba, incluso que podíamos… —Y de

pronto baja la voz—: Incluso que tú podías divertirte con Macarena, si te apetecía.

Al oír el nombre de la criada, Kaufman teme que se le note en la cara la más leve alteración, el más sutil estremecimiento.

—No. Sabes que eso no. A mí no me gustan las mujeres —responde Alida, y gira el cuello de nuevo hacia la piscina.

—¡Pues a mí no me gusta que te acuestes con hombres! —dice Alonso elevando la voz y echándose hacia adelante en su sillón.

En ese momento sale de nuevo al jardín la criada, que lleva en una bandejita la bebida de Kaufman. *Pobre mujer,* piensa Alberto.

—¡Eres un cerdo y un machista! —le responde Alida sin esperar a que Macarena se marche de nuevo.

—Es posible, pero todo esto ya lo habíamos hablado. Te dije que era una de mis condiciones y no te pareció mal.

—Pues ahora sí me lo parece —afirma Alida con desinterés. Ha cruzado las piernas por encima del reposabrazos de la silla, lo que le deja el muslo izquierdo al descubierto: su bronceada y tersa piel refulge con sutileza a la luz de las velas—. Máxime si me vigilas el correo electrónico.

—Llevo haciéndolo desde el principio. Hace meses ya. Los informáticos son el mejor amigo del hombre, y especialmente los que llevan el servidor de la universidad. Lógicamente preví tu traición, aunque me sorprendió lo de Kaufman. —Al decir esto mira directamente a Alberto, que se refugia en un nuevo trago a su reciente vaso lleno.

—¿Y si ella hubiera usado otra dirección de correo? —se le ocurre preguntar a Alberto. Lo consuelan los aledaños del asunto, todo lo que no lo apunta a él directamente. En unos minutos sin duda empezará a verle el lado cómico a todo aquello.

—Ya. Pero el caso es que ha usado la cuenta del trabajo.

—Pues tengo otra, que conste. Y esa, ni la hueles, y menos a partir de ahora —dice precipitadamente ella, y remacha sus atropelladas frases con un mohín de enfado.

—A ver… Estoy siendo comprensivo, no me toquéis los huevos.

¡Os he pillado follando, Dios santo! ¡He pillado follando a mi novia con uno de mis mejores amigos, joder!

Cuando acaba de decir la última frase, Alonso, hostigado por la virulencia de sus propias palabras, se levanta de un salto y comienza a mesarse el pelo. Alida y Alberto se colocan rectos en las sillas, receptivos ante una implícita amonestación. Ella incluso baja los pies al suelo y por primera vez mira de frente a su novio. Kaufman la mira a ella y la encuentra guapísima. La recuerda abierta bajo su cuerpo, hace tan solo unos minutos, en la cama, con los ojos clavados en su cara mientras él se la metía sin condón. Nota una erección contra el vaquero, que por suerte la dura tela constriñe y no deja que aflore. El cuerpo siempre le funciona al margen de los acontecimientos. Después de un silencio, Alida, bajando la voz, dice:

—¿Y por qué has esperado, Alonso?, ¿por qué has estado tanto tiempo aguardando en el vestidor? Si hubieras salido antes, también nos habrías pillado. Pero has esperado hasta que Alberto… acabara —esta última palabra la dice algo más baja, casi con un hilo de voz—. ¿Acaso eres un mirón? ¿Es eso, eh?, ¿nos has estado mirando un rato?

La cara de Alonso trasluce su sorpresa ante las palabras de Alida. Ella esboza un gesto de triunfo. Alberto, desde su erótico abotargamiento, comprende que se encuentran ya en ese momento en el que la conversación va a virar su rumbo.

—No digas sandeces… ¡Esto es lo que me quedaba por oír! ¡Después de la vejación, esto! —Entonces Alonso vuelve a sentarse en la silla, desmadejado, cabizbajo.

—No te hagas la víctima ahora. Eres una de esas personas que no dan lástima. Eres un pervertido sexual, cariño. Los pervertidos no pueden ser celosos. Ser celoso es ser convencional. ¡Venga, hombre! ¡Si entre Alberto y yo no hay nada! —añade Alida mirando fugazmente a Kaufman.

Alonso alza la cabeza.

—Bueno, Kaufman, ¿y tú qué? ¿Tú no tienes nada que decir?

A Alberto lo sobresalta el ser conminado a hablar. No había contado con eso.

—Pues lo que ya te he dicho… Que lo siento, que no va a volver a ocurrir. No sé qué me ha pasado. Estoy en un mal momento, supongo.

—¿Y Sofía?

Kaufman se espabila al escuchar el nombre de su esposa. La erección le mengua. Oír Sofía es como subrayar su culpa.

—Qué pasa con ella —dice, desafiante.

—Sofía está de viaje, ¿no? Por lo de su novela. ¿Es eso? ¿Aprovecháis nuestros viajes para asestarnos las más viles puñaladas?

—¡Ay, por Dios, Alonso, qué pereza! —dice Alida, volviendo a subir los pies al brazo de la silla, a recostarse, a hacer gala de un impostado desinterés—. Hablas tan decimonónicamente…

—Cuidadito, nena… —dice él de pronto, agresivo, y alza un índice hacia ella al tiempo que se inclina hacia adelante, como queriendo volcarse sobre Alberto a pesar de la distancia que los separa —. Sabes bien que no estás en una posición fácil. Tu carrera depende de mí. Por entero. Trabajas para mí, recuerda… ¿O es que tengo que ayudarte a hacer memoria de todos los favores académicos que te he hecho? Medrar es un arte que sin mi ayuda te estará vedado.

Alberto, que no da crédito al repentino cambio de estrategia de Alonso, tiene que mirar la cara desencajada de Alida para entender que su colega va en serio. Aún está asimilando el contenido de sus palabras y la dureza de su repentino tono, cuando Alonso se vuelve hacia él y, levantándose de nuevo del sillón y esquivando la mesa, se le aproxima hasta posarle su amenazador índice en el hombro. Lo achucha con la falange, que se le hinca en la piel a través de la fina tela de su camisa veraniega.

—¿Y tú no necesitabas mi apoyo para tu candidatura a rector, Albertito, hijo de puta?

Alberto lo mira aterrado (desde el picado de Alonso se imagina ridículo e ínfimo), aunque se esfuerza por inventarle a su propia cara un gesto que aparente que la dignidad sigue ahí. Alida ha vuelto a sentarse con los pies en el suelo; su espalda es una tabla contra el sillón.

—Pues olvídate, porque ahora pienso hacerte la vida imposible. Es más, pienso concurrir a las elecciones, y como no cuente con tu voto, ya sabes quién va a saber de lo que ha pasado aquí esta noche. No pienso tener piedad por nadie. ¡Ya estoy harto! ¡Ni cornudo, ni contento!

Alonso da un paso más hacia el interior de la casa y Alberto deja de sentir el dedo perforándole el hombro. Pero entonces el profesor vuelve a dar un paso atrás y esta vez posa la mano entera sobre su hombro, suave como un sibilino manto, con engañosa apariencia conciliadora. Kaufman la nota hirviendo tras la tela.

—Por cierto… Pásate por mi despacho mañana, que quiero hablar contigo en privado, y no se te ocurra no venir, que llamo a Sofía. Los días felices se han acabado, cabrón, y agradece que no te haya volado los sesos.

Cuando Alonso se mete en la casa, Alberto se nota agarrotada la mandíbula, le tiemblan las piernas, tiene contenida la respiración. Deja en la mesa el vaso y exhala todo el aire que siente que le sobra a sus pulmones. De pronto tiene tanta prisa por salir de aquella casa que no se fija demasiado en la cara desencajada de Alida, que ahora, con la espalda curvada, replegada sobre sí, y los codos contra los muslos, es quien le susurra entre lágrimas «lo siento».

Mientras conduce de vuelta a Segovia, por la autovía, intentando centrar la atención en la carretera, siente cómo un tenue calor le invade el cuerpo desde los pies al recordar de pronto que él había quedado con Alida esa noche a través del teléfono móvil, en una conversación de mensajería instantánea, no por correo electrónico. O Alonso, además de a la cuenta de correo, también había accedido al móvil de Alida (pero cuándo, si no estaba con ella), o todo aquello era mucho más complicado de lo que él se imaginaba.

DIECISÉIS

Las palabras se amontonan en los oídos de Fernando. El sonido reverbera contra los muros de la cripta rellenando los huecos vacíos como una suerte de cemento acústico que no deja resquicio al silencio. La voz tonante del señor Carvalho Monteiro choca compacta y segura contra las paredes del habitáculo, que se revela incapaz de contenerla. Al principio el dueño de la quinta había comenzado a hablarle en un susurro. El descenso a aquel tétrico recinto desde la estridente claridad de los jardines parecía invitar al anfitrión de Regaleira a hablar de forma cautelosa. Sin embargo, al calor de la conversación António se ha distendido, y ahora, más atento al contenido que a la forma de sus palabras, eleva la voz originando una barroca red de sonidos en la que Fernando se siente atrapado.

Además de una espaciosa pila bautismal a la que se accede mediante un escaloncito de mármol, sobre el deslucido suelo de baldosas blancas y negras se alzan el banco de madera que ahora ocupan los dos hombres y una pequeña lámpara de aceite en la que arde con contención un pabilo. El columbario se extiende por tres de las cuatro paredes que los envuelven.

—Vayamos a la cripta, si no le importa —le había dicho Monteiro levantándose del sillón de terciopelo rojo de la biblioteca—. Es mi lugar favorito. Se está fresco y tranquilo allí. Además, me fío más del sincero silencio de los muertos, que de la fingida indiferencia de los vivos. —Al decir esto había girado la cabeza en dirección a la puerta abierta de la biblioteca, por donde merodeaba Aldo.

El criado es la única persona que Fernando había visto pulular por la casa. El solícito hombrecillo le ha abierto la verja que separaba la quinta de la calle —esta vez sí— con cara suspicaz y ceño fruncido, pero en esta ocasión con la cabeza un poco descolgada, como sutil síntoma de una demorada cortesía. Era extraño que en aquella mansión, y máxime en ausencia de la esposa de don António, no habitara nadie más, al menos algún otro criado. Cocina, tres plantas, vastísimos jardines, un invernadero, una capilla… El diligente Aldo no podría hacer frente solo a tanta tarea doméstica. Aunque, desde luego, también podía ser que aún estuviera por allí la señorita Minerva, si es que todavía no había regresado a Inglaterra, hecho del que Manini, en todo caso, no había tenido noticia, a pesar de que hacía días que le había escrito al monarca en el exilio para disculparse por no acompañarla finalmente en su viaje de regreso.

—Sepa usted que le hablo en estos términos porque unos amigos… íntimos me han asegurado que era usted de confianza.

—Supongo que se refiere a sus compañeros del Círculo.

Entonces la boca de Monteiro ha sonreído distendida contra la polvorienta penumbra de la biblioteca.

—Los mismos. Un par de ellos vinieron a verme la semana pasada para convencerme de la conveniencia de su visita. Por eso lo he recibido a usted.

—Y yo se lo agradezco, porque la vez anterior vine en vano y ya pensé que me iba a quedar sin visitar su preciosa casa y, lo que es más triste, sin hablar con usted.

—En un principio no lo asocié con aquel poeta advenedizo que me solicitó un encuentro, pero ahora ya veo que todo encaja. Lo importante es que usted no sea periodista, porque yo a los periodistas no los comprendo. En cambio los poetas… Dante, Camões… Los poetas han contribuido a crear la historia. La mitad de las cosas en las que yo creo las han inventado ellos. Por eso el poeta es el creador por antonomasia. ¿Quiere usted un *brandy?*

Fernando ha negado con decisión. Hoy más que otras veces quería estar sobrio o, para ser más exactos, deseaba encontrarse en ese punto de embriaguez que ha conseguido hace tan solo media hora tras su breve parada en la Casa das Campainhas: el preciso para calmarle los nervios, para atenuar su empedernida timidez. Al anfitrión ha debido de darle reparo beber solo y por eso tampoco le ha visto demasiado sentido a permanecer en la biblioteca, junto al bar-secreter, con la boca seca. Por eso enseguida le ha propuesto al joven poeta continuar la conversación en la cripta.

—Ya que estamos aquí abajo y las paredes no hablan —le dice en un confidente hilillo de voz—, le voy a ser franco. Los del Círculo creen que ha llegado la hora de descubrir nuestras cartas. ¿Le han pagado ellos para que usted nos ayude?

—¡De ninguna manera! —le contesta el poeta, a quien tanto Manini como el redactor jefe del periódico habían preparado ante una amplia casuística de interrogantes—. Yo soy un *freelance,* como dicen los ingleses. Quiero vender mi reportaje a algún diario conservador.

—Al *Constitucional.*

—Si están dispuestos a apostar a las claras por la recuperación monárquica, sin duda. No es empresa fácil. Si me permite la observación, a día de hoy esa opción política puede ser estigmatizadora.

—Se la permito, faltaría más. Aunque yo no entiendo de opciones políticas. Para mí todo esto se trata de un proyecto vital. Los republicanos están campando a sus anchas. Es lo lógico. Se han encontrado con un inmejorable caldo de cultivo. Y una legislación. A pesar de sus tropelías, los ilegales somos nosotros.

—Precisamente por lo delicado de la situación, hemos pensado, sus compañeros del Círculo y yo, que lo mejor es intentar publicar una entrevista.

—Sí, eso tengo entendido. Por eso estamos aquí. Supongo que podré estudiar antes las preguntas…

—Verá, yo no creo… no creemos que una entrevista directa sea lo más conveniente. Es mejor que hablemos sin más. Yo voy tomando notas —Fernando rebusca entonces en su bolsa de mano y saca un cuadernito de pastas de cuero al que le tiene cariño— y usted va hablándome. Me contesta a lo que desee, faltaría más, y luego yo hago algo… digamos que más creativo. Tanto el Círculo como usted pueden revisarlo. La idea es promocionar veladamente la causa del Quinto Imperio. Es usted un personaje influyente en Portugal. Mucho. Es uno de los hombres más ricos del país y es un monárquico… empedernido, si me permite la palabra.

António asiente despacioso, pensativo. De cuando en cuando mira hacia la pila que preside la cripta. En los rincones del techo se acumulan espesas telarañas ennegrecidas por el polvo de los años. De pronto, como si solo en ese instante hubiera sido consciente de que algo no estaba en orden, se levanta y va en busca de la lamparita que hay al pie de la pila bautismal. Saca unas cerillas del bolsillo de su chaleco y manipula la válvula hasta que prende en ella una llamita.

—Nacimiento, muerte… —dice paseando rápido la vista por el columbario y la pila—. Y vida —añade deteniéndola en la llama recién surgida—. Necesita usted luz para ver.

Fernando abre su cuaderno en el regazo. De repente nota cómo se disipa el alcohol que ha tomado en la hostería. Reconoce en la sensación la sobriedad que instaura el miedo. Su presencia significaba que ganaría en lucidez, pero también que tendría que hacer frente de

forma más directa a su timidez natural. De pronto se siente amedrentado ante la presencia de aquel hombre que, con las manos cruzadas sobre el regazo, aguarda desafiante su primera pregunta. Antes de empezar a interrogar a Monteiro, el poeta se obliga a meterse bien en su papel de poeta, y por eso mira con arrobo el muro de su derecha, en el que se insertan algunos nichos vacíos y otras tantas lápidas con antiguas inscripciones. La dubitante luz del pabilo no logra disipar las tinieblas más profundas de los huecos vacíos, y eso lo inquieta.

—¿Quiénes hay aquí enterrados? —pregunta.

A António, pertrechado de antemano ante la curiosidad de aquel hombre, lo sorprende sin embargo esta pregunta.

—Antepasados —se limita a decir—. Nobles. Algunos cuerpos ya estaban aquí… y otros los mandé traer desde diferentes puntos de la geografía portuguesa… y universal. —A continuación queda pensativo y luego, como recuerda que aquel hombre está allí para promocionar su causa, añade—: Todos de la estirpe de los Lusignan.

Fernando se siente cada vez más atraído por ese pasado mítico sobre el que el propietario de Regaleira fundaba las teorías del Quinto Imperio. Por eso, en lo que respecta a este punto, no le cuesta seguir el guion que le han impuesto.

—Ah… —asiente, satisfecho de que su torpe pregunta haya conducido al sustancioso inicio de la entrevista. Y se propone no abandonar este filón—: ¿Cómo interpreta usted la profecía del Quinto Imperio?

—Lo veo a usted bien informado… —dice Monteiro levantando una ceja y mirándolo de soslayo—. Verá, en realidad yo concibo la restauración de la monarquía lusa como la venida de Nuestro Señor Jesucristo. La concepción histórica de la Restauración es intrínseca a mi visión del proyecto. Este régimen republicano es una blasfemia para el verdadero conocedor de la historia de nuestra tierra. Los herederos de la noble estirpe de los Lusignan son los legítimos adalides del destino de nuestra nación. Su poder les fue otorgado por los propios dioses.

—¿Por los dioses? —pregunta Fernando fingiendo extrañeza—. ¿Qué dioses? Pensé que era usted un cristiano convencido.

António parece sentirse acusado por esta nueva pregunta. Claro que era cristiano, y tanto. Pero en los últimos días ha vivido una

experiencia extraordinaria. Todo había comenzado justo encima de donde estaban ellos ahora, en la planta de arriba, cuando estaba sentado frente al altar junto a Minerva. Hacía tan solo una semana de aquello, y sin embargo habían cambiado tanto las cosas… Precisamente aquella mañana le había hablado a la señorita Rosenbaum acerca del óleo que preside el altar: la Virgen María coronada por su hijo. Él había temido las palabras de ella, pero lo último que había esperado oírle decir era precisamente lo que ella le dijo; por eso, al ver sus reservas, la había instado a hablar:

«Puede confiar en mí, señorita Rosenbaum. Dígame qué ocurre. Quiero saber quién es usted».

António recordaría luego, ya a solas en su sillón de la biblioteca, que inmediatamente se había hecho en la capilla un silencio nuevo, más profundo: el silencio que separaba los hechos corrientes de los milagros. Había sido ella quien, al cabo, había rasgado su incertidumbre con una insospechada revelación:

«Yo soy el hada Melusina».

Quizá la reacción más lógica ante aquellas palabras habría sido reírse, o tal vez abrir de par en par los ojos, que es lo que suele hacerse cuando uno se encuentra cara a cara con la locura; pero António respetaba demasiado la tradición mítica portuguesa como para ser capaz de cualquier reacción que significara tomarse a la ligera aquellas palabras. Al principio había sentido la tentación de sentirse agraviado, como si la broma de la mujer mancillara todo aquello en lo que él creía. Pero luego pensó que, aunque lo que acababa de afirmar en un susurro no se correspondiera con la realidad, Minerva le estaba hablando de algo que a él le importaba, y mucho. Melusina era el origen de la preclara estirpe de los Lusignan.

«No te burles», había añadido la mujer al ver que António permanecía en silencio, «ni creas que me burlo. Suspende tu juicio de momento y, mañana por la noche, ven a verme a mi alcoba».

António supo de inmediato que al día siguiente era sábado. Conocía bien la leyenda: los sábados por la noche el hada Melusina se escondía de su esposo Raimondín para que no la viera transformarse en un horrible monstruo.

«Espera hasta mañana y entenderás», había continuado diciéndole. «Pero ahora que has alejado a Luigi, mantenlo a distancia, te lo ruego. No quiero que él sepa. Cuando regrese, dile que no lo

quiero ver, que ya no lo amo. Yo misma se lo diré si exige oírmelo: que se aleje de mí. No puedo seguir ocultándome. La semana pasada en Buçaco le dije que me dejara dormir sola, que no me encontraba bien; pero no puedo hacer eso cada sábado: sospecharía. Mi monstruosidad, mi maldición, es la contrapartida de todo mi poder».

«Pero ¿y tu esposo?», se le ocurrió preguntar a Monteiro, tal vez en busca de la manera de hacer tambalear la mentira de ella. «¿Él lo sabe?».

«Él nunca está».

«¿Y por qué te fugaste con Manini? ¿Por qué has venido hasta aquí?».

«¿Que por qué? ¿Todavía no lo sabes? He venido porque tú eres el único que cree en mí… Tú eres el verdadero restaurador de la monarquía lusa. La persona en quien confiáis, a quien llamáis legítimo heredero, no tiene fe. De mil maneras he intentado persuadirlo; por eso vivo en Inglaterra desde hace años. Pero ante él no puedo mostrar mi verdadera naturaleza: él no me creería. En cambio tú… Además, tu familia desciende de la estirpe de los Lusignan. El Quinto Imperio ha comenzado y tú eres el rey de la profecía. Pero debes callar, de momento debes callar. En el Círculo puede haber traidores. Pronto, muy pronto, llegará nuestro momento».

—Señor Monteiro, ¿se encuentra usted bien?

La voz del joven entrevistador lo devuelve al presente.

—Sí, claro —balbucea António.

—Me hablaba de los dioses…

—¿De los dioses? —pregunta elevando la voz—. ¿De qué dioses? No hay más dios que Dios Padre.

Fernando se extraña de aquella respuesta, pero más aún del dilatado silencio que la ha precedido. Anota un amplio interrogante en su libreta.

—¿Y el señor Manini? —decide preguntar, sirviéndose de algunas trochas en su entrevista. Necesita espolear a aquel hombre, que parece encontrarse en la inopia. La nueva actitud de Monteiro, ausente, abismado, hace que el joven escritor se crezca al margen de su sutil ebriedad, que empieza a notar de nuevo a medida que la confianza le

gana terreno al miedo.

—¿¡Manini!? —exclama António, sorprendido, atento de nuevo—, ¿qué pasa con Manini?

Fernando hace un esfuerzo titánico por no arredrarse.

—También él está en el Círculo, ¿no? Y tengo entendido que hace poco hizo un viaje diplomático a Inglaterra, y que estuvo hablando con el rey en el exilio.

Monteiro se gira hacia Fernando y lo mira desafiante, buscando quizá en sus ojos la verdad a la que no puede acceder únicamente a través de lo que escucha. Arruga los labios hasta amoratarlos, como si fueran un capullito de alguna de las flores raras que crecen en su jardín.

—¿Y quién le ha dado a usted esa información? —pregunta en un tono altivo.

Las instrucciones que le había dado Luigi al respecto era meridianas: no debía cargar al Círculo con más falacias de las necesarias.

—El propio Manini.

Entonces el gesto de António se hace abiertamente hostil. Fernando alza hacia él una inofensiva mano apaciguadora y añade:

—Como ya le he dicho antes, yo había quedado con usted, pero su mayordomo no me dejó pasar. Ese día encontré a Manini en la Casa das Campainhas. Y hablamos.

—¡Haber empezado por ahí! —dice elevando la voz, que reverbera por primera vez—. Si ha hablado usted con él, lamento decirle que ya hemos acabado esta conversación.

Ni Fernando ni Luigi habían previsto una hostilidad tan frontal por parte del ecuánime Monteiro. Pero el arquitecto ha confiado ciegamente en las dotes suasorias del artista, y Fernando, como el alumno sobresaliente de la clase ante el profesor más admirado, siente que no puede defraudarlo.

—Por favor, don António —dice el poeta sin alzar la voz, recurriendo de nuevo a su mano calma, esta vez sutilmente implorante, y mirando hacia arriba con ojos mitad compungidos,

mitad amenazadores, los ojos de alguien firme, seguro de sí mismo a pesar de llevar dentro toda la timidez del mundo—. Solo coincidí con él aquel día, y él creyó que yo era un simple artista curioso en busca de una buena historia para una novela. Algunos miembros del Círculo me dijeron después que Manini estaba fuera, que no había sabido hacer bien las cosas en Inglaterra y que usted lo había echado. Aquel día él mismo me habló de su fracaso, aunque dudo que por entonces usted lo hubiera apartado ya del proyecto. Lo encontré demacrado, contra la barra del bar, bebiendo. Yo solo lo conocía por fotografía, de la prensa. Apenas lo reconocí.

António permanece un rato callado, con la vista tratando de encontrarle los ojos al joven, parapetados tras los reflejos de la llama en el cristal de las gafas. Después de un rato, la boca del anfitrión se distiende y sus labios componen de nuevo una forzada sonrisa a la que sigue un cortante chasquido. António vuelve a deambular por la cripta.

—Él era mi mejor amigo —dice, y suena nostálgico a pesar del resentimiento. Fernando levanta la vista del interrogante que ha garabateado en su cuaderno para mirarlo y entonces lo ve bajar la cabeza, como remachando la responsabilidad que asume—: Pero se cruzó por medio una mujer.

Ante el silencio que sigue a sus palabras, tras las que el sonido, como una funesta coda, continúa reverberando unos segundos, el poeta se ve obligado a añadir algo:

—Manini también me habló de ella.

—¿Y qué le dijo? —pregunta Monteiro sin enmascarar un dejo de alarma en la voz, volviendo a sentarse en el banco del que hace un rato lo había distanciado un conato de pudor.

—No gran cosa. Que era inteligente y hermosa, y que se hospedaba aquí. Por eso el mayordomo tenía orden de no recibir visitas… a pesar de lo que yo había acordado con usted por carta.

—Fueron días difíciles para mí —dice mirando al suelo.

—Ya comprendo.

—No, no puede usted comprender. Ni usted, ni nadie.

Los sonidos vuelven a enmarañarse al chocar contra las paredes de la cripta.

—Manini me dijo que usted… —empieza diciendo Fernando. Tenía que proferir estas palabras: Manini necesitaba ver el efecto que provocaban en su interlocutor, él mismo necesitaba comprobarlo. Su historia tenía que completarse; le debía a su ficción todos los porqués que pudiera arrancarle a la verdad—. Manini me dijo que usted lo había echado de aquí con la excusa de preservar el honor de ambos y el suyo propio… Pero que la realidad era muy diferente.

António levanta despacio la cabeza.

—Explíquese —dice perfilando mucho cada sonido.

—Me dio a entender que usted se enamoró de su dama. Y que por eso lo expulsó a él de aquí.

Entonces Monteiro apoya los codos sobre las rodillas, y en esta posición, un poco agachado, vuelve a mirar las lentes de Fernando, cuyos reflejos siguen acorazándole los ojos.

—Eso fue al principio, tal vez. Busqué una excusa para que se marchara porque necesitaba tiempo para pensar. —Ahora sí baja la voz de nuevo—: Pero durante su ausencia… durante su ausencia ella me convenció de que debía alejarlo definitivamente. Y así lo hice cuando él regresó. Le dije que ella ya no lo amaba.

—¿Y era verdad eso?

António vuelve a levantarse. Sus zapatos acharolados provocan un ruido arenoso que le causa dentera a Fernando. De espaldas a él, con los ojos metidos en el hueco de uno de los nichos vacíos y con una voz que la oquedad devuelve más grave y cifrada, dice:

—Ella me amaba a mí. Por eso vino con él a Regaleira.

Contra el oscuro fondo de la tumba, los ojos de Monteiro se dilatan hasta que alcanzan a ver un punto de luz, lo mismo que aquella noche a través del ojo de la cerradura del baño de Minerva.

«Puedes pasar, António. No hace falta que contemples mi cuerpo a hurtadillas. Los ojos fueron inventados para salvarnos de las fábulas».

Pero la mano de António temblaba sobre el pomo de la puerta del cuarto de baño. Después de vencer el terror que lo entumecía, abatió la madera de la puerta y entró. Al principio el vapor de agua se extendía como una veladura ante sus ojos.

«Veo que has leído mucha mitología», le escuchó decir tras la cortina de la bañera. «Hace miles de años mi amado Raimondín no gozó de la confianza que deposito en ti. Tal vez por eso su recelo lo llevó a espiarme… Y a enfrentarse al monstruo».

António dio unos pasos torpes hasta el centro del baño con la vista prendida de la cortina. Sintió que sus rodillas golpeaban entre sí, y casi pudo oír el ruido del hueso y de la carne. No temía al monstruo, sino a la mujer. De pronto, una mano nívea y huesuda asomó asida al lateral de la cortina. Poco a poco la tela sobre la bañera comenzó a descorrerse. En el último instante, Monteiro cubrió su cara con ambas manos en un abarcador gesto con el que parecía más bien no querer ser visto que no pretender mirar.

«António, por favor», escuchó la voz de la mujer, próxima, expeditiva. «Debes encarar tu destino. Lo que soy es lo que eres».

Los dedos de António se fueron separando lentamente, sus párpados se abrieron poco a poco, y con las manos todavía asiéndose —más que cubriéndose— la cabeza, crispadas contra la cara, contempló el cuerpo desnudo, diáfanamente expuesto, de la mujer. Era mucho más real de como lo había soñado otras veces. El pelo, ondulado, rebasaba el borde de la bañera, el cuello, elástico, larguísimo, los pechos, llenos, y de tan blancos, casi transparentes, el vientre, sutilmente abombado, y el pubis… Cuando la vergüenza fue vencida por la curiosidad, António bajó las manos y sus brazos quedaron flácidos a los costados de su cuerpo todavía tembloroso.

En ese instante, Minerva esbozó una desconcertante sonrisa, y después de un leve burbujeo de agua, como inmediata respuesta a una agresiva sacudida de caderas, una gran cola negra emergió del agua deslizándose desde el filo de la bañera y llenando toda la habitación.

El color centelleante y verdoso de sus escamas, y la cresta que la recorría desde la enroscada punta hasta su base, casi a la altura de las caderas, fueron lo que después recordaría António más vívidamente.

El anfitrión no llegó a desmayarse, ni tan siquiera pudo parpadear en todo el tiempo —minutos— que permaneció en aquella habitación contemplando a la monstruosa mujer, que albergaba en su cuerpo la maldición de la poderosa Melusina. Sin embargo, pudo sentir el suelo vibrando bajo sus pies y una repentina y desmedida lucidez que hizo que enseguida supiera lo que tenía que hacer.

—¿Me escucha, señor Monteiro?

António se gira hacia Fernando con sorpresa, como si ya no recordara que el joven se encontraba allí, que estaban los dos en la cripta, en silencio. Es evidente que no, que no lo estaba escuchando. Monteiro no sabe durante cuánto tiempo ha estado abismado en el fondo de aquel nicho.

—Repítame la última pregunta, si no le importa. Este lugar me trae… recuerdos. Imágenes que no sé si me sienta bien recordar.

—Le he preguntado que dónde está ella ahora.

—¿Ella?, ¿quién es ella?

—La dama en cuestión. La razón por la que Manini y usted ya no se hablan.

—La señora Rosenbaum ya se ha marchado.

—¿Ha regresado a Inglaterra?

Al hacer su pregunta, Fernando vuelve a levantar la vista de su cuaderno para mirar adonde se encuentra el señor Monteiro, que sigue junto al nicho cuyo fondo ha permanecido un buen rato mirando. Pero ahora tiene en él fijos los ojos. El poeta siente pudor en aquella mirada tan directa, que ahora sí nota que le acierta, que le llega muy adentro. Al bajar la vista, incómodo, desarmado, su mirada errante se tropieza con una mancha oscura en el suelo. Es de un color violeta, casi negro, y se prolonga en un reguero que llega al pie de la pila.

—Ha vuelto al lugar de donde vino, sí.

Sin saber a ciencia cierta el motivo, en la cabeza de Fernando se une aquel indicio que tal vez el lento acostumbramiento de la pupila a la oscuridad le ha ocultado hasta ese instante, con las enigmáticas palabras de António. Necesita tirar de aquel hilo. De pronto sabe que, a pesar de que Monteiro no parece estar dispuesto a contarle toda la verdad, le ha llevado hasta aquel lugar por alguna razón. Fuera o no consciente de ello, lo estaba colocando ante la oculta verdad que no le llegaría a través de sus palabras. Podría ser que aquel hombre de apariencia distraída lo estuviera arrastrando a uno de sus queridos juegos escenográficos. En cualquier caso, convenía estar alerta: tanto la fatal casualidad como el artificio de un retorcido ingenio requerirían de toda su agudeza.

—Don António, por favor. Estoy aquí para ayudarle con su causa. El cuarto poder le ayudará a forjar su Quinto Imperio —improvisa con

una impostada elocuencia de la que inmediatamente se avergüenza—. ¿Cuál es la verdadera razón de que alejara de Regaleira a Manini?

Entonces António se gira con lentitud hacia Fernando y comienza a esbozar una nueva sonrisa que en el último momento se vuelve gélida. De pronto al poeta le parece que el poderoso Monteiro ha sido reducido a una hierática mascarilla funeraria, como aquellas que los patricios romanos mandaban hacer de sus muertos, para no olvidarlos. Sin cambiar el gesto, el anfitrión da varios pasos en dirección al banco de madera donde Fernando sigue sentado, con el cuaderno abierto en su regazo. Al llegar a la altura de la mancha violácea, António se detiene, la mira, y pasa por ella la suela de su zapato. Luego mira al poeta y tensa los labios hasta convertirlos en una fina ráfaga de carne. Entonces las palabras se amontonan en los oídos de Fernando. El sonido reverbera contra los muros de la cripta rellenando los huecos vacíos como una suerte de cemento acústico que no deja resquicio al silencio. La voz tonante de António choca compacta y segura contra las paredes del habitáculo, que se revela incapaz de contenerla.

—¿Sabes, muchacho? Los inocentes debéis alejaros de los monstruos —le dice, y a través de sus gafas mal graduadas, a Fernando le parece que Monteiro crece en tamaño.

DIECISIETE

La mano de Edelmiro se aferra al curvado metal de su silla de ruedas, que mueve hacia delante y hacia atrás en un gesto reflejo, nervioso, que lo desplaza y lo devuelve una vez y otra al mismo punto del salón, junto a la mesita en la que las temblorosas manos de su hija están ahora mismo colocando una bandeja con una cafetera italiana y dos tazas. Crujen sus rodillas cuando se agacha porque la mesa es excesivamente baja. Pienso en pelis orientales —*cine, mierda, Alberto*— y en la ceremonia del té. La joven también deja en la mesa un platito con sobaos y galletas de mantequilla. Mientras se incorpora, a través del momentáneo vano que deja entre el torso y el brazo, descubro a Edelmiro mirándome, una cortés sonrisa en la cara. Cuando la chica termina de servirnos el café y la leche en las tazas, se retira un poco, vergonzosa, y espera una nueva orden. Tiene un no se qué de criada decimonónica que resulta chocante.

—Gracias, Rebeca. Si necesitamos algo más, te aviso. ¿No sales hoy?

—Quizá luego, a la tarde.

—¡Ya mismo es el descenso del río!

—Ya, papá —dice refunfuñando, momentáneamente adolescente—. No me interesa. Ya lo sabes.

El padre exhibe una mueca teatral que parece más dedicada a mí que a la cotidiana escena. Rebeca suspira sincera y se da la vuelta. En su camino hasta la puerta, me fijo en ella con más demora: camiseta de los Pink Floyd, vaqueros grises de pitillo, Converse negras. Pelo ondulado, suelto, que le cae en bucles sobre la espalda. No es tan joven como me ha parecido al principio. El trato de algunos padres infantiliza a los hijos.

—Es mi nena imprescindible. Me muero si le pasa algo, ¿sabe? Tener hijos es como ir desnudo por el mundo. Lo hacen a uno débil, que vaya por ahí haciendo el capullo. Y lo peor es que sarna con gusto, no pica. Se nos enfría el café. Beba.

En ese momento me doy cuenta de que la mesa le queda allá abajo, lejos, lo mismo que si estuviera a ras de suelo.

—¿Le ayudo?

—¡Ni hablar! No estoy tetrapléjico —dice. Y levantando de pronto los brazos hacia el techo y sacando unos bíceps con pose de forzudo, añade—: ¿Ve? Ni Stallone.

—¿Qué edad tiene?

Él enarca una ceja y mantiene la paródica pose de culturista, y entonces me doy cuenta de que he preguntado mal, a destiempo. Estoy nerviosa. No acostumbro a meterme en casa de la gente para escuchar lo que tengan que decirme.

—Veo que es usted muy directa. Me temo que los escritores sois de peor calaña que los periodistas… —dice mientras baja los brazos y se inclina hacia la mesa para coger su café.

Levanto una mano con la palma extendida, basculo la cabeza hacia los lados.

—Perdone, pero seguía pensando en su hija… A ella me refería. A su edad.

—¡Ah…! —dice, pero parece aún más contrariado—. Veintiuno. Veintidós hace el mes que viene. Es cáncer. No creo yo en esas cosas, pero como me hacen mucha gracia, las tengo en cuenta.

Asiento, sonrío para darme tiempo y le doy un sorbo a mi café.

—Pero sigue siendo una niña.

Edelmiro manipula como puede su taza y el azucarero, y acaba llevándose el café a los labios con cierta agilidad.

—Bueno, pues usted dirá —digo al ver que el silencio se prolonga.

—Lo primero, vamos a dejarnos de hablar de usted, si le parece.

—Ah, perdone… ¡Perdona!

—Mujer, es que es lo lógico. Yo soy todavía un muchachote y usted es un guayabo.

No puedo evitar reírme. Siempre me ha resultado entrañable esa palabra. Me recuerda a mi abuelo, que era un mujeriego.

—Me dio tu número el profesor Freire —le digo por decir algo, reiterándome.

—Lo sé, claro. Me llamó primero a mí. Supo bien cómo convencerme. Me dijo que vendría una novelista joven y atractiva, y aquí estás. ¡Y a fe que es cierto!

Sonrío sin efusión con el propósito de poner coto a los requiebros de aquel hombre, que empiezan a ser cargantes.

—Descuida, mujer. No me tomes a mal mi actitud. Si no fuera por estos momentos de expansión, me habría pegado un tiro. Créeme si te digo que tengo poco peligro. Ya ves —afirma señalándose el cuerpo, desmadejado sobre la silla, las piernas sin carne.

Espero un rato, pienso un poco. No quiero equivocarme otra vez, sacar antes de tiempo el cuaderno de notas. Desvío la mirada. El salón es acogedor: la chimenea, el amplio ventanal con el cuidado jardincito al otro lado, una alfombra, plantas, libros, un tocadiscos, varias decenas de vinilos. Y mi anfitrión, que ahora me está mirando con estudiado gesto de burla.

—¿Qué te pasó? —le pregunto describiendo con el índice un círculo con el que trato de abarcarle el cuerpo entero, la silla, y que para disimular amplío hasta meter dentro parte del salón: la mesita, la chimenea, incluso mis piernas—. ¿Cómo fue el accidente?

Él tuerce el gesto y espera un rato antes de contestar.

—Vaya… ¿Ahora te refieres a mí, o sigues preguntándome por mi hija?

—Lo siento mucho. No era mi intención… Entiéndeme. Es que no sé qué preguntarte. Es difícil porque no sé qué tienes que contarme exactamente.

—Ya supongo, pero tienes instinto. No es ese exactamente el inicio pero puedo empezar a contarte por ahí. Freire te ha dicho que vengas a mí porque sabe que yo te voy a contar, sabe que yo no me callo. Las historias son para contarlas, ¿no? ¡Que te lo digan a ti!

—Perdona, ¿y nunca se te ha ocurrido contar la tuya… de primera mano?

—Claro. Ya lo hice en su momento. Eso me permitió en su día no olvidar… Y hoy me permite volver.

—Ah, no lo sabía.

—Pues sí. Aunque no está publicada. Es solo que llevo un diario. Pero no todas las partes de mi historia merecen ser compartidas. Además, soy pudoroso. Por eso mismo te rogaría que omitieras mi nombre real en todo momento. No necesito agradecimientos en la última página. Y si haces de mí un personaje, sácame guapo y resuelto. Andarín no, ¿ves tú? Entre otras cosas porque ponerme en pie sería renunciar a la parte truculenta de mi historia. Pronto me vas a entender.

Eso espero. Por ahora no acabo de comprender su actitud, entre seria y jocosa. Me sigue resultando violento sacar el bloc de notas. Pienso en la grabadora del móvil, pero para eso tengo que pedir permiso.

—No te cortes, mujer. Si tienes que grabarme, hazlo, ¿es eso?

Joder. Bajo la cabeza, desconcertada, confusa.

—¡Era eso! ¡Eres transparente como un fanal!

Me ruborizo, seguro que me ruborizo, pero no digo nada. Ni tan siquiera lo miro. Asiento, sonrío cortés, saco el móvil y pulso el *rec* de la grabadora. Aguardo a que Edelmiro hable, porque enseguida tengo la sensación de que él sabe mejor lo que quiere contarme que yo lo que debo preguntar.

—A ver… Como ya sabes, yo trabajé en la Quinta da Regaleira. Hace algunos años ya. Fui contratado en 1980 por la familia D’Orey, propietaria de la casa desde que los descendientes de Carvalho Monteiro la vendieron, allá por los años cuarenta. Aquí donde me ve, yo era por entonces un joven de veinte años recién cumplidos. Fui un calavera que vivía con mi padre y mis hermanos en Llanes. Desde nunca mostré interés alguno por el trabajo en la cooperativa lechera de mi familia. ¿Sabes?, aquí quien no vive de las vacas vive de la industria, pero para eso hay que irse a Mieres. ¡Es que no hay más! Y mi padre había encontrado en las vacas la salvación familiar. Sobre todo a partir de la muerte de mi madre, que sucedió de una forma muy tonta y repentina, que a mí me parece que aún no he asimilado. La desgraciada fue a cruzar las vías como todas las mañanas, de camino al prado, y el tren se la llevó por delante. La idea del suicidio a ninguno se nos pasó entonces por la cabeza, pero a mí, andando el tiempo, me ha encajado más eso que la posibilidad de un estúpido accidente. Mi madre no era idiota, habría visto venir el tren; sin embargo, tenía una enorme sensibilidad que la hacía sufrir por cada nimiedad, así como un sentido de la cortesía que la hacía padecer

calladamente para no importunar a nadie con sus tristezas. Además, se esperó a que el más pequeño tuviera dieciocho. En fin… Eso me marcó la entrada en la madurez y desde entonces me dediqué a vagabundear por ahí con amigotes de tres al cuarto. Mi tío Andrés, que estaba preocupado por mi conducta descarriada, acabó encontrándome trabajo con el señor D'Orey, el hijo del célebre Waldemar Jara, quien compró la finca a los Monteiro. Durante los años cincuenta la cooperativa de mi padre y mi tío había provisto de leche a toda la familia Jara, entusiastas sibaritas de las vacas asturianas. Incluso habían llegado a comprarnos un par de cabezas, pero se ve que el clima de Sintra no les sentaba bien y la leche que daban no era la misma. El caso es que una vez a la semana les enviaban dos cántaros de leche en una camioneta con fresquera que preparaba mi padre y que conducía un transportista amigo suyo. Una locura. Salía de Llanes de noche y llegaba allí al amanecer. Pagaban la leche a precio de oro.

Edelmiro hace una pausa, carraspea y mira hacia la mesa baja con sorpresa, como si acabara de regresar de algún sitio. Apura de un trago lo que queda en su taza con un simpático sonido gutural, y la devuelve después a la bandeja con un esfuerzo que ignoro adrede para no hacerlo sentir más minusválido.

—Perdona si divago —prosigue enseguida—. Es que me gusta mucho hablar y como ya hace tiempo que no… En fin, que luego te asusto. Y es que cuando me pongo a hablar no encuentro forma de callarme. Ya lo verás. Aunque, bueno, supongo que te interesa lo que tengo que contarte. Continúo. En uno de esos viajes hizo mi tío el porte con el camión porque tenía curiosidad por ver la quinta. De buen grado el propio señor Waldemar le enseñó la casa y los jardines. No era un hombre campechano pero era un amante acérrimo de la leche, a quien le gustaba mimar a sus proveedores. Durante la comida, en las cocinas, mi tío trabó amistad con el que ejercía como capataz de la finca, que también era asturiano. Le habló de mí, su único sobrino sin oficio claro, por si había hueco para una oveja loca en aquella casa. Le dijo que no, que de momento no, pero que le avisaría si o en el caso de que hubiera. Mantuvieron correspondencia durante años, y el hombre, Marcial se llamaba, siempre que volvía a Gijón telefoneaba a mi tío y si podían verse, se veían. Dos años después murió Waldemar, y D'Orey, el mayor de sus hijos (lo llamábamos así, por el apellido), se hizo cargo de la quinta. Al principio iba allí con su familia durante los veranos, pero luego ya ni tan siquiera eso. Mantuvieron poco personal, y Marcial quedó al cargo de la casa. Necesitaba un ayudante ágil y joven porque la quinta era grande y deseada, y convenía que los «cazatesoros» no la consideraran territorio franco. Seguía albergando una vasta biblioteca a pesar de que el

propio Monteiro, sabedor del desinterés de sus herederos, había donado algunos de sus ejemplares más valiosos a la Biblioteca del Congreso, en Washington. El caso es que Marcial se acordó de mi tío y de su sobrino díscolo, a quienes quería compensar por los abortados pedidos de leche tras la muerte de su anterior señor.

»Así, una semana después, con veintitrés años recién cumplidos, allí estaba yo, en un país extranjero, a varios centenares de kilómetros de casa. Aunque fui con ilusión. Hasta ese momento no me di cuenta, pero necesitaba dejar atrás el pasado, y establecer cierta distancia física podía ser un buen preámbulo para iniciar un… cortafuegos emocional. Eso es. Me gusta. Era justo eso. Bueno… Entonces Marcial me puso a vigilar los jardines. Desde luego, habría sido una labor muy bucólica si no hubiese ido permanentemente alerta y cargado con un rifle. También me ocupaba del riego y del mantenimiento del invernadero. Poco a poco se había ido despidiendo a todo el personal, y dos personas éramos pocas para mantener en orden aquella casa por dentro y por fuera. Además, el joven señor D'Orey rara vez aparecía por allí, y solía avisar de sus visitas con varios días de antelación. Así que fuimos relajando nuestra diligencia.

»La lluvia en Sintra es monótona y persistente. Enloda los caminos y se hace imposible practicarlos cómodamente a pie, con lo que durante el invierno permanecíamos casi todo el tiempo dentro de la casa. Yo no era un gran lector, pero no me quedó más remedio que aficionarme a las letras, puesto que libros era lo que allí no faltaba. En ausencia de un pasatiempo mejor, me hice un lector voraz. Un a falta de pan, buenas son tortas. ¿Sabes? La biblioteca de Carvalho Monteiro, bueno, lo que quedaba de ella, era un portento. Ni imagino lo que fue en su día. Ni la de Alejandría, ni la de Alhakén II, ni la de… ¿Lo ves? Me voy por las ramas que da gusto. En fin, que allí había de todo: poesía, novela, teatro… Pero también libros raros. Inclasificables. Así pude profundizar en muchos aspectos de historia, ocultismo y alquimia. Tuve también acceso a los planos de la quinta. Entonces aquella casa se me fue abriendo como una caja fuerte una vez que se da con la combinación. Así fui comprendiendo, piedra a piedra, todo lo que tenía ante mis ojos y había mirado impasible durante meses. Los pozos, el portal, la gruta, la capilla. Descubrí también que Monteiro había llevado un diario… Y es que más por curiosidad que por mala fe, registré la biblioteca de cabo a rabo. Lo guardaba bajo llave en uno de los cajones del secreter, y allí había permanecido ante la falta de interés de los nuevos propietarios, tanto los anteriores como los presentes. Todas las llaves de la casa las guardaba Marcial. Leí aquel diario por las noches, cuando el casero se iba a dormir y dejaba la llave sin custodia. También entonces

aprovechaba para subir a curiosear al laboratorio, que estaba en la parte más alta de la casa, donde aún se conservaban hierbas y ungüentos, redomas, probetas, incluso una destiladora. Qué tipo tan brillante debió de ser el señor don António. Monteiro *dos Milhões*, lo llamaba el populacho.

Edelmiro detiene su narración de nuevo. Ahora no me mira; tampoco sonríe. Parece haberse quedado enredado en sus propias palabras. Después de un rato repara otra vez en la mesa. Se agacha de nuevo, mira el fondo vacío de su taza y la llena de leche hasta arriba y luego la azucara abundantemente. Me mira de nuevo en el momento en que sorbe.

—Bueno, qué —me dice después de tragar.

Yo enarco una ceja: no sé qué quiere que responda.

—¿Qué? Pues… Bien. Muy bien. Por lo que me has contado hasta ahora, me parece que he venido a ver a la persona adecuada. Supongo que… que cuando ponga en orden mis notas podré hacerte alguna pregunta más concreta.

—¿¡En serio!? —dice con gesto irónico. Sigo sin saber qué quiere oírme decir exactamente—. Me da la sensación de que te desilusiono —continúa él—, de que esperabas de mí una primicia.

—¿Yo? ¡No! ¿Por qué? ¡En absoluto!

—¿Ah, no? ¿Y qué te dijo exactamente Freire de mí?

Pienso un poco. No recuerdo sus palabras con precisión. No quiero mentirle:

—Pues que tú sabías cosas que me interesarían. Que eras una de las personas que más y mejor sabía sobre Regaleira —le digo imprecisa, vagamente.

—¿Y no te dijo nada… de esto? —añade tardíamente mientras se señala con un rápido gesto las piernas inútiles.

Tardo en responder. Tardo en recordar. Una vez que los hechos suceden a las palabras, suplimos estas con aquellos, anulándolas.

—Algo sí. Sé que tiene que ver con la quinta. Esperaba que tú me lo aclararas… Si no tienes inconveniente, claro.

—¿Lo ves? Entonces tienes que reconocer que tenías la esperanza de que te contara algo más. Cualquier nimiedad no va a compensarte los centenares de kilómetros que has hecho para venir a verme… ¿O sí? No sé si te has dado cuenta, pero aún no he respondido a tu primera pregunta.

Entonces recuerdo que al principio le he preguntado por el porqué de su parálisis, por su accidente, trivializándolo de algún modo, al no tratarlo como tabú. En cualquier caso, pronto he comprendido que había intentado romper el hielo empezando por el desenlace, y por eso enseguida he demorado mi prisa por saber.

—Es cierto. Pero es que tampoco quiero presionarte.

—¿Ah, no? Pues deberías querer. La curiosidad siempre insiste.

—Lo mismo que la mala educación. Además… no tengo prisa. Tengo todo el tiempo del mundo.

Al ver cómo me mira, entiendo con inquietud que acabo de darle a aquel hombre una baza que puede volverse en mi contra: al interlocutor prolijo hay que embridarlo. Sus palabras me corroboran rápido lo que yo he pensado tarde:

—No deberías decirle eso a quien demanda todo el tiempo del mundo. No el mío, desde luego, mi tiempo me sobra. Yo demando el de los demás. Se lo robo a todo el que puedo. Soy un acaparador de tiempos ajenos. Un sujeto peligrosísimo.

Lo miro con gesto de mofa y asiento desentendida con la tardía idea de restarle verdad a mis propias palabras. Para rellenar el espacio y el tiempo con algún gesto, apuro el resto de café que me queda en la taza. Lo siento dentro clavándome su discreta puya en el estómago. Miro los dulces y alcanzo un sobao, aunque no tengo hambre (no veo en mi interlocutor intención de proseguir con su historia, no sé qué más puedo añadir, no se me ocurre mejor manera de llenar el presente: las manos, los dedos, el envoltorio, la boca llena donde no entran moscas). Mientras mastico, Edelmiro me mira, hierático; del piso de arriba me llegan acordes de la esproncediana «Canción del pirata» versionada por Tierra Santa. Imagino que el sonido, tamizado, proviene del otro lado de la puerta de una habitación de adolescente.

—Me parece que yo también voy a comer algo —dice al fin el hombre mientras alcanza una galleta de mantequilla que empapa en la leche que acaba de verter en su vaso—. ¿Sabes? —añade arrinconando en la boca los pedazos que desgaja—. Querer saber es temerario. Lo

mismo que el hecho de que el otro sepa que sabes. La curiosidad es un arma potentísima.

Mastica despacio, recreándose en silencio en el sabor del dulce humedecido. Yo entretanto disfruto del sobao, que bocado a bocado me acrecienta el hambre que al principio no he tenido. Cuando mastico el último trozo, me siento con ganas de empujar a mi interlocutor, de continuar sabiendo.

—Pero cuéntame, Edelmiro. ¿Qué pasó?

—Eso estaba yo esperando, amiga Sofía. Tu curiosidad.

—Pues aquí la tienes. Potentísima —añado imitando su enfático acento.

Entonces abre los ojos y me enfoca casi con violencia.

—A ver —dice enseguida, y me da la sensación de que tiene pensada de antemano su historia entera, como si la hubiera contado mil veces, a cualquiera—. Como seguramente sabrás, el joven D'Orey acabó vendiendo la casa a una compañía japonesa de telecomunicaciones. Evidentemente, el dinero era lo único que le importaba. El bueno de Marcial fue prejubilado, y presionó lo indecible para que una muchacha que habíamos conseguido que contrataran varios meses atrás y yo mismo fuéramos incorporados en un anexo del contrato como parte de la transacción. El señorito D'Orey tuvo ese postrer detalle con nosotros. La joven atendería la cocina y se haría cargo de la limpieza del interior de la casa, y yo seguiría encargándome de los jardines. Bastaba con dos personas para evitar que el paso del tiempo destruyera aquella mansión. Ese era nuestro cometido y bajo ese pretexto habíamos sido vendidos a los japoneses: un inmueble así necesitaba de un mantenimiento básico para evitar un drástico detrimento de su valor. Formábamos parte de la inversión inicial: velábamos por su vigencia, incrementábamos su cuantía en el tiempo.

»Entre esta chica, Alegría se llamaba, y yo, surgió una dulce amistad que no tardaría en estrecharse. Era una joven muy bonita, nacida en el pueblecito de Batalha, que no tenía más de quince años y apenas hablaba el español. Pronto quedó embarazada… No te extrañes, porque el estupro en los ochenta y en Portugal no existía. Vamos, que podía uno copular con quien quisiera sin que hiciera falta preocuparse del carné de identidad. ¡Solo con las ganas de follar bastaba! Dispensa la chabacana expresión, pero trato de tomarme mi

propia vida con humor. Es eso o estarse todo el día entre lamentos. El caso es que aunque ella quiso, y lo quiso mucho y bien, de sobra lo sabe el cielo, era tan solo una niña indecisa y yo un despistado muchacho de veintitantos. De cualquier manera, nuestros tiempos no eran ya los del bueno de Machado. En fin, volvamos a lo que nos interesa…

»Lo cierto es que a mí me extrañó que los japoneses se hicieran con la quinta, pero supuse que se trataba de eso, una mera inversión. Al principio no apareció nadie por la casa, pero a los pocos días de firmarse el contrato llegaron unos asiáticos muy trajeados, con maletines y aparatosos teléfonos, que entraron en la casa y lo pusieron todo manga por hombro. Revolvieron los papeles de la biblioteca, registraron de arriba abajo el secreter, abrieron a la fuerza algunas cerraduras y causaron estropicios en el antiguo laboratorio. En un primer momento intenté encararme con ellos, pero ni yo sabía inglés, ni ellos intentaban hablarlo. Se limitaban a darme voces que sonaban a amenazas. Un día, después de algún tiempo de búsqueda infructuosa, llegó a la quinta un caballero británico que hablaba un simpático andaluz porque, según me dijo, había pasado en Gibraltar todos los veranos de su infancia. «¿Qué me puede usted decir de la biblioteca, *compare?»*. Cosas así decía, que ciertamente resultaban muy jocosas en un hombre que fumaba distinguidos puritos y vestía traje de *tweed*. En fin… Ya entonces me temí lo peor. Por eso una noche bajé al fondo de uno de los pozos y quemé los cinco cuadernos de los diarios de Carvalho Monteiro que desde hacía meses custodiaba en mi habitación.

Al oírle decir que hizo esa barbaridad con unos documentos que hoy serían valiosísimos, abro unos ojos como platos, me yergo sobre el sofá.

—¡¿En serio?! —exclamo.

—Como lo oyes.

—Pero ¿qué se decía en esos diarios?

Edelmiro me mira con reprobatoria rigidez desde su silla de ruedas.

—Verás, es que… Hay algo que aún no te he contado.

—¡Anda! —digo confiada. A pesar de lo que veo y voy sabiendo (su flirteo conmigo, sus relaciones con la joven, sus vandálicas decisiones), este hombre me invita a confiar, a seguir sonriéndole,

entusiasmada, expectante.

—Sí… Durante mis pesquisas lectoras en aquellas tardes de invierno, descubrí algo importante. En uno de los diarios Monteiro mencionaba a una tal Minerva Rosenbaum, una dama que le había presentado su amigo Manini, el arquitecto. Hablaba de un anillo que esta le había entregado. «El anillo de Melusina», lo llama en sus escritos. La primera vez que lo menciona en sus diarios, Monteiro incluye a continuación una llamada a pie de página que remite a una combinación numérica.

Por el timbre de voz, más agudo, y la precipitación en sus palabras, noto que Edelmiro, llevado en volandas por su propio relato, está excitado y de nuevo balancea su silla. Se aleja, se acerca, se aleja, se acerca. Pero siempre en el mismo punto.

—Como yo llevaba meses leyendo sin descanso y, lo que es más importante, las mismas lecturas que el señor Monteiro —continúa tras su estudiada pausa—, enseguida supuse que debía de tratarse de alguna combinación cabalística. Entonces indagué en más libros sobre este tema, por el que había pasado tan solo de puntillas porque su aridez me había llevado siempre a cansarme demasiado pronto. Al cabo de unos días supe que el anillo estaba en la casa. Bajo aquella extensa cifra se escondían letras que a su vez remitían a los velados números de unas coordenadas. Números tapando letras que escondían números... tras los que se encontraba un tesoro. Entonces se me ocurrió echarles un vistazo a los planos de la casa confeccionados por Manini. Y así acabé localizando el punto exacto donde se guardaba el anillo. Bajo un busto en piedra de don António que guiñaba al espectador un ojo burlón, al otro lado de una de las láminas del parqué, encontré una cajita de marfil dentro de la cual hallé la joya. Llevaba enroscada una serpiente y estampado un sello extraño, cambiante como un holograma.

»Busqué información sin consultar con nadie porque intuía que aquello era valioso y codiciado. Descubrí que el último rastro del anillo se había perdido con el último rey de Portugal, el destronado Manuel II. Si, tal y como afirmaba en sus diarios Monteiro, el anillo se lo había entregado la señorita Minerva Rosenbaum (nombre falso seguro, pues no hay rastro de él por ninguna parte), es probable que esta se tratara de alguien ligada al rey en el exilio, cuya desaparición, en circunstancias extrañas, fue silenciada, posiblemente porque se trataba de una amante del monarca. ¿Cómo habría asimilado la noticia del adulterio su esposa, la princesa Augusta Victoria, con lo celosa que era, según dicen? En fin… El caso es que en algún

momento Minerva y Monteiro debieron de haberse encontrado; probablemente para tratar, de incógnito, los asuntos de la restauración de la monarquía en Portugal, un proyecto que, como supongo ya sabrás, quitaba el sueño a don António Augusto. Es un misterio que ella lo obsequiara con un anillo tan valioso. En realidad todo apunta, según investigué en su momento, a que se trata del anillo real del Quinto Imperio. ¿Conoces las teorías del Quinto Imperio?

De pronto siento interés por pagar las enjundiosas revelaciones de mi interlocutor con una exhibición de mi celo documental. Quizá sea mi infantil manera de demostrarle que soy algo más que unos oídos dignos. Coloco la palma abierta ante mi cara y voy tocándome los dedos a medida que enumero:

—A ver… Desde un punto de vista material, el primero sería el de Babilonia; el segundo, el Medo-Persa; el tercero, Grecia; el cuarto, Roma, y el quinto, Inglaterra. Pero la tradición sebastianista portuguesa pretende un Quinto Imperio espiritual. Y en este sentido —vuelvo a alzar mi manita—, el primero es Grecia; el segundo, Roma; el tercero, la cristiandad, y el cuarto, Europa. El quinto puesto sigue vacante, por eso los monárquicos sebastianistas portugueses esperan con ansia ese destino.

Edelmiro me mira entonces solemne, los ojos ligeramente achinados, como de miope que intenta agudizar la visión para enhebrar la aguja.

—¡Muy bien! —estalla de pronto; me asusta la reacción y doy un respingo—. ¡Madre mía! Más informada que yo estás. O como mínimo, resultas más pedagógica.

—¡Exageras! Simplemente me entusiasma el tema. Tengo que contar una historia. Esa es mi obsesión.

—En cambio, a mí me obsesiona acabar de perfilar la verdad. Y me parece que eso me va a llevar hasta el fin de mis días. No debería ir uno por ahí contando algo que no es verdad. Esa es mi obsesión.

Lo miro extrañada, ladeo la cabeza como hacen los perros para afinar el oído. Quiero que me aclare eso que me está diciendo.

—¿A qué te refieres? —le digo para que no se me escape la presa.

—A los japoneses.

—¿Qué pasa con los japoneses?

—Qué no pasa, dirás. A la vista del celo que estos ponían en registrar la casa, dejé de pensar que la compra del inmueble respondía al interés por la inversión. Lo primero que se me pasó por la cabeza es que tras la potente compañía de telecomunicaciones se encontraba la *yakuza*. Todos tenemos la cabeza llena de fantasmas, y el cine y las novelas nos la pueblan desde bien jóvenes. Pero con los años descarté esa posibilidad. Aunque la conclusión a la que he llegado no es mucho más verosímil: todo apunta a que detrás de aquella compra estaba la casa imperial.

A pesar de que no me inmuto, de que estar expectante me lleva al hieratismo, Edelmiro se detiene en la exposición de su tesis y levanta teatralmente el brazo como para acallar una incrédula exclamación que no llega a salir de mi boca. Yo asiento y a mi vez alzo la mano, pero mi gesto es conminador, apremiante.

—Hay que tener en cuenta que el emperador Akihito accedió al trono japonés, tras la muerte de su padre, Hirohito, en 1989, solo dos años después de que la empresa fuera vendida a la compañía japonesa. No es ningún disparate pensar que pudieran andar buscando el célebre anillo. Los asiáticos son más supersticiosos que los occidentales. En cualquier caso, crédulos o no, en la actualidad no podemos negar la influencia espiritual japonesa en todo el orbe, mucho más relevante que la portuguesa. Porque, seamos francos, ¿quién se acuerda hoy de Portugal? La gente al oír hablar de ese país solo piensa en gallos de cerámica y toallas de saldo. Perdona la mofa.

—¿Planteas entonces la idea de que el anillo sea codiciado por su poder… alquímico, o alguna superchería similar? —pregunto yo, sin ánimo de burla, zambullida por completo en el asunto.

—Solo la insinúo. El caso es que a Portugal de poco le ha servido.

—¿Y António Augusto no dice nada al respecto en sus diarios?

—Sí y no. No sé si el monarca, escéptico ante el poder del anillo (no podemos olvidar que un rey en el exilio no es un rey), se lo hizo llegar a través de su favorita; o quizá Monteiro consiguió la pieza de alguna otra manera. Lo cierto es que a partir de este suceso el texto se vuelve bastante críptico. António parece enloquecer. Habla de Melusina como el arcángel Gabriel: para él el hada es la auténtica anunciadora de la venida del Quinto Imperio. Es muy extraño todo. Parecen excentricidades de viejo chocho. Dicen que murió solo y aislado. Yo creo que el anillo le hizo creerse un rey. En cualquier caso, lo enloqueció.

Edelmiro detiene de nuevo su narración. Mira un rato la mesa, y baja la mano al cabo y coge un sobao. El dulce entre sus hábiles dedos me parece ahora fuera de lugar.

—Fueron ellos entonces —le suelto.

—¿Quiénes?

—Los que te hicieron… esto —le digo, pero no lo señalo; me limito a alzar contra él la barbilla, fugaz, desapercibidamente.

—Sí… No el inglés, claro. A santo de qué, con su elegante traje a cuadros y su campechano español de La Línea. Los japoneses. Los japoneses ya eran otra cosa. Uno de ellos fue, el que parecía un matón. Debía de haber ido allí para eso. Me amenazó, me golpeó y acabé rodando por las escaleras. Por suerte, Manini las hizo en curva, no sé si has estado en la casa… —Asiento rápido—. Si no llegan a tener esos recodos tan amplios, me parto del todo la crisma. No se atrevieron a rematarme. Solo querían presionarme un poco, acongojarme para que les revelara el paradero del anillo, pero se les fue de las manos. Las maneras sí las tenían como las de la mafia de allí: supongo que sabes que ellos solo asesinan a los suyos. De cualquier manera no eran unos matones, o no debieron de temerme lo suficiente como para que les trajera cuenta tomar una decisión más contundente y definitiva. Pero nunca encontraron nada. Nada. Hacía días que yo había abonado las flores del invernadero con las cenizas de los diarios.

»Alegaron un accidente laboral y me dieron de baja con una pensión vitalicia. A ellos solo les preocupaba encontrar… el tesoro, que yo guardaba desde hacía meses en casa de unos tíos de Alegría, adonde lo había hecho llegar en el momento en que decidí quedármelo. En algún momento debieron de convencerse de que yo no sabía nada. Y por culpa de su ingenuidad, ellos tampoco llegaron nunca a saber nada. Al descartar que el anillo imperial estuviera allí, abandonaron la quinta, que poco tiempo después compró el Gobierno de Portugal.

»A menudo me planteo si mereció la pena pagar de esta manera aquella resistencia por mi parte. Podría haberles entregado lo que habían ido a buscar allí. Para mí no tenía ningún valor simbólico, y el material por entonces no me importaba. No te miento si te digo que en un principio lo custodié por el bien de Portugal, tierra mía de adopción, a la que le tengo franco cariño. Bueno… Nosotros volvimos a Llanes, Alegría y yo, y la niña, claro, que estaba a punto de nacer. La pensión que me fue asignada por mi invalidez no nos daba para

mucho y nos vimos obligados a malvivir. Mi padre nos ayudaba de vez en cuando, y mi tío. Que Dios los tenga en su gloria, como dicen las personas mayores. Imagínate el dramón: veintitantos y tarado. Ay, Dios, lo mal que lo pasé. Pero enseguida nació la niña, mi dulce Rebeca. Los niños te obligan a centrarte en lo que importa. Sin embargo, seis años después Alegría nos abandonó, a la niña y a mí. Yo creo que me la dejó por pena, que esa fue su verdadera renuncia, la prueba de la bondad de su corazón. Yo sé que echaba de menos su tierra, y además puesto que yo como marido no podía cumplir… Un desastre. Afortunadamente con el tiempo he aprendido a… bueno, en fin, a… disfrutar de otra manera, a sacar de mí lo mejor. Y ahora incluso presumo de ser un buen amante. —Me guiña un ojo—. Así que si alguna vez quieres probar algo diferente, ya sabes dónde está mi casa. Solo bromeo, ¿eh? Yo siempre bromeo. ¡No me queda otra!

Transcurridos unos instantes sonrío. Decido no molestarme.

—¿Y el anillo?

Tarda en responderme. Me mira serio, parpadea. Arrastra las palabras como si fueran fardos:

—Lo vendí. Así conocí al profesor Freire. Él me ayudó a tasarlo primero, y luego… a deshacerme de él.

Pienso enseguida que esa decisión es difícil de casar con el amor a la patria lusa que acaba de alegar hace un momento.

—¡Anda! —exclamo. Y luego añado, más práctica—: ¡Conseguirías una fortuna!

—No creas… No fue en Sotheby’s. Al no tener un certificado legal que acreditara su autenticidad ni, en definitiva, ser mío el anillo, su venta era un delito. Y el mercado negro te exige que seas un depredador. Freire me puso en contacto con un tasador experto en el asunto, que lo dio por bueno y redactó una serie de informes. Nada oficial, no podía serlo. El profesor conocía un documento firmado por el rey portugués en el exilio en el que este denunciaba su pérdida ante la policía. Esto hizo que la pieza se revalorizara. El dinero me dio para pagar los estudios de Rebeca y para comprar esta casa. No mucho más. Entre eso, mi pensión vitalicia y lo que sacaba llevando la contabilidad de la cooperativa familiar, he podido darle a mi hija un porvenir, como quien dice. Como una reina la he tenido siempre. —Y luego continúa como para sí—: Como una reina, qué paradoja. Supongo que estos tiempos nos piden ser prácticos. Nada de tiaras.

Pero insisto, en absoluto pensé en los beneficios económicos cuando me vi acuciado por la presión de los japoneses. No soy ningún cínico, créame. Si me hubiera movido entonces el interés crematístico, se lo diría ahora sin tapujos. De eso puede estar segura. Lo que pasa es que la vida luego lo lleva a uno por donde uno menos se espera, y tiene que decir digo donde dijo Diego. Y si los compradores hubieran sido los japoneses, pues a los japoneses les vendo el tesoro. Su dinero también me habría valido para pagar los gastos de mi Rebeca.

Otra vez se hace un silencio. Le noto al hombre la respiración agitada por el esfuerzo emocional. Distingo algo de rencor en la voz, puede que hacia sí mismo.

—No tienes que excusarte. Seguramente cualquiera habría hecho lo mismo. Incluso arrastrando motivaciones económicas ya desde el principio —le digo con la certeza de que no, de que probablemente yo misma hubiera tomado otra decisión, sobre todo de no haber necesitado el dinero de forma acuciante; al menos habría optado por algo que luego me condujera a no tener que justificarme tontamente —. ¿Y no le hiciste ninguna fotografía a la pieza?, ¿y a los diarios, antes de quemarlos?

—La pieza es relativamente conocida. Hay fotos en la red. No sé quién la compró. Sinceramente espero que no fueran los japoneses, sobre todo por una cuestión de orgullo. De todos modos, hace unos meses me llegó la noticia de que estaba a buen recaudo, en una colección particular, en Liechtenstein, ya en situación legal. No sé si será verdad… Así que es posible que ahora sí la pretendan las principales casas de subastas del mundo. Su valor será incalculable, imagino: nada que ver con la miseria que me pagaron a mí. En cuanto a los diarios, esos los tengo aquí —me dice al tiempo que se lleva un índice a la sien, a destiempo, torpemente, dándome espacio a mí para que me sobresalte y crea que los tiene en un cajón, que no los quemó del todo, que puedo leerlos. Decirme que los tenía ahí dentro era como si se los inventara, porque desde luego yo no tenía manera de distinguir la verdad del cuento.

Se hace de nuevo el silencio, hasta que Edelmiro suspira, gira la muñeca y mira la hora.

—¡Las doce y media son ya casi! En cinco minutos viene mi enfermera a traerme las pastillas y a ponerme la inyección. ¡Bendita sanidad pública! Es que soy un zángano, un auténtico parásito social, no lo puedo remediar. En fin, ¡qué se le va a hacer! Hagamos una cosa, Sofía: vuelve mañana. Yo busco algunas fotos que quiero

enseñarte y tú me planteas dudas, preguntas que te hayan surgido. Aprovéchate de mí: tú quieres saber y yo me muero por contar. ¡Una novela es lo último que imaginaba que me pasaría! ¿Qué mejor que algo así le podría acontecer a este mindundi ávido de charla y promoción? ¡Yo me doy con un canto en los dientes!

Mientras me habla, hago el amago de levantarme del sofá, pero como no me decido, me limito a dejar alzada la barbilla en dirección al techo. Cuando acaba su perorata, Edelmiro gira la rueda de su silla un poco más hacia delante que hacia atrás, rompiendo con este nuevo gesto la sensación de inmovilidad.

—¡Rebecaa! —grita, y ahora sí aprovecho la ocasión para ponerme en pie.

La música de fondo cesa de golpe y de inmediato se escuchan pasos escaleras abajo.

—En realidad esta chica no me oye; me presiente. Da igual lo alta que tenga la música, que siempre me escucha. No cabe padre más orgulloso.

La muchacha, colorada, sudorosa, aparece de pronto en el vano de la puerta.

—Nena, hazme el favor de coger mi móvil y grabarme el número de Sofía. Así luego concretamos hora para mañana. Su número estará en el listín de llamadas entrantes. Ayer me llamó sobre las nueve.

Yo asiento sin que nadie me mire y la chica manipula el teléfono.

—Ya tienes una Sofía, papá.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es esa Sofía?

—La chica de la tienda de comestibles.

—Pues entonces pon «Sofía novelista».

—No. Más bien «Sofía bibliotecaria» —me sale decir.

—¿Eres bibliotecaria?

—Sí.

—Pero eso yo no lo sé. Y además, no te pega —dice con desdén. Y dirigiéndose de nuevo a su hija, que nos mira de reojo, insiste—: Tú

pon «novelista».

—«Novelista» no cabe.

—Pues pon «nov».

Saco yo también mi móvil, tecleo al tiempo que Rebeca.

—A mí tampoco me cabe Edelmiro.

—Claro. Eso es porque tú tienes que llamarme Edel.

Edelmiro me despide desde el salón, donde le doy dos besos tras los que emite un exagerado y elocuente suspiro. La chica, en silencio, la cabeza gacha por la timidez, me acompaña hasta la puerta y atraviesa conmigo el cuidado parterre a la inglesa. Me fijo en sus ojos a la luz del sol cenital: son del color de las montañas cercanas, por las que, diseminadas, pastan rubias vacas.

De camino al hotelito, por la acera de enfrente, veo a una mujer que camina deprisa en dirección a la casa de Edelmiro y Rebeca. Lleva una ceñida minifalda y de su hombro cuelga un bolso de reluciente piel negra. En realidad parece más una puta que una enfermera.

Mientras subo las escaleras alfombradas rumbo a mi confortante buhardilla, me vibra el móvil. Me extraña que Edelmiro, *Edel,* me escriba tan pronto, así que lo descarto poco antes de mirar la pantalla. En efecto, no es él. Abro una conversación con un número desconocido.

Número desconocido: *Soy Rebeca. Acabas de estar en mi casa.*

Yo: *Hola, Rebeca. ¿Qué tal?*

Número desconocido: *Bien. Quiero hablar contigo a solas. ¿Quedamos esta noche a las 9?*

Yo: *Sí, claro. Sin problema. Yo estoy libre.*

Número desconocido: *¿Sabes dónde está El nido de Robin? Carretera de las Cuevas del Mar.*

Yo: *Ni idea. No soy de aquí.*

Número desconocido: *¿Te hospedas en el San Jorge?*

Yo: *Sí.*

Número desconocido: *Pues entonces a las 20,30 te recojo de la puerta.*

Yo: *Ok.*

Número desconocido: *No te traigas libreta ni nada de eso, que a mí la gente que apunta cosas mientras le hablo me parece estúpida. Y además odio a los novelistas.*

Cuando cierro la conversación, me doy cuenta de que la grabadora, testigo mudo de cualquier cosa, sigue grabando.

DIECIOCHO

El repiqueteo de la lluvia contra la ventana le pareció más propio de septiembre que de julio, y por eso Alberto quiso imaginar que ya había pasado aquel inhóspito verano. Por un momento inventó que Sofía había vuelto de su extraño viaje, que lo de Alida *(Alida, ¿quién es Alida?)* no había pasado, no volvería a pasar, no había sido nunca. El chorro de aire acondicionado (lo sentía contra la nuca, helándole el sudor) le ponía a la lluvia contra el techo del aparcamiento, al otro lado del cristal, ese punto otoñal que su percepción necesitaba, el preciso impulso que proyectaba julio hacia atrás, más allá, contra los papeles ya arrancados al calendario, hasta el territorio de las efemérides que eran anécdota.

—Pero mírame al menos, ¿no? —dijo a sus espaldas la voz de Alonso.

Se giró entonces despacio. La vista tardó en perfilar la figura de Alonso tras la amplia mesa de caoba, bajo el retrato de Felipe VI y doña Letizia. Lo vio más gordo, más tranquilo, más feliz. De camino hacia su mesa, se supo el pelo encrespado por la extemporánea lluvia, ridículamente leonino, apocador.

—Te miro, claro. ¿Pero y qué? —le soltó, la pupila aún en ascuas, acabando de perfilar los rasgos de su amigo, tan conocidos, tan aborrecibles desde hacía tan solo unos días, los que llevaba sin dormir. Eso era otra: las bolsas de los ojos, la cara de desgraciado—. ¿Qué cambia eso?

—Nada y todo. Si te sientas, hablamos de hombre a hombre.

Alberto sonrió con cinismo, se acercó a la silla y tomó asiento sin mirar a la izquierda para no verse obligado a buscar en la mesa de Alida, alumna Alida, doctoranda Alida, los signos de su reciente paso por aquel despacho.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Volvió a sonreír.

—Lo de «de hombre a hombre». Es una expresión gastada. No significa nada. Y suele ser el preámbulo de una conversación inane. Además, dados los acontecimientos últimos, tú y yo solo podemos hablar de hijo de puta a cabrón.

—Si vas a tener esa actitud, más te valdría no haber venido.

—No creo que me hayas dejado alternativa. Me amenazaste en tu casa.

—Pero no te obligué a venir.

—Han salido las listas de los candidatos. He visto tu nombre en ellas. No fastidies. ¿Cómo iba a no venir?

Alonso se retrepó en su sillón de cuero negro: sillón de sesentón, sillón de catedrático, de decano, de estar en lo más alto de las aspiraciones que se tuvieron a los veinte, cuando el alumno despistado iba dejando paso al prometedor doctorando.

—Te lo dije. Te dije que iba a ir a por ti.

—Podía haber sido un calentón.

—¿Un calentón? —le dijo Alonso alzando una ceja invisiblemente encadenada a la comisura opuesta—. ¿Me vas a hablar tú a mí de calentones?

—Veo que insistes en lo mismo, sin cambiar la tocata. Bueno, y Alida qué, ¿sigues con ella?

—Qué imbécil eres. Pues claro. Con quién si no. Mi papel en este asunto es fácil. Al contrario de lo que cree la gente, perdonar no cuesta, perdonar es coser y cantar. Lo costoso es creer que debes ganarte el perdón del ofendido, del cornudo en mi caso. Compensar la falta. En fin, creer que hay algo que subsanar. Alida es ahora mi esclava. A nivel emocional, claro está. Come de mi mano como una tontita.

—Eres muy peligroso. Más aún cuando te sientes víctima de algo. Es infantil lo que haces. Cuando no hay relación entre el daño infligido y el castigo, este no sirve de mucho; pedagógicamente al menos, no contribuye a nada. Yo no estoy aprendiendo nada nuevo y Alida tampoco. No nos enseñas bien. Cuando te marches de viaje de verdad, podríamos volver a traicionarte.

Alonso frunció el ceño y se echó hacia delante en su asiento de cuero negro, sillón de sesentón, sillón de catedrático. Alcanzó la cajetilla de Celtas que tenía a un lado de la mesa.

—Ni siquiera piensas salir a fumar fuera. Todos salimos.

—Yo no soy todos, soy el decano, Niseo.

—No me llames más así. Tener poder no es ser un capullo, o no debería. A algunos presidentes del gobierno les pasa lo que a ti. Poca gente hay que sepa estar arriba y hacer como si no.

—Tú, por ejemplo.

—Yo me presento a rector porque creo que puedo ayudar a cambiar las cosas. Tú te presentas por joderme.

Transcurrieron unos minutos. Alonso prendió el cigarrillo en su boca. El humo enseguida le desdibujó los rasgos.

—Tú no lo sabes, pero estás aquí y ahora, *hic et nunc,* Niseo, para que yo te explique las razones de mi candidatura.

—¿Ah, sí? Entonces soy todo oídos.

—Eso espero. Que te calles un rato. Que dejes de especular, de no dormir, de pergeñar en balde. Eres complicado, lo sé, la inteligencia es lo que tiene. Y te duele más verme como competidor en las elecciones próximas que la amenaza de irme de la lengua con tu Sofía.

—No me conoces como para saber qué me duele, cuánto y cómo. No me conozco ni yo para según qué digestiones. Así que no me toques más los huevos y dime ya lo que tengas que decirme, que es pleno verano y no me gusta estar aquí.

Alonso fumaba impasible su cigarrillo. A Alberto lo impacientaban sus demorados gestos, sobre todo porque sabía que eran aposta, que jugaba con él a probarle la paciencia, a estirarle el metafórico chicle del saber estar.

—Cuando te hablé en mi casa, en efecto, era presa de un calentón. No como el que tú te gastaste en mi cama a costa de mi Alida, *nuestra* Alida, pero calentón al fin y al cabo.

—Vale ya.

—Sí, vale ya, sí… La lujuria es como la ira. Dime en qué varían si no.

Alberto suspiró. Alonso nunca había sabido ir al grano. Un minuto más sin sustancia y se iría, de veras que se iría. O un minuto más y al menos proferiría la amenaza de volver ya para el nuevo curso.

—En fin… No te impacientes, que te interesa. Presa de ese calen… enfado, pensé en no apoyarte si te presentabas. Y en principio esa era la idea que me movía a postular mi candidatura para las próximas elecciones: eclipsarte, robarte los apoyos desde dentro. En esta facultad cuentas conmigo. No te vi recabar muchos apoyos durante la cena de junio en mi casa y mira que lo habíamos hablado antes y habíamos acordado lo que tenías que hacer. Se ve que estabas pendiente de otras cosas… Por cierto, déjame que te lo pregunte, y no te ofendas: ¿te gusta Alida de veras?, ¿te has enamorado de ella?

Alberto sonrió atónito. No esperaba aquella pregunta ni de lejos.

—Es una chica extraordinaria. Y te lo digo porque te conozco y sé que esto te gustará oírmelo decir: folla como una diosa. Repetiría, sí, y tanto; pero no la amo. Soy de Sofía, ya lo sabes. Así que, como comprenderás, todo este asunto me importa demasiado. Y ya que antes lo has dejado caer, no, creo que me interesa bastante más mi mujer que ser rector. Mucho más.

—Eso vas a tener ocasión de demostrarlo. En cualquier caso, gracias por la sinceridad. En el fondo me complace que Alida te complaciera, porque ella también es parte de mi estatus. No, no te escandalices, que sabes que no tengo maldad ninguna, palabra. Bueno, déjame que acabe… Al día siguiente seguía nervioso, y por eso llevé al rectorado la documentación necesaria para participar en las primarias. Como solo puede haber dos candidatos y yo tenía más puntos que Luis Solipandre, el pobre se ha quedado fuera. Así que esto es ahora un tú contra mí.

—Eso mismo me lo ha dicho la lista definitiva. Tus apellidos, los míos. Dime algo que no sepa.

Alonso dio una última calada y aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Pues que una vez publicadas las listas, al pensar con detenimiento en la sencillez y premura de mi venganza, sigo sin estar satisfecho.

—Lógico. La venganza no recompone nada. La venganza deja que se pudra lo de antes y pudre ella lo de un poco más allá.

—Ahora no avanzo porque me cortas.

—Perdona, hombre, sigue.

—No necesito que me moralices a mis sesenta y pico.

—He dicho que sigas.

—Pues eso, que al ver mi nombre junto al tuyo en la lista me siento a disgusto con mi fácil venganza y sin saber qué hacer con la baza de contarle a tu Sofía que te cepillas a mi Alida, precioso órdago en mi recámara.

—Cabronazo —soltó Alberto lentísimo, sin pasar por alto ningún perfil de letra.

—¡Hala! Espera que acabe, hombre.

—Vas a chantajear con eso a tu puta madre.

—Escucha, Alberto, te interesa. Te interesa porque no tienes muchas más alternativas… Después de pensarlo un poco, telefoneé a Fede Castro.

—El editor. Bueno, el empresario. Ese hortera.

—Sabes que sí. ¿Quién si no?

—Ninguno. No hay más Fedes Castro. —Y mientras se convencía de que esta verdad era así, entendió los motivos de su amigo, de aquella llamada, y por eso añadió tarde, amparado por el silencio, que era como un hilo conductor—: Y ya sé qué te propones; ya entiendo qué vas a proponerme.

Alonso tosió en un amago de risa. El pecho le subió y le bajó tras la desmadejada corbata como un automatismo desacompasado. Sus pulmones hicieron un ruido de sonajero.

—Qué listo eres. De todos modos, querrás saber los detalles.

Alberto lo miró a los ojos con fijeza. Ahora lo veía bien nítido: la cara blanca y tumefacta, el bigotito recortado, los ojos claros recorridos por alcohólicas venillas, la papada incipiente, propiciada por el último botón de la camisa, el nudo de la corbata aflojado, permisivo. De pronto sintió una bocanada de asco al imaginárselo dentro de Alida, *Alida, Alida.*

—No quisiera saberlos, pero supongo que vas a decir que me interesan. Lo que sí es verdad es que me importa ver venir el golpe.

—Sin duda. ¿Pero cuál es tu intuición? Compártela conmigo.

—Tiene más de certeza que de intuición. Te conozco desde hace demasiado como para fallar.

—A ver.

—Has llamado a Fede Castro por Sofía. Tiene una fijación especial por ella… Desde siempre. Desconozco la naturaleza exacta de su interés, pero puedo imaginarla. Tú seguro que conoces todos los pormenores, para eso eres su amigo, su compadre… como os llaméis. Quiere hacerle una propuesta para publicarle su novela. A saber el precio, o a cambio de qué barbaridad. Y tú estás detrás de todo esto. Además del malévolo regocijo, no sé qué sacas. Resumiendo, me tienes agarrado por dos partes: mis aspiraciones al rectorado y el secreto que me guardas de Sofía. No sé qué tipo de venganza te satisfaría, pero esta es compleja y tienes bazas redundantes. Los cuernos que llevas no te han dado el motivo, te han dado las ganas. Sanchopanceando un poco, te diré que para este viaje no necesitabas tales alforjas.

Al intentar reírse, Alonso volvió a toser. Se puso colorado, se vio obligado a sacar su pañuelo de tela.

—No das palos de ciego, pero tampoco aciertas en el blanco.

—Pues si eres tan amable, glósame tu artimaña.

—Un momento…

Alonso empujó hacia atrás la silla y se levantó con pesadez. Caminó en dirección a la puerta y manipuló los mandos del aire acondicionado hasta que lo apagó. De regreso a la mesa se metió la mano en el bolsillo del pantalón y la sacó con dos caramelos de miel y menta. Le ofreció uno a Alberto, que declinó el gesto. Volvió a tomar asiento.

—A cierta edad hay que cuidarse.

—Habla por ti. Tanto tejemaneje aumenta el riesgo de infarto.

—Te noto hoy arisco. En mi casa, después de ponerte el cañón en esa nuca sudorosa que tienes, estabas más suavito. No lo olvides.

—Descuida que no. Ha habido un antes y un después. Por eso ya no soy tu Niseo.

—Vas a ser lo que yo te diga.

—Ten mucho cuidado, Alonso. Conmigo puedes hasta cierto límite. Te escucho porque respeto nuestra amistad de años. Y porque te he agraviado. Pero no te sigas propasando que todos podemos decir hasta aquí y ya está, ni medio milímetro más. Venga, dime, que me voy. Tengo prisa.

—¿Prisa para qué? ¿Ha vuelto Sofía?

—No te importa.

—Pero a ti sí. Te interesará hablar con ella lo antes posible.

—Bueno, vale, cuéntame ya. ¿En qué consiste tu venganza satisfactoria?

Alonso carraspeó y comenzó a hablar bajito, echándose hacia adelante, la corbata fija a la camisa por un obsoleto alfiler, la tela superior abombada contra la mesa, el aliento del Pictolín contra la cara de Kaufman.

—Se me ocurrió hablarle a Fede y me dijo que quería hablar antes contigo, hacerte una propuesta. ¿Sabes? He transformado una de las bazas de mi venganza en un negocio bidireccional. Un *quid pro quo* satisfactorio para todos. Solo a cambio de reunirte con Fede, te prometo usar mi candidatura para ponerte puente de plata. Soterradamente, derivaré hacia ti todos mis apoyos. Sé cómo hacerlo sin que parezca fraudulento. De entrada te he quitado de en medio a Solipandre. Tienes que reconocer que él era mejor rival que yo. Por contrapuntístico. A ti y a mí la universidad nos mete en el mismo saco. Los nuestros están hipernutridos, pero los del otro bando se han quedado huérfanos. Tienes que aproximarte a ellos. Ya veremos cómo camelarlos. Me comprometo desde ya a ser un candidato de cartón piedra. ¿Qué te parece?

—Que me estás hablando de algo peor que un pucherazo y te quedas tan ancho.

—La política no siempre es democrática. Si quieres ser rector para cambiar las cosas, lo importante es que salgas elegido. El cómo forma parte del período previo a que tú cambies las cosas. Tómatelo así. Serás tan ejemplar que hasta podrás reprobar a tu yo pasado.

—Bueno, sigue. La otra baza.

—Lo otra es una cláusula de la anterior. Si accedes a la propuesta que Fede Castro quiere hacerte y este queda satisfecho con la consecución del plan, soy una tumba con respecto a Sofía. Lo que hiciste con Alida el otro día nunca ha sido.

Las piezas hicieron en la cabeza de Alberto el clic de encaje; aun así, le sobraban hendiduras, le faltaban dientes.

—¿Qué es exactamente lo que piensa proponerme Fede?

—Eso Fede sabrá.

—Y tú. Por algo has ido directo a él. Incluso me atrevo a pensar


que tú le has hecho la propuesta.

—Puede ser.

—¡La madre que…!

Alonso alzó una mano apaciguadora. Blanca, adiposa, de manicura las uñas. Alberto sudaba.

—Hace calor aquí. Has apagado el aire sin avisar.

—¡A mí qué me cuentas! Levántate y dale.

Alberto no se levantó. Prefería el calor a obedecer una orden de aquel sujeto. Se quitó la chaqueta. Con la tela empapada al descubierto, sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—A ver, Alonso —dijo con tono resignado, intentando calmarse —, si sabes lo que Fede me va a proponer, ¿qué trabajo te cuesta adelantármelo? Así me lo voy pensando, así sé a lo que me atengo.

Alonso sonrió triunfador. Había cogido un bolígrafo y golpeaba con el capuchón la madera de la mesa en el único palmo que estaba libre de libros, papeles, fotos, el ordenador. *Tic-tic-tic-tic.*

—Deja de hacer eso que me pones nervioso.

—Tus empellones en mi cama sonaban más y peor… Y me pusieron más nervioso que a ti.

Alberto suspiró, se echó hacia atrás en la silla, se arrepintió porque la tela empapada se le pegó la espalda.

—Joder, Alonso, ya vale. Te dije que lo sentía. Te lo vuelvo a decir. ¡Lo siento! No sé qué me pasó, no volverá a ocurrir, lo sabes. Casi habría preferido una reacción de amigo ultrajado normal: insultos, amenazas, el cese de la amistad.

—Ah, ¿pero aún no has descartado eso último?

—Yo ya no sé qué descartar. Contigo es difícil saber a ciencia cierta, eso es otra. No sé si me la estás jugando o tratas de ayudarme. A veces escucho al amigo que has sido y otras al cabrón en el que te has convertido.

—*Me has* convertido, recuerda.

—Recuerdo, descuida. Es grave la cosa y aún es pronto. Bueno, qué.

—Que no, que no vas a saber por mí. Toma… —dijo, y cogió una tarjeta de visita de un taquito que había en un rincón de la mesa, le dio la vuelta y garrapateó en ella un número; la extendió hacia Alberto, que la miró sin tocarla.

—El número de Fede, ¿no?

—Llámalo.

—Para colmo soy yo quien tiene que llamarlo.

—Es mejor así. Yo no quería darle tu número sin tu permiso. Él me dijo que te diera el suyo. A cualquier hora puedes llamarlo. Es más, espera tu llamada ansioso.

Alberto abrió mucho los ojos.

—¿Ansioso? ¿Qué habéis tramado?

—Él ya te dirá.

—¿Y qué sacas tú? ¿También eso me lo va a decir él?

—No debería. Pero ya te enterarás. En cualquier caso, eso es ahora lo de menos. O por lo menos lo que a ti menos te incumbe.

Alberto negó con la cabeza y se levantó de la silla. Al ponerse la chaqueta, cogió con desgana la tarjeta con el número de Castro y se la guardó en el bolsillo interior.

—Bueno, vale. Entonces solo con llamar a Fede ya me apoyas la candidatura.

—No. Solo con llamarlo, no. Si te dice de quedar, quedas. Solo con dejar que te explique, que te lo pienses.

—Ajá. Eso está hecho. Y si no accedo a lo que me proponga, entonces llamas a Sofía y le vas con el cuento.

—Con el cuento no, perdona: con la verdad. Con que te has follado a mi novia.

—Qué más da. Es una manera de hablar.

—La manera de hablar trasluce la forma en que pensamos.

—Luego soy yo el moralista.

—Sabes que los dos lo somos.

Alberto lo miró un rato con una mueca inexpresiva en la cara. Luego dio un par de golpes con el nudillo en el filo de la mesa y se encaminó hacia la puerta.

—Te llamo en cuanto hable con él y ya te digo.

—Eso espero. ¿Y te vas así, a la francesa?

Alberto se detuvo, la mano sobre el picaporte.

—No, si te parece te planto un beso en la boca —dijo, y abrió y se fue dando un portazo.

El sonido de sus pasos lo envolvió en un ensordecedor repiqueteo que se extendía hacia delante y hacia atrás por el desierto pasillo. La chaqueta abierta, el aire de su propia velocidad secándole la empapada camisa. Varios recodos, un tramo de escaleras, otros pasillos y la escalinata exterior. Al abandonar el alero del edificio, notó la lluvia sobre el pelo, se lo atusó: volvía a sentírselo encrespado y ridículo. Ya en la escalinata exterior, frente al aparcamiento, pensó que Alonso lo estaba viendo desde la ventana, ínfimo, y que si alargara su macizo índice amarillento por la nicotina, podría aplastarlo en un instante y dejarlo destripado contra el asfalto, bajo la tonta lluvia de julio.

III

«A mitad del camino de la vida, en una selva oscura me encontraba porque la ruta había extraviado.»

Divina comedia (Infierno), Dante Alighieri

«Virgen poderosa, / Virgen clemente, / Virgen fiel, / Espejo de justicia, / Trono de la sabiduría […]. / Rosa mística, / Torre de David, / Torre de marfil, / Casa de oro, / Arca de la Alianza, / Puerta del Cielo, / Estrella de la mañana […]. / Ruega por nosotros.»

Letanías de la Virgen, *Santo rosario*

DIECINUEVE

Lisboa, 4 de octubre de 1912

Mi muy estimado don Manuel:

Con la esperanza de que se encuentre usted saludable y tranquilo, pues a mi juicio son estos los únicos nobles estados a los que debemos seguir aspirando quienes ya hemos rebasado la cuarentena en la enfermedad de la vida, le escribo la presente carta para comunicarle que finalmente no me será posible cumplir la promesa que le hice a usted en relación con la vigilancia y cuidado de nuestra común amiga la señorita Minerva. Debido a una serie de requerimientos profesionales que me reclaman en mi Italia natal, no podré acompañarla, como en principio era mi deseo, durante el resto de su estancia en Portugal así como en su regreso a Inglaterra. Por desgracia, un hombre como yo siempre está a merced de este tipo de miserables imperativos. Espero que entienda mi posición.

También le escribo la presente con objeto de poner en su conocimiento que, al contrario que en mi compañía, con el señor Carvalho Monteiro su amiga no se encuentra bajo los cuidados más fiables. El señor Monteiro no es mala persona, pero es un hombre solitario y me atrevo a afirmar que se encuentra inmerso en lo que podría considerarse una fuerte crisis nerviosa. No soy un necio, tengo motivos fehacientes para aseverar lo que asevero. No le comunico esta circunstancia para sembrar en usted la inquietud, sino con el objetivo de que, pese a la distancia que lo separa de su amiga, si así lo estimara oportuno, pueda tomar las medidas que considere necesarias. Me consta que no escatimará recursos en esta empresa.

Sin otro particular y reiterándole mis disculpas por faltar a mi palabra, se despide de usted afectuosamente y con la esperanza de que estas líneas lo alivien más que lo torturen, puesto que las verdades son obligadas entre los hombres de talento,

Luigi Manini

Londres, 8 de noviembre de 1912

Estimado señor Manini:

Deseo comenzar estas palabras pidiéndole disculpas por no haber contestado antes a su misiva. Lo primero que se me pasó por la cabeza tras leerla fue hacerle llegar un escueto papel a modo de acuse de recibo, pero siempre he considerado de mal gusto establecer una comunicación para no

decir nada o para decir tan nimia y banal cosa. Pienso que no hay más eficaz aquiescencia que el silencio.

Le escribo ahora seguro de que mis palabras lo encontrarán a usted en Lisboa, pues un miembro del Círculo, cuyo nombre no le revelaré con objeto de que no le tome usted ojeriza, me ha dicho que no ha tenido noticia alguna de su partida. Por esta simple razón deduzco que no era cierta la excusa que me puso usted de su viaje a Italia. A raíz de tener este puntual dato, pero fundamentalmente a tenor del cariz de las palabras que usted mismo me hizo llegar, puedo inferir que quizá haya sido Minerva la razón de la disputa entre usted y el señor Monteiro. Si es así, no sabe cómo me entristece este hecho. Un varón inteligente no debe dejar nunca que las pasiones decidan sus alianzas. No le hablo ya del proyecto que se traen todos ustedes entre manos que, dicho sea de paso, siempre me ha importado muy poco. Soy un hombre tranquilo, introspectivo, que aspira a ser dueño de todo su tiempo y de un breve espacio en la Tierra. La ambición regia queda muy por encima de las pasiones que deseo permitirme. Solo me interesan mis libros. En fin, no creo estarle diciendo nada que usted no haya sido capaz de intuir durante la visita que me hizo. Sabe que encontrará las puertas de mi casa siempre abiertas, pues nunca rehúyo una conversación con alguien culto y sensible. En fin, me ando por las ramas, tal como suele ser mi tendencia.

El motivo central de estas palabras no es tanto hacerle saber que he deducido la razón de su enfado con el señor Monteiro, como transmitirle mi preocupación ante la total ausencia de noticias que tengo por parte de nuestra común amiga Minerva. Al leer su carta, enseguida vi en su cambio de planes el sello de la veleidosa mujer, y pensé que lo que sucedía era que ella le había tomado un especial gusto a estar en su bellísima Regaleira y había decidido por su cuenta prolongar su estancia allí. Por eso no supe ver ningún peligro en la advertencia que me hizo usted sobre el ilustre propietario de la casa, a quien admiro desde siempre y quiero bien. Sin embargo, al pasar los días y no tener yo noticia de Minerva, he escrito un telegrama al propio Monteiro, quien me ha asegurado no saber nada de ninguna mujer llamada así. Podrá entender mi inquietud desde ese instante. Así pues, le insto a que me diga qué está pasando. Me he planteado viajar a Sintra, pero, como comprenderá, este no es un asunto honroso para mí (pienso en mi mujer, a quien no quiero dañar con todo este vodevil), y no puedo obviar el hecho de que mi vida puede correr peligro si oso pisar tierras portuguesas (espero que comprenda que no tengo ya edad para el disfraz). Verdaderamente no sé en quién puedo confiar. Por eso le agradecería que regresase a Regaleira o enviara a la casa a alguien de su confianza; espero que usted sepa de alguna persona que pueda hacerse cargo de este delicado asunto. Necesito saber si Minerva sigue allí y, si es así, por qué razón llevo casi dos meses sin saber de ella.

La conozco: incluso de su repentino desamor me habría dado noticia. Haga algo, se lo ruego. Ayude a este hombre desesperado. Si en algún momento ha llegado a amar a mi amiga, entenderá de lo que le hablo y estará cerca del temple de mi corazón.

Le hago llegar esta carta de forma urgente. Respóndame a vuelta de correo, se lo pido, con el emisario personal que le ha hecho entrega de la presente; dadas mis singulares circunstancias, él es mi valija diplomática. En definitiva, gracias; gracias previas, esperanzadas, incluso ilusas. En cualquier caso, no me queda otra alternativa que confiarle indirectamente mi vida.

Manuel Maria Filipe Carlos, el Desafortunado (ahora más que nunca).

Cuando Fernando concluye la lectura de las dos cartas que Luigi ha puesto sobre la mesa nada más acomodarse en el silloncito rococó del Heritage, alza la vista por primera vez hacia él.

El poeta apenas había inclinado la cabeza hacia Manini en señal de desafecto y tímido saludo, cuando el arquitecto le ha extendido en silencio las dos misivas. Durante la lectura, Luigi ha permanecido todo el tiempo en silencio, la vista siguiéndole los ojos al poeta en su lineal desplazamiento tras las gafas, la mano agazapada en el bolsillo de su chaqueta de entretiempo. Hundido en su escurridizo sillón del restaurante del hotel donde lo ha citado, el arquitecto parece nervioso; un mechón de pelo engominado le resbala sobre la sudorosa frente describiendo un azabache caracolillo inconcluso.

—Supongo que no tardó usted mucho en enviar una respuesta al… monarca.

El arquitecto tarda en hablar, como si le costase abandonar el meditabundo letargo en el que lleva sumido minutos, quién sabe si incluso horas.

—Claro que no. Lo que pasa es que de esa carta no hice borrador —dice con ligereza, como si informara de una trivialidad completamente ajena a sus actuales tribulaciones—. Él tenía prisa, estaba preocupado, así que le entregué al emisario una primera redacción, llena de tachones pero legible. La escribí tras la visita que le hice a usted en su casa aquella noche. Una vez descartados todos los miembros del Círculo, en quienes no podía confiar del todo debido a la fidelidad que mantienen hacia Monteiro, pensé en usted.

—Pensó en mí para hundir a su mejor amigo, lo cual es

maravilloso —puntualiza con sarcasmo Fernando.

—Bueno, le recuerdo que la idea del falso reportaje promonárquico ya había sido pergeñada por el jefe de ese periódico con el que usted colabora.

Fernando no olvida que tras el reportaje apócrifo late el compromiso de un reportaje real que lograra hundir de una vez al poderoso Monteiro. Carroña para republicanos. La idea de tener que dedicar tanto esfuerzo a mancillar aposta la imagen de alguien que ahora era vulnerable lo repugnaba. Haber vislumbrado el lado frágil de Monteiro hace que, en efecto, no tenga que difamarlo a ciegas, pero precisamente ese entrevisto desvalimiento es el que ahora lo maniata. La falaz imagen despótica que se había hecho de aquel hombre era más eficaz para combatirlo. Así era la vida: las hazañas más temerarias se hacían siempre a ciegas, apoyándose de lleno en el desconocimiento del enemigo, de los aliados, de la valía de uno mismo durante la contienda. La ignorancia permitía obviar matices, facilitar el juego. Al menos esta carta del rey le facilitaba un poco las cosas: hacía que al fin le encajara alguna pieza.

—Entonces ahora me toca asestarle el golpe al moribundo —dice sin disimular la desgana, la tristeza, el miedo que le da tener que ir tan lejos—. Aunque si llevamos el engaño hasta el final, el Círculo se va a volver contra nosotros. Contra usted.

—Por eso me marcho definitivamente a Italia. Y usted se ocultará bajo alguno de sus seudónimos. Cuando se es muchos, no se es nadie. No debería resultarle difícil escribir ese artículo: no existe responsabilidad bajo una rúbrica que no es la suya. Además, Monteiro se lo habrá puesto fácil; no es un hombre simpático, y al final las emociones pesan más que los razonamientos. De todos modos —añade a continuación mientras saca un reloj de un bolsillo interno de la chaqueta, pulsa el botoncito que abate la tapa, lo mira fugazmente, todo en un mismo gesto nervioso—, me gustaría ir al quid de todo este asunto. Me interesa saber sobre Minerva. En el telegrama que me envió ayer me dijo usted que no estaba en la quinta, que no la vio… Y ya ve que eso no puede ser. O no debería ser. Por eso quise que habláramos por teléfono.

Fernando bascula la cabeza sobre los hombros con una cadencia de metrónomo que busca acompasar al otro, conferirle un *tempo* más calmo.

—¿Y por qué cuando vino a mi casa aquella noche me ocultó

usted la existencia de esta carta? —se le ocurre preguntar para ganar tiempo mientras la coge, la dobla de nuevo y, junto a la otra, se la entrega a su dueño—. ¿Por qué no me dijo que el rey destronado está detrás de todo esto?

—Pues porque lo creí a usted republicano —contesta mientras se guarda ambas misivas en el bolsillo interno de la chaqueta.

—No soy tan necio como para contar con la política. No me interesa.

—No me importa ahora lo que a usted le interesa o le deja de interesar —dice con atropello—. Me importa lo que le dijo António sobre Minerva.

—En cualquier caso, de haber sabido del interés personal del rey en este asunto, habría presionado más a Monteiro. A lo mejor así me habría dado alguna pista sobre el paradero de la mujer.

—En realidad yo lo busqué a usted para saber personalmente de ella. Eso es lo único que debe importarle. Y ese rey no es un rey, así que deje de llamarlo así. La carta de don Manuel fue el acicate que yo necesitaba… Y llegó antes de que tomara la decisión definitiva de volverme a Italia. Si se la enseño ahora es porque usted me dijo ayer por teléfono que en la quinta no había rastro de Minerva, y eso no es posible… Como ve, la mujer existe, no me la invento yo. Ya está usted al tanto de todas las bazas; ahora se trata de aliviar el desvelo de dos hombres, saber el paradero de una mujer imprevisible… y quién sabe si desenmascarar a un tirano.

—Dicho así, suena a fábula mítica.

—¿De qué habló con Monteiro? Dígame —dice presuroso, echándose violento hacia delante sobre la interpuesta mesita—. No puede ser que António no le hablara de Minerva.

—Me ha debido de malinterpretar cuando hablamos esta mañana. Yo no le he dicho eso.

Entonces los ojos del arquitecto se ensanchan, abarcadores; Fernando casi puede sentir cómo lo aprehenden, atractivos.

—Pues entonces, cuénteme ahora. Ya ve que la cosa es seria.

Fernando permanece en silencio un instante: repasa por última vez la visita a Monteiro. La carta que Manini acaba de enseñarle

ilumina el oscuro trecho final del camino, pero todo sigue siendo incierto, pura hipótesis. Mira a su alrededor un momento para dar tiempo a que se desenrede la maraña de palabras que se le agolpa en la boca, para tomar distancia de todo lo que tiene que decirle al hombre que, impaciente, se sienta ante él.

Las enormes puertas correderas que dan acceso al restaurante desde el *hall* del hotel están abiertas de par en par comunicando los dos espacios. Por ellas se introduce la vista del joven poeta, que ve a un botones que se apresura diligente hacia la puerta giratoria de entrada, donde una señorita da vueltas con su voluminosa maleta encasquetada entre los cóncavos cristales. Detrás del mostrador de recepción, un conserje de bigote rojizo atiende a dos trajeados caballeros. Más allá una doncella quita el polvo a la baranda de la escalera que lleva a las habitaciones. Un suspiro del inquieto arquitecto atrae de nuevo su atención hasta él.

—¿Qué ocurre?, ¿a qué espera? ¿Es que se está haciendo usted el misterioso?

Fernando lo mira gravemente, se aclara la voz, despega la espalda del sillón.

—¿Podríamos pedir algo? —dice con tono de excusa—. Tengo sed.

Luigi tuerce el gesto, frunce el ceño, pero en el último instante hace el esfuerzo de sonreír.

—¡Haber empezado por ahí! Si todo fuera tan fácil como eso… ¿Qué quiere usted?

Lo primero que piensa es un café, pero en ese instante siente en la boca del estómago la punzada de marras. Café, no: sería como el alcohol sobre la herida. Prefiere la paradoja:

—Un *brandy*.

—Excelente idea. Lo veo y lo igualo.

El arquitecto alza entonces el cuello y propina un par de enérgicas palmadas que enseguida convocan junto a ellos al mozo del bar (chalequito granate, pajarita, sienes a navaja).

—Que sean dos *brandys* —le dice. Y añade en cuanto el camarero se marcha en dirección a la barra—: Nada mejor que beber para

engrasar la lengua, ¿no?

—No espero yo portentos del alcohol… Solo una leve ayuda.

—Entonces podía usted haber pedido agua. Agua con gas. Nada más distinguido.

—Es que cuando la sed es honda, el agua ya no sirve. Hoy tengo yo hambre de hablarle, de esclarecerme las cosas. Quiero quitarme este fardo de encima —dice Fernando muy serio, pasándose una mano por la hombrera de su chaqueta como si se quitara un invisible peso con el descuidado gesto del que espanta una mosca.

Manini mantiene una ceja alzada y al cabo sonríe, cuando decide entender la frase sin su carga dramática.

—¡Vaya! —dice—. ¡Cómo son ustedes, los poetas!

Fernando espera en silencio a que el camarero le traiga la bebida. La empecinada introspección del poeta obliga a Manini a atemperarse. El camarero deja sobre la mesa las dos copas llenas. Entre ellas pone una cuña de tarta con dos cucharillas. «*Tarte Tatin*», dice en un dudoso francés. «Para que la prueben, cortesía de nuestro maestro repostero». Fernando sonríe desconcertado, Manini acierta a decir «gracias». El arquitecto tarda poco tiempo en clavarle la cuchara al pico de la cuña de tarta. Asiente en silencio con cara complacida mientras mastica. Fernando siente el alcohol por dentro como un estilete que lo abre en canal. Se convence de que es necesario, de que sin aquel mejunje no le van a salir las palabras, no le va a funcionar como debe la cabeza. Piensa en comer tarta pero no quiere mitigarle el efecto al *brandy*. Nota cómo el labio inferior le tiembla antes de empezar a hablar. De pronto le parece que unas manchas de vaho invaden los cristales de sus gafas dándole al arquitecto la textura de los sueños.

Una vez que las primeras palabras salen de su boca, todo es más fácil, como a bordo del tren que a ritmo amodorrado cruza estepas. Manini no lo interrumpe. Su manera de asentir, los ojos fijos, las manos enlazadas, las piernas cruzadas, el caro zapato bamboleante: todos los signos visibles que conformaban la actitud de escucha del arquitecto invitan al poeta a no callarse nada. Él habla ordenadamente, con una cuidada mezcla de literatura en la forma y verdad en el fondo que logra preservar la estimulante actitud de su interlocutor. Incluso llegado un momento de su relato, Fernando se descubre hablando exclusivamente con esa pretensión: lograr que nada cambie. Al término de una frase larga, mira hacia fuera a través

del ventanal del salón. A pesar de su presencia inmediata, al otro lado del frágil cristal, la Avenida da Liberdade en este instante tiene para él la naturaleza de lo irreal.

—Entonces —prosigue—, cuando intuí que la mancha que había en el suelo de la cripta podría ser de sangre, pensé que Monteiro me había llevado hasta allí para mostrármela, aunque fuera indirectamente, para poner a prueba mi perspicacia. Si hubiera querido ocultármela, no habríamos bajado a la cripta. Como es lógico, estábamos mejor en la biblioteca, que además era un sitio más apropiado para una entrevista, para causar mejor sensación a alguien que debe plasmar sobre papel lo mejor de ti. De cualquier manera, ya de camino a aquel lugar yo había sabido que el anfitrión de la casa iba a mostrarme algo… Lo cierto es que poco después de que mis ojos se tropezaran con la mancha, noté que me temblaban las manos y enseguida enmudecí. Cerré el cuaderno y lo dejé a mi lado, sobre el banco de madera, junto a mi estilográfica. La palabra “monstruo” aún resonaba contra las desnudas paredes de la cripta. “Los inocentes debéis alejaros de los monstruos”, había dicho Monteiro con una voz atronadora. De pronto, una ráfaga de aire apagó la llama de la lámpara, y fue de aquella repentina oscuridad de donde saqué las fuerzas para sosegarme, para recuperar el hilo de la entrevista, si es que aquello lo era, para evitar que esa mancha creciera en mi cabeza adquiriendo unas dimensiones que no tenía. Mientras António manipulaba de nuevo la válvula, hice acopio de valor para preguntarle:

»—¿Monstruos?, ¿qué monstruos? ¿De quién me está hablando?

»La pregunta quedó en el aire hasta que Monteiro consiguió volver a prender la llama manipulando un encendedor plateado que sacó de su bolsillo. Sus gestos en la parcial oscuridad que nos envolvía eran sosegados, meticulosos. Pensé que iba a tener que repetir de nuevo la pregunta porque otra vez se había abismado en el interior de alguno de los nichos; pero entonces se sentó a mi lado y dijo:

»—Me refiero a mí… Y a ella. A Minerva.

»—¿Minerva?, ¿qué pasa con Minerva? —le pregunté con cierto temor, incapaz de dejar a un lado las asociaciones—. ¿Dónde está ella ahora?

»Entonces su mirada se deslizó hasta el suelo y enfocó la reseca mancha oscura que la piedra no había chupado del todo. Este era el gesto que, a pesar de todos mis temores, no podía dejar pasar. “¿Y esa

mancha?", pregunté. "¿De qué es? Parece reciente". En ese instante sentí que iba a volver a temblar, y el solo hecho de que el poderoso Monteiro pudiera notar mi pavor (por la falacia de aquella entrevista, porque aquel hombre fuera un asesino), me llevó a llenar con arriesgadas palabras lo que habría sido un silencio incómodo: "¿Acaso hemos bajado hasta aquí porque usted quería que yo la viera y que le preguntara por ella? ¿Es sangre eso?". Recuerdo haberla señalado entonces fugazmente, con un índice bamboleante que rápidamente escondí en mi puño, temeroso de haber sido el artífice de un signo tangible sobre el que se me pudiera pedir cuentas.

»Entonces fue cuando percibí que António sonreía. Lo supe por el chasquido aumentado por la saliva, y después por la comisura brillosa del labio, que emitió un fugaz destello. Tardó un rato en hablar.

»—Me río porque todo esto le va a parecer a usted ridículo. Y en el fondo yo mismo me avergüenzo —me dijo despacio y en voz baja—. Porque a simple vista atenta contra mi hombría y porque seguro que cuando se lo cuente, le va a sonar a usted inverosímil. Pero esa mancha es la única prueba… la única prueba de que lo que voy a decirle es verdad.

»Al escuchar las palabras de Monteiro, pero sobre todo al percibir el nuevo tono que empleaba conmigo, franco, vulnerable, incluso temeroso, empecé a desechar el prejuicio que el miedo había ayudado a perfilar en mi cabeza. Por eso lo que me dijo después me encontró particularmente desprevenido. Se lo anuncio a usted ahora, Manini, para que no le pase lo mismo.

»—Cuénteme qué ha pasado, señor Monteiro —me atreví a decirle, empujándolo a seguir: supuse que si había querido que yo viera la mancha, ahora estaría dispuesto a contarme esa vergüenza asociada a ella—. Mi trabajo consiste en mostrarme impertérrito, en no hacer aspavientos ante ningún asunto de índole moral —añadí para ofrecer de mí mismo una imagen más garante—. Lo haré mejor que un confesor. Porque no lo juzgaré a usted en absoluto.

»Monteiro no dio señales de haberme escuchado. Esbozó una nueva sonrisa, pero esta vez su vista se hundió en la oscura mancha de la misma forma que minutos antes se había hundido en las tenebrosas oquedades de los muros.

»—Aquella noche, de madrugada, di vueltas en la cama durante más de dos horas, incapaz de dormir —comenzó diciendo con un quebradizo hilo de voz que pareció rasgarse justo al final de la frase.

Después de una abrupta pausa continuó con un esfuerzo que lo hacía arrastrar las palabras—: Supongo que la señorita Rosenbaum había pensado que después de yacer con ella quedaría exhausto. Sin embargo, permanecí inquieto cuando salió de mi cama y regresó a su alcoba. Me dijo que para descansar prefería la soledad. El sopor que me había embargado al principio, acabó disipándose al sentir, creciente, el frío de mi solitaria cama. Estaba a punto de levantarme en busca de un somnífero, cuando escuché un ruido seco procedente de la biblioteca. Me incorporé de un salto y salí al pasillo a oscuras, dejando que a cada paso se me agrandara el ojo, se me acomodara la pupila. Caminé despacio y quedo, con la idea de sorprender al intruso. Al llegar a la biblioteca, oí una respiración agitada que era casi como el zureo de una paloma. Empujé la puerta entornada con la punta de la zapatilla y lo que vi por el resquicio fue suficiente: el resplandor de la amarillenta luz de una palmatoria, y en el centro mismo del luminoso rodal, el oscuro y macizo bulto de Minerva. Inclinada sobre mi mesa de trabajo, examinaba a través de una lente temblorosa lo que enseguida supe que era el más preciado de mis tesoros: el atlas mítico-terreno del ilustre Mercator. Es una pieza única, de un valor incalculable. La mayoría de expertos pone en duda su existencia… Pero es real. Yo… lo he tenido entre mis manos, he pasado mi dedo por las fabulosas ciudades que nombraba, unas reales, las otras no lo sé. Lo he estudiado durante horas. Me lo trajeron desde Siria.

»Ante el nuevo silencio que Monteiro, abismado en el recuerdo de su tesoro, dilató más de lo normal, lo insté a proseguir: “¿Y qué ocurrió entonces?”, le pregunté con suavidad, evitando escamarlo y que desistiera en su iniciativa de abrirse a un desconocido.

»—Entonces… Entonces dudé —continuó tras una pausa—, y como si fuera yo el extraño, el que la espiaba, quien se disponía a violentarla, di un sigiloso paso atrás y entorné asustado la puerta. Pero la madera del suelo crujió y ella se percató: “¿António?”, dijo asustada, y yo respondí; me acerqué, abrí otra vez la puerta. Ella me miró con un rictus severo: la boca replegada sobre sí en un compacto montoncito de carne, los ojos indescifrables en la penumbra. “No podía dormir y estaba mirando esto…”, acertó a decirme. Enseguida supe que me estaba mintiendo. La noté nerviosa, reticente. Dudó ante mi silencio; mi actitud hierática le dio tiempo a pensar, a sosegarse, a rectificar en su cabeza el plan trazado. Entonces su gesto se hizo más amable; se irguió mientras se recogía tras la oreja un mechón caído. Me sonrió con la misma mueca que yo le había conocido horas antes, al montarla en el lecho, y con habilidosas manos se abrió el camisón y lo dejó resbalar hasta la alfombra. Sé lo que pretendía. Sé que quería que la mirara, que me acercara y la tocase, que me perdiera de nuevo

en su cuerpo. Y eso quería yo también. Ella me dijo un “ven” tardío que no me significaba nada, que únicamente era una apostilla a mi gesto ya iniciado. Fui hacia su cuerpo sabiendo que me engañaba, teniendo la certeza de que aquella mujer era peligrosa. Entretanto, ella rodeó la mesa y se colocó frente a mí, desnuda. A la luz de la vela refulgió fugazmente su tersa piel lechosa, se le perfilaron los senos abundantes cuyo tacto yo aún llevaba en mis dedos. Avanzó un poco más y se sumió de nuevo en la penumbra. Cuando estuvimos frente a frente, cuando mi mano la acaparó y la atrajo hasta mi cuerpo, sentí caer contra mis zapatillas la manga de su camisón, que ella había arrastrado por la alfombra prendido del brazo derecho. Entonces quedó al descubierto una pequeña pistola, de la que con terror percibí el plateado destello. Cuando retiré mi mano de su cuerpo y di un paso hacia atrás, sentí el frío metal del arma contra la sien. Entonces bajé los brazos, entregado, y cerré los ojos: me encomendé a aquella mujer cuando comprendí que iba a dispararme. En el último momento, noté cómo el cañón se separaba de mi frente y se me clavaba en el hombro; entonces escuché un ruido seco y me desvanecí.

—Pero ¿y Aldo?

La pregunta de Manini lo devuelve al recibidor del hotel, al tintineo de cucharillas sobre loza, a la tarta a medio comer.

—¿Quién es Aldo? —pregunta Fernando, despistado.

—El criado.

—Ah, ya… Me parece que no estaba.

—Si siempre está.

—Yo diría que esa noche no. Espérese y sabrá.

Manini suspira, probablemente lamentando la manera de contar de su interlocutor, que parece estar escribiendo ya con todo aquello su novela. Sonríe resignado.

—Bueno, continúe —dice arrastrando las palabras.

Fernando da un nuevo sorbo a su *brandy*, buscando en su cosquilleo el aliento preciso para seguir con su relato. Después de dudar un momento, decide clavar la cucharilla en la cuña de tarta por uno de sus flancos intactos. El arquitecto se impacienta al verlo masticar despacio, aparentemente complacido en un gesto tan trivial, del todo innecesario. En cuanto traga, retoma su relato, a cuyo inicio

ha ido dando forma mientras masticaba:

—Monteiro me dijo que cuando volvió en sí se encontraba sentado en su sillón de terciopelo rojo. La mujer, agachada entre sus piernas, lo abofeteaba. «Estaba angustiada», me dijo. «Por un momento tuvo la certeza de que me había matado. "Lo siento, lo siento", balbucía aún desnuda mientras me taponaba la herida con su propio camisón. Según acerté a entenderle, no pretendía dispararme, me había apuntado a la cabeza solo porque se había sentido amenazada al verse descubierta. Al posar el cañón sobre mi frente había sentido miedo de que el arma se disparara y por eso enseguida me había puesto la pistola en el hombro, en un sitio menos peligroso. Pero al ir a apoyarla contra el hueso, había apretado el gatillo sin querer y ¡pum!». Monteiro hizo la onomatopeya hinchando cómicamente el carrillo para dejar luego escapar con violencia el aire. Al mismo tiempo, alzó la mano del regazo con el índice enhiesto a modo de cañón, pero abortó el gesto en el último instante, arrepentido ante la puerilidad de una pistola de carne. «No era mucho más grande que mi mano el arma… Era una de esas pistolitas de mujer, ligeras y gráciles, que parecen de juguete. Como una *derringer*, ¿sabe?, la que usó el asesino de Lincoln. Pero le juro que mi herida escocía y sangraba como si hubiese sido de una lombarda». Entonces por primera vez Monteiro se llevó la mano al hombro, y con el mismo dedo que se había fingido antes pistola se apretó ahora el hueso, como masajeándolo.

—Supongo que le enseñaría a usted la herida.

Un segundo antes Fernando ha adivinado que el arquitecto le iba a hacer esa pregunta. El indicio, el síntoma. La gente cabal siempre necesita una verdad desde la que parta la creencia. La gente cabal quiere certezas.

—Yo no pensaba preguntarle, porque eso habría sido cuestionar lo que me estaba contando… Pero por suerte salió de él. «¿Quieres verla?», me dijo. Era un pequeño círculo taponado por una costra de sangre reseca. Pero aún supuraba. Me dijo que se la curaba el mayordomo... Aldo, ¿no es?

Manini asiente mientras descruza las piernas y las separa para que la mesita de mármol quede en medio cuando se inclina nervioso hacia Fernando.

—¡Aldo, sí, por fin! ¿Y dónde estaba?

—Según me dijo António, aquella noche le había pedido permiso para acudir a la celebración de la boda de su sobrino, en Cascais. Pasaba fuera el fin de semana.

—Será la única vez que ese huraño pide un permiso. Y me extraña que haya sido para una celebración. Tal vez Monteiro le mintió a usted.

—Eso, o el que mintió fue Aldo. A Monteiro. Puede que la señorita Minerva lo comprara. Suele suceder que el dinero anula la fidelidad.

La afirmación de Fernando, dicha con una seguridad de la que él carece por completo, deja callado un momento al arquitecto, caviloso.

—Es posible —dice al rato, y se echa de nuevo hacia atrás, desinflado—. Continúe.

—Me dijo que aún le dolía, que le daba punzadas y le sangraba mucho algunas noches. Que sería lenta la cicatrización porque su carne ya era endeble. «Las heridas en esta carne vieja son particularmente lacerantes», dijo. «Aunque en realidad, cuando uno empieza a notar de veras el detrimento en su propia persona, su paulatina putrefacción, la humillación y la burla son las que se hacen intolerables, y esas heridas tardan en cicatrizar más que las que provoca una bala».

Fernando aprovecha el nuevo silencio que le exige su relato para coger un poco más de tarta. Cuando la traga, el arquitecto parece haber puesto orden a las ideas en su cabeza:

—Entonces, por lo que usted me cuenta, me parece que yo también fui burlado por la bella Minerva. Y lo cierto es que ahí estoy de acuerdo con mi otrora querido António: las heridas del honor no sangran pero duelen como las que sí. Y no es cuestión de ser un viejo; basta con ser un cándido.

—O un hombre enamorado.

Manini baja los ojos hacia el mármol del velador, avergonzado; pero pronto se insta al pragmatismo y vuelve a mirar a la cara al joven Fernando:

—¿Y qué quería ella entonces?

—Pues parece claro: el mapa de Mercator. Por eso viajó con usted

hasta Sintra. Debía de tenerlo todo planeado.

El arquitecto niega con gravedad, como si aquel gesto pudiera hacer que el pasado fuera de otra forma.

—Y yo creyéndola arrastrada por mi misma pasión… —dice mirando con fijeza el oscuro licor del vaso.

—Eso le hizo ver ella. También a Monteiro, ya sabe. Conoce bien el punto débil de los hombres.

Fernando deja en el aire la frase y queda pensativo. Fija la vista en las manos del arquitecto, morenas, fuertes, de entrelazados dedos de pianista.

—¿Sabe? —añade sin quitar la vista de sus manos—. Cuando he leído la carta que le mandó a usted el monarca, he confirmado mi sospecha.

—Que el destronado rey está detrás del hurto —afirma Manini con voz cansada, sin alzar la vista.

—¿No es un bibliófilo, un intelectual?

—Lo es, sí… Y por eso se muestra preocupado. Conociéndolo, es lógico que le preocupe más un remoto mapa arcaico que el territorio tangible que le corresponde gobernar.

—Aunque si ella trabajara para el rey, a estas alturas ya habría regresado junto a él, ¿no cree?

—A lo mejor ha cambiado de opinión porque quiere el botín para ella sola. Eso también explica la desazón del monarca.

—No se ofenda, pero… quizá el rey también lo esté engañando a usted.

Luigi asiente despacio, el índice cruzándole la barbilla y la boca, partiéndole en dos el esmerado bigote. Cuando suspira, deja escapar el aire muy lentamente por una de las comisuras, la que queda a la derecha del tabiquito de carne que conforma la esbelta falange.

—¿Y la mancha de sangre?, ¿de quién era?

—«Enseguida dejó de sollozar y me hizo levantarme. Se vistió como pudo con el camisón empapado de mi sangre mientras me apuntaba con su letal pistolita. Suficiente para hacer temblar a un

viejo», añadió. «Luego, sin dejar de apuntarme por la espalda, me hizo salir de la casa. Fuimos hasta el invernadero a por una cuerda que ella me obligó a buscar. Después me trajo hasta la cripta. Entré en la capilla con el cañoncito hincado en la espalda, justo aquí», dijo señalándose imprecisamente la cintura. «Me hizo caminar a oscuras hasta llegar a este lugar donde ahora estamos. Me sentó en este banco. Para entonces yo estaba ya muy débil, al borde del desmayo. Luego me ató las manos a la espalda, pasándome con habilidad los brazos por detrás de la madera del respaldar. Después me miró durante un rato, con gesto impenetrable, la lamparita en el regazo, la vela casi consumida, y cuando se fue tenía una extraña sonrisa en los labios. Me pareció leerle en ellos un *lo siento*. No sé cuánto tiempo estuve aquí abajo porque enseguida perdí el conocimiento. Aldo dice que me encontró el lunes por la mañana. Yo estaba tirado en el suelo, justo encima de la mancha que ve ahí. Sin saber cómo, conseguí desatarme, pero, como ve, no llegué muy lejos. Mi criado me llevó a la cama y me lavó la herida. Llamó al doctor Oliveira. Cuando se marchó, me preguntó por la señorita Rosenbaum y yo le dije que había partido hacia Inglaterra antes de que entrara en la casa quien me había hecho aquello. "Un encapuchado", le dije. El mismo que había venido a llevarse el mapa. Me callé la autoría de Minerva no por encubrirla a ella, sino por encubrirme a mí, por disimular que había sido una mujer la que me había ultrajado. Era más fácil eso que intentar convencerlo de que… de que en realidad ella no era exactamente una mujer».

Manini achica el ojo izquierdo, arruga la nariz, entreabre la boca.

—¡¿Qué?! ¿¡Y a qué se refiere con eso?!

—Ahora verá…

Fernando carraspea, apura de un sorbo su copa. En este momento, el camarero, solícito, se acerca a los dos hombres, les ofrece llenarles de nuevo las copas «o si desean alguna otra cosa...».

—No, gracias —contesta Fernando mientras gesticula negando con ambas manos hasta casi tirar su vaso—. Está bien así. Si bebo un poco más ya me mareo.

El arquitecto, dubitativo, le pide un *whisky* después de apurar de un largo trago su vaso. El camarero se retira llevándose consigo las dos copas. Fernando prosigue:

—Como es lógico, no me callé. Le pregunté, como ha hecho usted

ahora conmigo, que a qué se refería. Después de un vasto silencio, Monteiro me dijo con voz grave que ella era un monstruo, que él bien lo sabía porque había podido verlo con sus propios ojos. Me dijo que ella era el hada Melusina.

Al escuchar las palabras del poeta, el arquitecto no puede evitar sonreír. En un gesto mecánico, mueve hacia los lados la cabeza, como si la sacudiese. Fernando lee «chocheces» en el susurro que perfilan sus labios.

—Me aseguró que le había visto su cola de serpiente.

—Muy propio de él. Dice haber visto para que se le crea. Como si su ojo fuera un notario.

—También me dijo que Minerva había viajado con usted hasta Regaleira con el propósito de designarlo a él legítimo heredero de la monarquía portuguesa, puesto que el monarca en el exilio se mostraba escéptico ante la verdad latente en la leyenda. Según me dijo, Manuel es demasiado cobarde para asumir el destino para el que lo convoca la historia. No lo sé, me pareció todo…

—Delirios de un viejo megalómano.

Fernando guarda silencio. No se atreve a asentir. Tal y como le dijo a Monteiro, él no desempeña el papel de juez en esta historia.

—Está loco —añade el arquitecto.

—Fue engañado.

—¡¿Pero cómo pudo verle… una cola de serpiente… a Minerva?! —dice, casi gritando; los ojos de Manini parecen fustigar a Fernando en busca de respuestas que este no tiene.

—Yo no lo sé —contesta su interlocutor, que se limita a subir los hombros, a hundir en el pecho la cabeza.

Pensativo, Manini observa cómo el camarero deja su *whisky* con tintineantes cubitos de hielo (un lujo exclusivo de aquel hotel en toda Lisboa) sobre un posavasos de plata que se saca de uno de los bolsillos del chaleco.

—¡Es que todo esto es absurdo! —dice al cabo de un rato—. ¿Cómo es posible que la misma criatura poderosa que le hace el amor, pocas horas después le robe a punta de pistola y lo abandone en la

cripta? ¿Desde cuándo un… hada necesita usar armas de fuego, robar mapas?

Ahora es Fernando quien sonríe.

—Ante una historia así, no se puede esperar la comprensión del otro. Intentando que mis ideas personales no se me transparentasen, le planteé con delicadeza la posibilidad de que hubiera sido drogado. Él me dijo que, tal y como decía la leyenda, la monstruosidad de Minerva solo le afectaba los sábados por la noche, cuando reaparecía puntualmente su maldición: mitad mujer, mitad serpiente. Y que él la había visto convertida en híbrida criatura sobrenatural. «¡Con mis propios ojos! Incluso le acaricié las escamas de la cola», añadió. Después se acaloró hablándome de la responsabilidad que ahora asumía: la de guiar a la nación portuguesa hacia la forja del Quinto Imperio. Me dijo que mi artículo debería hablar de todo eso. «¿Y cómo explica la hostilidad de la mujer, el robo, el disparo? ¿No parecen comportamientos… muy humanos?», me atreví a preguntarle. «Jesucristo también se fingió hombre», me dijo. «Y no por eso me puede usted negar que sea el hijo de Dios. Melusina se llevó el mapa mágico del visionario Mercator. Sus designios son inescrutables, pero apuesto a que lo necesita para fundar un nuevo imperio en Europa. Cuando la descubrí en la biblioteca lo estaba estudiando… Y luego se lo llevó. Su arma puso coto a mi curiosidad, me enseñó los límites a los que puedo llegar. El fruto del árbol de la sabiduría nos sigue estando vedado a los mortales».

»Supongo que cuando acabó de hablar no pude disimular del todo lo que se me pasaba por la cabeza… Monteiro debió de verme un gesto de extrañeza en mi rostro (le juro que no de burla, pues estaba fascinado con la idea de que aquel hombre pudiera creer en todo lo que, con la mayor gravedad, me estaba contando), a pesar de mis esfuerzos por contenerme, por mantenerme en el ideal de neutralidad que me había impuesto a mí mismo, del que había hecho gala ante el propio anfitrión minutos antes. Entonces me miró con aspereza y me dijo que ya era suficiente por hoy. Que me había contado demasiado, que ya sospechaba él que un poeta no era la persona más idónea para dar a conocer a la sociedad el origen de su nuevo propósito, que más le valía haber compartido su historia con los "necios del Círculo, incluso con Manini", eso dijo, "antes que con un estúpido periodista que ni siquiera lo es de verdad".

»A pesar de mis insistentes ruegos, me acompañó apresuradamente hasta la puerta, como para asegurarse de que yo abandonaba su casa. Fuera, al otro lado de la verja, aterido por el frío

y la humedad, me esperaba el fotógrafo del periódico, de quien me había olvidado por completo. Al recibirme, Aldo me había dicho que el chico solo podía entrar en la casa al final de la entrevista, y que estaría en todo momento vigilado por él mismo, por eso el pobre había esperado fuera. Pero ahora el anfitrión se negaba a dejarse fotografiar. “Todo lo más, podrá usted sacar una foto de mi busto en piedra, si lo desea. Es más divertido que yo, porque el escultor me lo hizo guiñando un ojo. Se lo digo porque mi persona ya se ha exhibido hoy por encima de lo conveniente ante un extraño”. Entonces el fotógrafo entró a la casa con Monteiro. A mí ya no se me dejó acompañarlos, así que me quedé esperando al otro lado de la carretera, junto al arcén. En fin… Aquí tiene la fotografía —añade Fernando, y saca del bolsillo interno de su chaqueta un rígido cartón con una imagen en blanco y negro.

Manini mira la foto sabiendo de antemano lo que va a encontrar en ella. Cientos de veces se había tropezado con aquella escultura al término de su escalera de Regaleira. Desde la imagen, un marmóreo Monteiro se yergue soberano (corona de laurel, tupida barba), mientras guiña un ojo al espectador con mueca burlona.

Manini alza la vista de la fotografía y permanece en silencio, las manos de esbeltos dedos enlazadas bajo los ojos, los codos contra los brazos del sillón. Después de unos minutos, se acerca de nuevo a la mesita y coge el vaso del *whisky*, tintinean los hielos. A través del líquido amarillo ve la figura de Fernando, temblorosa, imprecisa. En ese justo instante recuerda que los dos sábados que había pasado con Minerva, uno de ellos todavía en Londres y el otro ya en Buçaco, al caer la tarde ella le había puesto excusas para ausentarse: la primera vez no había acudido a la fiesta de despedida que había organizado en su honor su amante, el monarca; la segunda, lo había echado de su alcoba aduciendo el «mal de madre» e insistiendo en que debía dejarla sola a toda prisa. Incluso había habido una tercera vez: cuando lo echó definitivamente de Regaleira por medio de Monteiro, motivo por el que se había visto desterrado a la Casa das Campainhas, el mismo día en que se había tropezado con el joven Fernando.

Manini sigue bebiendo hasta vaciar el vaso. Entonces ve cómo el poeta, pequeño, compacto, repetido, le sonríe con malicia desde cada uno de los tres cubitos de hielo que chocan contra el cristal.

VEINTE

Camino tras ella con la vista prendida de los bolsillos traseros de su pantalón. Su contoneo, muy sutil, tiene sin embargo una marcada cadencia adolescente —redonda, suave— que yo lamento haber perdido hace tiempo, si es que alguna vez llegué a tenerla. A pesar de su feminidad, Rebeca se esfuerza en diluir cualquier gesto que vaya a derivar en lo cursi o lo coqueto, cualquier indicio que sutilmente pueda apuntar al universo de lo femenino. Sin embargo, su belleza señala sin ambages en esa dirección que ella trata de eludir: hacia las formas curvas, carentes de aristas; por eso el resultado es la androginia y su confusa belleza, más turbadora y desconcertante en tanto que inesperada.

—Ya falta poco —me dice girando la cabeza para que la oiga mejor, pero justo en ese instante nos sobrepasa un coche que lleva nuestra misma dirección, y el eco de su voz entre los árboles es anulado por el estruendo del motor. La luz de los faros de xenón le ilumina momentáneamente el rostro, que refulge un instante blanco, los labios rojos, entreabiertos.

Al notar la peligrosa cercanía del automóvil, nos adentramos por instinto un poco más en el estrecho arcén por el que caminamos, ya con el pie derecho resbalando a trechos por el plano inclinado de la cuneta. Cuando una ráfaga de aire frío me constata la humedad de mi camiseta, decido ponerme la cazadora vaquera que llevo sobre el bolso cruzado en bandolera. Sigo andando mientras me abrigo para que ella, que camina decidida a pesar de lo incierto del camino, no se me distancie demasiado.

He recibido el mensaje de que Rebeca ya estaba abajo, en la recepción del hotel, cuando aún me estaba cepillando el pelo. *Estoy en 5*. La prisa me ha hecho descartar el secador. Después de un tímido saludo en la puerta, la una al lado de la otra hemos bajado en silencio la pronunciada cuesta que separa el hotel de las primeras calles del pueblo; hemos cruzado el paso a nivel, hemos pasado por algunas calles jalonadas de casitas de estilo inglés, como la de ella.

—Me encantan estas casas —he dicho por romper el dilatado silencio.

Ella se ha limitado a asentir. Las conversaciones sobre el tiempo, lo mismo que las apreciaciones sobre realidades más o menos evidentes, solo sirven para llenar ese miedo humano, tan adulto, a los

silencios inhóspitos. Sin embargo, los adolescentes a menudo engendran silencios que constatan su recién adquirido poder en el mundo; así, sus silencios son los de un dios que contempla a sus flamantes criaturas para ver qué hacen. Por eso he interpretado el encogerse de hombros de Rebeca, su mueca ufana, insolente incluso, como una muestra de su superioridad. Entonces con terror he recordado que su padre me dijo que tenía veintiún años. A esa edad ya no se es adolescente. Y si el de Rebeca no era un silencio adolescente, a todas luces era un silencio incómodo, agraviante por el simple hecho de ser ya adulto.

—El restaurante al que vamos está en las afueras. Hay que caminar un poco. Espero que no te importe.

Cuando la he escuchado darme esa información práctica y concisa, necesaria de algún modo, he pensado que quizá es una chica tímida. Solo eso. Y la timidez prolonga en nosotros las actitudes de los primeros años: los sonrojos, los titubeos, las reacciones socialmente inadecuadas, los silencios. Animada por esta conclusión, que reconfigura en mi cabeza la prejuiciosa imagen que tengo de la chica, le he contestado animadamente mientras con paso apresurado hemos sorteado a la gente que se apostaba en torno a panzudos barriles a las puertas de las sidrerías.

—En absoluto. Me gusta caminar. Se hace hambre.

—En estas sidrerías ponen muy buenas tapas y pinchos —me ha dicho entonces ella, ladeando la cabeza sin aminorar la marcha, las manos metidas en los bolsillos de una sudadera con capucha—. Pero a mí para cenar me gusta El Nido. Y como quiero invitar yo…

—¡De eso nada! —me ha salido decirle de forma automática, adulta, solvente.

Ella ha sonreído, me ha mirado de soslayo y ha meneado la cabeza.

—Es lo lógico, me parece. Te he citado yo.

Ante su sencillo argumento, he guardado silencio. Fugazmente he pensado en su padre, Edelmiro, Edel, que le dará una nutrida paga, siendo hija única, la niña de sus ojos: veinte euros semanales; o quizás ella trabaja y se puede permitir la invitación. Además, no es tan niña como parece. Veintiún años, veintidós en unos días, *cáncer,* he recordado.

—Esta mañana tu padre me ha hablado de ti… —se me ha ocurrido decirle cuando ya estábamos dejando atrás la última urbanización del pueblo.

Ella se ha girado hacia mí curiosa, con una mueca de extrañeza.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te ha dicho?

—Pues que presientes sus… necesidades —he improvisado, recordando vagamente.

Ella ha suspirado.

—Ya… No me queda otra. Son muchos años. Y él es muy… especial.

Entonces se ha hecho un nuevo silencio. He pensado preguntarle que especial en qué sentido, pero ya conocía de antemano la respuesta. *Especial* es el eterno eufemismo para las personas complicadas, caprichosas, gilipollas.

—Parece un buen hombre —he dicho tarde.

—Supongo que lo es —me ha dicho ella más tarde aún, después de parecer que lo dudaba, tal vez porque iba concentrada en tomar la calle correcta, la que desembocaba en la carretera, ya a las afueras.

Entonces hemos dejado atrás las últimas casas, las farolas del pueblo, y nos hemos adentrado en la estrecha carretera que va en dirección a la playa de las Cuevas del Mar.

—En realidad esto es peligroso y no debería hacerse —me ha dicho ella al cabo de un buen trecho recorrido—. Pero a los que no tenemos coche, no nos queda otra.

—Yo tengo coche. Podías habérmelo dicho y habríamos venido en él —le he comentado lamentando el hecho de que ni tan siquiera se me hubiese pasado por la cabeza proponerlo al salir del hotel.

—¿No habías dicho que te gustaba caminar? ¿No querías hacer hambre?

Me he limitado a sonreír, a asentir, pero ella ya iba delante, no ha podido verme, y entonces es cuando yo he empezado a fijarme en su culo, tan sucinto y contenidamente cadencioso a la favorecedora luz lunar.

—Oye, ¿y a qué te dedicas? —le pregunto después de otro silencio, la carretera sin tránsito durante un buen trecho—. ¿Vas a la universidad?

—Ya me gustaría, pero con mi padre así… —me dice girando la cabeza de cuando en cuando para asegurarse de que me llegan sus palabras—. No es que él me haya obligado a quedarme a su lado, pero como muy cerca habría tenido que irme a vivir a Oviedo, y cuando tuve que tomar la decisión, opté por quedarme. En fin… Estudio Ciencias del mar por la universidad a distancia. Estoy en tercer curso, con algunas pendientes de segundo, pero voy bien. A mi ritmo. Solo tengo que ir a Oviedo a examinarme. Ida y vuelta en el día. Está bien así.

—Pero echarás de menos el contacto con la gente. Con gente de tu edad.

—A veces sí, pero tampoco creas… Estoy bien sola. Leo, escucho música… Disfruto mucho de mi tiempo, de mis cosas.

Asiento vagamente; no puedo evitar sentir por Rebeca cierta compasión, a pesar de que parece una chica feliz, cabal, inteligente.

—Ya hemos llegado —me dice cuando vemos surgir tras los árboles después de una curva una compacta casa de piedra.

El Nido de Robin, reza en un gran letrero a pie de carretera. Recuerdo entonces la serie televisiva de los ochenta. Seguro que Rebeca no sabe el origen del nombre del restaurante. La brecha mental que origina esta constatación incrementa simbólicamente los quince años que nos llevamos.

Unos cuantos veladores se disponen en la entrada del restaurante, junto a una barbacoa tras la que un señor con un pomposo gorro de chef asa comida que despide un suculento olor a leña. De las ventanas de la casa cae una luz naranja que baña las mesas.

—¿Te importa si nos sentamos fuera?, ¿tienes frío? —pregunta tímidamente—. Es que… —añade sacándose del bolsillo un paquete de Marlboro.

Sacudo la cabeza mientras tiro de una de las solapas de mi ligera chaqueta para darle a entender que voy equipada para la intemperie cantábrica. Los sabores de la parrilla (carne y pescado, puede que incluso marisco) llegan hasta nosotras mezclados con la olorosa humedad del cercano bosquecillo (hayas, robles, pinos). Solo hay tres

mesas ocupadas en las que sendas parejas hablan en voz queda; una musiquilla moderna llega tenue desde el interior del restaurante, donde por la ventana se entrevé la barra, un camarero que silba, la televisión encendida. Un muchacho enjuto, alto, lampiño, blanquísimo, nos trae la carta y nos pregunta por la bebida.

—Supongo que ya habrás probado la sidra… —me dice ella mientras enciende un cigarrillo, como si al enseñarme el paquete se hubiera acordado de ese hábito suyo.

—Pues… la he probado alguna vez, pero no en este viaje.

—Entonces si te apetece…

Asiento, claro que me apetece, es lo que se bebe aquí. Un poco de idiosincrasia local no daña a nadie. «Viajar para beber, beber para viajar», recuerdo la estúpida frase de Alberto cuando estuvimos en una bodega de Jerez. Ella pide una botella. Nos quedamos en silencio de nuevo. Al verla fumar descubro que su cigarrillo es más fino de lo usual. Tabaco de liar. Está claro que ha aprovechado la cajetilla para llenarla con su propio tabaco, a su manera. *Una jipi*, pienso.

—Le cojo las cajetillas a mi padre —me dice ella, apercibida de que la he estado mirando especulativamente.

—¿Tu padre fuma? —pregunto; no me parece compatible aquel vicio con su enfermedad. En realidad, su postración no me parece prácticamente compatible con ninguna cosa.

—Mucho —se limita a decir.

—No lo imaginaba. Vaya sorpresa.

—Pues te aseguro que no va a ser la única esta noche.

La miro curiosa, pero en ese momento llega el camarero con la sidra y dos vasos chatos. Los coge con una mano, con la otra alza la botella; luego escancia la bebida, que describe un parabólico y amplísimo chorro que al caer contra el fondo del vaso levanta una espuma blanca.

—Por las sorpresas —digo alzando mi vaso hacia ella cuando se ha marchado el camarero—. Gratas, a ser posible.

Ella choca su vaso contra el mío y ambas bebemos todo el contenido del tirón, como los entendidos dicen que ha de hacerse.

—La verdad es que a mí no me gusta mucho… Además, apenas pega: a la cabeza, me refiero —dice paladeando el prolongado sorbo, dándole una nueva calada al cigarrillo—. Pero siendo tú forastera, no íbamos a pedir Coca-Cola.

Asiento, le digo algo así como «pues a mí sí me gusta» o «nada que ver con lo que tomamos en el resto del país bajo el mismo nombre», y luego vuelve a hacerse un silencio gravoso. Ella abre la carta del restaurante, yo la imito, y por un momento las dos nos parapetamos tras un robusto cuaderno con las pastas en cuero de imitación, los folios con la lista de platos y raciones metidos en sus correspondientes (y aceitosas) fundas de plástico. Al cabo de un rato, ambas cerramos las cartas casi a la vez, y antes de que yo vaya a hablar para dejar de sentirme incómoda, regresa el camarero. Rebeca pide un chuletón de buey poco hecho y yo pido una parrillada de verduras.

—Espero que no hayas pedido lo más barato porque vaya a pagar yo —me dice cuando se marcha el muchacho; el humo del tabaco le difumina la cara, ya de por sí imprecisa por la escasa luz.

—En absoluto —contesto sorprendida por el atrevimiento de su comentario—. Me gusta cenar ligero.

—No será por cuidar la línea, ¿no? Porque si es por eso estás loca. Ya me gustaría a mí un cuerpo así. —Al decir la última palabra, me apunta con la brasa del cigarrillo y la desplaza hacia arriba y hacia abajo en un gesto que apela vagamente al cuerpo sentado frente a ella, al otro lado de la mesa.

No sé qué contestar a su comentario, así que me limito a arquear las cejas, a negar con falsa modestia. Mentalmente pienso que tal vez tengo que reajustar de nuevo la imagen de la chica. No es tímida. ¿Entonces, qué? El tabaco, que tal vez lo fuma aliñado —pero no, no percibo el inconfundible olor de la maría en las deshechas bocanadas de humo que me llegan—; la sidra, pero tampoco: como ella misma ha dicho, tiene escasa graduación. La miro desconcertada y ella me guiña un ojo mientras se levanta, toma los dos vasos y la botella, y escancia la sidra con más encanto que el camarero. Le acerco el vaso para un nuevo brindis, ella me mira extrañada.

—Por esta magnífica cena… Muchas gracias. El sitio es estupendo —digo mirando a mi alrededor antes de llevarme el vaso a los labios —. Lo raro es que no haya más gente. Además, con el descenso del Sella…

Tras beberse de un trago la sidra, Rebeca da una nueva calada al cigarrillo y expulsa el aire con una mueca de fastidio.

—¡El descenso, qué pereza! ¡Todos los años el mismo rollo! —exclama. Sonrío porque me hace gracia su actitud; por un momento dudo entre preguntarle la razón de su odio o dejarlo pasar: seguramente sería algún desengaño, personal (un mal recuerdo) o colectivo (era ecologista), en cualquier caso me imaginaba que sería una cuestión de principios cimentada sobre el prejuicio. Voy a preguntarle, pero entonces ella añade—: De todos modos, es raro que no haya aquí más gente. Las sidrerías por las que hemos pasado sí estaban llenas… ¿Lo ves? Niñatos. Por el descenso, digo. Vienen días antes de las fechas oficiales porque así el viaje les sale más barato. Ni siquiera llevan encima dinero para darse el capricho de una buena cena.

En ese instante llega el camarero con una ensalada, que deja en el centro de la mesa, y como ya queda atrás la cuestión sobre la que pensaba formular mi pregunta, la dejo en el tintero. Pienso que ya va siendo hora de saber el motivo de aquella cita, y al no ver en Rebeca una disposición manifiesta a introducir el tema, decido interpretar que quiere que sea yo quien lo saque. Así me convenzo de mi iniciativa.

—Bueno… —digo mientras empujo hacia ella el convoy para que aliñe la ensalada—. A mí me gustaría saber por qué tú sí me vas a conceder a mí el capricho de esta buena cena.

Ella me mira socarrona, da una última calada al cigarro y mientras expulsa el humo hacia arriba, comienza a verter el aceite sobre el bol describiendo cadenciosos círculos; cuando está echándole la sal a la ensalada, empieza a hablar:

—A ver… Tú eres novelista, ¿no?

No esperaba esa pregunta.

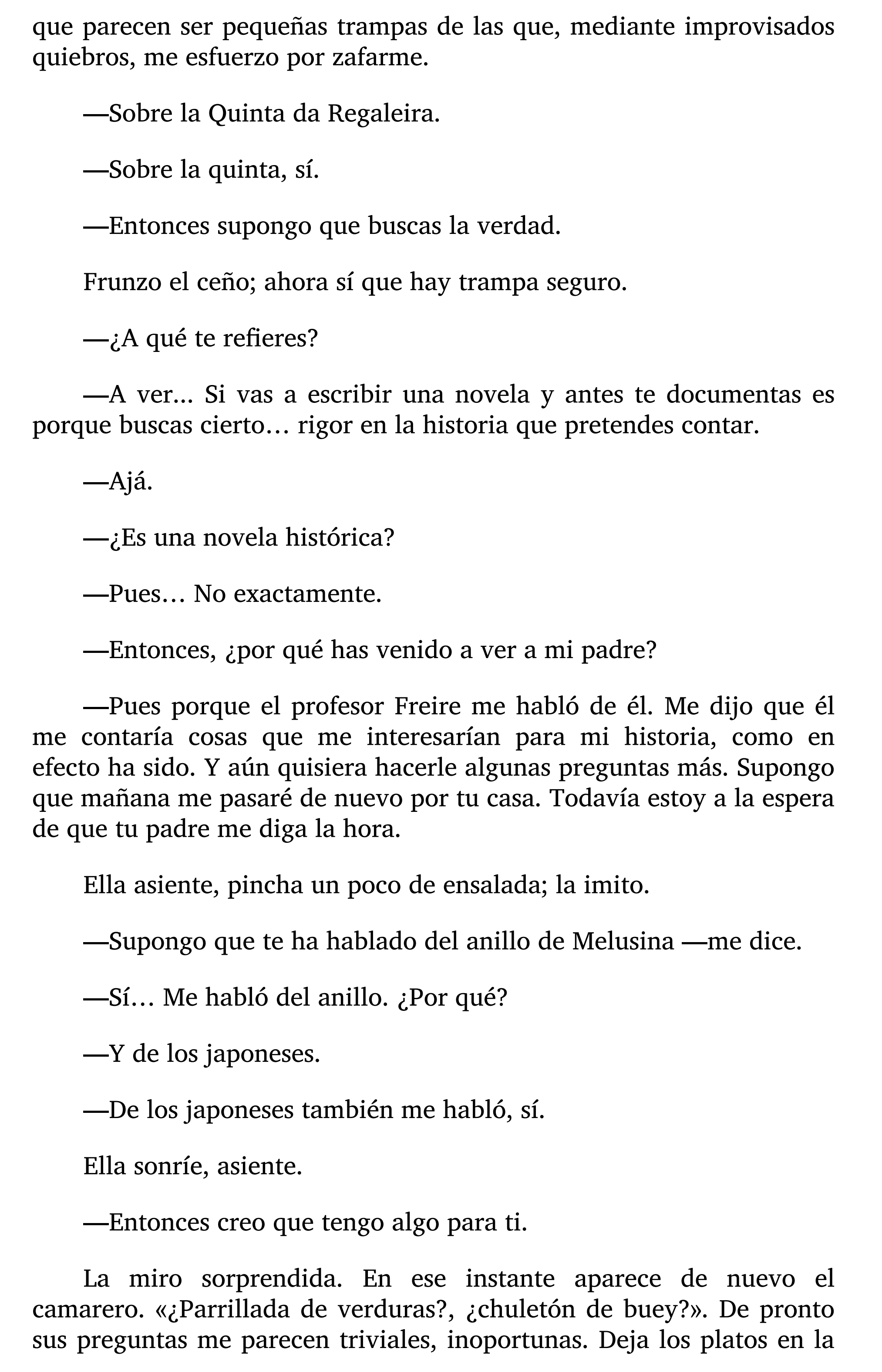
—Bueno… Aún no. De momento, solo soy bibliotecaria.

—Pero vas a escribir una novela.

—Eso espero, sí.

—Bien. Y has venido a ver a mi padre para documentarte, ¿no?

—Así es —contesto dejando pasar un rato, desconcertada ante el impredecible rumbo hacia el que nos lleva esta batería de preguntas,


que parecen ser pequeñas trampas de las que, mediante improvisados quiebros, me esfuerzo por zafarme.

—Sobre la Quinta da Regaleira.

—Sobre la quinta, sí.

—Entonces supongo que buscas la verdad.

Frunzo el ceño; ahora sí que hay trampa seguro.

—¿A qué te refieres?

—A ver... Si vas a escribir una novela y antes te documentas es porque buscas cierto… rigor en la historia que pretendes contar.

—Ajá.

—¿Es una novela histórica?

—Pues… No exactamente.

—Entonces, ¿por qué has venido a ver a mi padre?

—Pues porque el profesor Freire me habló de él. Me dijo que él me contaría cosas que me interesarían para mi historia, como en efecto ha sido. Y aún quisiera hacerle algunas preguntas más. Supongo que mañana me pasaré de nuevo por tu casa. Todavía estoy a la espera de que tu padre me diga la hora.

Ella asiente, pincha un poco de ensalada; la imito.

—Supongo que te ha hablado del anillo de Melusina —me dice.

—Sí… Me habló del anillo. ¿Por qué?

—Y de los japoneses.

—De los japoneses también me habló, sí.

Ella sonríe, asiente.

—Entonces creo que tengo algo para ti.

La miro sorprendida. En ese instante aparece de nuevo el camarero. «¿Parrillada de verduras?, ¿chuletón de buey?». De pronto sus preguntas me parecen triviales, inoportunas. Deja los platos en la

mesa; al ver vacíos de sidra los vasos, nos los llena con la ceremonia estipulada. Cuando se va, Rebeca mira con deseo su chuletón con patatas. No vuelve a hablarme hasta que no ha dado cuenta de la mitad de su trozo de carne; yo pincho sin hambre un espárrago y varios pedazos de calabacín y berenjena. Bebo esta vez la sidra poco a poco.

—¿Quieres? —me dice ella al rato, con entusiasmo.

—No, gracias.

—¿Eres vegetariana?

—No, qué va. Solo que me gusta más la verdura.

—¡Pues nadie lo diría! —me dice señalando mi plato.

—Es que no tengo hambre. Me has dejado con la intriga y…

Ella sonríe mientras se lleva un trozo de pan a la boca.

—Coge patatas al menos… —me dice con la boca llena; ahora sí me parece una niña, una niñata.

Pincho una patata de su plato por no rehusar su entrañable ofrecimiento, apuro la sidra.

—En realidad, no te voy a dar nada físico… Ningún objeto, me refiero. Pero lo que voy a ofrecerte te interesa. Eso, si buscas saber la verdad.

Otra vez me dice lo de la verdad. Me pongo nerviosa. Me enfado un poco. No me gusta que una adolescente lleve el ritmo de la conversación, imprima sus propios tiempos, esta infantil cadencia que empieza a exasperarme. Quiero más sidra.

—Esta vez voy a escanciar yo —digo mientras cojo la botella y mi vaso y me giro hacia un lado para que el líquido que salpique caiga al suelo; describo una parábola muy sutil, tontísima—. ¿Qué tal? —le digo mientras alcanzo su vaso y también se lo lleno, apurando la botella.

—Para ser tu primera vez, no está mal.

Nuevamente me bebo la sidra de un trago, pincho un poco más de mi plato, suena mi móvil. Lo saco del bolso. Es Alberto. Un mensaje:

Kaufi (22:43): *Cariño, si te llamo, ¿me cogerás el teléfono? Necesito hablar contigo. No podemos seguir así.*

No le contesto. Llamo al camarero, pido otra botella. Rebeca me mira sin parar de masticar.

—¿Por qué insistes tanto en lo de la verdad? —le digo finalmente.

Ella ladea la cabeza, traga.

—Pues porque quiero saber si te importa saberla.

—Es evidente que sí. Por eso estoy aquí.

—Ya, pero… Para una novela no es necesaria.

Le apunto una victoria parcial. No es una chica boba.

—Desde luego. Pero yo quiero escribir sobre un lugar real, con personajes reales. De todas formas, para distorsionar las historias primero hay que conocerlas bien.

—Ya entiendo… Entonces te interesa bastante saber la verdad.

—Pues claro. Por eso fui a Sintra y he venido luego hasta aquí después de reunirme con Freire en Lisboa.

—Has recorrido muchos kilómetros.

—Fíjate entonces si me importará saber la verdad.

Vuelve el camarero, vuelve a escanciar. Bebemos las dos con avidez. Empiezo a sentirme mareada. No mucho. Es una borrachera tenue, muy floja. De poca graduación, Rebeca *dixit*. Es una borrachera de mujeres. Suficiente para nosotras esta noche.

—Pues mi padre te ha mentido.

El alcohol me impide reaccionar más deprisa. Me echo hacia adelante, apoyando las manos contra el canto de la mesa, abriendo bien los ojos frente a ella.

—¿En qué? ¿En qué me ha mentido tu padre?

—Evidentemente, no escuché vuestra conversación, así que no lo sé. Pero imagino que te ha contado lo mismo que me contó a mí en su día, cuando tuve edad para entender su historia. ¿Te ha hablado de

sus diarios? No me refiero a los de Monteiro, sino a los suyos propios.

—Sí, claro.

—Pues eso es lo que te traigo. Los he fotografiado. Página a página. Poco a poco. Desde hace un año. Desde que tengo móvil nuevo, vamos —añade sacando el teléfono de su chaqueta y enseñándomelo, como si ahí estuvieran todas las respuestas, pero enseguida lo vuelve a guardar, dejándome de nuevo con la intriga—. La cámara es una virguería. Son nueve cuadernos en total. Mi padre empezó a escribirlos cuando trabajaba en la quinta. Yo los descubrí hace cuatro o cinco años y en un primer momento pensé en mandárselos a Freire. Pero luego decidí que no. Es un hombre antipático y es probable que luego le fuera a mi padre con el cuento… Cuando supe dónde los guardaba, saqué copia de la llave. La historia que encontré allí es muy diferente de la que él cuenta… Te va a interesar.

Parpadeo, me llevo sin saber bien por qué un espárrago a la boca. Está frío, flácido. Relleno luego mi vaso de sidra apoyando el cuello de la botella contra el filo, sin airear el líquido, como si me echara cerveza.

—Pero ¿dónde están esos diarios?

—En casa. En mi disco duro portátil, encriptados. Los subiré a la nube, si te parece: la materialidad del cedé o el *pen* me haría sentir más culpable. Luego te mando un mensaje con los datos del servidor y el *password* para que te los bajes.

—Pero… ¿Por qué a Freire no y a mí sí? No me conoces.

—Ah, pues… Pues la verdad es que no lo sé. Él es un aburrido investigador y tú, en cambio, una novelista. Entiendo mejor tu cometido que el suyo. Además… tú eres más atractiva.

El efecto del alcohol, parejo a una sensación de abotargamiento por lo inesperado del comentario de Rebeca, me hace no saber reaccionar de forma normal: no me ruborizo, no sonrío, no intento articular ningún comentario que rebaje el tono, que camufle el sentido de lo que ella acaba de decirme. Como en una intranquila duermevela, en dilatados fragmentos no del todo conexos, transcurren en silencio los minutos siguientes, en los que veo a Rebeca escanciando nuevamente la sidra hasta acabarla, al camarero retirando los platos y trayendo luego una tarta de chocolate que ella engulle con una avidez de no haber comido en meses, a mí misma bebiéndome un café que

quema como el fuego.

—Oye, ¿te apetece que vayamos dando un paseo hasta la playa de las Cuevas del Mar? Está a menos de un kilómetro si seguimos la carretera adelante. Es la playa que sale en aquella película de Garci…

—*You are the one* —digo sin saber por qué; o sabiéndolo, claro que sí, por Alberto. A él no le gusta Garci, le parece pretencioso. Me viene a la memoria Lydia Bosch en blanco y negro.

—¡Esa! ¿Te apetece?

De nuevo le miro los ceñidos pantalones mientras nos internamos en la carretera oscura que va a la playa. Su culo conciso y prieto. Otra vez me suena el móvil.

Kaufi (23:55): *No entiendo por qué lees mis mensajes y no contestas. ¿Qué nos está pasando? ¡Joder! Bueno, yo me acuesto ya. Mañana hablamos. Te quiero.*

Lo guardo. No siento enfado, pero me da pereza hablarle ahora, abstraerme un instante de Rebeca, concentrarme en dar u oír explicaciones falaces. Me pregunto en qué medida yerro en mis sospechas sobre Alida, la estúpida mujer sirena. Dudo. Vuelvo a sacar el teléfono del bolso.

Yo (23:57): *Hablamos mejor mañana, sí. Buenas noches.*

Caminamos unos cuantos metros en una oscuridad total; comienzo a oler la sal, a escuchar un rumor de desganadas olas.

—Ya hemos llegado.

Sigo andando tras sus pasos hasta que piso sobre blando: la arena. Cuando la vista se me acostumbra, la luz de la luna es suficiente para perfilar dos moles de roca perforadas a diferentes alturas por las embestidas del agua.

—Cuando la marea está baja, se puede acceder a las cuevas que hay en las rocas.

Rebeca señala hacia delante de forma vaga. Poco a poco distingo unas manchas más oscuras sobre la grisácea caliza de las rocas; algunas de ellas están casi cubiertas por el agua, que percibo como un movedizo suelo de color de plomo. Sigo a la chica hasta la orilla. Ella se quita los zapatos, se arremanga el pantalón, se adentra unos metros

en el manto impreciso, hasta que el mar le llega a los muslos. Yo la espero en el borde, me siento sobre la arena. Después de describir varios zigzags chapoteando en el agua, regresa a mi lado, se sienta.

—Estás muy callada… —me dice—. Si lo llego a saber, me habría guardado lo que tenía que decirte hasta el final.

—Es que… Es que no sé por qué he venido hasta aquí. Ni siquiera sé por qué fui a ver a Freire.

—Pues porque estás escribiendo una historia. Y necesitas algún sitio por donde empezar.

—Eso creo. Pero ahora todo son mentiras. Yo engañé a Freire… y Freire me ha engañado a mí.

—Freire no sabe nada. Él cree la historia que le contó mi padre. Además, el profesor está muy agradecido desde que mi padre le vendió el anillo.

—¡¿El anillo de Melusina?!

—El mismo. Está todo en los diarios. Ya lo verás. Incluso el precio de venta.

Rebeca me contesta sin dejar de mirar al frente, a pesar de que yo la miro con particular atención, quizá porque trato de encontrar en ella misma, en su materialidad (algún gesto en la oscuridad, un matiz distinto en la voz) las respuestas que no me está dando.

—Pero… No entiendo el porqué del engaño. Podría no haberme recibido, no haber accedido a hablarme. La mejor manera de proteger la verdad es el silencio.

—Ya, claro. Pero a él le gusta la compañía… Especialmente la femenina. Y yo creo que quiere ver su historia publicada. Pero no la que le sucedió de verdad, sino la que él ha inventado. Como si así la afianzase. Cada vez que se la cuenta a alguien, es un poco más verdad.

—Ya, pero ¿por qué?

—Pues porque la verdad fue mucho más dura. Menos fascinante. Incontable, yo creo. Ya lo verás.

El ir y venir de olas hace más llevadero el silencio.

—Sigo sin entender por qué me cuentas todo esto. Antes me has

respondido con una evasiva. Habrá un motivo más contundente que el hecho de que te haya caído en gracia.

Ella calla un momento, duda.

—Supongo que en el fondo lo hago por mi madre.

—¿Tu madre? —pregunto, me giro: me interesa esto—. Tu madre os abandonó.

—Se podría decir así, sí. Pero yo prefiero decir que está muerta.

No sé qué más puedo añadir a eso. Ni siquiera me atrevo a preguntarle si está muerta de veras o solo habla, por despecho, en sentido metafórico. Vuelvo a mirar hacia el mar, que lleva y trae las olas tímidamente, como no queriendo molestarnos con una braveza excesiva. Al cabo de un silencio, se me ocurre que lo mejor es esperar a leer el diario de Edelmiro; no insistirle más a la chica al respecto. Como las olas, seguir aquí pero de fondo, desapercibida. Por eso decido plantear la cuestión que antes había dejado en la recámara, aguardando un momento propicio, que desde luego no tiene por qué ser este. Pero cuál si no.

—Oye, una duda —digo con un tono menos grave, en voz un poco más alta, para avisarla de que voy a cambiar de tema—: ¿Estás contra el descenso del Sella por razones personales, o es por una cuestión más elevada?

Noto que no esperaba esa pregunta. Calla. Expulsa una bocanada de aire que me roza la mano, estremeciéndome.

—Un poco por ambas. Es un turismo irrespetuoso. El descenso no tiene demasiada dificultad, así que no solo lo hacen piragüistas profesionales. Salvo en la carrera oficial, donde hay un poco de más control, la gente hace el descenso borracha y arma ruido, ensucia… Además, hace tres años… —Aquí se detiene, baja la cabeza y se mira los pies desnudos, que tiene medio enterrados en la arena—. Hace tres años lo hice con unos amigos y por poco pierdo la vida. Se me fue la piragua hacia uno de los bordes del río, caí al agua, no hacía pie y… Pedí ayuda y nadie me socorría. Como por la parte central del cauce el agua no cubría, la gente que iba descendiendo en sus piraguas se tomaba a chufla mis aspavientos. Antes de perder el conocimiento pude ver sus muecas de burla, imitándome. Me sacó en el último momento un señor mayor, que sí se asustó al verme. Me sentí muy sola, como en una burbuja. Es muy duro ver que tus propios amigos no te ayudan, que incluso se mofan. En cierto modo me tomé aquel

incidente como una metáfora de mi propia vida. Sé de sobra qué significa sentir una película interpuesta entre las cosas y yo.

—No sé si acabo de entenderte… ¿A qué te refieres?

Ella me mira mientras se mete el pelo tras la oreja en un gesto nervioso que de pronto la hace vulnerable. Yo la miro arrepentida, instándole a que no conteste. De repente me da igual su respuesta. La noto temblar; no sé si porque el frío ha hecho mella en su fina sudadera o porque ha barruntado lo que está a punto de pasarnos. Dudo si quitarme la chaqueta y ofrecérsela, pero me acuerdo de todas las películas donde uno de los dos preamantes hace eso para iniciar el primer acercamiento. Demasiado fácil. Su perfil en la casi penumbra, contra las rocas que enmarcan la playa, encajonándola, tiene un blanco espectral; un pedazo de cuello le refulge entre la retirada melena. Al mirarme, sus ojos son dos oquedades donde la luz no entra. De pronto la deseo.

No pienso en excusas que puedan ofrecerme una coartada ante lo que me apetece hacer, ante lo que me apeteció hacer en cuanto vi su mano huesuda sirviéndome el café, sus pasos ingrávidos por el salón, su culo contra la carretera: ni el alcohol —la sidra es casi nada—, ni Alberto —no sé si se ha follado ya o si piensa follarse a esa puta; aunque en realidad tampoco me importa porque en este instante de lucidez, frente a esta frágil adolescente (adolescente, sí, adolescente de veintiún años, porque adolece, adolece de ciertas tristezas: un padre que esconde un pasado oscuro, una manera de ver el mundo que la hace sentirse ahogada, al otro lado de un grueso vidrio), me doy cuenta de que no lo quiero; no se puede querer a alguien que no nos quita el sueño, que nos deja fríos ante sus desbarros—. Así que me acerco a ella, le paso la mano por la nuca, la atraigo hasta mí y la beso. Ella responde torpe y lasciva. Porque —de pronto lo pienso, lo sé, aunque quizá ni ella misma lo sabe— en realidad me ha citado para esto, para sentirse un poco menos sola. Y yo acojo su propuesta con la misma sensación: me he dejado citar para que ella me acompañe. Rebeca lleva razón, son fundados sus recelos: la verdad me importa ahora bien poco. Ella deja de temblar, yo dejo de notar insuficiente mi chaqueta cuando contra la arena húmeda, a trechos fría, la desnudo, me desnuda.

Volvemos hasta el pueblo casi en silencio, la una al lado de la otra; ahora ella pisa la carretera vacía de coches. Lleva puesta mi chaqueta, que le queda un poco grande: ha ganado mi ofrecimiento de adulta, mi maternal insistencia. Cuando llegamos a la altura de su casa, permanezco silenciosa en la acera de enfrente, bajo una acacia,

para que su padre (Edel, el mentiroso) no me descubra allí, no sepa que su hija ha elegido darme la llave de todas sus miserias. La veo abrir la verja, subir los escalones. Desde el umbral se gira para mirarme por última vez antes de abrir la puerta de entrada —no me sonríe, ha sido solo sexo— y perderse en la negrura del zaguán.

Al ascender la pronunciada cuesta hasta el hotel, el roce del vaquero me evidencia la humedad de la entrepierna y vuelvo a sentir, más mitigada, una punzada de deseo. El frío de la noche —ahora sí, a pesar de mi pelo ya seco, de mi devuelta chaqueta— me estremece como a un árbol tierno. Ya en el ascensor me suena el móvil. Es un mensaje de Rebeca. En él me detalla los datos de la plataforma a la que acaba de subir las fotografías de los diarios de su padre. También incluye la clave: *náufragas*, así, en plural. Sonrío. Le escribo *buenas noches*. No me contesta. Descubro que tengo sin leer un mensaje de su padre, cuyo aviso no he escuchado:

Edel (00:40): *Querida Sofía. Pásate por casa mañana a eso de las 12, si te viene bien. Espero que traigas esa libreta tuya repleta de interrogantes.*

VEINTIUNO

A medida que Madrid va quedándose atrás, la oscuridad comienza a expandirse por el habitáculo del autocar, y las verdosas luces que recorren el techo bañan al pasaje con una pátina entre inquietante y festiva. Alberto se incorpora en su sillón cuidando de no propinarle un codazo a la señora que se sienta a su lado, junto a la ventanilla. Al mirarse el regazo, se sorprende de que aún lleva en las manos la pequeña botella de vino que le han dado al término del espectáculo. Se levanta con torpeza y la deposita en la repisa portaequipajes, junto a su abrigo, con la esperanza de que los puntuales bamboleos del pesado vehículo no vayan a dar con ella en el pasillo, o contra el cráneo de algún pasajero. Intenta relajarse, ver el lado aventurero de aquella experiencia, cierra los ojos, respira honda, pausadamente.

Aunque no le apetece, por cortesía decide coger el caramelo que le ofrece su compañera de viaje. Lo deslía, tira el papel en el cenicero. Los vapores del eucalipto le descongestionan la nariz, le hacen brillar los ojos bajo la inquietante luz marciana. Está empezando a considerar placentera la experiencia del transporte colectivo, popular, la comodidad de que lo estén llevando, de no tener que prestar atención a la carretera, cuando la chica que lleva delante reclina sin piedad su asiento hasta colocarle el respaldo a ras de las rodillas. Duda un momento, pero enseguida siente esa actitud paralizante que siempre se apodera de su voluntad ante las jóvenes y que en clase procura disimular, pero que cuando ellas pisan su despacho lo desborda: el miedo a contradecirlas, a defraudarlas poniéndoles coto a sus espontáneas y aparentemente inocentes pretensiones. Nunca había tenido ningún lío con una alumna, pero seguro que si alguna de ellas hubiese transgredido el campo de la simple insinuación, no le habría quedado más alternativa que doblegarse en todo a su voluntad, a su idea, acertada o no, de las distintas fases de un *affaire* de campus. Por eso se resigna y con mansedumbre mira hacia atrás; como ve que el asiento tras el suyo está vacío, decide bascular su respaldo, al hilo de la inclinación impuesta por la joven pasajera, de la que ni siquiera ha visto el rostro (solo unas uñas pintadas volando vertiginosas sobre el móvil), y se obliga a intentar un sueño que no tiene. Antes de dormirse piensa en Sofía. Sofía, su bella Sofía. Saberla deseada era hacérsela más deseable.

—Entonces nos vemos a las siete en el Real —le había dicho Fede Castro antes de colgarle el teléfono, sin darle tiempo a poner ninguna cortapisa, a decidir si estaba o no de acuerdo con el sitio y la hora. La imposición, el salirse siempre con la suya mediante la anulación de

toda posibilidad de diálogo, era la manera de estar en el mundo del editor.

Aunque casi no lo frecuentaba, al conocer de oídas los gustos y hábitos del aburguesado Castro, Alberto pensó enseguida que se refería al Teatro Real, en el que, como sabía Madrid entero, don Federico tenía palco propio. Sin estar convencido del todo, se puso otra vez el traje de la fiesta de Alonso, pero esta vez sustituyó la pajarita por una corbata granate y se dejó el fajín en el armario. Aparcó el coche en una calle aledaña y se encaminó despacioso hacia el teatro, intentando gastar con su distraído ritmo los veinte minutos que le sobraban. El sol estival a plomo sobre el traje negro le hizo apresurar el paso y meterse en una refrigerada tasca, donde pidió un vermú como retrospectivo homenaje a la bella Alida —todavía se le erizaba la piel, se le abultaba la bragueta al pensarla— junto al que le pusieron un pincho de aceituna con boquerón en vinagre.

A las ocho menos cinco vio desde lejos al gran Castro bajo uno de los arcos de la suntuaria fachada principal; lo llamaba agitando en la mano su entrada, en un infantil gesto que recordaba al del pañuelo blanco en las corridas de toros. Mientras cruzaba la plaza de Oriente, Kaufman le echó un vistazo a los carteles que colgaban a ambos lados del lienzo del edificio: *L'elisir d'amore. Donizetti. Mierda. La ópera: el refinamiento manido de los nuevos ricos. Caruso-Kraus-Pavarotti y sus sendas lágrimas furtivas. Otra vez. La repetición incansable, las versiones sucesivas que alimentan la rueda del tiempo de ocio, del dinero que sobra, del abono que obliga.*

—¡Buenas tardes, amigo Kaufman! —gritó mientras le estrechaba con rudeza la mano, al mismo tiempo que se giraba para saludar ceremoniosamente al ujier, que no le miró la entrada a Alberto, que no se la pidió a Castro—. Ya creía que no venías. Date prisa, que nos van a tocar las campanillas. Espero que te guste Donizetti. Es un lugar común, pero siempre funciona —agregó mientras estrechaba manos de conocidos a lo largo del diáfano (altísimo, larguísimo) vestíbulo—. Hoy mi mujer tenía partida de mus, pero a mí no me gusta perderme la última obra de la temporada… —murmuró ya en el ascensor, rumbo a los palcos, acercándosele al oído, abrasándole con el aliento el cogote—. Además, cuando ella no viene, aprovecho para despachar los negocios… más confidenciales.

Sonó el primer timbre que avisaba del inicio de la función. Las puertas de los palcos, unas abiertas, con bullicio de señoras arregladas y perfumes con estela en su interior, algún caballero con frac, engominado, zapatos italianos; otras cerradas, sugerentes, se sucedían

a la izquierda del curvo pasillo acogedoramente iluminado. Castro se adelantó cuando llegaron a la altura de la puerta de su palco. Segundo timbre de aviso. Estaba cerrado con llave; giró el picaporte, le cedió el paso a su invitado. Moqueta roja, seis sillas, una pequeña lamparita sobre una mesa, la baranda. Al otro lado la sala se exhibió majestuosa (abajo, el patio de butacas, sembrado de inquietas, brillantes, permanentadas cabezas; pared arriba, platea, entresuelo, principal, palco de autoridades, anfiteatro, tribuna, paraíso, techo, suntuaria lámpara), mientras la luz fue paulatinamente reduciendo su intensidad hasta hacerse una oscuridad sembrada de cuchicheos y lucecitas de emergencia. A continuación se escuchó por los altavoces la educada grabación que conminaba a los presentes a apagar sus teléfonos móviles. Tercer timbre de aviso. Los dos hombres se sentaron en sendos sillones mullidos, re-tapizados cuando la última reforma. Después de un expectante silencio, se iluminó el escenario (el telón estaba ya alzado porque la escenografía, desbordante, se expandía hasta el proscenio). En el foso vieron las blancas manos del director de orquesta, que a la luz de un flexo de led movió con cadencia la batuta sobre su metálico atril. Fede se inclinó hacia Alberto y le cuchicheó al oído:

—Esperamos al aria de Nemorino si no te importa, y nos salimos a tomar un refrigerio.

Alberto asintió distraído, se cruzó de brazos, se propuso estar muy pendiente de cada detalle: interpretación, voces, música, incluso letra, que enseguida juzgó legible en el letrero electrónico sobre el escenario, a pesar de la distancia. Media hora después, empezó a impacientarse, incapaz de ver matices, de encontrarle un interés a todo aquel guirigay más allá de la música, de algunos detalles del argumento. Desde luego, no le interesaba comparar esta nueva versión (escenografía y vestuario de vanguardia: espacios más diáfanos, más blancos, trajes con algunas pinceladas de aluminio) con la más clásica que vio hace años de *L'elisir* (recordaba que con Carreras como primer tenor), seguramente también a regañadientes u obligado por la cortesía o lo imperativo de las circunstancias. Al término del primer acto, ya se retrepaba en su asiento, miraba de soslayo el reloj, hojeaba el libreto a la luz de un testigo luminoso color champán.

—Es curioso, pero aunque me encanta el teatro y la música clásica, la amalgama operística tiene un no sé qué que me enerva —dijo a modo de excusa a Castro, ya de camino al salón privado de los Amigos del Real, selecto grupo al que pertenecía el afamado editor, una suerte de rococó ambigú con alfombra persa, sofás decimonónicos y paredes de acogedora madera de caoba.

Los hielos del *gin-tonic* le golpearon el incisivo al inclinar sobre su boca la copa de balón con excesiva premura; el frío le llegó a la muela mala, medio picada (su dentista veraneante hasta septiembre), y sintió sobre el labio un latigazo que le llegó a la oreja. Disimuló el gesto ante el hierático Castro mientras devolvía la copa al posavasos. El editor se abrió la estrecha chaqueta, dejando liberada como purpúrea lengua la interminable corbata que le recorría la camisa de seda, dio un sorbo a su *whisky* y se metió en la boca un purito que el camarero, con un cortés gesto negativo, le impidió encender.

—Ya no tiene uno privilegios ni en los sitios vips. Culpa de la democratización congénita de nuestros tiempos. De todos modos, yo siempre pruebo. Aprovecho las fisuras que veo en el otro, el que ha de pararme los pies, que curiosamente siempre es un mindundi. Pero lo cierto es que cada vez pincho más en hueso… ¡En fin! Bueno, ¿y tú qué tal estás? Que antes, con las prisas, no te he dicho nada. —Y sin esperar a que Kaufman le contestara, a pesar de que este hizo un amago de hablar, entreabriendo un poco la boca, añadió—: Apenas si pudimos hablar en la fiesta de Alonso. Esas fiestas son así, la mar de… fútiles, ¿no se dice? Es un adjetivo simpático, nunca sé cuándo usarlo y, cuando lo uso, nunca sé si lo hago bien. Pero dime, hombre, qué tal todo. Qué tal tu mujer. La bella Sofía. Con ella sí hablé, es un encanto. Supongo que Alonso te habrá puesto en antecedentes… En cierto modo, a mí plantear estos asuntos me escama un poco, pero una vez dado el primer paso, hay que continuar. Siempre adelante, ¿sabes a lo que me refiero? Ese es mi lema. Entonces qué, ¿te ha puesto Alonso al tanto?, ¿qué te ha dicho de esta cita?

Ahora sí se calló, parpadeó dos veces, guardó el cigarro, que había mantenido pinzado entre el corazón y el índice mientras manoteaba, y le dio un nuevo sorbo a su *whisky*.

—Eh… Ah… —Alberto no sabía qué contestar, azorado por la vorágine verbal del otro—. A ver… Sí. O sea, no. No me ha dicho nada. Solamente que me reuniera contigo, que tenías una propuesta que hacerme. —Se detuvo un instante a pensar, se convenció calladamente de que en efecto así había sido—. Sí. Eso es. Eso creo que me dijo.

—Bien… ¡Entonces no te ha dicho nada! Y tú qué, ¿intuyes algo? Porque ciertamente yo puedo llegar a ser tan cristalino… Es una propiedad que tenemos la gente campechana, los pragmáticos. Porque yo voy de frente, ¿sabes? A mí las dobleces no me agradan. Conservo esa cualidad de la gente humilde… Y es que yo nunca olvido mis orígenes, guárdeme Dios. Cada día que me levanto me acuerdo de mi

santo padre, que en paz descanse —dijo metiendo la mano en un cuenco con frutos secos, llevándoselos a la boca, masticando, expulsando fragmentos contra la corbata en cascada—. Bueno, entonces qué.

Alberto, completamente extraviado, no supo cuál era exactamente la pregunta que le estaba haciendo el señor Castro.

—Pues… —improvisó—. Algo intuyo, pero casi prefiero que seas tú quien me lo aclare. Para eso he venido hasta aquí.

—Sí, ya sé que para disfrutar de Donizetti no ha sido… De todos modos, en el último acto tenemos que volver a la sala, que al final de la ópera se van a repartir una botellitas del ribera de mis bodegas, ¿lo has probado? Mejor vino del año por la *Guía Peñín,* no te digo más. En fin, tienes que quedarte. Es una botellita de esas pequeñas, de dieciocho con siete centilitros. Es que hemos puesto dinero para el montaje y qué mejor elixir del amor que un buen vino tinto. ¡Y el mejor del año, oye!

Alberto asintió sin estar demasiado atento, alcanzó de nuevo su copa.

—Me espero entonces —dijo al ver que el otro aguardaba de su parte una respuesta—. Me apetece mucho probar tu vino. Pero cuéntame —se atrevió a conminarlo.

—Sí, claro. A ver… —dijo Castro echándose hacia delante en un amago de confidencialidad. Estaba nervioso, lo cual era raro en un hombre como él. Alberto no recordaba haberlo visto nunca así—. Como ya sabes, el día de la fiesta de Alonso estuve hablando con Sofía, tu mujer. Me dijo que tenía en proyecto una novela. La vi muy decidida, y como es mujer discreta que no habla por hablar, la creo. ¿Ha empezado ya a escribir, o su historia aún sigue siendo solo un proyecto?

—En realidad sigue siendo un proyecto. Pero ella está muy entusiasmada. Se está documentando mucho. Ha viajado a Portugal y ahora está en Asturias, entrevistándose con una serie de personas. Me consta que tiene algún borrador por ahí, que ya ha empezado a escribirla, eso es seguro —dijo. Y parándose a pensar un poco, aprovechando para ir un paso más allá, agregó—: Pero, ¿a qué viene tanto interés? Me sorprende, sinceramente, que no la consideres una diletante, siendo como es esta su primera novela. O tal vez es que tu interés va por otro lado.

Mientras Alberto hablaba, Federico había torcido el gesto en un característico gesto de escucha, algo impostado, que en él era una anomalía. Kaufman llegó pronto a la conclusión de que a Castro le iba la vida en aquello que estaban tratando.

—Sí y no. Me refiero a mi interés. Quiero publicarle la novela. Sé que es su primera obra, que ella es en cierto modo una… ¿Cómo la has llamado?

—Diletante.

—Eso. Pero quiero ayudar a las nuevas promesas. Estamos trabajando en una línea nueva, más cultural, más literaria… Será un sello aparte. De todos modos, si la novela es buena, puedo asegurarme de que al menos quede finalista del Premio Hemisferio del año que viene. ¿Crees que para entonces la habrá terminado?

En la cara de Alberto comenzó a dibujarse una expresión entre fascinada y burlesca.

—Qué, ¿no te parece serio lo que te digo? —preguntó Castro, de pronto inseguro.

—¡Cómo me lo va a parecer! ¡Es su primera novela, Dios santo! Y ni siquiera ha empezado a escribirla. Todavía si fuese una mujer conocida: una periodista, una modelo… Sé cómo funcionan estas cosas. ¡Cómo me va a parecer normal lo que me dices! ¿Es de esto de lo que hablaste con ella en casa de Alonso? Porque de esta oferta Sofía no me ha comentado nada… ¿Y por qué lo hablas ahora conmigo? No me pidas que no me sorprenda, que no me mofe, hazme el favor. Esto parece una broma, una broma que busca apoyarse en la vanidad. Como la fábula del rey desnudo. Es eso, o lo que pasa es que no tengo toda la información que hay detrás, ¿puede ser?

—Puede ser.

—Pues ve directo al grano entonces, porque yo ya estoy harto de que me toreéis.

Castro suspiró y la corbata, trufada de restos de frutos secos, ascendió y descendió al compás de su barriga.

—A ver… —dijo bajando la voz, echándose hacia adelante—. Deseo a tu mujer. Deseo a Sofía. Desde hace años. Desde la primera vez que la vi. No puedes negarme que es una… preciosidad. —Y luego, ante el silencio del otro, añadió—: Yo ya te he dicho que voy de

frente. ¿Entiendes?

Alberto apretó la mandíbula, tragó. Lo que se temía. Lo que ni siquiera había querido llegar a decirse claramente por no ser hiperbólico, por no sacar las cosas de madre, eso, eso es lo que le proponía ahora Fede Castro. El todopoderoso Fede Castro.

—No, no lo entiendo. Explícate —le dijo tenso.

—Pues… —susurró acercándose a él más aún e improvisando un parapeto con la mano—. Pues… que me la quiero follar.

Alberto no se inmutó, en parte porque esperaba escuchar aquello de la boca de Castro, en parte porque no iba a darle a aquel botarate el gusto de verle la cara descompuesta.

—No sé por qué pero imaginaba que era eso lo que querías. Máxime sabiendo que Alonso mueve estos hilos —dijo. Y añadió después de una pausa—: Porque si no es mucho preguntar y tú, al contrario que él, sí consideras que tengo derecho a saberlo, ¿qué saca el bueno de Alonso de todo esto?

Fede sonrió con alivio, encantado de no haber sido increpado, de tener ahora la oportunidad de soslayar ligeramente el arduo asunto que se traían entre manos.

—Verás… Yo no sé si él quiere que yo te lo cuente… Pero yo te lo voy a contar, ¡qué demonios! Confío en tu discreción. —Levantó la ceja, lo miró con cierta sorna, como preguntándole tácitamente si era digno de su confianza—. Él me llamó el otro día y me dijo que tú le debías un favor, un favor gordo. Yo me he imaginado que tendría que ver con el rectorado y esos líos que os traéis entre manos los eruditos. En realidad, ni lo sé, ni me interesa, ni en absoluto me incumbe. Me dijo que era un favor muy serio; que tú estarías dispuesto a cualquier cosa por cumplir con él. Entonces me comentó que quería trasladarme esa deuda a mí… para a su vez conseguir él de mi parte lo que lleva años esperando. Es tu mejor amigo, ¿no? Supongo que alguna noticia habrás tenido de sus desvelos profesionales… El muy tunante se había olido mis sentimientos hacia Sofía; así que hemos llegado a ese acuerdo: él me traslada a mí el compromiso que tú tienes con él, y yo a cambio accedo a su petición, que es cierto que ya va siendo hora, y de todos modos acumula méritos académicos de sobra para el cargo.

—Has accedido a darle la dirección de la colección de clásicos —afirmó grave Alberto, confiriéndole sin embargo a sus palabras un sutil dejo interrogativo al final, porque no quería pasarse de listo.

—Eso es. Y a hacerlo director del consejo de redacción de las dos revistas de lenguas y culturas clásicas.

—¡¿De *Menipo* y de *La Lechuza?!*

—Creo que así se llaman, sí. Tendrás que disculparme, pero yo soy un hombre de negocios y…

—Supongo que sabes que quiere asumir esos cargos por ganar influencia. Considera que esa es la única vía para que sus colegas lo respeten, porque a ninguno le interesa cuestionar al que decide quién sí y quién no publica en España en su campo. En definitiva, por el poder.

—Vaya novedad. ¡Pues como todos!

—Como todos no, no te equivoques. Hay quienes aún creemos en nuestro trabajo. Y anteponemos eso a cualquier cosa.

—Nunca digas de esta agua no beberé ni este cura no es mi padre… —dijo sonriendo con amplitud (dientes formidables: alineados, blanquísimos, caros)—. Además, luego está el dinero. En mis empresas se cobra bien, la crisis no ha tenido cojones de tocar ni un sueldo, de forzar ningún despido. Y quieras que no, eso es un aliciente. Hay que aprender de los norteamericanos: la *rat race* —lo pronunció con acento duro, remotamente anglosajón—, como ellos lo llaman, tiene como cebo el dinero. Con los incentivos adecuados, todos somos proactivos. ¿No se dice eso ahora? Así lo llaman los periodistas, ¿no? Proactivo. Eso es. Es una palabra ridícula, en cualquier caso.

Movió la cabeza como sacudiéndola y dejó que su radiante sonrisa se extinguiera paulatinamente. Alberto volvió a volcarse su copa contra los labios, pero solo encontró el frío de los hielos bajo la nariz. Cruzó una pierna sobre la otra, el luciente galón del esmoquin deslumbrando a Castro con sus fulgores de seda.

—De todos modos, a mí los planes de Alonso me traen al pairo —dijo Kaufman desde su nueva pose de indolencia. «La proxémica corporal es el primer síntoma comunicativo», había escrito en alguno de sus lúcidos artículos científicos—. Yo quiero saber lo que quieres tú de mí. Aún no me has planteado nada claro.

—A ver… —Fede volvió a echarse hacia delante, otra vez bajó la voz—. Yo deseo a Sofía y me gustaría… En fin, tú ya sabes.

—Sí, esa parte me ha quedado clara. ¿Pero y qué quieres que haga yo? ¿Cuál es mi papel, en el caso de que no esté dispuesto a representar el de marido celoso?

—Pues… Digamos que facilitarme las cosas. Allanarme el camino, ¿no? Ella me dijo que había pensado en publicar su novela en una editorial independiente… Quítale esa idea de la cabeza y predisponla para una cita en mi despacho de casa. Pero no se te ocurra decirle lo que espero de ella a cambio. A ningún escritor le gusta saber que no van a publicarle por el valor de su obra, o que no van a hacerlo exclusivamente por eso.

Desde su fingida indiferencia, Alberto sonrió, ahora a las claras, con incómoda amargura. A la ira inicial, que antes de llegar a esbozarse prácticamente se le había esfumado, le siguió ahora un confortable cabreo. A pesar de todo, de alguna manera sentía que de veras sobrevolaba aquella situación, quizá porque era demasiado absurda como para acabar de ser tomada en serio.

—Entonces, si no he entendido mal, me propones que anime a mi mujer a que acepte tu invitación de publicar su futura novela en tu editorial, sin haberla leído, y a que vaya a tu casa… para que intentes llevártela a la cama, ¿es así?

—Algo así, sí.

—Pues aunque te parezca extraño, hay una cosa que no entiendo —dijo. Y haciendo una leve pausa, impremeditada aunque eficazmente enigmática, añadió—: No sé por qué me lo cuentas. Yo creo que ella habría accedido a entrevistarse contigo si la hubieses llamado tú personalmente. Si no pretendes que yo presione para que se muestre dispuesta a ir a verte, lo mismo me habría dado no saber lo que te propones. Y en todo caso, ella es ya mayorcita para saber lo que está dispuesta a hacer para alimentar su vanidad.

La sorpresa abrió los ojos, más bien asiáticos, de Castro. Alberto tuvo la seguridad de que el editor empezaba a creerse su impostada autodeterminación:

—Muy progre te veo. Nunca te habría imaginado uno de esos… Ya te he dicho que yo voy con la verdad por delante. No puedo requebrar a tu mujer sin tu beneplácito. No lo veo honesto.

—¡¿Honesto?! —gritó Kaufman achinando los ojos frente a Castro, recogiendo su testigo de orientalismo—. De todos modos, ella no va a acceder. No te lo tomes a mal, pero no eres su tipo.

—Eso ya lo veremos. Depende de las ganas que tenga de ver en la calle y bien distribuida, e incluso traducida a otros idiomas, su novela. Además… me gustan los huesos duros de roer. Entre tú y yo… —dijo bajando la voz aún más, aproximándosele hasta rozarle otra vez el cuello con su aliento—: Dime si no te pone a mil una zorra que se resiste.

Entonces, imposible ya la impostura, puro instinto al descubierto, Alberto sintió una sacudida de repugnancia mezclada con ira que lo llevó a incorporarse como un rayo y propinarle a Fede un violento empujón en el hombro. Este, desconcertado, cayó con fuerza contra el respaldo de su asiento. El camarero, alertado, los miró tras la barra. Fede estuvo atento de hacerle con la mano un gesto que restaba importancia al incidente.

—Alberto, sé razonable... Sé lo que está en juego aquí. Alonso me lo ha contado. Sofía te quiere, es tuya. Él me ha dicho que si no accedes a esto, va a ir a por ti: le va a contar a Sofía que te follaste a su novia, va a hacer lo posible porque no llegues a rector. Piénsalo. No vas a forzarla. Vas a convencerla de que acceda, de que venga a mí. Déjame hacer el resto. Solo si ella viene a mi casa, solo eso, Alonso tendrá lo que me pide… Y te dejará a ti en paz. Así que te interesa presionarla. Haz lo que tengas que hacer, pero consigue que Sofía venga a verme.

Alberto suspiró, iracundo aún, pero también confuso, dubitativo, consciente de su suerte, de las funestas cartas que le habían tocado casi al azar. No, al azar no, eso era lo peor de todo.

—Pero… pero no vas a hacerle daño, cabrón —dijo con obligada y amarga templanza, aunque mirándolo desafiante y levantando hacia el techo un índice amenazador, pueril, aprendido de mil películas—. Eso ni lo sueñes.

—¿Quién ha hablado de hacerle daño? Pienso tratarla como a una reina. Y además va a tener publicado su libro en la mejor editorial del país.

Alberto fijó la vista en el pulido roble del velador. Castro le respetó el silencio.

—Supongo que al menos esperarás a que acabe la novela, ¿no?

—Le doy tres meses de plazo. No pienso esperar más. En octubre, que me traiga lo que tenga. Si quiere, puede escribirle la novela alguno de nuestros colaboradores. Ellos también pueden trabajar con

el material que ella les entregue… Así lo hacemos con algunos periodistas que tienen vocación de escritores. Me gustó la idea de su libro, en serio, tiene tintes de novela histórica, aventura, romance… Todos podemos salir ganando.

Alberto se obligó a una carcajada ante el cinismo del que hacía gala el editor. Nunca le habían mostrado tan a las claras la bazofia que rezumaba de los negocios de alto nivel. Sacudió la cabeza con un gesto rápido con el que parecía querer quitarse de encima las palabras de Castro. Luego se levantó con violencia, notando un chasquido de tensión en las articulaciones. Se atusó la corbata, se abrochó la chaqueta, extendió la mano hacia Fede, que lo miró con sorpresa desde su asiento.

—¿Adónde vas?

—A casa.

—No sin una respuesta —le dijo mientras le estrechaba la mano.

—Lo pienso.

—No. Quiero tu respuesta hoy. Y Alonso también.

—¡Joder con Alonso!

—Es lo que hay. Su favor depende de tu sí. Eso le he dicho y ha estado de acuerdo.

—Te contesto esta noche. Cuando llegue a casa. Me tomo el viaje de vuelta para pensar. Me sienta bien conducir.

—Es verdad, vivías en Segovia… No deberías haber bebido.

—No es asunto tuyo.

—Bueno. Pero lo otro sí. Antes de que acabe el día quiero tu respuesta. Si es un no, no volveré a insistir: Sofía para mí habrá muerto. Puedes ponerme un mensaje. Estaré pendiente.

Alberto se dio la vuelta mientras escuchaba las últimas palabras de Fede; luego se encaminó a grandes zancadas hacia la salida del salón.

—¡Un momento, Kaufman! Tenemos que volver al teatro. —Y mirando el reloj añadió—: En cinco minutos repartirán las botellitas de mi ribera. Es muy gracioso: bajarán unas coristas del escenario y

empezarán a repartirlas entre el público. ¡El elixir del amor! Me prometiste que te quedarías.

Alberto cruzó la plaza de Oriente con paso apresurado y la botellita de vino agarrada por el cuello. Se dio prisa por dejar atrás al *cabrón de Castro,* que se quedó charlando en el vestíbulo con varios políticos. Pensó en tirar a un contenedor de vidrio aquel vino-elixir, que de pronto se le figuró una estúpida triaca incapaz de remediar ningún mal, puro atrezo. Pero se acordó de que era un ribera del Duero, caldo del año además, y entonces lo agarró con fuerza, decidido a empezarlo (y a acabarlo: la botella era minúscula) al llegar a casa, durante la cena.

Cuando llegó a la calle donde había aparcado el coche, encontró en su lugar un enorme vacío. La pegatina triangular que delataba la acción de la grúa refulgía contra el asfalto. *Mierda.* ¿Cómo había podido dejar el vehículo en un aparcamiento reservado para minusválidos? Dio una patada a un bolardo, y el pie, enfundado en su lustroso zapatito de charol, le estuvo doliendo hasta que, cojeando, subió al autocar en plaza de Castilla.

Lo despiertan las primeras luces de la pequeña ciudad de provincias, además de un codazo de la señora que se sienta a su lado, junto a la ventanilla. Se le ha pegado a la muela el caramelo de menta, todavía casi entero. Coloca recto el asiento, se pasa las manos por los nublados ojos. Se siente extrañamente lúcido y descansado. Decididamente, la propuesta de Castro es un mal menor. Al preguntarse a sí mismo, se contesta enseguida que sí, que prefiere la infidelidad de Sofía, incluso las consecuencias morales que de esta podrían derivarse (el sexo a cambio del éxito y la fama), a que ella tuviera noticia de su aventura con Alida. Mejor era ser un cornudo consciente que un infiel declarado, sí. Lo prefería, sin duda. De todos modos, siempre le quedaba confiar en la virtud de su dama, como el imprudente Anselmo en la fábula cervantina. Y luego estaba lo del rectorado, que le importaba, claro, que también pesaba, no por el poder, desde luego, sino por su idea de cambiar el sistema, de hacerlo más justo, de poner en marcha sus propuestas de gobierno en una de las universidades más importantes del país. Sin duda, su trabajo era lo primero.

Aún cojea al bajarse en la estación de autobuses de Segovia. Demora la llegada a casa porque todavía no sabe cómo decirle a Fede que sí, que acepta (pero que sea un caballero, que trate a Sofía como se merece), sin sentirse burlado y burlador al mismo tiempo, mezquino y pragmático, progresista e hijo de la gran puta, todo a la

vez, amalgamado.

VEINTIDÓS

La mentira dirige al mundo; el que quiera despertarlo o dirigirlo tendrá que mentirle con delirio, y lo hará con tanto más éxito cuanto más se mienta a sí mismo y se embeba de la verdad de la mentira que creó. Por suerte, tenemos el mito sebastianista, con raíces profundas en el pasado portugués y en el alma portuguesa. De modo que nuestro trabajo es más fácil, pues no tenemos que crear un mito, sino solo renovarlo.

Sentado en el sillón de terciopelo rojo António relee de nuevo el texto hasta aquí, hasta este punto exacto. No sigue más adelante. La parte en la que el autor de estas palabras, un tal Fernando Pessoa, traza al detalle su semblanza biográfica y habla de su propia quinta, no le interesa: se conoce bien, conoce palmo a palmo su casa. Y reconoce a ambos en el texto, a la casa y a él. De cada epíteto que ha escrito el autor y que la imprenta ha centuplicado como por magia, de cada borrón de compactas letras salidas de la estampa, resulta una recoleta y sucinta verdad, maciza y discreta como una castaña recién desenvainada.

Después de una cautelosa primera lectura, António ha sabido que estas lúcidas palabras que tiene entre las manos han salido sin duda del alma del joven escritor que lo visitó, a pesar de que su nombre no coincide con el del desconocido que las rubrica. En realidad, no recuerda el verdadero nombre de aquel muchacho, si es que este había llegado a decírselo (hacía tiempo que no prestaba atención a naderías), pero de algún modo tiene la certeza de que si lo viera escrito, lo reconocería de inmediato.

El fiel Aldo le dice que tampoco recuerda que fuese aquel el nombre que figuraba en la tarjeta de visita que el joven le había entregado la primera vez que vino a verlo, recién llegada Minerva, y que él había tirado al fuego pensando que aquel inútil cartoncito en absoluto interesaría al señor. «Como si las personas hubiéramos de tener tan solo el nombre bajo el que nos reconoce Dios desde nuestra llegada al mundo, un nombre que solo ha de servir para decir tras él *¡presente!* o para callar disimulando el día del juicio, los dedos cruzados para que nos confundan con otro», piensa Monteiro, el periódico todavía en el regazo, mientras el sirviente se aleja haciendo crujir la madera.

Había sido Luís Lopes, el único del Círculo en quien podía seguir confiando tras las consecuencias —desconocidas para el mundo, atroces en su interior— del encuentro con Melusina-Minerva, quien le

había mandado el ejemplar del *O Século* donde había sido publicado el artículo del esquivo escritor. En las breves palabras con las que su amigo había acompañado el ejemplar del diario, este se mostraba defraudado por lo que llamaba «la intrépida verborrea de un joven ignorante». Al parecer, él no había sido capaz de establecer ninguna relación entre aquel colaborador del *Diário de Notícias,* a quien algunos miembros del Círculo le habían obligado a recibir, y el osado autor que firmaba estas palabras.

Era muy probable que aquel puñado de incendiarias palabras hubiera sido rechazado por el *DN*. En cambio, el más transgresor *O Século* habría visto en el texto del desconocido escritor una nueva oportunidad para alimentar una vieja polémica. El bueno de Lopes también le daba a entender en su carta que los miembros del Círculo estaban alarmados por aquel artículo ambiguo y raro, tangencialmente difamatorio, que defendía la restauración de la monarquía portuguesa pero que a la vez denunciaba el carácter falsario de los pilares que la sustentaban.

«Es curioso», se dice António para sí, «que este joven poeta haya logrado penetrar en mi alma sin que yo se la muestre; que haya captado el centro de mi visión de las cosas cuando he sido precisamente yo quien lo he desviado hacia la superficie, afanado en hacer rebotar su insistente rayo esclarecedor contra la dura coraza de mi orgullo. En cambio hoy me pregunto si no he debido confiar en él, si no he debido utilizar su voz antes de darme del todo por vencido y encastillarme entre estas paredes hasta esperar el momento propicio para revelar mi identidad verdadera; si no he debido, incluso, tomarlo como amigo, confidente y vate. Pero el caso es que nunca es tarde…».

Pierde entonces Monteiro la vista en la fresca tinta negra a la altura de la palabra *mentira*. «Mentira. Mentira. Men-ti-ra».

*

Al otro lado del periódico, varias semanas antes, se encuentra Fernando, el poeta, que enseguida intuye que ese vocablo es despiadado; calibra su grado de hendidura, su mordacidad. Concluye que quizá esta oscura combinación de letras, esta y no otra, puede ser la verdadera raíz del desasosiego. Se pregunta entonces cómo en este caso revelar el farol no va a perjudicar la partida.

Ha escrito durante toda la noche. Y ahora mismo está sentado frente a la ventana de su dormitorio, otra vez insomne, de nuevo con el estómago bullendo, ahora sorda, quedamente. La Baixa reposa

calma abajo, a lo lejos, mientras él está en lo alto, en lo más alto, pegando al cielo, en la atalaya misma de la ciudad dormida, como un vigía somnoliento.

Se ha despertado en medio de la madrugada, febril, iluminado. Ya después de la entrevista con Manini, al oírse contar su propia historia, se había ido pensativo a casa, con la certeza de que Monteiro lo había engañado, con el pleno convencimiento de que la mancha de sangre que teñía el suelo era la prueba de un asesinato. ¿Y si aquella sangre reseca era la de una mujer?, ¿y si aquella oscura mancha había brotado del cuerpo imposible de un hada? Pero solo el sueño de la razón, que es el que produce monstruos, había logrado iluminarle aquel camino, revelarle la verdadera historia que él contaría en su novela: la del asesinato de Minerva-Melusina a manos del propio Carvalho Monteiro. Por eso se había propuesto levantarse de la cama y escribir aquel artículo (no sería un reportaje, de ninguna manera, porque él no era un periodista) desde la cúspide de la ciudad dormida, en mitad de la noche desvelada.

Solo hay un tipo de propaganda que pueda levantar la moral de una nación, y esta es la construcción o renovación, y la subsiguiente y amplia difusión de un mito nacional. La humanidad odia la verdad por instinto, porque con el mismo instinto sabe que no hay verdad, o que la verdad es intangible.

Érase una vez o cuenta la leyenda que la bella Minerva, en realidad monstruosa Melusina, un día se convirtió en la amante del legítimo monarca luso, a la sazón en el exilio, a quien trató de convencer de que asumiera las riendas del nuevo imperio. Pero frente a los auténticos designios de la profecía, que el hada-beldad le planteó tímidamente, este se mostraba sordo, cuando no pusilánime, incapaz de llevar sobre sus hombros el histórico peso que le correspondía. Así, plena de astucia, la enmascarada criatura se sirvió del ingenuo arquitecto Manini para viajar hasta Regaleira, en Sintra, ciudad mítica donde, debido al poderoso influjo de las fuerzas telúricas, los habitantes son particularmente proclives a la magia. En el seno de esta villa se refugiaba el último bastión del pasado mítico, auténtico y legítimo heredero (en el plano moral, el más auténtico, por su absoluto convencimiento de que era historia la leyenda; en la línea de sucesión, el más legítimo, por su directo parentesco con los excelsos Lusignan) del futuro reino de Portugal. Fue entonces cuando la oscura Melusina, con la pretensión de quedar a solas con el valiente heredero, expulsó de la quinta al arquitecto después de que este hubiera servido a sus propósitos como inconsciente Hermes (ángel ciego, ignorante mensajero). Una vez que estuvo frente al elegido, crédulo, versado en

las oscuras artes del poder oculto, se entregó sin temor a él, y tras la sibilina cópula, el hombre asumió su destino y el hada, el suyo. Así empezó el sacrificio: la sangre de la fantástica criatura goteando desde el ara, el cuerpo femenino trasladado con la ayuda del solícito criado, torre abajo, hasta el fondo de la tierra, y purificado después en el manantial de las sombras; las mágicas vísceras de la criatura llenando los vasos del portal de los guardianes; sus fluidos cayendo gota a gota entre las afiladas zarpas de la pareja de dragones, filtrándose, ladera abajo, hasta la gruta de Leda y luego, montaña adentro, hasta los pozos que nutren la ciudad de Sintra y que abastecen a todos sus ciudadanos ávidos de maravillas. Así, esta nueva sed se expandió desde allí, capital del nuevo imperio, a todos los confines de su territorio, y entonces Carvalho Monteiro alzó su cáliz desde la más alta torre de su fortaleza y bebió la aún templada sangre de la mujer-serpiente, licor de la sabiduría que llevaba siglos aguardando esta nueva comunión sagrada. Ahora el hombre es casi un dios. Y colorín, colorado.

Fernando se ha levantado de la cama y ha comenzado a trazar palabras sobre el papel. No necesita revisar las notas de la entrevista a Monteiro, al fin tiene claro que todo lo que este le contó fue una falacia. Pero él también debe callar ahora. La ilusión de los hombres necesita del silencio, de la ambigüedad, de la tramoya. El poeta miente, el creador es un creador de sueños. Los dedos le vibran sobre el papel, la mano dibuja vertiginosa los renglones. Solo duda al escribir la palabra *mentira*, duda porque es una palabra que desenmascara, duda porque la rubrica su antónima, manchándola, haciéndola tan escandalosa.

Después de escribirla se atreve a no tacharla, a dejarla en paz en su humilde lugar sobre el blanco. Entonces la palabra titila fugazmente hasta que poco a poco su tinta es absorbida por el poroso papel, que la afianza. En ese instante Fernando comprende que su periódico no va a publicarle aquel artículo. Tiene la lúcida certeza de que la verdad no va a interesarle a ninguna publicación, de que sus palabras —y tan suyas: «Fernando Pessoa», reza la firma— jamás van a llegar a manos de Monteiro.

A última hora de la mañana, el diligente Aldo se ha encaminado por orden de su amo a la casa de postas de la ciudad de Sintra; llevaba en la mano la carta lacrada que su señor le ha dado. El solícito sirviente, suspicaz desde la desaparición de la señorita Minerva, ha dudado desde sus rudimentarios presupuestos éticos sobre si debía o no hacer lo que pensaba. En el último momento, ha decidido parar en la Casa das Campainhas y encerrarse en los retretes. Allí, a la luz de

una pobre lámpara de aceite, experto descifrador de la estrecha y picuda letra del amo, ha leído al trasluz parte del contenido de la misiva. Así ha sabido que en ella Monteiro se ofrecía como entusiasta mecenas al joven poeta Pessoa (después de indagar muy exhaustivamente habían dado con su paradero) a cambio de que este, «que tan certeramente había sabido penetrar en mi quijotesca alma de enamorado de la patria», escriba un poemario sincero y bello sobre la historia mítica de Portugal y la fundación del ansiado Quinto Imperio.

Después de leer la carta, Fernando decidió que sí, que aceptaría la oferta de Monteiro, pero no porque necesitara de su parte ningún tipo de mecenazgo (no pensaba dejar de ir al despacho de Lavado ni al de Mayer, no iba a dar de lado a las traducciones y correspondencias que lo hacían vivir como una persona, dignificándolo), sino por la oportunidad de acometer la escritura de un poemario bajo su propio yo. Debía ser así: Monteiro lo había instado a escribir esos poemas personalmente, lo había señalado. No cabía aquí la huida, ni mucho menos, el disfraz. De pronto lo vio claro. Tan solo esos poemas que escribiría para enriquecer la leyenda de su patria los publicaría bajo su verdadero nombre, porque esos versos sí saldrían de él, de su verdadero él, que en el fondo era muy poca cosa, casi nada. Y puede que también se decidiera a firmar bajo su nombre algunos pronósticos y horóscopos y todas aquellas supercherías que necesitara el insigne António para saber con exactitud cuándo había llegado el tiempo en que Portugal iba a recuperar su grandeza «y a servir de ejemplo a todo el orbe», como también le decía en su carta. Eso es. Se iba a convertir en el oráculo real, y lo haría bajo su nombre, la más creíble de las máscaras, una persona de carne y hueso. Pessoa: nadie.

Tiene sueño. Ahora sí. Siente de pronto el sueño de un millón de noches. La luz de la mañana cae a plomo sobre la Baixa, y allí abajo, abajo, abajo, sus somnolientos y achinados ojos de miope distinguen por la Rua Augusta, remoto en el espacio, pero más aún en el tiempo, en los albores mismos del siglo venidero, una figura desmadejada y regordeta que lee un papel impreso.

*

Empecemos por embebernos de este sueño, por integrarlo, por encarnarlo en nosotros. Hecho esto por cada uno de nosotros como individuos independientes, el sueño se extenderá sin esfuerzo a todo lo que digamos o escribamos, y así se habrá creado la atmósfera en que todos los demás, como nosotros, lo respiren.

El profesor Freire se detiene al llegar a este punto del artículo que

le ha dado la joven bibliotecaria, aprendiz de novelista. Un transeúnte le da un empujón mientras murmura un insulto, otro lo adelanta mirándolo torvamente. Freire, absorto, balancea la cabeza. *Sin duda, es suyo. Es suyo, sí,* piensa. Turistas y lisboetas se arraciman en los aledaños de un elevador. El tráfico se adensa y, de cuando en cuando, se le mete la punta del mocasín entre los intersticios del mosaico de la acera. Al final de la Rua Augusta, gira la cabeza y ve un puesto de cerezas. Duda un instante, nota en el bolsillo la vuelta del café y se decide. Pide un cartucho a la tendera (aceitunada, circunspecta). El equívoco sabor de esta fruta le alegra el almuerzo en la última hora de la mañana, cuando el sol en su cenit le pica en la insinuada calva. Cruza la Praça do Comércio de camino al tranvía que lo llevará a casa. Ya en la parada, ojea por última vez el artículo en español *(en español, menudo sindiós)* antes de decidirse a telefonear a Clarissa Ontiveros, estudiosa del poeta, para que le diga si sabe si el original de este artículo ha llegado a salir del célebre baúl del descuidado Pessoa, siempre rebosante de historias y versos todavía por contar. Dos tonos tenues, sube el volumen, una voz al otro lado. Le resume el encuentro con la bibliotecaria española, le lee el inicio del texto.

—A ver, Freire… Me dices que lo que me acabas de leer lo has ido traduciendo del español al portugués sobre la marcha, ¿es así?

—Correcto.

—Pero dices que pertenece a un supuesto autógrafo de Pessoa.

—En efecto.

—Madre mía… Esto es más disparatado que lo que me comentaste aquella vez sobre ese anillo de Melusina que adquiriste a un precio desorbitado y que luego resultó ser falso.

—Es posible. Pero en aquella ocasión decidí contarte una anécdota como amiga, y esta vez te hago una consulta como profesional, ¿sí? —Y enseguida, sin dejarla responder, añade—: ¿Te suena el texto? Se publicó en *O Século,* a finales de 1912, no sé la fecha exacta.

—¿Y dices que está en el baúl?

—Eso parece. Me han dicho que lo ha filtrado un becario.

—Me extraña. Ningún becario tiene acceso a la sala donde se guardan esos textos. Porque no esperarás que sigamos conservando el cofre… ¿Con quién has hablado?

—Te digo el milagro, pero no el santo. Tú míralo. ¿No está inventariado todo el contenido?

—Todo no, pero casi. Por eso me extraña. Esto tiene pinta de ser un nuevo anillo de hada madrina. Vas tras quimeras —afirma rotunda. Pero enseguida, deduciendo del silencio del profesor un incipiente enfado, añade—: De todos modos, lo miro, descuida. Oye, oigo mucho ruido de fondo, ¿dónde estás?

—Subiendo a un tranvía, camino de casa.

—¿Y no has podido esperarte a llegar?

—No. Estaba impaciente.

—Pues vas a seguir estándolo. Y es posible que por mucho tiempo. Es imposible saber qué escribió o qué no escribió Pessoa. Todo lo que a él respecta es inasible. Así que olvídate de certezas.

Traqueteo atemporal, olor a persona. Una mano asida a la barra, mientras la otra, libre de pronto —el teléfono ya colgado, en el bolsillo izquierdo del gabán, junto al plegado artículo, quién sabe si espurio después de todo—, toca el canto del cartucho y va sacando de él las frutillas una a una. *Acidulces*, carnosas, pigmentadoras, las purpúreas cerezas lo reconfortan durante el camino a casa. Como no sabe dónde meter los huesos, se los va tragando con cierta pericia de la que en silencio se siente orgulloso.

VEINTITRÉS

Los arbustos son un verde sucesivo al otro lado del cristal, como una mancha trazada por la mano de un pintor impetuoso. Los cables del tendido eléctrico son dos combas paralelas que suben y bajan y suben y bajan como cadentes olas de marejadilla. En el interior del vagón donde viajo (turista, asiento no asignado de antemano, ventanilla porque he llegado primero y el pasillo me agobia), mis manos se aferran al último trozo de un sándwich —mahonesa, york, lechuga, queso, huevo—, adquirido en el bar de la estación de Oviedo, con cierta desilusión por un placer que preveo insuficiente. Demoro el bocado último siguiendo la pueril estrategia de reservar para el final el sabor favorito del plato.

A mi derecha reposan las nudosas manos de una mujer de edad indeterminada, que con soltura de mil viajes pliegan la batea de plástico tras el asiento delantero y luego se entrelazan sobre un orondo regazo de rebeca beis, botones marfileños. Le intuyo a su dueña un devoto escapulario contra la piel, quizá pinzado por un sostén color visón. Esto, unido a otros atributos (pelo corto y canoso, gafas de resbaladiza montura, piel con pelusilla de durazno, falda recatada, leotardos parduzcos y zapatos hombrunos), me lleva a identificar a mi compañera de viaje como una monja de paisano.

Me meto al fin en la boca el último trozo y lo mastico despacio, plenamente atenta a sus resquicios de sabor. Me limpio la boca de posible mahonesa en las comisuras y saco de mi cartera de mano el postre. La fresca y crujiente textura de una manzana Fuji me devuelve al huerto trasero de la casa de Edelmiro.

—Pruébalas —me ha dicho metido con su silla de ruedas prácticamente debajo de las ramas del árbol—. De piernas no, pero de los dulces frutos que produce este manzano sí que puedo presumir.

He accedido a comerme la manzana porque ha sido Rebeca, tras la silla, quien la ha arrancado del árbol y me la ha dado, y yo no he querido incrementar su incomodidad evidente, agraviándola.

—Tráete un cesto de casa y que se lleve unas cuantas.

—No, gracias, con esta tengo suficiente —he dicho, pero después del primer bocado me ha sido imposible callarme y he añadido que estaba más buena de lo que esperaba.

Rebeca ha evitado mirarme a los ojos al abrirme la puerta de su

casa, al servirme el café, al depositar en mi regazo la caja con las fotografías que su padre quería mostrarme (de su madre, del señor D'Orey, del salón principal de la casa, con el piano; ninguna de Alegría, su esposa, me percato) y que hemos estado ojeando durante casi una hora. Tampoco me mira en este instante, al tenderme la fruta antes de que su padre y yo nos traslademos, en vista del buen tiempo, al velador del inesperado jardín trasero de la casa.

—A ver si con este raro aire templado de hoy se te ocurre alguna lúcida duda que plantearme, que hasta ahora solo he hablado yo. Lo mismo que ayer. Se lo digo siempre a Rebeca —dice justo cuando su hija regresa a la casa por el sendero de lascas de piedra, haciendo el evidente esfuerzo de dejarnos de nuevo a solas. Al oír su nombre se detiene y ladea la cabeza, dándose un poco por aludida, pero enseguida sigue caminando con un paso desenvuelto que disimula su inquietud, su deseo de permanecer junto a nosotros, escuchando—. En realidad, no es que yo hable por hablar; yo hablo porque mis interlocutores callan. ¿No lo ves tú así? Aunque es verdad que nos conocemos solo desde ayer… En fin, supongo que hablo mucho porque tengo cosas que decir.

Lo importante es tener cosas que decir, alguna historia que contar. El silencio es la auténtica mentira, porque la vida es siempre ruidos, cosas que se dicen. Tener un discurso, lo mismo que tener una coartada, es estar a salvo ante la suspicacia del otro. Porque el otro siempre opina sobre lo que contamos y así, o lo asimila y se coloca de nuestro lado, o se posiciona definitivamente contra nosotros. En ambos casos sabremos a qué atenernos. En cambio, el silencio ampara el indeterminismo y las tinieblas. Por eso yo nunca me callo.

Recuerdo imprecisamente estas palabras, que fueron las primeras que leí cuando me bajé de la nube el archivo de los diarios de Edelmiro tras introducir en el servidor la clave que me había proporcionado su hija. Una temblorosa flechita de cursor surcó los apretados renglones que conformaba la pulcrísima letra manuscrita del padre de Rebeca.

Aunque aún notaba el mareo de la sidra ingerida en la cena, eché en falta la presencia de un minibar en la habitación del que sustraer alguna miniatura espirituosa que lograra acolcharme el golpe de las palabras que enseguida iba a leer.

A pesar de que he procurado no reconocer como propio el mezquino placer que encontré ese día en la resistencia que me opuso aquella joven tan frágil (precisamente a causa de su vulnerabilidad no pude sofrenarme a

tiempo y obligarme a salir de un frenesí que se adueñó por completo de mis facultades), asumí el hecho de que Alegría me empujara por las escaleras, seguramente con la idea de matarme, como un acto de justicia. Entonces me convertí en este violador tarado que soy. O que he sido. Con el paso del tiempo, el adjetivo ha anulado al sustantivo. No he vuelto a forzar a nadie; en cambio, me parece que me voy a morir siendo un paralítico.

Es curioso, pensé entonces, cómo las letras le ganan la batalla comunicativa a los sonidos por la baza de la materialidad. Así, los nítidos trazos negros que constituían la letra de Edelmiro eran como innegables raíces de verdades ancladas a la pantalla. Sin embargo, la manera desenvuelta, extravertida, en que aquel hombre dejaba escapar las palabras durante la conversación, por comparación con esa afianzada letra suya, invitaba por contraste al recelo, y por eso, a medida que iba leyendo sus palabras, una creciente desconfianza retrospectiva iba cerniéndose sobre lo que me había contado hacía tan solo unas horas.

—Bueno, qué entonces.

—¿Qué? —digo, y le doy un nuevo bocado a la fruta.

—Estabas distraída.

—Es posible. Es que las manzanas ricas me acaparan mucho la atención. Lo siento, pero ante determinados sabores soy muy primitiva.

Edelmiro, Edel, sonríe ampliamente, enseñando unas encías lobunas que a la luz del sol refulgen con color y textura de chicle de fresa.

—Bueno, entonces qué, ¿tienes alguna pregunta que hacerme?, ¿deseas saber algo más en relación con lo que te conté ayer?

Enseguida pienso que tendría que haber traído preparada del hotel alguna duda, o al menos no haberme limitado a hacer acopio de esta infantil indignación que ahora descubro tan inútil, pues de ninguna manera pienso exhibírsela a quien me la provoca: ni debo (por proteger a Rebeca), ni quiero. Nunca he sabido encarar adversidades, llevar la contraria, hacer valer mis derechos. Resulta sorprendente cuánto nos indigna saber que se nos miente, cuando lo cierto es que la mentira nos conviene e interesa tanto.

—Me llamó la atención lo de los japoneses.

—Ajá. Dime. El qué.

Me quedo esperando una reacción corporal, un gesto que delate la mentira que sé. En realidad, me muevo por directrices emocionales. Cuando uno cree que sabe la verdad, comienza a interesarse por lo ancilar, a estar atento de veras. Entonces puede permitirse no escuchar y entender verdaderamente.

—Pues… No comprendí bien qué buscaban en la quinta.

Edel sonríe, pero una mueca de extrañeza le aborta la sonrisa a mitad de su expansión.

—Te lo dije ayer, ¿no? El anillo de Melusina.

—Ya. ¿Y cómo sabían de su existencia? —improviso, pero en realidad alimento mi emoción con una firme base de curiosidad. Le hago a Edel la pregunta que le habría hecho de no haber sabido.

—Eso ya no te lo puedo decir. Lo desconozco. Pero es fácil reconstruir alguna posibilidad. Antes que a Monteiro, el anillo perteneció a la monarquía portuguesa. Habrá textos que hablen de él, supongo. Será cuestión de indagar… Las leyendas las sustentan las palabras, ¿no? Cada objeto necesita un discurso que lo haga mágico.

—Entonces no estaríamos hablando de un valor material.

—Bueno… Supongo que en el caso de este anillo, también podríamos hablar de ese valor, claro.

—Por eso te deshiciste de él.

Edel deja de sonreír definitivamente. Mi propio cuerpo me reconviene por la imprudencia: se me acelera el pulso, sudo, abro los ojos como ante un león.

—Ya te dije por qué lo hice. Todo lo he hecho por Rebeca.

Decir sí, introducir una clave, abrir una ventana, descargar un archivo es prepararse para la posibilidad del impacto, de ser zarandeado y empezar a asimilar que todo lo que se ha asumido como verdad hasta ese instante va a dejar de serlo, que el esquema mental que nos hemos hecho de las cosas, por insignificante y precario que sea, va a dejar de servirnos, comenzará a desmoronarse a cada letra de cada palabra en cada frase que vayamos transformando en nítidas ideas al ritmo de nuestra nunca inocente lectura.

Y de esta forma, su obligado embarazo, que era el indicio de mi agresión, quedaba contrarrestado, por la vía de la venganza, por su intento de asesinato. No la denuncié; no me denunció. Alegría, la futura madre de mi querida Rebeca, se limitó a cuidarme en la convalecencia del accidente que ella había causado, a permitir que avanzara su preñez. Aún quedaba lejos el día en que me abandonaría: cuando la hija que llevaba dentro creciera lo suficiente como para no necesitar a una madre y como para que pudiera hacer de madre conmigo. Sé casi a ciencia cierta que este fue su plan desde el principio, que lo pergeñó entonces hasta su último término: cumpliría con sus deberes morales hasta que los dos culpables de su miseria vital pudieran dejar de contar con sus cuidados. Quizá por eso Alegría siempre procuró protegerse del cariño de la niña, para no crear con ella un vínculo que, llegado el momento, le impidiera la libertad de abandonarme sin tener sobre la conciencia la culpa de haberme dejado completamente solo.

—No, salgo mañana por la mañana, temprano —le contesto ahora a Edel, quien, queriendo virar de tema, me pregunta si me voy a quedar en el pueblo mucho tiempo—. Voy en coche hasta Oviedo, aprovecho para ver la ciudad, y allí cojo el tren. Es mucha paliza volver en coche hasta casa.

—¿Dónde vives?

De repente no me apetece responderle a esta pregunta. O sí, pero mintiéndole, como él a mí.

—En Cádiz.

—¡¿En Cádiz?! Pero no eres de allí, ¿no? No se te nota el acento.

—Eso es porque me crie en Plasencia —improviso, divertida.

Él me mira con desconfianza y yo le sonrío mientras mastico el corazón de la manzana en busca de las pepitas, que no me importaría triturar por accidente; de pronto recuerdo que saben a almendra, a alfajor, a pegamento de barra.

—Bueno, entonces, si no tienes más preguntas… —me dice ahora Edel mirándose el reloj de pulsera, más que para saber la hora, por darle un apoyo físico a sus palabras.

—¿Viene ya la enfermera? —le digo aún masticando pepitas.

—Eh… Sí. La enfermera. Eso es.

Pone las manos en las ruedas, como para echar a andar, a pesar de que sabe que en medio de la crecida grama necesita ayuda: la de Rebeca antes, la mía ahora. Me levanto.

—Espera, que te ayudo.

Lo rodeo, agarro los mangos de la silla de ruedas y lo propulso en dirección a la casa, hacia la rampa que asciende hasta la puerta trasera de la cocina, amparada por un pequeño porche. Mientras empujo a Edel, le miro la cabeza, de cabellos ralos, aplastados, encanecidos a rachas. Del cuero cabelludo me llega un olor a colonia de bebé que me enternece. Desde atrás y en picado, lo percibo vulnerable, presa fácil de un golpe seco (de palo, de piedra, de apero de labranza). Lo noto incómodo, tal vez a causa de esta misma sensación de indefensión que él también percibe. Quizá es en los culpables en quienes esta fortuita posición de víctimas se hace más escandalosa.

Entonces me puse en contacto con un profesor de la Universidad de Lisboa que estaba interesado en todo lo referente a Regaleira. Supuse que don Amando Freire se interesaría por el anillo, y así fue. No le mentí cuando dije que lo había encontrado en Regaleira, bajo una lámina del parqué de la biblioteca, en una disimulada oquedad. Pero era necesario adobarle un poco la historia para poder hacer mejor negocio. Como fui despedido poco antes de que la compañía japonesa Aoki se hiciera con el inmueble, se me ocurrió asociar el anillo con mi frustrado intento de asesinato, y hacer que fuera otro el autor de mi desgracia. Este hecho, junto a unos supuestos diarios escritos por Carvalho Monteiro que dije haber destruido para evitar que los japoneses accedieran a ellos, lograron conferirle un insólito valor a aquel tesorillo que un día encontré casi por casualidad.

—Gracias —murmura tarde Edel mientras subimos la rampa. Debe de notar mi tenue jadeo contra su cabeza volcada hacia adelante, desnuda la nuca.

Dejo de empujar la silla cuando llegamos al recibidor de la casa. Lo noto pensativo, distante. Cuando me detengo para recoger mi chaqueta del perchero de la entrada, él gira la silla sobre sí mismo y me mira desde su altura. La seguridad que expele su rostro, con sus rasgos más afilados a causa de la escorada luz, me borra de la mente la precaria imagen de sus hombros, su nuca, su alopécica cabeza.

—Supongo que cuando empieces a escribir la novela, decidirás con qué te quedas y qué desechas de la verdad, ¿no es así? Así sois los

novelistas, yo creo.

A mi prolongado silencio le siguen los apresurados pasos de Rebeca descendiendo por la escalera, con los que se anula del todo la posibilidad de una respuesta.

—¿Ya te vas? —me pregunta antes de poner la suela de sus gastadas Converse en el último peldaño, junto a la silla salvaescaleras que debía de utilizar Edel para irse a la cama. Noto que se le quiebra la voz.

—Sí…

—¿Por qué no te llevas algunas manzanas? —me pregunta acompañando sus palabras de un gesto que no me deja otra alternativa que acceder a su ofrecimiento.

Finjo dudar. Afirmo, niego.

—Bueeno. La verdad es que están deliciosas.

—Ven —me dice ella mientras se dirige al jardín.

Edel, extrañado, levanta una ceja, pero noto de fondo un tácito orgullo manzanil que acaba superponiéndose a sus recelos.

—Rebeca, no has cogido la cesta —lo escucho decir a mis espaldas, desde la cocina.

Vuelvo sobre mis pasos y cojo el canasto que me tiende. Cuando llego junto a la chica, que se afana bajo el árbol con solvente verosimilitud, la escucho decirme mientras agarra una fruta, gira la muñeca y la desprende del manzano:

—Seguro que nos mira desde la ventana. Disimula.

Me agacho y pongo la cesta entre el tronco y sus pies. Ambas susurramos:

—Dime. Qué quieres.

—Saber qué te ha dicho.

—Nada. Nada nuevo, al menos.

—¿Y qué le has dicho tú?

—Ni una palabra. Pero me ha costado. Mucho.

—¿Qué te han parecido los diarios?

—Tremendos. No sé cómo puedes vivir con él sabiendo eso.

—¿Y qué hago? —La emoción la hace girarse, pero no para de coger manzanas, la cesta ya a la mitad—. ¿Tú qué harías?

—¿Yo? Pues supongo que esperar a que…

—A qué. ¿Como mi madre? La desgraciada murió hace poco.

—¿Cómo lo sabes?

—Indagué.

—¿Pero cómo?

—Freire me ayudó. El año pasado.

—Pero Freire no sabe…

—No, no sabe. Pero me ayudó. A ciegas. Es un buen hombre. Se limitó a buscar a mi madre. Me dijo que murió joven. No se sabe cómo.

Luego supe que Freire era un fetichista adinerado que estaba dispuesto a pagar una portentosa suma por la pieza que ascendería casi al doble si yo firmaba ante notario que nunca revelaría a nadie que la joya estaba en sus manos. Qué bobada. A quién podía importarle un anillo del que nadie nunca habló ni echó en falta y sin otra cualidad que ser bonito.

La cesta se va llenando de un montón de manzanas que no voy a llevarme, que al padre y a la hija no les va a dar tiempo a comer. Se las tendrá que llevar la enfermera.

—No lo sé, Rebeca… Todo esto es muy extraño —empiezo a decir sin saber bien cómo voy a continuar—. ¿Y por qué has decidido compartirlo conmigo? —añado al rato.

—No lo sé… Para que tú lo cuentes. Para que lo lleves a tu novela, supongo. Aunque quizá no ha sido una buena idea.

Sonrío ante su candidez. Vuelvo a mirarle el culo tras los vaqueros. Tengo ganas de abrazarla.

—Las novelas son mentira siempre. Como las historias de tu padre.

—Mi padre es un cabrón.

—Tu padre tiene miedo. Le vendió a Freire el anillo para sacarte adelante. Se inventó una historia para poder darte una vida cuando tu madre os abandonó.

—Mi padre es un violador.

—Tu padre ya recibió de tu madre su castigo por eso. Y lo acepta como una condena.

—Mi madre fue una asesina.

—Tu madre no mató a nadie.

—Pero lo intentó. Fue una asesina fallida… falladora.

Suspiro para que me oiga; sonrío porque no me ve.

—Bueno, Rebeca, ya basta —le digo severa. Y bajando la vista al montón de fruta, añado—: No creo que ahí quepan más manzanas.

—Por mí que reviente el cesto.

—Rebeca —se me ocurre decirle; en realidad improviso, caigo en la cuenta ahora de que su rencor me ilumina otras opciones—, ¿has pensado en la posibilidad de que los diarios de tu padre no sean diarios?

—¿A qué te refieres? —Se gira, baja los brazos, desatiende al fin el árbol.

—Los hechos que cuenta están escritos en pasado.

—¿Y?

—Pues que los diarios suelen escribirse en presente.

—Entonces son unas memorias. ¿Qué más da?

—O una novela.

—¿Qué?

—¿Y si la verdad está en lo que dice? ¿Y si lo que ha escrito es la ficción que no se atreve a compartir?

Rebeca tuerce el gesto.

—Pero eso no puede ser… —murmura.

Lo que tiene un gran valor y lo que no tiene ninguno queda nivelado con la no existencia. Así, lo que nunca ha existido y lo que ha desaparecido son una misma cosa en el presente desde el que hacemos balance. La memoria es a menudo el único anzuelo del que podemos tirar, pero la memoria también puede inventarse.

Volvemos a la casa. Edel no está. Lo llamo para despedirme. Sale del baño, me sonríe, me besa la mano como un galán antiguo.

—Ha sido una grata sorpresa y un placer, amiga Sofía. Espero haberte sido de ayuda. Te deseo toda la suerte del mundo con tu novela. Y ya sabes: para lo que necesites, tienes mi número de teléfono. Y en cualquier caso, esta es tu casa.

Asiento varias veces, sonrío, le digo que sí, que muchas gracias, que todo lo que me ha contado me ha parecido fascinante, que seré respetuosa con su vida, con su historia.

—Te dejas la cesta —me dice Rebeca cuando ya estoy en la calle, bajando las escaleras.

Me detengo al llegar abajo, ella entorna a sus espaldas la puerta de entrada. Fugazmente veo cómo Edel me está mirando mientras sube las escaleras montado en su silla eléctrica; levita como un ilusionista.

—No pienso llevarme eso —digo en un susurro cuando Rebeca se me acerca con la cesta repleta de redondos frutos rojizos.

—Hazme el favor. Papá se puede mosquear. Déjaselas a la recepcionista del hotel. Para los clientes.

—Eso me parece mejor. Así te pasas un día a recoger el canasto. Le dices a tu padre que lo dejé allí después de meter la fruta en una caja.

Ella me mira. Noto que mi creciente enternecimiento tiene su origen en una soterrada lascivia.

—Te voy a echar de menos —le digo.

Ella no contesta. Me sostiene en silencio la mirada de una forma que enseguida me molesta y me invita a darme la vuelta, a no ponerme pesada.

—Gracias por la cena de ayer —añado ya de espaldas, girándome solo a medias, como en las despedidas dignas que aprendemos de las películas—. Fue un placer.

Ella asiente seria, impenetrable (la veo en el retrovisor de un coche aparcado en la acera). Cruza los brazos en un gesto con el que más que protegerse parece buscar en sí misma un poco de amparo.

—Y para lo que necesites… llámame —para decirle esto sí me detengo, y luego me giro hasta encararla otra vez—. Tienes que ser fuerte. Sé que lo eres.

—No necesito consejos, ¿sabes? —me dice, casi pisándome la última palabra.

Me siento idiota mientras le sonrío, vuelvo a mirar al frente, camino con paso desenvuelto, esforzada en disimular mi inquietud, mi deseo de permanecer junto a ella. De camino al hotel me convenzo de que los novelistas no debemos juzgar a nuestros personajes.

Al llegar a la recepción, vacía, toco el timbre y dejo la cesta sobre el mostrador. Cojo una manzana (pienso en mañana, precavida) y la meto en mi cartera. Subo a mi habitación por las escaleras, rápido, a hurtadillas, como la que ha hecho algo ilícito o un disparate.

—¿Se baja aquí?

—¿Qué?

—Que si se baja en esta estación. El tren parará tan solo dos minutos.

—¡Ah!… No. ¡No, no! Voy a Chamartín. Me bajo en Madrid, vamos.

—Disculpe. Es que pensé que estaba dormida… Era por si tenía que dejarla salir.

La voz de la monja es grave, inesperada, incluso tiene un punto muy sensual que invita a replantearse por completo la impresión

inicial. La idea del escapulario entre el níveo canalillo va perdiendo fuerza en mi mente hasta ser descartada por completo. Además, ahora mi compañera de viaje manipula un teléfono móvil de última generación en cuya pantalla aparecen muñequitos de colores y cifras en las que la mujer parece sumamente concentrada.

Las luces, ahora prendidas, le dan al vagón una apariencia aséptica que me molesta en la retina. Hurgo en mi mochila y toco a ciegas el canto del libro sobre Regaleira que compré en la librería Bertrand; lo había olvidado por completo. Miro hacia mi izquierda y ya no veo los arbustos ni los cables. Lamento haberme perdido el atardecer. Fugazmente le sonrío a mi cara de sueño contra el espejado cristal de la ventana, la presunta monja en un segundo plano, concentrada en matar los monstruos del videojuego de la pantalla.

VEINTICUATRO

Cuando le dio el primer trago a su amargo sumatra, Alberto se preguntó por las auténticas razones de que cobraran tan caro aquel café en absoluto extraordinario. Además, lo servían en un imperdonable vaso isotérmico (el calor del producto rara vez llegaba a la mano del cliente) abierto al exterior por una diminuta ranura que escatimaba el placer de llenarse la boca. En cualquier caso, a ojos de Kaufman poco se podía esperar de una cafetería que estaba bajo el paraguas de una cadena de desafortunados establecimientos *norteamericanizantes*. Le gustaba llamarlos así, mediante un resquicio de gerundio que pusiera la palabra en progresión, haciéndola expansiva y contagiosa, precisamente como la enfermedad que a sus ojos era la cultura yanqui.

Mirando hacia la amplia cristalera por la que esperaba verla venir, se le entretuvieron los ojos en el reverso del vinilo adosado al cristal. Entonces se preguntó cuántas personas que valoraban positivamente el café o la conexión a internet que dispensaba aquella franquicia gringa, sabrían que la efigie que aparecía en el logotipo de la empresa era la del hada Melusina. Alberto sonrió mientras le daba al café *(en realidad no es tan malo)* un nuevo sorbo, reconfortado por la forma en que acababa de demostrarse a sí mismo la enorme distancia que lo separaba de la mayor parte de la estulta humanidad.

Miró el reloj para constatar que Alida se retrasaba. Le asaltaron dudas sobre si vendría, y estas le deslieron la sonrisa y enseguida se le concretaron en un pinchazo hondo en el abdomen. Pensó que tal vez esta cita había sido una treta y ahora en vez de ella se presentaba Alonso para acicatearlo, o a lo peor, para proponerle un nuevo despropósito: quién sabe si aprovecharse él mismo de Sofía, de su Sofía, pobre Sofía. Palpó su chaqueta de lino pendiente del respaldar de la incómoda silla en busca del móvil. No había recibido ningún mensaje. Entró una vez más en la conversación. Releyó:

Alida (09:43): *Alberto, ¿qué tal? Me gustaría que nos viéramos. Tengo que hablar contigo. Quiero hablar contigo. Te debo una explicación.*

Así comenzaba un breve intercambio de mensajes en el que tan solo un poco más abajo (el dedo de Kaufman activando, nervioso, el *scroll* de la pantalla) ambos interlocutores concretaban sitio y hora. Alberto se lamentaba en este instante de no haber manifestado ningún tipo de resistencia al plan inicial de ella. Sus intervenciones en la conversación, leídas ahora desde la distancia, ya caducas, le sonaban

complacientes, aterciopeladas, propiciadoras. De haber tenido margen, la resistencia habría podido producirse fuera de la conversación, en casa, *a posteriori* (ya con el diálogo cerrado, la cita concretada), en el silencio de una nueva noche en blanco (abúlicas idas al frigorífico, visitas protocolarias a un baño extrañamente inmenso en la engañosa oscuridad, el vino de la ópera, *sotto voce*, incrementándole el peso de las piernas, el grueso de la colcha de los párpados), pero como ella le había mandado el mensaje por la mañana, había dormido como un tronco, la botellita del teatro intacta sobre la mesita, junto al abandonado volumen de Vives.

De repente le sonó el teléfono en la palma de la mano. Dio un respingo. La foto de una sonriente Sofía, protegida del proceloso presente por la taxidermia de la serena instantánea, se superpuso a la aún abierta conversación con Alida.

—Dime.

—Hola.

—Hola —dijo. Y tras escucharse tan serio y envarado, se obligó a añadir algo más, incrementando el énfasis abruptamente—: ¿Qué tal? ¿Cómo estás, preciosa? ¡Te llamé ayer!

Notó que Sofía, su Sofía, pobre Sofía, seguía, sin embargo, encastillada en su actitud distante.

—Lo sé.

—Ajá —replicó, enseguida contagiado de la desidia.

—Salí a cenar con Rebeca… Arias, la hija de Edel… miro, el contacto que me dio el profesor Freire.

—Ah… ¿Y qué tal?

—Bien. Todo bien. Vuelvo esta noche.

Como si pretendiera arrancarle una música de Bohemia o de Murano, Alberto había comenzado a pasar el índice izquierdo por el profiláctico filo del cerrado vaso. De pronto se le atascó la yema en un resalte del plástico y se hizo daño.

—¡¿Esta noche?!

—Sí. En una hora cojo un tren hasta Madrid. Ahora mismo estoy

en Oviedo, justo frente al Campoamor.

—Ah… —dijo, aunque no se enteró en absoluto frente a dónde estaba su mujer, bien porque momentáneamente se había ido la cobertura, bien porque acababa de ver a Alida enfundada en una ceñida falda de cuero negro cruzando el paso de cebra—. Muy bien. Pero…

—Pero qué.

—Podías haber avisado antes.

—Puedo coger un taxi, si lo prefieres.

—Ni hablar. Además, me pillas en Madrid. ¿A qué hora llegas?

—Espera, que lo miro.

Alberto vio que Alida ya estaba en esta acera, tras el cristal impoluto, la traslúcida Melusina interpuesta. Ella, del otro lado, se lo quedó mirando, deslizó por su nariz las gafas de sol y le sonrió con ese aire distante que tanto lo excitaba; Kaufman asintió con ligereza y entreabrió la boca. A través del auricular del teléfono, coches, charcos, el ruido de una cremallera.

—Cielo, si no encuentras ahora el billete, mándame luego un mensaje con la hora a la que llega tu tren.

—Espera. ¿Qué prisa tienes?

Ninguna, pensó Alberto. Había que fingir. Y fingir era también no tener prisa, no impacientarse. La normalidad siempre era lenta, indiferente. De todos modos, prefirió callar, suspirar pero quedamente, como lo habría hecho de haber sido interrumpido en la lectura. Empezó a notarse el pulso contra el cuello. Vio entonces abrirse la puerta del local y entrar a Alida, que trazó en el aire un gesto vagamente dedicado a él. Luego se fue directa al mostrador (la ausencia de camareros, otro de los despropósitos de las franquicias yanquis, se le tornaba ahora una gran ventaja: un balón de tiempo. No había necesidad de que su esposa lo oyera en compañía de una voz de mujer).

—Es en Chamartín, ¿verdad? —le preguntó para ganar minutos, credibilidad, y entretanto miró hacia atrás, una, dos, tres veces; a la cuarta vio venir a Alida portando una bandeja, sinuosa y fatal entre las mesas, guapa, morenísima, coqueta. La sonrisa que le dedicó le

abultó de inmediato el vaquero—. Mira, Sofía…

—A las veintidós y cincuenta y ocho.

Sonrió aliviado, dejando que Alida creyera que el gesto iba para ella, y volvió a colocarse derecho en la mesa, de cara a la calle.

—Once menos dos, perfecto. Allí estaré.

Colgó después de que Sofía le dijera un desconfiado «estupendo» y él susurrara un afeminado «chao» del que se arrepintió al notar a Alida a sus espaldas, a menos de un metro. Empujó la silla con las corvas y se levantó mientras se giraba para recibirla. Como resultado de un único y sonoro beso, ella le dejó un borrón de carmín rojizo en la mejilla izquierda.

—Lo siento, pero creo que… —le dijo mientras le tendía una servilleta del dispensador, se sentaba frente a él, le sonreía de nuevo.

Alberto se frotó con poca insistencia la mejilla, justo encima de la recortada barba, hasta que el pintalabios, expandido, se confundió con su rubor.

—Más o menos —contestó la mujer a la mueca interrogante de Kaufman—. Bueno, ¿qué tal?, ¿cómo estás? —añadió enseguida, dándole rienda a su sonrisa y haciéndola elástica, abarcadora, pegadiza.

—Bueno… He tenido momentos mejores —se limitó a decir él, y un nuevo conato de timidez le hizo bajar la vista hasta el servilletero.

Alida lo miraba atenta, ladeada la cabeza, entreabiertos sus coloreados labios. Cuando Alberto se giró para encararla de nuevo, se había hecho el propósito de intentar verla con malicia, a la baja, en busca de una mínima imperfección que lo ayudara a estar con naturalidad a su lado. Ella parpadeaba con delicada prestancia y volvía a estirar comisuras en un esmerado esfuerzo por mostrarse amable. Precisamente en esa concienzuda disciplina de sonrisa, la mujer dejó asomar el filo de uno de sus blancos colmillos, y la mente de Kaufman, desbocada, traidora, no tardó en aderezar la imagen con el audio de un rítmico gemido. Entonces fue cuando acudieron en legión las bragas, la lengua, las piernas, las tetas, el sexo, la saliva. Así, alarmado, como si ella hubiera podido verle el cerebro por dentro, volvió a quitarle de encima los ojos, a refugiarse en su café, del que bebió sin ganas (aún quemaba). Alida entonces, intuitiva, confusa, manipuló su vaso: lo destapó, lo azucaró y vertió su negro

contenido en un recipiente de plástico que contenía dos inmensos cubitos de hielo.

—Llevo fatal este calor.

—Pues yo llevo peor el frío artificial con el que se combate.

—¿En serio? ¡Pero si el aire acondicionado es el epítome del hispanismo!

Alberto la miró intentando una mueca sarcástica que la incomodidad que sentía no le dejó acabar de materializar. Notó que tenía el moflete acartonado, la boca anquilosada, como le pasaba al salir del dentista, por la anestesia.

—¿El epítome del hispanismo no era la siesta? —se limitó a decir.

A él le pareció que ella se rio por compromiso.

—Bueno, qué, dime. ¿Para qué querías quedar? —se atrevió a decirle mientras la miraba de soslayo, de fondo el incansable afán por buscarle alguna tara, por dar con la mancilla que contrarrestara su impertinente deseo *(hay que ser gilipollas)*—. Porque va todo bien, ¿no? —añadió al ver que ella volvía a inclinarse sobre el café y hacía girar los hielos, nerviosa, de pronto caída la máscara inicial: fruncido el ceño, desaparecida la sonrisa.

Así sí que está preciosa, pensó Kaufman, pero cuando fue a reprenderse interiormente, ella levantó hacia él los ojos.

—He dejado a Alonso —dijo seria, y luego volvió a intentar tensar los labios, pero esta vez las comisuras se le cayeron hacia abajo, perdida la fuerza por la flacidez de lo que acaba de desmontarse.

—Vaaya —fue lo que se le ocurrió decir—. Lo siento —agregó luego.

Ella agitó el brazo con un desenfado adolescente que buscaba relativizar la situación al tiempo que dar a entender que lo que acababa de decir era solo un preámbulo necesario que no lo afectaba a él del todo. Todo eso inverosímilmente encerrado en un rápido gesto que Alberto supo leer de cabo a rabo. Aun así, Alida se vio obligada a añadir palabras:

—En absoluto. No lo sientas. O no digas que lo sientes. Porque yo creo que ni tú lo sientes, ni mucho menos lo siento yo.

—Pero no estás bien… ¿O sí?

—No estoy bien porque el hijo de puta, y perdona que sea tan clara pero es lo que es, y tú lo sabes bien, me está haciendo la vida un infierno. ¿Cuándo hablaste con él la última vez?

—Pues… Hace un par de días. Tres a lo sumo. Nos vimos en su despacho. Bueno, en vuestro despacho.

—No, mío ya no. Precisamente vengo de recoger mis cosas.

—Ya supongo.

—Te chantajeó.

—Sí. Me tiene bien agarrado después de lo que pasó. ¿Cuándo lo dejasteis?

—Anoche, aunque los problemas venían de largo. El detonante ha sido lo de Fede Castro.

Alberto puso el café a un lado, apoyó los codos en la mesa, se aproximó a Alida, adentrándose en la orla de su refinado y denso olor.

—Te ha contado lo de Fede —dijo, y la inquietud le quebró la voz hacia el final, haciéndole ligeramente interrogativa la afirmación.

—Claro. Llevaba meses planeándolo... Precisamente era de eso de lo que quería hablar contigo.

—Vaya… Pues dime entonces. Ahora sí que soy todo oídos. De todos modos, te advierto de que últimamente estoy curado de espanto.

—Ya imagino.

—No creo que en toda su extensión.

—A mí me parece que sí. O en cualquier caso, puedo hacerme una idea… —Y después de un nervioso sorbo, con los hielos chocando sordamente contra el cartón del vaso, añadió—: Lo siento.

—No digas eso, mujer. No me parece que a ti te corresponda pedirme disculpas. Y menos a estas alturas. Has hecho bien dejando a Alonso.

—¿Cuándo fuiste a ver a Fede Castro?

—Ayer. Ayer por la noche. Nos vimos en el Real.

—Vaya… Te he hecho volver hoy a Madrid.

—En absoluto. Aparqué sin mirar bien y se me llevó el coche la grúa. Esta mañana me ha traído un amigo y me ha dejado en el depósito municipal. Un dineral. A perro flaco todo se le vuelven pulgas, ¿no dicen?

—Ya veo, ya…

Otra vez jugueteó Alida con el vaso, la mirada esquiva, proyectada hacia el cristal, probablemente no sobre el hada, desapercibida para el neófito, sino hacia la calle: transeúntes, autobuses, las prisas en los aledaños del intercambiador.

—Bueno qué. Cuéntame, ¿no?

Ella levantó entonces despacio la cara, a un ritmo acorde con el que demandaban las tramas de mucha intriga, y lo miró con unos ojos que Alberto no le conocía: nítidos, sin veladura. Entonces supo que no podía ser mentira lo que iba a contarle.

—Todo fue idea suya.

—¿De Alonso?

—De Alonso, sí.

—¿Todo?, ¿a qué te refieres con *todo?*

—A lo que pasó. Desde la cena de fin de curso en su casa, hasta nuestros encuentros. Y de nuestros encuentros, cada detalle. E incluso de mis correos… Cada palabra, cada coma… Todo idea suya. Se lo tomó como el guion de una película. Y resultó ser más perfeccionista que Kubrick, ya lo has visto.

—Pero…

—Por eso quería pedirte perdón.

Alargó entonces la mano y la puso en la de Alberto, a quien no dio tiempo a retirarla. Él la sintió rígida y fría, como la de un extraterrestre, quizá también un poco húmeda. Pero todas estas sensaciones le llegaron de fondo, allá a lo lejos, detrás del aluvión de palabras que se le venían a la boca, la cabeza a punto de explotarle.

—Lo del perdón es lo de menos… —dijo, y ahora sí retiró la mano, aunque sin habérselo propuesto, a merced de la conversación, que en este instante demandaba apoyar con algún gesto sus palabras —. Pero dime, ¿cuál era su motivación inicial?

—¿La de Alonso? Me parece que siempre ha sido la misma.

—¿Llegar al rectorado?

Alida negó repetida, tozuda, casi cómicamente.

—Ni mucho menos. Eso nunca le interesó. O al menos eso me decía a mí. Desde el primer momento su candidato fuiste tú. A él le interesaba Castro. Que lo pusiera al frente de sus líneas editoriales de clásicas. Ese era su afán. Y decidió usar vuestras veleidades, tanto las de Fede como las tuyas, para conseguir lo que se proponía. «A Fede le gusta Sofía, la mujer de Kaufman, pero a Kaufman le gusta más ser rector que su mujer; o eso barrunto yo, aunque tengo mis reservas… He aquí los ingredientes básicos para una tragedia. Y hete aquí al verdadero Sófocles que va a llevar esto a buen puerto. Tienes que ayudarme porque blablablá…». El resto, te lo puedes imaginar.

—Claro que puedo, conozco bien a Alonso. Pero hay una cosa que no entiendo…

—Dime.

—¿Por qué quiso que tú y yo…?

—Pues porque no estaba seguro de la firmeza de tus ambiciones al rectorado. De que esa baza fuese suficiente para atraerte hacia su propósito. Entonces decidió ponerte en el brete de la infidelidad. Un doble chantaje. Así se aseguraba que accedieras a la propuesta de Castro. Y así ha sido, porque me consta que…

—Veo que estás al tanto de todo.

—Después de que aceptaras su propuesta, Fede llamó a casa.

—Pues sería a partir de las doce de la noche, porque yo lo llamé al llegar a Segovia.

—Era tarde, sí. Lo sé porque cuando salí de casa de Alonso con la maleta, no había un alma en la calle y olía a plena madrugada. No encontré un taxi hasta que no llegué a la avenida. Discutimos tras la llamada de Castro. Yo llevaba tiempo acumulando odio y ya no podía más. Supongo que toda esta comedia ha sido un detonante. Un hombre que le hace eso a un amigo es un... En fin. Lo que pasa es que me tenía entre la espada y la pared con el maldito doctorado. ¿Sabes? —añadió ante el insistente silencio de Alberto—, estoy cansada de tanta ambición. Yo no quería que mi vida fuera esto.

Alberto sonrió mientras sacudía la cabeza, fijos de nuevo los ojos en la mandorla del esquemático dibujo del cristal. Al rato volvió la atención a su vaso precintado y de ahí a Alida, en la que, tras haberla reducido al fin a una mera efigie comunicativa *(como un hada en tres dimensiones, de carne y hueso),* vio de nuevo a una mujer, pero esta vez cansada, la piel tras una pátina engañosa, los párpados acorazados con una tenebrosa sombra de ojos que cubría los síntomas de una decisión difícil.

—Entonces yo nunca te interesé —dijo Kaufman sin saber cómo ponerle coto a la amargura de la espontánea entonación.

—¿Cómo?

—Que nunca te interesé. Como hombre, me refiero. Que viniste a mí obligada. Que me invitaste a cenar, que me emborrachaste

deliberadamente (y quiero creer que aquel vino no llevaba aderezos), que me obligaste a follarme a Macarena, y que la vez siguiente me llevaste como si nada a tu cama estando él en casa, al acecho y armado.

—Eso no es cierto —dijo metiéndose un mechón de pelo tras la oreja, nerviosa, en un susurro—. Cuando nadé para ti en la piscina, Alonso ya me había enseñado fotos tuyas. Te deseé desde el primer momento. Ahí estuvo mi motivación. Además… —titubeó, se miró las manos, pero Kaufman notó que se obligaba a levantar los ojos y encararlo— Alonso siempre conservó a sus chicas, ya lo sabes, y digamos que a mí me gustaba ese juego. Luego él tampoco era celoso, en absoluto. Lo único (y desde luego lo mejor) que sacaba yo del juego de complicarte la vida era coquetear contigo, que en algún momento nos acostáramos… Y la verdad es que no me defraudaste. Entre tú y yo —añadió bajando más la voz, acercándosele—, follas mucho mejor que él. Y sí, el vino llevaba un ingrediente secreto… que no te pienso decir. La primera vez y la segunda.

Alberto contuvo la respiración, volvió a sentir la incómoda opresión contra el vaquero.

—Bueno… Lo cierto es que no estuvo mal… No estuvo mal en absoluto —dijo él, e hizo un esfuerzo por sonreír a pesar de que sabía que la sonrisa le iba a salir torcida, como le pasaba siempre que lo ponían nervioso.

—No, no lo estuvo —remachó ella girando después la cara hacia la calle; la calle, siempre la calle: la huida. Es más fácil decirse las cosas cuando no nos miramos de frente.

Alberto le miró el perfil, descubierto, el pelo tras la oreja: el marcado ángulo de la barbilla, el largo cuello blanco. Entonces *(inevitable)* se recordó jadeándole encima, lamiéndoselo justo cuando estaba a punto de correrse dentro de ella *(tan mullida),* segundos antes de sentir el frío cañón de Alonso contra la nuca. Pero esta vez logró no inmutarse.

—Y entonces la discusión que mantuvisteis después, delante de mí, en la piscina, ¿fue un teatro?

—Bueno… Yo creo que hubo en ella mucho de verdad. Pero… Pero sí. En teoría lo fue. ¿No sospechaste nada?

—Tal vez… Pero ya en el coche. No entendí cómo él había podido leer tus mensajes de móvil si se supone que no estaba en casa.

—Claro. Lo pensamos luego. Eso fue un descuido por nuestra parte.

—Pero yo estuve torpe. El sexo nos quita reflejos; por lo menos a los hombres.

—No lo creo. Más bien al contrario, ¿no? Se dice que os da lucidez.

Alberto levantó una ceja, ella se permitió sonreírle. Sin demasiada conciencia, aprovechó la distensión para abrir una nueva veta en la conversación:

—Oye, ¿tienes sitio dónde quedarte? ¿Dónde has ido esta noche?

—Me alojo en el Fénix. De momento. No te preocupes, una amiga me ha ofrecido sitio en su casa. Me lo estoy pensando.

—Yo tengo un estudio en Callao. En realidad es de uno de mis hijos, pero ahora se va a Praga y me parece que no piensa volver pronto. Puedes quedarte el tiempo que necesites.

Alberto no sabía bien por qué se le ocurría hacerle el ofrecimiento. *Desde luego*, se dijo, tranquilizador, *no esperaba de ella nada a cambio*.

—Te lo agradezco mucho. No creo que acepte, pero lo tendré en cuenta. Además, estando en pleno centro seguro que me cobras un alquiler desorbitado.

—¿Alquiler? Ninguno. Te lo ofrezco gratis. El tiempo que necesites. Además si dices que te acabarás yendo de aquí… —Hizo una pausa, pero ella no dijo nada; se limitó a apoyar la barbilla contra la palma de la mano y a mirarlo con ojos amusgados, suspicaces—. Aunque siempre podríamos llegar a algún tipo de acuerdo que nos satisficiera a ambos —añadió tarde, empujado por una muy subjetiva interpretación de la mirada de ella.

Alida alzó la cabeza, el blanco cuello expuesto, proyectándose hacia arriba como el de una jirafa al comer. Luego, lentamente, volvió a inclinarse hacia adelante, hasta aproximarse mucho a él. Kaufman volvió a notarse el pulso en las sienes.

—No busco a un nuevo director de tesis, gracias.

Él abrió la boca, pero solo le salió un gruñido.

—Además —añadió Alida—, te he contado la verdad para prevenirte de Alonso. Es un cabrón. Ten cuidado. No aceptes. No caigas en la trampa de la ambición. Y luego está Sofía. No la conozco apenas, pero ¿de veras crees que va a acceder a acostarse con Castro? ¿Estás seguro de que a ella su novela le importa más que su dignidad?

—Eso no lo sé. Y tampoco es mi problema. Ella puede decidir. Le he hecho prometer a Fede que va a respetar su voluntad, sea la que sea.

—Fede tal vez respete algunas reglas, pero Alonso no. Te lo digo yo. Alonso no va a parar hasta conseguir que Fede le dé lo que quiere. Y para que Fede haga eso, Sofía tiene que acceder. Y si Sofía no accede, te vas a quedar sin apoyo para el rectorado.

—No ha sido ese el acuerdo.

—Da igual cuál haya sido el acuerdo, Alberto. No seas cándido. No sé qué validez te merece a ti la palabra de un hombre que hace esto contigo.

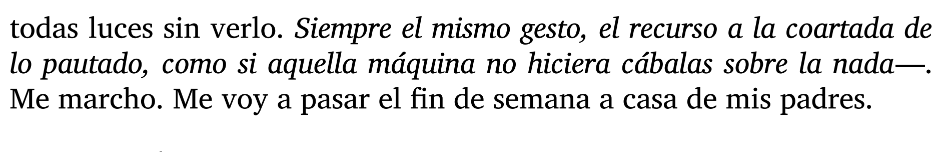
Kaufman dejó salir con ruido el aire de sus pulmones, y luego volvió a aspirarlo hasta sentir que se mareaba.

—No entiendo por qué me ayudas —dijo tras el intercambio gaseoso—. Yo también soy mezquino. Mira lo que estoy dispuesto a hacer a cambio de un poco de ridículo prestigio.

—Me temo que lo que tú seas o dejes de ser es cosa tuya. Yo en eso no entro. Las decisiones morales son una cuestión personal. Tú verás lo que haces. Yo quería hablarte para que conocieras todas las bazas y ahora puedas jugar mejor tu mano. Aunque tampoco voy a negarte que lo hago por despecho y por venganza. También lo mío es una cuestión muy personal. Yo lo que quiero es ver frustrado a Alonso.

Alberto quedó en silencio, pensativo. La ausencia de un juicio moral por parte de Alida, incluso su velada anuencia ante determinados puntos de la compleja retícula moral en la que se encontraba inmerso, lo dejó momentáneamente desamparado. Una vez al tanto del hecho de que ella conociera toda la información, habría esperado de su parte alguna crítica, incluso una reprimenda. Tampoco estaba seguro de si la actitud despótica que esperaba en ella no respondía a una particular apetencia masoquista que hundía sus raíces en el barrizal de siempre.

—Bueno… —dijo de pronto Alida mirando su reloj de pulsera, a


todas luces sin verlo. *Siempre el mismo gesto, el recurso a la coartada de lo pautado, como si aquella máquina no hiciera cábalas sobre la nada—*. Me marcho. Me voy a pasar el fin de semana a casa de mis padres.

—A Salamanca.

—A Salamanca. Buena memoria.

—«Salamanquesa», me dijiste que eras.

—Sí. Es un chistecillo que suelo hacer. A todos os gusta —añadió falsamente vanidosa, desmitificadora.

Entonces se levantó alisándose la falda, cogiendo el bolso. Alberto permaneció sentado, subrayando con su actitud la divergencia de propósitos inmediatos.

—Oye, Alida, una última cosa… —dijo girando la cabeza, alzando la mirada para enfocarla, ahora ya sin un resquicio de emoción.

—Dime.

—¿Por qué lo de la histeria? ¿Por qué te inventaste esa chorrada? Supongo que ya sabes que atentaba un poco contra la verosimilitud de vuestra comedia.

Ella sonrió, los ojos risueñamente cerrados. Pero al abrirlos, los hincó de lleno en él, serios, distantes, la veladura otra vez interpuesta.

—Lo de la histeria es verdad, Kaufman. Te juro que eso sí es verdad.

—Eres una histérica entonces.

—Soy una histérica, sí —dijo desviando la mirada hacia el cristal, al que señaló con el índice justo antes de añadir—: Por cierto, Alberto, ¿a que no sabes quién es esa?

Kaufman sintió de nuevo crecer toda la vergüenza, la timidez, cierto desasosiego. Alida le gustaba. Le gustaba mucho. Perderla para siempre iba a ser duro.

—Sí que lo sé —dijo vanidoso, fija la vista sobre el reverso del vinilo—. El hada Melusina —respondió enseguida, para que nadie le robara la respuesta, su solitario puesto en la cima.

Entonces Alida le sonrió satisfecha, se dio la vuelta y se marchó

sin despedirse, contoneándose embutida en su falda de cuero negro, como hecha de escamas de serpiente.

VEINTICINCO

«Malta, Siracusa, Creta, Nicosia, Jaffa, Limasol». El dedo de Luigi, como en otro tiempo el de su amigo António, se mueve certero sobre el papel ante la callada presencia del último monarca portugués. Bajo el tupido bigote azabache, sus susurrantes labios tiemblan pronunciando como una letanía aquellos nombres. Unos golpes firmes y secos contra la puerta cerrada lo sacan de su viaje de papel por un Mediterráneo aún primitivo.

—Adelante —dice don Manuel en un esmerado inglés de cierto regusto luso.

Con envarado paso británico entra Peter, el mayordomo, que se flexiona ceremonioso ante su señor. Le tiende una bandeja de plata. Don Manuel toma el sobre abierto que hay encima y hace un gesto que al mismo tiempo quiere decir «muy amable» y «puede retirarse», y que Peter, a fuerza de uso y rutinas, entiende mucho antes de que el amo lo culmine. Manini levanta la vista del arcaico mapa de su antiguo amigo y mira de nuevo al exmonarca.

—Aquí está la carta que me envió la señorita Minerva —le dice este en un anquilosado portugués agitando ante su cara el sobre—. ¿Te la leo?

Luigi lo piensa un poco (le gustaría ver su letra, tocar el papel que ella ha tocado hace no tanto, sacarle el máximo partido a aquella nueva visita a Londres). Don Manuel, que parece haber logrado sondearlo en un instante, añade:

—Si quieres, luego te dejo que la veas… Es que me gusta leer en voz alta. Está escrita en portugués. ¿Sabes?, ella aprendió por mí el idioma. Le puse un maestro. No sé por qué quiero compartir esto contigo, pero lo cierto es que voy a hacerlo: en la alcoba hablábamos solo en mi idioma natal. Mi mujer nunca quiso hacer el esfuerzo de aprenderlo, aunque a mí tampoco me interesó demasiado presionarla en ese punto… De todos modos —añade bajando la voz y pasándose paradójicamente al inglés—, el portugués es un idioma muy apropiado para el coito; incluso mejor que el francés.

Aunque al principio a Manini le parece que no, lo cierto es que sí, que ha sentido en un lateral del pecho la ya olvidada mordida de los celos. Otra vez. Y de nuevo a causa de Minerva, esa mujer a la que apenas había llegado a conocer y que lo había traicionado justo en el momento en que empezaba a nacer en él eso que en las novelas se

llama amor incluso cuando no lo es y lo que ocurre es que se le parece, o que el incauto y tornadizo protagonista cree que, en efecto, de amor se trata.

Manuel manipula despacio el sobre (el lacre partido, como un lastrecillo que vuelca hacia abajo la solapa), y con exasperante parsimonia saca la carta, la desdobla, la alisa. Aún le da un sorbo a su agua de Seltz antes del tenue carraspeo que avisa del inicio de la lectura.

Manini deja sobre una mesita baja a su lado el valioso mapa que un día perteneció a Monteiro y se lleva a los labios la copa de *brandy* que Peter le ha servido al llegar a la sala de estar tras la vuelta del paseo.

Londres siempre acababa haciendo que le dolieran los costados, la cintura, que le dieran calambres en las piernas. Y el legítimo heredero Manuel había resultado ser un entusiasta andarín que durante las dos jornadas que llevaba allí lo había llevado hasta los siete confines de la ciudad bajo cualquier pretexto: ver el pintoresco ambiente de un barrio obrero, ir en busca del besugo más aparatoso de un recoleto mercado, jalear a los dos equipos contendientes de un aburrido partido de fútbol, admirar algún edificio de reciente construcción, «tú que eres arquitecto y te interesan estas cosas»; ver una ignota obra pictórica, un archifamoso friso obtenido durante el expolio colonial, un libro raro de acceso altamente restringido.

—Aquí nadie sabe que pude ser el rey de una gran nación, y sin embargo los londinenses me dejan fisgar hasta en lo más profundo de sus entrañas culturales. Como dijo el bueno de Cervantes, uno es hijo de sus acciones, no de su sangre. Y es que aquí me tienen por un dandi, y un dandi es algo que puede ser cualquiera con dinero para un sastre, buenos modales, inteligencia en la conversación y tiempo para el ocio. Llámame libertino, pero lo cierto es que soy un firme entusiasta de la vida disipada.

—Pues conmigo puedes estar tranquilo, porque yo en esta ocasión no he venido como embajador de ninguna causa que pretenda atraerte hacia tus históricas responsabilidades.

—¿Ah, no? —le respondió a Manini girándose hacia él; en ese momento caminaban por Kensington Road, de vuelta a casa—. Entonces, ¿a qué has venido? Porque dudo que haya sido a ver el British, el nuevo Shakespeare Globe… o a mi mujer. Dime entonces —lo apremió. Y sin dejarle tiempo a responder, añadió—: ¡Ah, sí, ya sé!

¡A jugar al billar! Lo pasamos tan bien la última vez…

A pesar de que Manini sopesó por un instante lo muy adecuado que sería sonreír en este instante y hablarle a Manuel de lo bien que lo pasó durante aquellas partidas memorables, principalmente porque al término de la última de ellas, durante la fiesta nocturna, había conocido a la señorita Rosenbaum, decidió permanecer callado y serio, fiel a sus tribulaciones, y al cabo de un silencio muy estudiado, revelarle al fin a su anfitrión, tras dos largas jornadas de livianos planes por doquier, el verdadero propósito de su impremeditada visita.

—En realidad he venido a verte por Minerva —se limitó a decir, la vista al frente, los negros taxis macizos circulando al revés con un ruido desagradable, las ruedas restallando en los charcos, y a la derecha, tras la majestuosa verja, Hyde Park, silencioso, aletargado.

—Ya lo imaginaba… Por eso te mandé la semana pasada aquel telegrama diciéndote que no te preocuparas, que al fin había recibido noticias suyas. Pero no tenías que haber venido: podría haberte puesto al tanto por correspondencia.

—No ha sido molestia. Me marchaba ya de Portugal. Vuelvo a mi Italia.

—Vaya. Supongo que lo tuyo con António es ya insalvable —dijo deteniéndose ceremonioso, tomándolo del brazo con cierta compasión.

—Me temo que sí. Además, no tengo más proyectos ni encargos. Buçaco, Regaleira y mis trabajos en Lisboa conforman una breve historia profesional que, aunque en absoluto es perfecta, a mí me satisface.

—No te faltan motivos. Tú, un artista extranjero, has hecho más por mi país que este autóctono proscrito que te habla.

Luigi se limitó a sonreír, a encoger con puerilidad los hombros.

—Y otra cosa, Manini… —añadió el otro, de pronto solemne—: Quisiera agradecerte el esfuerzo. Que me escribieras para tranquilizarme, que mandaras a aquel muchacho a Regaleira para indagar… ¿Cómo se llamaba?

—¿Quién, el poeta? —Manuel asintió atento—. Pues si te digo la verdad, yo no lo sé exactamente… Me parece que nadie lo sabe.

El exmonarca sacudió la cabeza, incrédulo, y luego continuó caminando mientras mascullaba alguna frase sobre las excentricidades de los rapsodas. Manini asintió con escepticismo y aceleró el paso para ponerse a la altura del presuroso Manuel, quien, ataviado con bastón, bombín y levita, pasaba por londinense de pro.

—Te voy a contar, amigo Luigi, y vas a saber. Pero antes me tienes que prometer que tras la cena jugarás conmigo al billar —le dijo, la voz entrecortada por el esfuerzo de la retomada caminata.

—¡Faltaría más, Manuel! Si en realidad yo he venido a verte por las bolas… Solo por el vicio, nada más. —Durante el silencio que siguió a su comentario, Luigi pensó que este había estado fuera de lugar, sobre todo por su carácter estúpidamente ambiguo, por completo impremeditado.

Ahora la voz de Manuel es un monótono murmullo que lee el portugués con disciplina fonética de inspiración británica. Manini lo escucha sobrecogido desde su asiento mientras entretiene la vista en la ventana que da al jardín trasero de la casa: la madreselva que trepa por una pérgola que le sirve de amparo a una broncínea Diana cazadora —pelo y peplo al viento—, un roble adolescente que el propio monarca plantó hace unos años, un banco de piedra, algunas rosas, tulipanes, un senderito de grava que la humedad constante hace brillar. Un chirimiri continuo se superpone a la escena como un onírico velo. A este lado del cristal, en el calor del salón, los soñadores ojos del arquitecto vagan ahora por los lienzos de las paredes (retratos al óleo sin gusto, *de cuando esto era la embajada holandesa: aquí estaban y aquí siguen):* rubicundas mujeres rollizas, maridos de condecorados chaqués. Una barroca araña, ostentosas palmatorias, una chimenea rococó, alfombra persa, silloncitos imperio.

Baja la vista al *brandy*, que apoya en el regazo. Al beber, de soslayo ve las borlas de las zapatillas de su anfitrión. Terciopelo azul, pantalón de cachemira. Las largas y flacas piernas cruzadas, como de ave zancuda: el romo ángulo de las rodillas, el papel de la carta, que se agita con el ímpetu de la lectura, con la potencia del hálito de las palabras de Minerva. Lo mira a la cara: el lampiño mentón muy definido, el bigote rubio, los claros ojos disciplinados tras los lentes (hipermétrope lector empedernido) en un reconcentrado ir y venir por los renglones, el pelo abundante y castaño, como el de un niño. Los labios son de un rojo bermellón que la saliva hace brillar.

—Bueno, dime. ¿Qué te parece? —le dice cuando termina de leer la carta.

Manini está sobrecogido. Las palabras de Minerva le ofrecen una nueva versión de la historia que es difícil de encajar.

—¿Puedes dejarme el papel? Quiero leerlo muy detenidamente.

—Faltaría más —dice Manuel, y acerca la carta hasta la extendida mano del arquitecto, que la coge sin llegar a levantarse.

Manini no necesita gafas. Recorre demoradamente la minúscula y compacta letra de Minerva:

Río de Janeiro, 19 de diciembre de 1912

Mi querido Manú:

Espero que te alegre, o al menos que te alivie la inquietud, el recibir noticias mías. Siento no haber tenido antes ni el tiempo ni el asiento ni las ganas que requería tomar la pluma y contarte. Mi conciencia quedó satisfecha en el momento en que puse camino de tus manos el mapa de Mercator, el cual espero que felizmente obre ya en tu poder. Antes de partir abruptamente y a pesar de todas las dificultades en que la vida me puso, traté de hacérselo llegar a Casius, a quien, como sabes, Manini alejó de mi lado durante nuestra estancia en Buçaco. Él permaneció todo el tiempo en Castelo Branco, aguardando mi llegada con el mapa para regresar ambos a Inglaterra de inmediato, según tus planes. Quiero que sepas que tu estimado secretario cumplió con admirable disciplina mis imprecisas órdenes.

Una vez en Regaleira, cuando fui presentada al señor Monteiro, llevé a cabo el acordado alejamiento de Manini. Pese a que fue una decisión difícil para mí, nunca perdí de vista que hacerle daño era un trance necesario para llevar mejor a cabo la misión que me encargaste. Por desgracia, nada salió según lo que con cierta candidez previmos. Agasajé a Monteiro con el anillo de Melusina, me lucí ante él ataviada con la cola de escamas rutilantes. Él pareció enloquecer. Sentía que me vigilaba durante el sueño, sobre todo cuando el arquitecto ya no estaba en la casa. Una noche hizo que Aldo, el mayordomo, que era el único empleado que residía en Regaleira, se marchase a la misma hora que la cocinera y la criada. Yo me sentí indispuesta tras la cena y me acosté temprano. Poco después Monteiro entró en mi alcoba y me forzó. Yo no sé de dónde sacó la fuerza para hacer lo que hizo. Desde luego la resistencia por mi parte fue tenaz, aunque insuficiente. Yo guardaba el arma que me diste en la coqueta, a unos pocos pasos de la cama; esa fue la distancia que lo libró de morir. Grité y forcejeé hasta que no me quedó aliento. Pero Monteiro no era Monteiro. Aunque es probable que fuera justo al revés: que esa noche

Monteiro fuese Monteiro por primera vez. La lujuria es el esqueleto del alma: sabe Dios qué demonios avivó en aquel pobre desgraciado nuestro terrible juego. En mitad de la madrugada, cuando noté que dormía a mi lado, exhausto, entré en la biblioteca dispuesta a robar el mapa y a huir a toda prisa de aquella casa. Sin embargo, él se despertó y me sorprendió en mitad del vergonzante hurto (te juro que imaginé que me veías y reprobabas mi acción, pero entiende que me movió el sentirme ultrajada). Entonces me aproximé a él y le apoyé la pistola en la sien, pero en el último instante me temí a mí misma y la bajé hasta su hombro; el arma se me disparó sola. Después de taponarle la herida, contenida, sensata (en mi fuero interno sentí que se restauraba un frágil equilibrio), lo encañoné camino de la cripta, donde lo até a uno de los bancos. Luego dejé el mapa en una hospedería de Sintra y pagué al tabernero para que lo enviara a la dirección de Casius en Castelo. Asustada y avergonzada, aproveché la proximidad de Lisboa para coger el primer barco que zarpaba hacia el Brasil. Pude hacerlo gracias a tu dinero. Gracias. Puntualmente te haré llegar parte del sueldo que vaya obteniendo en el transcurso de mi nueva vida; sabes que el destino me ha dado las manos de la virtuosa Aracné y que nunca me faltará el sustento.

Cuando me mandaste a Portugal, sabía que sus puertos eran una fácil lanzadera al Nuevo Mundo, pero nunca pensé que me iba a ver obligada a utilizarla en el papel de fugitiva. Tuve miedo de verme acusada y condenada. Una mujer extranjera no puede enfrentarse al hombre más poderoso de su país y ganar esa batalla. También tuve miedo de que todo este malogrado suceso sacara a la luz tu extraño proyecto y diera a tu país una cabal razón para tachar tu nombre de su historia.

Desde hace un mes sé que espero un hijo. Es probable que este inocente ser quiera disputarte el trono. Prendas no le faltan: si es cierto que la sangre importa, conviene que sepas que este tiene un padre enloquecido que cree haber yacido con un hada. Me mofo, sí. Supongo que el humor nos hace ver las verdades como si no lo fueran.

No tengo mucho más que añadir, mi querido Manú. Entre nosotros siempre sobraron las palabras. No me arrepiento de haberte ayudado en esta empresa; no te arrepientas tú de haber decidido contar en ella conmigo. Tu confianza me sigue honrando como el primer día; además, con tu decisión me concediste la libertad de viajar, el placer del amor, la posibilidad de la aventura.

Y una última cosa, Manú: el señor Luigi es bueno, creo que me ha querido y que lo pasará mal. Cuéntale a él la verdad, ¿quieres? Dile quién soy y por qué fui a Regaleira. Un puñado de palabras es lo mínimo que le debo por haberme hecho de ciego guía en el infierno. Cuídate mucho, y

cuida de tu esposa, que te quiere, a la que necesitas. Nos conocemos bien: hazme caso.

Tuya siempre, incluso desde la atlántica distancia (qué paradojas, amigo, he venido a parar a la que tú siempre decías que era mi verdadera tierra).

Tu intrépida amazona,

Minerva

Cuando Luigi concluye la lectura, acaricia con disimulado interés la letra (sabe que Manuel lo está mirando) en busca de su corporeidad, del grado en que la tinta, acumulada, se levanta del papel y puede tocarse, y con ella las palabras que conforma, el pensamiento cifrado. Luego le echa un último vistazo a la arquitectura del texto: un rectángulo ligeramente volcado hacia la izquierda hecho de violentos trazos e irregulares espacios en blanco. Como le da vergüenza oler la carta ante el malogrado monarca, la pliega por su propios dobleces con una resolución que quizá engendre un vientecillo capaz de llevar alguna huella a la nariz. Y en efecto, así sucede: celulosa, tinta, salitre, secante, lacre… y Minerva (muy sutil, de fondo, puede que inventada por un olfato deseoso, peligrosamente subjetivo).

—El telegrama que me enviaste era muy sucinto —dice mientras se levanta del sillón y deja la carta, doblada, sobre el regazo de Manuel, quien lo mira atento desde abajo—. No me contaste la verdad que Minerva te pedía, no me invitaste a venir aquí.

—Te envié aquellas palabras para que supieras que yo ya tenía noticia de ella, de su paradero; y para que no te vieras obligado a seguir indagando en el entorno de Monteiro, que a estas alturas debía de serte tan difícil.

—Pero yo esperaba más.

—Bueno… Has venido, ¿no? Mis escuetas palabras te han traído hasta aquí. Ahora ya puedes saber.

Manini camina por el salón, la copa en la mano, los pasos inciertos, escurridizos sobre la gastada alfombra, contra el pulido parqué.

—Cuéntame la verdad, entonces —dice dándose la vuelta hasta enfocar de nuevo a su interlocutor. Este sigue en la misma postura: la pierna derecha sobre la izquierda, la suave zapatilla agitando sus

borlitas en el aire.

—¿La verdad? ¿Qué verdad? De la de tu antiguo amigo António acabas de tener noticia. ¿Qué más verdad quieres saber?

—La de Minerva. Quiero saber quién es. Por qué me utilizó. Quiero el «puñado de palabras» que ella me promete en su carta.

Manuel le da un nuevo sorbo a su agua de Seltz antes de empezar a hablar. Lo hace con una impostada displicencia anglosajona, con un infantil hieratismo que recuerda al de las figurillas arcaicas.

—Como ya sabías, Minerva era mi amante. Se acercó a ti durante aquella fiesta con el claro propósito de seducirte. Mi idea era que la llevaras hasta Regaleira, hasta Monteiro, hasta el mapa de Mercator. Siempre he codiciado esa pieza. Desde un primer momento te facilité las cosas para que vinieras a verme: necesitaba que fueras mi puente para llegar a António. Sabía que con Monteiro era imposible negociar. Unos meses atrás, su mayordomo se había hecho con el mapa ante mis narices, a pesar de mis esfuerzos. Fue en una subasta internacional, en Siria. Ese estirado, ¿cómo se llama…?

—Aldo.

—Eso es. En fin… En las pujas gana el más solvente, y yo me vi frustrado. Entonces me obsesioné de veras con el mapa. Había ciertos límites que, a causa de mis estrictos valores morales, no estaba dispuesto a sobrepasar. Por eso se me ocurrió la idea de tenderle una trampa a Monteiro, de jugar con él. Minerva se haría pasar por el hada Melusina y le entregaría el anillo de los Lusignan, que sin duda António conocía bien. Es el gran tesoro de la familia real portuguesa. Su valor es incalculable. Este era mi más que justo pago por el mapa. Ella llevaba la orden de ofrecerle el anillo a cambio del Mercator. En efecto, parece ser que él quedó subyugado por el tesoro, pero también por Minerva-Melusina. Incluso encargué una larga cola de serpiente al maestro Fulham, un viejo sastre irlandés de un barrio de las afueras. Ella debió de parecerle al viejo chocho una verdadera deidad; por eso se obsesionó. Yo le había impedido a Minerva que se llevara el mapa por la fuerza… No soy un ladrón. Por eso esperaba servirme de mi teatro para lograr mi objetivo de la manera más pulcra posible, o al menos de la más ingeniosa. La industria justifica la infamia. Al menos, así veo yo las cosas. Pero no pudo ser, ya ves… Yo esperaba jugar con los fantasmas de un viejo obsesionado con la mitología nacional y me he topado con un anciano presa de la lujuria más cuerda. —Profiere un dramático suspiro, guarda un silencio calculado—. Lo peor de todo

es que no me perdono lo que ha pasado. Al principio, he de reconocerlo, pensé en contactar contigo porque me preocupaba el mapa, pero cuando Casius me lo hizo llegar de parte de la señorita, sin ninguna otra noticia de ella ni de su paradero, pensé aterrorizado que algo malo había podido ocurrirle por culpa de mi obcecada ambición, y por eso te escribí. Pero casi lo peor de todo ahora es haber sabido. Cuando me imagino las manos de ese viejo sobre ella me pregunto cómo he podido sacrificar tanto por eso —dice señalando con desdén el mapa—, que es solo un papel viejo que ya no me interesa.

Cuando Manuel calla, Manini exhala una sonora bocanada de aire, mientras se gira lentamente y camina en dirección a la ventana. Al otro lado ve, ahora a menos distancia, bajo la pérgola, la atlética figura de Diana, tenso el arco, arqueada la espalda, turgentes los pechos.

—¿Sabes? —dice Luigi en voz muy baja—. Al ver cómo la miraba António, tuve celos… Y miedo. Sabía que la espiaba por las noches. Y cuando me echó de la quinta, temí por ella.

—¿Y por qué no hiciste nada? —dice tras él la temblorosa voz del exmonarca.

—Se la veía tan fuerte, tan decidida… Me echó de su lado con determinación. Y a mí siempre me pudo mi orgullo.

—Pues ya ves lo que pasa cuando anteponemos nuestro orgullo a lo que de verdad importa.

Manini entonces se gira despacio, creando suspense. Un ligero rubor le tiñe la cara.

—Espero que no estés buscando descargar sobre mí tu culpa.

—Monteiro era tu amigo.

—A mí me duele todo esto más que a ti. Pero la venganza es de niños.

—¿Y a los hombres qué nos queda?, ¿mirar hacia otro lado?

—No hay nada que podamos hacer. Monteiro es viejo. Morirá pronto. Y lo que ha ocurrido lo atormentará hasta la muerte.

—Te equivocas. Yo creo que en estos instantes tu amigo se piensa el legítimo heredero del reino de Portugal: tiene el anillo de

Melusina… y la ha fecundado. ¿Acaso el que es hijo y padre de reyes no es, por derecho, rey él mismo? Deberíamos escribir al Gobierno de la República para decirles que allá abajo hay un loco que anda suelto.

Manini sonríe, esforzado en mantener el rigor que considera que la ocasión merece. Poco a poco su rostro va adquiriendo su palidez habitual.

—No creo que tú seas la persona más indicada para hacer ninguna advertencia al gobierno que te sustrajo tu derecho al trono.

Se hace un silencio que no rompe la lluvia contra el tierno jardín, ni el viento en la ventana, ni un solo chasquido de comisuras entreabiertas.

—La amabas, ¿verdad?

—Como nunca antes a nadie —contesta Manini antes de pensar si está bien decir una frase así de cursi, y más ante el amante de la mujer en cuestión; por eso, avergonzado, se gira con violencia hacia el jardín.

—En cambio, yo no la amé nunca… Como mujer, me refiero. Aunque siempre fue una gran amiga.

Ahora el arquitecto vuelve a girarse despacio. Cuando mira a Manuel, lleva una mueca socarrona en la cara.

—Ni patria, ni mujeres. ¿Qué amas tú entonces?

Manuel, el no rey, tarda en responder:

—Supongo que los libros. Y los mapas.

Ahora Manini le sonríe abiertamente mientras sacude reprobatorio la cabeza, como si tuviera delante a un muchachillo que acaba de decir un disparate.

—Qué. ¡Soy un bibliófilo! —le responde a la soterrada reprimenda mientras se encoge de hombros, eleva las palmas.

—Y un billarista empedernido.

—Eso también. ¿Jugamos ya? —le pregunta mirándolo como si fuera a comérselo de puro interés, los ojos rutilantes por el regocijo previsto.

—Juguemos, venga.

A causa de la impaciencia mal disimulada, Manuel se levanta con un ímpetu que sorprende al arquitecto.

Manini camina a su lado (corredores amplios, cuasi nobiliarios) a través de alcobas de paso y decorados recodos (alfombra, parqué, mármol, parqué, alfombra). Llegado a un punto, el arquitecto afloja el paso, se detiene. Vuelve a tener roja la cara.

—Una última cosa, Manuel…

—Dime.

El anfitrión se gira hacia su invitado, la mano en el picaporte de la puerta de la sala de juegos.

—¿Y si Minerva nos ha mentido? —pregunta. Y tras una pausa densa, la cabeza bullente, atormentada, añade—: Me temo que Monteiro no le habló al joven poeta de ningún anillo.

—Pero…

—Y has dicho que su valor era incalculable.

Entonces la mente de Manuel recorre en un instante el breve y confuso trecho entre la incredulidad y la duda. Su mano, todavía en el picaporte, tiembla ante una posibilidad no contemplada.

VEINTISÉIS

Cuando nuestro aparatoso Audi se incorpora a la autovía, el ruido de las ruedas contra el mojado asfalto es un sostenido cascabeleo que evidencia de golpe el silencio entre ambos. Unos minutos atrás, mientras transitábamos por las últimas avenidas de Madrid, la lluvia torrencial, los cláxones, el trasiego de gente o el sutil ruido del motor al ralentí nos han estado velando la incomodidad de nuestro reciente encuentro. Por eso ahora, en busca de una pátina acústica más espesa, alargo el dedo en dirección al *power* de la autorradio, pero Alberto, sagaz, me atrapa en el aire la mano.

—Espera —me dice; tiene caliente la palma, fríos los dedos—. Deberíamos hablar.

No me la suelta. Entonces nuestras manos quedan en el aire, a la tenue luz anaranjada del cuadro de mandos. De un suave tirón consigo zafarme de su presilla de carne.

—Es que como hoy no estamos particularmente elocuentes...

—Sabes que conduciendo me embebo, y más en ciudad. Pero hagamos el esfuerzo, por Dios. Llevas muchos días fuera, esto no puede ser. Y ya como pongas música, apaga y vámonos —dice. Y tras una pausa con la que busca que sus palabras encuentren reposado asiento, asegurarse de que yo no salto como un basilisco, añade—: Bueno, ¿qué tal? ¿Cómo ha ido tu viaje?

Sin proponérmelo, tardo en responder. En realidad no me apetece hablar; estoy cansada del viaje, de las palabras. Quiero llegar ya a casa.

—Muy bien —digo al rato, y mi voz me suena como si proviniera de fuera, desde una gran distancia al otro lado de un grueso cristal—. Bueno… Bien. Supongo. No lo sé. Es difícil.

—Es difícil qué. ¿La vida?

Tardo en responder.

—La literatura.

Entre la coloreada penumbra de los testigos del salpicadero le veo a Alberto en la cara esa mueca paternalista que hace tiempo que no le soporto. Asiente mientras le escucho un chasquido de saliva entre los

labios.

—Ya, claro. Lo imagino.

—No, tú no imaginas nada —digo muy bajo, intentando solapar mi voz con el ruido de las ruedas contra el mojado pavimento. Alberto me mira un instante, el ceño arrugado, la boca como cúspide de una protuberancia de hormiguero.

—Bueno, ya, Sofía. Pon de tu parte un poco, ¿quieres? —me dice. Y tras hacer un escandaloso acopio de aire, añade—: ¿Y qué tal con el profesor Freire? Parece ser que te sirvió haber hablado con él, ¿no? Te puso en la pista del vigilante asturiano, me dijiste…

Cuando se tiene la certeza de que la persona que uno tiene al lado nos ha mentido, debemos elegir entre dos opciones: hacer como si no, o hacerle ver que sí, que ya sabemos, que hasta aquí ha llegado el engaño. Ambas tienen un peaje caro. Por eso también deben contemplarse los centenares de opciones intermedias.

—Freire me mintió.

—¿Te mintió, a qué te refieres?

—No me dijo que él tenía el anillo de Melusina.

—¿De Melusina?

—Sí, es un hada que…

—Sé quién es. Mujer completa seis días a la semana, ofidio los sábados por la noche.

No me sorprende. Este tipo de exhibiciones forman parte de todo lo que ahora odio en él, lo mismo que hace tiempo me subyugó. Me agarro a la posibilidad del matiz:

—Mitad ofidio, más bien. Como una sirena.

—No, perdona, una sirena es otra cosa: mujer con cuerpo de ave. Tú hablas de *La sirenita*.

Miro a través del parabrisas mientras siento un calor en el estómago que lentamente (los ojos en la carretera: raya, asfalto, raya, asfalto, raya, asfalto) va ascendiendo por el pecho y me tiñe las mejillas, me entibia las manos en el regazo. El enfado es líquido y espeso como la sangre.

—Lo siento, Sofía. Perdona. No sé qué me pasa.

—Ya.

—Verás, me ha sorprendido que te refieras al hada Melusina porque precisamente hoy… —empieza a decir, pero de pronto se calla—. Bueno, en realidad es una tontería. He tomado un café en una franquicia que… Es igual. —Otra vez se calla, parece caviloso, aunque disimula acelerando el coche, adelantando a un autocar—. Bueno, Freire y… ¿cómo se llamaba? El vigilante de la quinta. Dime, ¿qué pasa con ellos?

—Nada —contesto con desgana—. Solo que mienten.

—¿El vigilante también?

—Edel, Edelmiro se llama.

—Edelmiro, vaya nombre.

—Sí. El caso es que miente. Todos mienten —sentencio, los síntomas del odio disipándose, pero su líquido neto expandiéndose por otras partes, a la paciente espera de ser drenado.

—Bueno… Tampoco debería importarte mucho. Vas a escribir una novela. Una historia de ficción, ¿no? La verdad ahora es lo de menos.

Intento pasar por alto su tono prepotente.

—Ya, pero cabrea. No sé para qué me esfuerzo en documentarme. La novela histórica es una pérdida de tiempo… Además de un subgénero estúpido.

Alberto ahora sonríe complacido. Es probable que piense que mi respuesta se debe a su ascendiente, que sea el resultado de sus esmerados años de magisterio intrínseco a nuestra relación.

—Te has defraudado porque crees que la verdad es más válida que la mentira… Pero es probable que la mentira te dé más juego para tu historia, ¿no?

—Es posible —digo convencida, sin duda, *nada nuevo bajo el sol,* aunque aprovecho la ocasión para extender sus sabias palabras a un plano más personal y poder al fin dar escape a mi ira—: A ti la mentira también te enriquece tu historia, ¿no es así?

Entonces noto cómo las manos de Alberto se aferran como tenaces garras al volante. Si se ha sentido espoleado por mi frase, tarda en volverse a mirarme más de lo que debe, aunque cuando se gira lo hace con el ímpetu y la rigidez preceptivos en casos de sorpresa. Le sale una voz grave y opaca que solo le he escuchado en nuestras discusiones más aceradas:

—¿De qué estás hablando?

—De tu historia. De tu historia conmigo.

—Mi historia contigo cómo.

—¡Venga ya, Alberto! ¡De nosotros, joder! —grito. Y tras respirar profunda y ruidosamente, le suelto—: Qué has hecho estos días, dime. ¿Acaso no has estado follándote a la novia de Alonso, cómo se llamaba…?

Entonces sus hombros ascienden varios centímetros, hasta que el cuello se le sumerge en el torso. De pronto parece un hombre más robusto y compacto, como si hubiera sufrido una mutación que le valiera lo mismo para la defensa que para el ataque; pertrechado y agazapado a un tiempo, su figura en la oscuridad me parece la de un armadillo. Al mirarlo fijamente mientras él me inventa una respuesta, le veo un pliegue de carne tras la rasurada barba que lo avejenta en las tinieblas. El coche baja de velocidad, el cambio automático busca obediente un número factible. Alberto se pasa al carril de la derecha y nos adelanta un camión.

—Alida, creo. Así se llama, me parece. De todos modos, Sofía… De todos modos, no sé por qué has dicho eso —acierta a decirme con una voz aflautada, culpable.

—Vi cómo la mirabas, cómo te miraba ella a ti. Además de estar aguantando a Fede, estaba atenta a vosotros. Querer escribir es haber mirado, y para eso hay que saber hacia dónde mirar.

Otra vez el aplanado ruido de las ruedas sobre el liso pavimento. Vuelvo a fijar la vista en la carretera, que se abre ante nosotros bajo la luz del xenón: bolardo, chapa, bolardo, chapa, bolardo, chapa. De pronto surge un ruido intermitente, como un chasquido repetido, *tic-tic-tic-tic,* que se superpone a nuestro silencio en movimiento.

—Bueno, Sofía. Yo creo que se te ha ido esto de madre. Nos observaste aquella noche y, en efecto, has novelado. —Alberto suelta aquí una risa extemporánea, maciza, que golpea la acolchada chapa,

los rígidos plásticos trufados de luces—. No sé… Ella… Esta chica, vamos, es guapa, no lo niego; pero es la novia de Alonso. La miré, sí, de acuerdo. Soy un hombre, ya ves: llévame preso. Sin embargo dudo que ella… que esta chica, Alida, ¿no?, se fijara en mí en ese sentido… Alonso le había hablado mucho de mis trabajos, solo eso, y supongo que quería conocerme. ¿Sabías que ella es su pupila? —me dice. Y tras un breve silencio, realiza un sutil viraje conversacional—: En cualquier caso, yo últimamente estoy centrado de lleno en mis aspiraciones profesionales. Ya que no me has preguntado y por si te interesa saberlo, estos días he estado inmerso por completo en las primarias al rectorado. En eso he invertido mi tiempo en tu ausencia, ¿sabes?

Sigo callada, aunque en realidad esto sí me interesa. Probablemente más que saber si este hombre que ya apenas me importa me ha engañado o no con otra.

—Ah… ¿Y? —digo, pragmática, sinceramente interesada.

—Pues que ya soy candidato.

—¿Contra quién?

—Contra Alonso, pero es pantomima. En realidad, ya he ganado. Él se ha presentado para cubrirme las espaldas.

Tic-tic-tic-tic. De nuevo el ruido. Cadente, continuo.

—¿Qué es eso que suena? ¿Lo oyes?

—Sí, desde hace un rato. Desde que hemos salido a carretera.

—¿Y de qué…?

—Pues me temo lo peor. Ayer se me llevó el coche la grúa y…

—¿En serio? ¿Dónde?

—Cerca del Teatro Real. Y estos coches con tracción a las cuatro ruedas, cuando los arrastras… Como los muy cabrones me hayan roto la dirección… —murmura. Y dando un golpe seco contra el cuero del volante que nos zarandea amortiguadamente, grita—: ¡Mierda!

Otra vez se hace el silencio, esta vez interrumpido por el chasquido machacón. Empieza a llover y al ruido se le suma el repiqueteo del agua en el cristal.

—¿Y qué hacías en el teatro?

—Ópera: Donizetti. No me interesaba… pero me citó allí Castro.

—¿Fede? —Me giro sorprendida, recelosa.

—El mismo.

—¿Para qué?

—Adivina.

—No insistiría otra vez con lo de mi novela…

Miro a Alberto curiosa, aunque ahora solo distingo sus rasgos cuando fugazmente lo iluminan las luces de los vehículos que circulan en dirección contraria, al otro lado de la mediana. Persuadido con su propia coartada, ha vuelto a erguirse, y su figura ha adquirido la confiada gracilidad de siempre. Fuera, comienza a llover. Se activa solo el limpiaparabrisas.

—Un poquito —dice acercando el índice al pulgar.

—¡No fastidies!

—Quiere publicártela.

—Y dale. ¡Pero si ni siquiera la he empezado!

—Me ha dicho que te pases por su casa.

Dejo escapar una risa seca, llena de cinismo y asco, dolorosa incluso para mí.

—Antes muerta —apostillo.

Alberto, contrariado, agacha la cabeza, quizá buscando algún retazo de su recién perdida robustez. Vuelve a agarrarse con fuerza al volante, como si fuera el timón de un barco que va contra las rocas. Acelera, adelanta a un utilitario pequeño y viejo. Cesa la lluvia. El discontinuo ruido de la dirección se vuelve más nervioso, menos equidistantes entre sí sus notas.

—No seas cabezota, Sofía, joder —me dice. Y alzando el índice de uno de los puños sobre el volante, añade—: No te equivoques.

—Es que no quiero publicar en su editorial de mierda.

—Sabes que su «editorial de mierda» es la editorial más grande del país.

—Precisamente. No quiero.

Alberto suspira profundo, el seco carraspeo de la furia desollándole la garganta. Acelera. *Tic-tic-tic-tic.*

—Estos cabrones de la grúa lo van a pagar caro. Mañana estoy llamando a mi aseguradora.

La fina lluvia otra vez.

—¿Sabes qué?

—¡Qué! —me contesta, la voz gutural, gravísima, tensa la barbilla; por dentro, apretados los dientes hasta doler.

—Creo que no voy a escribir ninguna novela.

Se escucha un último *tic-tic* seguido de un sonido más grave y de una vibración que zarandea el coche hasta que este da un bandazo a la derecha, otro a la izquierda, y a gran velocidad atraviesa la mediana en una curva. El pronunciado desnivel hace que el morro toque el suelo. Entonces se produce la seca sacudida de los airbags y el coche voltea sobre sí. Durante varios metros, con el techo contra el asfalto, el Audi cruza los carriles de sentido inverso hasta que llega a la cuneta, donde se encaja de costado en un crujiente lecho de balastro.

Segundos después, un turismo disminuye la velocidad a la altura del retorcido montón de hierros, pero vuelve a acelerar cuando lo sobrepasa.

Durante un nuevo intervalo en el que no circulan coches ni en un sentido ni en otro, cesa la lluvia. Entonces, la oscuridad y el silencio se expanden en la noche estival con la absoluta materialidad del presente, que con su imperio niega cualquier anomalía.

NOTA DE LA AUTORA

El texto en cursiva del inicio del capítulo 13 pertenece al *Libro del desasosiego*. Los textos en cursiva del capítulo 22 son extractos de una entrevista realizada a Fernando Pessoa en 1934, recogida en el libro *Crítica: ensayos, artículos y entrevistas* (Acantilado, 2003).

He tomado de la realidad algunos de los personajes que aparecen en esta novela, aunque he modificado puntualmente sus biografías para adecuarlas a las necesidades de la historia que quería contar. Lo mismo sucede con los hechos que estos personajes protagonizan, que son un continuo juego de verdades y mentiras.